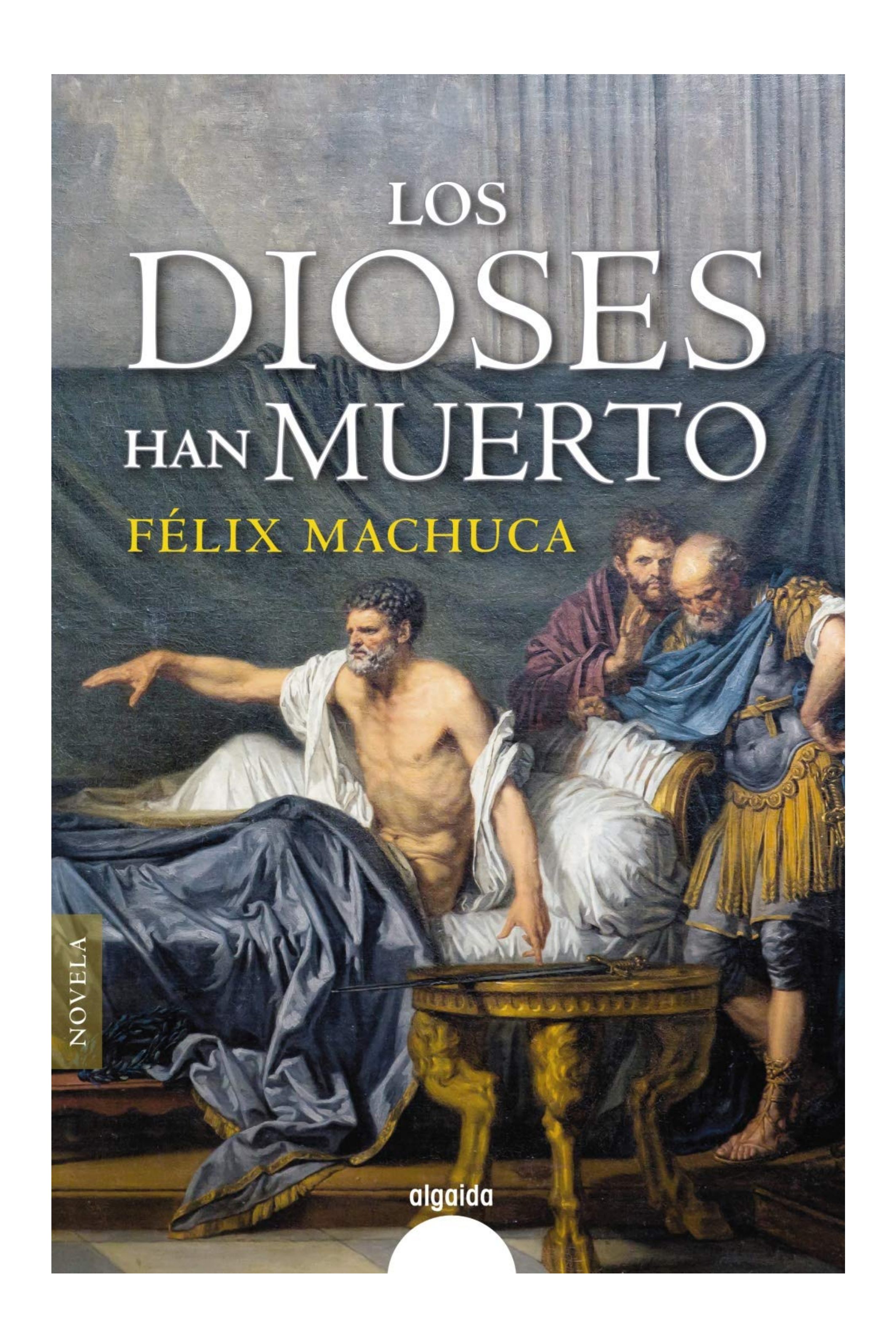

LOS
DIOSES
HAN MUERTO
FÉLIX MACHUCA
NOVELA
algaida



FÉLIX MACHUCA



algaida

Índice

Que dentro de no mucho tiempo no serás nadie en ninguna parte ni ninguna de estas cosas que ahora ves, ni ninguno de los que ahora viven. Pues por naturaleza todo cambia, se desvirtúa y se destruye, para que acto seguido surjan otras cosas.

Marco Aurelio, *Meditaciones,* Libro XII, 21

Los dioses han muerto. ¡Hemos dejado de ofrendar a Palas, la de los ojos grises, coronas de hojas de olivo! El hijo de Demeter no recibe ya el diezmo de nuestras gavillas, y al mediodía los pastores cantan sin temor, porque Pan ha muerto; nada de turbulentos amoríos por los claros secretos del bosque ni por los tortuosos asilos. El joven Hilas no busca ya los manantiales; el gran Pan ha muerto, y es el hijo de María el que reina…

Oscar Wilde, *Flores de oro,* «Santa Decca»

CAPÍTULO I
TIEMPOS DE ANGUSTIA

1. ROMA. FORO DE TRAJANO

—Nunca tendré una oportunidad como esta en mi vida, amiga mía. Merece la pena arriesgarse.

—Estás loca. Antes de que un dedo de tu mano roce siquiera la seda de uno de esos vestidos, un pretoriano te habrá cortado la mano.

Las dos amigas, vecinas del Aventino, un populoso y conflictivo barrio de Roma, curioseaban por el foro de Trajano, donde el emperador había decidido sacar a subastas sus bienes privados.

—Mira ese vestido de seda azul con brocados de hilos de oro en el cuello. ¿Imaginas cómo me quedaría?

—¿Y el tamaño de esas perlas? Son como huevos de codornices. Deberían dejarnos tocarlas.

—Le voy a preguntar al pretoriano si, al menos, podemos acercarnos un poco más a la mesa donde están a la vista —dijo la amiga más animosa.

Las gemas, las pulseras de oro, los camafeos montados sobre plata, las vajillas de metales preciosos y los vasos de fluorita persa de colores naranjas, rojos, azules y negros, los muebles de marfil, laca y maderas exóticas, las mejores esculturas de palacio, variadas en tamaño y materiales, las sedas, los extremadamente lujosos vestidos de la emperatriz Faustina Minor, sus joyas y perlas índicas, todo lo que el emperador consideró subastable para amontonar oro y sufragar las guerras contra los insurrectos bárbaros del Danubio, ocupaban un espacio amplio, rigurosamente custodiado por los pretorianos en el foro de Trajano. Allí, el emperador Marco Aurelio, daba ejemplo a su pueblo sacando a subasta sus bienes privados, el *patrimonium caesaris*. Tanta magnanimidad, y desapego de las

riquezas propias, la comentaba el pueblo de Roma, que acudía todos los días al foro a ver cómo los aristócratas y los libertos enriquecidos pujaban por una parte de aquel fabuloso tesoro. El pueblo, además de chismorrear, caía en la firme convicción de que Marco Aurelio hacía aquel ejercicio de desprendimiento para salvarlos de la amenaza de los germanos del norte, cada vez más osados y levantiscos, convertidos ya en un serio peligro para las fronteras imperiales y la seguridad de los ciudadanos romanos.

—Para atrás, mujer, ni se te ocurra dar un paso más. Se mira y de lejos —le dijo el pretoriano a la del Aventino.

—Este no es sitio para ti. Regresa a la mierda de ínsula donde vives y ponte en el fuego a prepararle un caldo de hierbas a tu mugriento esposo, si es que lo tienes —la amenazó otro pretoriano.

Las dos amigas retrocedieron y, tras mirar entre el desprecio y el miedo a los dos soldados, decidieron trasladarse a otro lado del foro, dominado por los atractivos de la subasta y por el halo de poder que desprendía tal cúmulo de riqueza. A las dos mujeres, la exposición de aquel lujo las hacía felices, como si olvidaran la pisoteada vida que arrastraban las de su clase, los duros trabajos diarios por subsistir a base de coles, gachas y pan, la obediencia ciega a los mandatos de sus maridos y la esforzada dedicación a los hijos, siempre amenazados por la enfermedad, el hambre y la muerte. Aquel océano de lujo, con olas de plata y espumas de marfil, aumentaba su prestigio con los rayos del sol, que estimulaba a los metales preciosos y a las joyas doradas sus más refulgentes destellos. Era un conjunto sosegante y atractivo. Capaz de hacer olvidar las miserias diarias.

—¡Este vestido de seda, oro y gemas de la emperatriz Faustina Minor sale en subasta por treinta mil sestercios! ¿Hay alguna mujer en Roma que quiera vestirse con la suave seda de nuestra emperatriz?

Estaba subido en una especie de tarima de madera engalanada con guirnaldas de flores y ricas telas. Tenía la voz más alta, potente y clara del anfiteatro Flavio, donde como *praeco*, portavoz o informador del famoso coliseo, a pleno

pulmón ponía al tanto a los espectadores sobre la procedencia de los animales exóticos que allí se enfrentaban o leía el currículum de los gladiadores. Su trabajo estaba pagado por el Estado. Era un funcionario más. Y el gabinete político más cercano a Marco Aurelio había entendido que era el hombre ideal para animar, estimular y llevar la voz cantante en la subasta. El *praeco* había cuidado su garganta con esmero. A base de infusiones de limón y miel. Su voz estaba perfecta. Sonaba como el trino de una golondrina en una tarde de verano cerca de los tribunales, donde solían anidar.

—¡Romanos!, ¿a qué esperáis? ¿En tan poca estima tenéis a vuestras esposas que no las queréis agasajar con una prenda de la emperatriz? Las tendréis calladas y contentas para mucho tiempo. Y habréis colaborado con dos causas justas: la de ayudar a Roma para sufragar los gastos de guerra y llevar la paz a vuestras casas…

La gente prorrumpió en risas y aplausos. Y un liberto, representante de un rico aristócrata, levantó su mano y gritó:

—Doy ese dinero por el vestido de la emperatriz.

Su patrón lo miró y asintió levemente con la cabeza. El *praeco* continuó:

—Romanos, ya hay entre vosotros un ser lo suficientemente juicioso como para pagar treinta mil sestercios por un vestido de seda china con brocados de oro de Egipto. ¿No hay nadie que quiera elevar ese precio para colaborar con nuestro Ejército?

—Yo doy treinta y cinco mil…

El foro prorrumpió en un sonoro aplauso. Los dos aristócratas que, a través de sus libertos, pujaban por el vestido de seda de la emperatriz estaban sentados juntos, cercanos a la tarima del *praeco*.

—¿Vas a subir la apuesta? —le dijo uno al otro.

—En absoluto. Ya es un precio lo bastante alto por un vestido de esa emperatriz tan dada a los juegos de alcoba con los gladiadores y los soldados.

—No seas mal hablado. Esos rumores que apuntan a que los gemelos, Cómodo y Antonio, son ajenos a la semilla de Marco Aurelio, son difamaciones de taberna de vino barato.

—En Roma las únicas verdades son las que salen de la boca de las tabernas de vino barato…

Se miraron y sonrieron con complicidad. El *praeco* le pidió al liberto el nombre del comprador definitivo. Era un miembro de la alta aristocracia romana, de la legendaria casa Julia. Cuando la voz alta y clara del subastador pronunció su nombre, el aristócrata se levantó y, con impostada solemnidad, dijo:

—¡Todo esfuerzo es nada comparado con el que nuestro glorioso y magnánimo emperador realiza para que Roma siga bien protegida y nuestro imperio tenga seguras sus fronteras! ¡Por Marco Aurelio, por la gloria de su estirpe, por Roma invicta!

El aristócrata de la casa Julia se sentó, sonriente y satisfecho. El *praeco* prorrumpió en aplausos y todo el foro fue un clamor parecido al de una tarde de carreras de caballos en el circo. El aristócrata que había ofertado los treinta mil sestercios primeros le susurró sin dejar de sonreír:

—Todo este escenario de lujo y pujanza económica es, realmente, una farsa. Una terrible farsa.

—No es hora de ponerse tan grave, amigo.

—Sabes bien que las monedas han rebajado su peso en plata, que las minas apenas las podemos explotar por falta de tecnología que las hagan rentables, que Marco Aurelio, como ya antes hicieron Augusto y Hadriano, ha recurrido a la subasta pública para no subir los impuestos…

El aristócrata de la casa Julia lo interrumpió:

—¿Y eso te parece mal? Nuestra clase sigue protegida aquí en Italia por la inmunidad fiscal. De algún lado hay que sacar el dinero para las guerras del norte y de Partia.

—No, no me parece mal. Al populacho hay que seguir manteniéndolo para que no sea una amenaza para el Estado…

—Y para nosotros.

—Exacto. Nosotros, los aristócratas y los militares, somos el corazón del Estado. El resto es tan deplorable como los residuos de mierda que arrastra la cloaca máxima. Pero estoy de acuerdo contigo en que hay que mantenerlos viviendo en su sueño, a base de pan y circo.

—Entonces no te enojes. Y celebra este día donde vas a colaborar con el Estado para sufragar una guerra que no pisarás y que es fundamental para que, nosotros, los aristócratas, también vivamos en la ilusión de que todo es como antes. Como en tiempos de Trajano o de Hadriano.

—Te lo diré más claro, amigo: estamos sufragando de nuestro bolsillo un ejército que irá a una guerra que no garantiza botín alguno. Trajano se trajo el oro de la Dacia. Marco Aurelio solo traerá déficit y una cuerda de esclavos.

Ambos callaron. Y solo se oía la voz del *praeco* ofertando a la clase más adinerada de Roma el exquisito y lujoso tesoro privado del emperador y la emperatriz:

—¡Cien mil sestercios por esta colección de vasos persas, hechos de fluorita con incrustaciones de gemas, donde los labios del emperador alguna vez se mojaron en el rico néctar del vino de Falerno! ¿Cuándo un romano ha rechazado una copa de buen vino…?

Nuevamente el público rompió en carcajadas. Pero esta vez no rió el aristócrata de la casa Julia; se quedó mirando al *praeco* y al público, sin participar de aquel clímax tan eufórico y ajeno a la realidad, con un pensamiento sombrío que le avinagró el día:

—Alguna vez también se subastará el trono del emperador, que será de quien más dinero ofrezca…

2. Roma. Exterior de la puerta norte

A tres kilómetros de la puerta Flaminia, levantada mucho tiempo atrás, en el 220 antes de Cristo, siendo censor Flaminio Nepote, estaban asentadas las legiones Itálica II y III, con las que el emperador y su mano derecha en asuntos orientales, Lucio Vero, marcharían hasta el Danubio para comprobar el estado de las fronteras. Roma no era muy del agrado de ver legiones asentadas extramuros de la ciudad. Una legión siempre transmitía un determinado desasosiego a la población, partícipe de una memoria colectiva construida sobre la ira y el fuego de las guerras civiles, por lo que era mejor tenerlas lejos de las puertas de la ciudad y, sobre todo, disfrutar del sosiego

que da saber que sus misiones eran internacionales, retiradas de los suelos itálicos, allá en la frontera brumosa y fría del norte del imperio. Además, el *pomerium* de Roma, el recinto intramuros de la capital imperial y también de las ciudades romanas, era sagrado. Nadie podía portar armas. Ambas legiones se avituallaban y preparaban para partir. A la espera tan solo de las órdenes de un emperador que ahora se encargaba de acumular oro para poderlas sostener y pagar. La subasta de los bienes privados de Marco Aurelio se demoraría dos meses en el foro de Trajano. Tiempo que invertían los oficiales de ambos ejércitos en entrenar, preparar y reclutar nuevos soldados entre la población masculina con menos futuro. Y con un terrible presente. En la tienda del *primus pilus* de la Itálica II, el cargo de mayor jerarquía entre los centuriones de una legión, alumbrada con el aceite gordo y espeso de las lámparas, el jefe y el subalterno intercambiaban información.

—Hay que aumentar el alistamiento, necesitamos más soldados, Justino.

—No dejamos de trabajar en esa dirección, *primus pilus*.

—Pero desde hace unas semanas no veo que aumenten las incorporaciones, centurión.

—Es posible que se deba a la ilusión que despierta en el pueblo la subasta de Marco Aurelio. Algunos piensan que ese dinero llamará al dinero. Y que las cosas cambiarán y habrá trabajo para muchos —respondió Justino.

—Están locos. Marco Aurelio no invertirá en obras públicas ni en el embellecimiento de Roma. Las arcas están agotadas. Y el dinero que se mueva en estos meses irá a parar al Ejército. A legiones como la Itálica II y III. Ese es el argumento que debéis manejar para atraer a los jóvenes.

—Así lo hacemos, señor.

—El Aventino, con sus necesidades y sus miserias, debe ser un buen campo de reclutamiento. ¿Has mandado a tus hombres a las tabernas de los colegios de carniceros, panaderos, arrieros, albañiles? Y, ¿por qué no?, busca también en los grupos de delincuentes, en deuda con los tribunales, ofreciéndoles la protección del Ejército.

—Con mis respetos, *primus pilus*. Nos hemos adelantado a su indicación. Y ahora mismo, en las oscuras y tenebrosas tabernas del pestoso y miserable Aventino, nuestros hombres andan reclutando jóvenes. Yo creo que las listas volverán a aumentar. También hemos enviado hombres a Ostia. En el puerto hay mano de obra sin trabajo a la que puede convenirle nuestra oferta.

—Valoro tu disposición, Justino. Mantenme informado. Puedes marcharte.

Justino se llevó el puño cerrado a su pecho en señal de saludo y fue a salir de la tienda. Ya de espaldas al oficial titubeó en su paso.

—¿Ocurre algo, Justino?

—Una pregunta tan solo, señor. En Roma se habla mucho de los marcomanos, sármatas, cuados, naristios, como si fueran actores del teatro Marcelo. Tal es la familiaridad con la que se refieren a estas tribus.

—¿Y?

—Me gustaría, señor, saber si son más feroces que los partos.

—Lo son, Justino. Lo son. Pero más feroces son las águilas de Roma. Ya lo verás cuando Marco Aurelio dirija nuestros ataques en las fronteras del Danubio.

Justino volvió a saludar a su superior, se colocó el casco adornado con un penacho rojo trasversal y salió de la tienda con la seguridad que ofrece servir en el Ejército más victorioso del mundo.

3. Roma. Barrio de la Subura

Las cuestas de las colinas del Quirinal y Viminal formaban parte del territorio de los marginados, de los ciudadanos de Roma que, ajenos al mármol y al oro, al sándalo indio y al perfume de Judea, a las sedas de los telares del Imperio Han, en la actual China, y a los vasos persas, ocuparon con sus miserables edificios en altura, *insulae* de madera y materiales baratos, de carácter vecinal, tan insalubres como pestosas e inflamables, las partes bajas de las citadas colinas. La habitaba

un subproletariado condenado a su suerte, que no era otra que la que tan magistralmente sintetizaba la fábula del cuervo enfermo. Un cuervo enfermo le dijo a su madre: «Deja de llorar, madre, y pide a los dioses que me liberen de esta enfermedad mortal y deje de sufrir». «Hijo mío», le contestó la madre, «¿qué dios va a salvarte? ¿Qué dios es aquel cuyo altar no has robado?».

La enfermedad que devastaba la vida de aquellas dos empinadas cuestas de las colinas del Quirinal y Viminal era la pobreza. Y la pobreza, extrema, se llamaba Subura. Uno de los barrios más peligrosos y olvidados de Roma. De todos los altares de los dioses, como el cuervo de la fábula, habían robado los habitantes de aquel territorio hostil y degradado, habitado por una clase marginal que, en época de crisis económica como la que vivía Roma bajo el principado de Marco Aurelio, aún desbocaba más la desesperada situación de sus vecinos. Esas empinadas cuestas eran, de alguna forma, la metáfora urbana de sus vidas, siempre trabajosas y duras, imposibles de subir sin ahogarte y nunca libre de una amenaza mortal cierta. La Subura era la otra cara de la Roma que deslumbraba al mundo por sus riquezas, los tesoros de sus templos, la monumentalidad de sus foros, las domus de los clanes familiares con linajes que se remontaban a la fundación de la ciudad por Rómulo y Remo. La Subura, curiosamente, estaba separada por un muro de piedra gabina, resistente al fuego, de treinta y tres metros de altura, que la apartaba de los espacios públicos de los foros que le quedaban a mano: el de César, Augusto, Nerva y Trajano. Y de templos tan prestigiosos como el de Mars Ultor, Marte Vengador. Entre esa Roma y la Subura se alzaba el muro que llevaba el nombre del barrio y que, de alguna forma, distanciaba dos mundos que, pese a compartir la misma tierra, eran absolutamente opuestos y refractarios. Si la Subura era carne de pobreza extrema y paraíso de putas, matones a sueldo, proxenetas, ladrones y estafadores, atracadores y violadores, ¿podría ser, en cambio, el lugar más idóneo para buscar soldados?

La taberna olía a meado, el suelo era de tierra apisonada y en sus paredes había dibujos y frases irreproducibles. Uno de

aquellos dibujos representaba a la emperatriz Faustina Minor como si fuera una vaca, penetrada por un gladiador, mientras una larga fila de soldados esperaba su turno para gozar de sus atenciones amatorias. En un pésimo latín se había escrito la siguiente frase: «Mientras su marido es filósofo, ella ama la única verdad del mundo». Justo debajo de ese dibujo, que destacaba por su insolencia, entre una exposición de falos y vaginas más habituales, un joven y una puta con peluca anaranjada se cumplimentaban sobre una mesa mojada de vino peleón y restos de manteca, como si estuvieran solos en una cochambrosa habitación de un lupanar barato. El dueño de la taberna daba por buena la situación. Siempre y cuando no se les olvidara al terminar entregarle su parte de tan placentero negocio. Tres muchachos, entre los diecisiete y veinte años, miraban la escena y comentaban entre ellos.

—Solo podemos mirar. No tenemos ni para pagar a una puta vieja y sin dientes.

—¿Entre los tres no reunimos el dinero que esa perra pide?

—Sea. ¿Pero cuál de los tres es el que se calienta en su horno?

Los tres muchachos continuaron mirando cómo aquel tipo gozaba con la puta. Al cabo de un rato uno de ellos dijo:

—Cuando acabe lo seguimos y le robamos. Es la única solución que se me ocurre para no regresar a casa sin una alegría.

—Yo dejaría al tipo marchar. Y forzaría a la puta en la calle.

—Tienes la cabeza repleta de tierra. Esa zorra tendrá su protección y caerán sobre nosotros para cortarnos la polla. ¿Prefieres esa solución o mejor lo intentamos siguiendo al mierda ese que ahora se la está tirando?

Los tres chicos continuaron jugando a los dados y bebiendo un vino tan asqueroso que su olor levantaba el estómago. No parecían decididos a optar por ninguna de las alternativas expuestas… en caliente.

—Llevo tres días sin apenas comer. Tan solo unas gachas por la noche.

—¿Por qué no aprovechas como nosotros aprovechamos las celebraciones de los colegios en sus días festivos tan numerosos

en Roma?

—Porque temo salir de la Subura y que me reconozcan. Al otro lado de ese muro he hecho cosas que se suelen pagar con la vida.

El más juicioso de los tres tiró los dados y sacó un seis doble. Se alegró. Y se vio con fuerzas para plantearles a sus dos amigos una posible situación a sus desesperadas existencias.

—¿Sabéis que hay dos legiones acampadas a tres kilómetros de la puerta Flaminia?

—Toda Roma lo sabe.

—¿A qué viene esa pregunta? ¿Merodean por allí putas más baratas que esta que tenemos frente a nuestras narices? —replicó el tercer muchacho.

El chico que había sacado el seis doble en su tirada de dados tomó el mando de la conversación.

—Escuchad bien. La Subura solo tiene dos caminos para saltar al otro lado, a la parte más amable de Roma. Uno es evidente: no haber nacido aquí, entre las ratas y la mierda de sus calles. El otro es el Ejército.

Los dos amigos lo miraron desaprobando esa alternativa.

—No pongáis esas caras. Aún no he terminado. Sigo explicando la situación. No hay trabajo. Ni en el campo ni en la ciudad. Eso nos condena a lo que estamos viviendo hoy aquí. A mirar cómo follan otros y a escuchar a un amigo decir que lleva casi tres noches sin comer.

—He oído que la subasta del foro de Trajano va a cambiar las cosas.

—Yo también he oído lo mismo.

—Cambiará las cosas, claro que sí. Sobre todo en el Ejército, porque ese dinero va para sufragar las guerras del norte. Nada de ese dinero quedará aquí, para que nosotros podamos follar y comer gachas una vez al día por lo menos.

Los muchachos se quedaron en silencio. Pensativos. Nuevamente tomó las riendas de la conversación el afortunado del seis doble.

—El padre de mi madre estuvo en Britania, con Hadriano, levantando el muro. Recuerdo cómo mi madre, que sabéis murió extenuada por el trabajo en las lavanderías y por la poca

comida que llegaba a casa, me leía las cartas de mi abuelo llegadas desde Britania.

—¿Se comía bien allí? —le preguntó el que más necesidades pasaba.

—No quiero que tu estómago proteste, amigo. Pero recuerdo que las raciones básicas de aquellos soldados eran tocino, manteca de cerdo, galletas, avena, trigo, carne de res y jabalí, queso, aceite y vino. ¿Recordáis alguno el sabor que tienen el queso y el tocino?

Los dos chicos se miraron, esta vez con menos desaprobación que antes. Pero aún con ciertas dudas de abrazar una solución para subsistir tan severa.

—No sé qué decirte. La comida está garantizada. También un pequeño sueldo. Pero a cambio entregamos nuestras vidas. Moriremos con seguridad.

El joven más juicioso volvió a tirar los dados y, nuevamente, salió el seis doble. Sonrió. Y le contestó a su amigo:

—¿Acaso no vamos a morir aquí, en la Subura, con toda seguridad? ¿Por hambre, por una pelea o por una enfermedad mortal? En el Ejército te puede pasar como a mí. Una mano de fortuna y sacas dos seis dobles seguidos. Eso significa que pasan los años, sobrevives en las fronteras peleando con bárbaros, te licencias y regresas a casa con dinero y algún pedazo de tierra que te conceda el emperador.

—Eso no es mentira, amigo.

—Realmente llevas razón. Salgamos mañana para siempre de la Subura por la puerta Flaminia y alistémonos en el ejército de Marco Aurelio y Vero.

La puta y el muchacho terminaron en ese momento su trabajo. Los chicos la miraron con lascivia irreprimible. Pero irrumpieron en la taberna un centurión y cuatro legionarios. Con antorchas en sus manos y los gladios dispuestos.

—¡Salve! ¡Roma necesita soldados! ¿Hay alguno en esta taberna miserable que quiera comer dos veces al día carne, huevos y frutas y, a cambio, dejar de ser un cerdo que hocica mierda en las calles de la Subura?

El joven más lúcido del grupo de los tres amigos volvió a tirar los dados. Antes les había soplado en el cubilete,

transmitiéndole toda la fuerza de su espíritu para que Marte le cambiara la vida. Otra vez salió el seis doble. Sus dos amigos lo miraron con admiración.

—La Fortuna está contigo, amigo.

—Es una señal de nuestra futura suerte.

El chico afortunado miró desafiante al centurión y le dijo:

—Aquí tienes a tres soldados de la Subura que harán temblar a los marcomanos…

4. Roma

Su cuerpo se había cubierto de postillas supurantes y la fiebre lo consumía. La piel parecía que la habían tintado con sangre y una insoportable picazón lo torturaba día y noche. Había consultado con médicos. Y también con algún curandero que lo obligó a seguir tratamientos penosos. Como aquel embaucador de una ínsula de la vía Flaminia que le diagnosticó un acné muy virulento, por lo que tenía que darse friegas en el cuerpo con carne de cocodrilo, baños sin apenas aceites perfumados y queso amargo. También le recomendó encarecidamente que tomara jugo de mirra mezclado con casia y miel. Nada de aquello mejoró su estado, que por días iba a peor. Consumiendo sus fuerzas como si peleara, sin descanso, en una jornada eterna con soldados partos.

Estaba recién licenciado. Y pensaba cumplir sus sueños. Esos sueños que, luchando en Partia contra aquellos indeseables orientales que habían invadido Armenia y Siria, siempre le habían dado valor en el combate. Manteniéndolo salvo y seguro con su buena suerte. Sobrevivió a aquella campaña con la legión V Macedónica, creada en tiempos de Augusto. En el currículum guerrero de su legión brillaba con prestigiosa fuerza la campaña realizada por Vespasiano contra los judíos. Ahora la conducía Lucio Vero, el hombre en el que Marco Aurelio depositó su confianza para los endiablados temas de Oriente. El soldado luchaba contra el enemigo más peligroso que puede encontrar un hombre. Ese enemigo contra el que no vale ni el escudo ni el *pilum,* ni la *lorica segmentata,* la malla de metal, ni el gladio, ni la estrategia, ni la experiencia en el

combate. La enfermedad. Una enfermedad que, curiosamente, habían contraído muchos legionarios compañeros suyos, algunos de los cuales perecieron en el camino de Siria a Roma. Una forma como otra cualquiera que el destino concedía a los partos para vengarse de las derrotas infligidas por la V Macedónica de Lucio Vero.

Una tarde, desesperado por el picor de su cuerpo y consumido por la temperatura tan alta de la fiebre, dejó la posada cercana al Tíber donde se había alojado para recuperarse. Y se asomó al refrescante río de Roma. Saltó desde el puente Emilio, al sur de la isla Tiberina, buscando el frescor para un cuerpo consumido por las llamas de la fiebre, hundiéndose en sus aguas. Salió a flote medio trastornado y el empuje de la corriente lo arrastró golpeándolo con guijarros y restos de embarcaciones pequeñas y a medio hundir. En su ya viaje de imposible retorno, aquella voluntad por vivir y soñar que lo había mantenido con vida en Partia fue cediendo a una dulce inconsciencia donde, libre de toda amenaza, se veía feliz y contento en una granja soleada y frutal cercana a Gades, la actual Cádiz. Allá se encontraba la ciudad de un compañero legionario que se la había recomendado para que se estableciera.

También allí lo esperaba el gaditano para hacer realidad los sueños de los soldados: el descanso de un guerrero que había podido con muchos enemigos. Menos con aquel que empezaba a destruir Roma, silenciosamente, como un criminal de la Subura, poco a poco, pero con una efectividad propia de la mejor maquinaria de guerra. La llamada peste antoniana, una especie de sarampión o viruela, comenzaba a hacer su trabajo. Otra nefasta noticia para el duro principado de Marco Aurelio. Sixto rodaba, aguas abajo, camino del mar. Sin que una humilde piedra llevara grabado su nombre y pudiera desearle que la tierra le fuera leve.

5. Gades

Añoso y perjudicado por la tiranía del tiempo, renqueante de una pierna y con dificultades respiratorias, Cara Pescao

mantenía aún muy joven aquel espíritu impulsor que, durante su vida, lo había llevado de la esclavitud a la libertad y de no tener nada a poseer un patrimonio incalculable. Junto a su inseparable Crátero, el griego esclavo que alguna vez soñó con regresar a su tierra, contemplaba desde el puerto gaditano la nave en la que iba a emprender una de sus aventuras más arriesgadas. Apoyado sobre el hombro del griego valoraba el barco que en pocos días iba a zarpar hacia las costas africanas occidentales, en busca del oro de los negros. Esa fue siempre su receta para combatir los vientos desfavorables del turbulento mar económico de Roma. Replicarle a los malos tiempos con apuestas épicas, dignas de que algún poeta las cantara. Aunque Marco Antonio Pyrgos también estaba cargado de años, seguía manteniendo fresca su pluma y su imaginación. También su lealtad y servicio a las iniciativas de su patrón, Cara Pescao. Antes de que la nave zarpara de Gades y regresara repleta del oro de las minas africanas, ya había empezado a glosar la aventura para que, como el *Periplo de Hannón,* el mundo no perdiera la memoria de una hazaña tan digna de héroes. El viaje atlántico del cartaginés se había conservado escrito sobre un bronce en el templo de Baal Hammón de Cartago. Hasta que Escipión lo destruyó tras el saco al que sometió a la ciudad púnica. El que ya empezaba a escribir Marco Antonio Pyrgos llegaría hasta la biblioteca Hadrianea de Atenas y a la de Alejandría, dándole a su firma el reconocimiento internacional que siempre había creído merecer.

El barco fue bautizado con el nombre de la Estrella de Oro. No era el típico caballito que con tanta destreza se fabricaba en los astilleros gadiritas y que, con su buen navegar, había servido para que los marineros que bogaron el Oceanus Gaditanus alcanzaran islas tan alejadas como las Canarias, las Azores y Madeira. El barco era un mercante con sitio suficiente para una expedición que necesitaba marineros y guerreros, bodega para el agua y la comida, y un lugar especial, reservado de las influencias del clima, para la mercancía más importante: la sal. La sal que se había extraído de las salinas gaditanas y que, según comentaban los marineros que habían navegado más al sur de las costas saharianas, era muy estimada por los

habitantes de aquellos lejanos países, donde el calor pudría carne y pescados, si no estaban en salazón. La nave era bonita, el ánimo de los marineros grande y el mar un manto azul digno de una reina india.

—Lo veo todo en orden —dijo Cara Pescao a Crátero.

—Lo está, patrón. Lo está.

—¿Se han hecho las ofrendas debidas en el templo de Hércules?

—Sin escatimar un sestercio.

—¿Y Asdrúbal? ¿Listo para viajar hasta Lixus[1]?

—Lo está. El sabio sacerdote del templo nos precisará una serie de aspectos convenientes para una buena navegación.

—Que Valentiniano y Scaeva Minor no se retrasen. Ellos deben estar al tanto de las informaciones que maneja Asdrúbal.

—Están avisados, patrón.

—¿También el piloto de la nave, Polypus, el Pulpo gaditano?

—Relájese, patrón. Todo está en orden. Todo está listo. Y a la espera de que dé la orden de zarpar.

Cara Pescao hizo el intento de saltar al barco, de pisar la Estrella de Oro. Pero no pudo. Las piernas le fallaban. Y Crátero, juicioso, le aconsejó que se quedara en tierra.

—De acuerdo. No subiré. Pero quiero que en ese barco viaje mi amuleto más preciado, mi Mercurio de oro que siempre cuelga de mi cuello y ha relajado de ansiedad mis manos. Debe ir en ese barco. Nunca me abandonó. Ya que ni yo ni tú viajaremos hacia el sur, que lo haga Mercurio, mi seguro más efectivo.

—Así se hará, patrón.

Cara Pescao le guiñó un ojo a Crátero para que le ayudara a dar la vuelta y no separara su hombro, el apoyo moral y ahora físico del viejo mercader. Un joven marinero, de torso desnudo y atlética complexión, pasó muy cerca del rico liberto hispalense, que sintió en su barriga el deseo que toda su vida le despertaron las carnes más hermosas de sus amantes. Lanzó un leve suspiro al cielo, implorando, entre dientes, no se sabe qué cosa sobre el deseo y la fuerza. Crátero lo miró y sonrió.

—Veo que aún le quedan fuerzas, patrón.

—Fuerzas no; ganas, todas…

Siguieron trabajosamente su camino hacia la litera de Cara Pescao. Riendo ambos sin reservas. Ya habría tiempo para ponerse serio cuando Asdrúbal, horas más tardes, visitara la casa gaditana de Cara Pescao, donde iba a ser informado de los peligros de viajar hacia el sur, más allá de las costas saharianas, donde dicen que está el país de los hombres monos, de los gorilas…

6. Gades. Casa de Cara Pescao

Asdrúbal, uno de los sacerdotes del templo de Hércules de Gades, tenía ascendencia púnica y un almacén en la cabeza, atestado de conocimientos marítimos como solo podían tenerlo los servidores de aquel templo, el más famoso y visitado del occidente imperial. Era el religioso de confianza de Cara Pescao, tanto para cuestiones de tipo sobrenatural como para estar al día de lo que entraba y salía del puerto de Gades, cosa que el rico mercader hispalense sabía compensar con una generosidad ilimitada. Experto en periplos de la antigüedad y en noticias frescas que traían en sus barcos los marineros gaditanos, tanto de sus viajes por la costa atlántica norte como por la del sur, el patrón hispalense lo convirtió en uno de los pilares fundamentales de su aventura africana. Cara Pescao sabía que tenía en sus manos un negocio redondo: cambiar sal por oro. Pero no era fácil llegar hasta las tierras del oro de los negros. Pese a lo que en la conciencia colectiva del mundo gaditano se dijera al respecto. Llegar hasta la isla de Cerne, aquella remota tierra donde sus hombres iban cubiertos de oro y que, de forma vaga e imprecisa, habían comentado al gran Alejandro que sus habitantes llegaban a dar un talento de oro a cambio de un caballo, no era una aventura pesquera. Aunque mucho del conocimiento y las leyendas que circulaban en Gades referentes a la riqueza del oro de los negros se había ido adquiriendo gracias a la osadía marinera de los pesqueros gadiritas, navegando siempre hacia el sur en busca de nuevos caladeros. La famosa industria del *garum* gaditano, una salsa realizada con vísceras fermentadas de diversos pescados,

dependía de ello.

Cara Pescao tenía en Gades una preciosa casa dando al canal que dividía a la ciudad en dos islas; concretamente en la mayor, Cotinussa, situada frente a la conocida como Aphrodisias, con vistas al puerto y demasiado húmeda, quizás, para los huesos cansados y quejosos del rico mercader. La casa desprendía un lujo más refinado que las que el acaudalado liberto poseía en Híspalis e Itálica, quizás porque el paso del tiempo había ido aplacando la estridencia de sus gustos de nuevo rico. Lo único que las hacía iguales era la gran estatua dorada del dios Mercurio que presidía el acceso a las mismas, donde siempre había cortezas de cedro y goma de Arabia quemándose en los pebeteros e inundando su atmósfera de un clímax tan exquisito como empalagoso. En una amplia sala, con ventanales abiertos al bullicio portuario, los asistentes a la reunión escuchaban a Asdrúbal, que tenía un hablar calmoso pero firme. Mirando al piloto, Polypus, al que Cara Pescao, algunos años atrás, había dado médico, cama y alimentos para que se recuperara de las secuelas de su naufragio en las islas Can[2] a cambio de que llevara su barco hasta el oro de los negros, Asdrúbal insistía en su mensaje:

—Navegar hacia el sur por la costa africana no tiene mayores inconvenientes. Tú lo sabes bien, Polypus. Has hecho esa ruta algunas veces.

—Lo sé, sacerdote. Y siguiendo sus consejos aún será más fácil.

Tanto Scaeva Minor como Valentiniano oían con atención al sabio del templo de Hércules, que continuaba hablando calmoso y firme.

—Vuestro destino es la isla de Cerne. Mis informaciones la sitúan entre dos grandes bocas de río, una vez hayáis dejado de ver las costas del desierto.

—Yo llegué hasta allí, señor. En esos ríos hay cocodrilos e hipopótamos. Y los negros te cambian el oro por la sal.

—Eso tengo entendido, Polypus. Algunos marineros la sitúan en la zona del Bambouk, el río Senegal, la salida natural del oro del suroeste de aquella región.

Con su proverbial falta de tono, Valentiniano, al que los

años parecían respetar y mantenían fuerte y arrogante, interrumpió a Asdrúbal.

—Y si es tan fácil llegar hasta ese oro, ¿cómo es que Marco Aurelio no lo intenta?

—Quizás porque las informaciones que tengan en Roma no sean tan buenas como las que manejamos en Gades. Escipión el Africano, hace muchos años, le encomendó a Polibio que hiciera un viaje de exploración por las costas occidentales africanas, basado en informaciones que manejaban los marineros de Gades. Y el rey mauritano Juba II, al inicio de su reinado, veinticinco años antes de que Augusto empezara a mandar en el mundo, envió sus naves hasta el sur de Mauritania, alcanzando también las islas Can.

—¿Y el oro? —siguió preguntando con desparpajo el dacio.

—No supieron dar con él. Pero el oro está allí. Existe.

Intervino Polypus, el piloto:

—Mis ojos lo han visto. Es verdad.

Asdrúbal levantó su mano pidiendo que le dejaran continuar.

—Roma no dio con ese oro porque lo encontró más a mano de sus legiones y conquistas. Lo halló aquí en Hispania, en la Dacia y en las minas del sur de Egipto. Por eso no insistieron en buscarlo por donde vosotros lo vais a encontrar.

Cara Pescao miraba a Crátero y Crátero miraba a Valentiniano, rogándole con sus ojos templanza y cordura. Pero Valentiniano seguía siendo fiel a su endiablado temperamento, a la fuerza de aquel carácter y de aquella intuición que lo habían salvado de tantos avatares adversos en su vida.

—Yo no veo nada claro este viaje. Nos comerán los cocodrilos. Y si eso fuera así prefiero que lo hagan los del Nilo que los de la isla de Cerne… No me gustan los negros. He matado a dos en el anfiteatro. Y su sangre huele fatal.

Scaeva Minor deslizó su mano sobre el muslo de Valentiniano, lo apretó y lo miró rogándole silencio. El dacio no se calló.

—Me miráis como si fuera un imbécil. Y a lo peor yo no soy un imbécil. No pienso callarme. Me habéis citado aquí para…

Cara Pescao se levantó de su silla trabajosamente y Valentiniano, al ver al patrón gastarse en ese esfuerzo, calló de inmediato.

—Valentiniano, con el cariño y amistad de tantos años, tengo que decirte una cosa. No hemos venido aquí a oír tus impresiones. Estamos aquí para oír al hombre que más sabe de este tipo de periplos. Asdrúbal viajará con vosotros en el barco, bajará en Lixus, donde tiene que arreglar asuntos personales. Y durante ese trayecto puedes hablar con él de forma relajada y tranquila para convencerte con informaciones de primera mano de que este viaje no es ninguna locura. ¿Has visto alguna vez que tu patrón tire el dinero a las letrinas?

—Pero uno se va haciendo mayor, patrón…

—Tú también te harás mayor. Ya te estás haciendo mayor, aunque tu físico sea envidiable. Pero te diré algo, amigo: cuida esa boca porque puede mandarte al Hades. Tienes el don magnífico de la insolencia. Pero algún día te costará caro.

—Sea, patrón. Pero mi intuición no me falla. Y si los codiciosos romanos, tan necesitados hoy de oro para sus guerras en el norte, no han puesto en marcha una expedición a esa puta isla es, sencillamente, porque solo existe en la imaginación de los marineros gaditanos y en los que creen en sus cuentos, como Asdrúbal.

El sacerdote miró a Cara Pescao. Y este le contestó encogiéndose de hombros y con una expresión clara en su rostro dando por un caso perdido a aquel valiente guerrero dacio convertido, por el azar y las circunstancias de la vida, en un mercader con espada y fogoso temperamento.

—Bien, Valentiniano, así las cosas, ¿te quedas conmigo en Gades o te vas en el barco a buscar la puta isla esa, como con tanta delicadeza la nombras?

—Iré, una vez más, por ti, patrón. Por vigilar de cerca los hombres y desaconsejarles cualquier tipo de amotinamiento o fuga. Pero debes saber que algo le dice a mi corazón que el viaje no será tan sencillo como nos dice Asdrúbal y que, si llegamos a la puta isla de Cerne, no hallaremos más oro que el que hay en las secas minas de mi tierra.

Intervino Crátero para cerrar aquella crispada reunión.

—Nuestro patrón está cansado. ¿Hay alguien que tenga algo que decir o apuntar?

Nadie dijo nada. Eso sí: se miraron todos y todas las miradas confluyeron en los ojos de Asdrúbal que aliviado, pero sin decir palabra, pensó: «Por Hércules gaditano, menos mal que mi viaje termina en Lixus. No he visto en mi vida un carácter más tormentoso que el de ese Valentiniano…».

—¿Puedes esperar un poco, Scaeva Minor? Tengo algo que darte.

Los demás salieron y Scaeva Minor, ya convertido en un apuesto y atlético muchacho, cada vez más parecido a su padre, atendió la llamada del patrón.

—Usted me manda, patrón.

—Mira, por nada del mundo debes perder este amuleto que me ha salvado de momentos, de muchos momentos peligrosos en mi vida.

Cara Pescao desabrochó su Mercurio dorado del cuello y se lo dio en mano al joven Scaeva.

—Llévalo siempre contigo. Tanto en el mar como en la tierra. Bajo su protección nada malo podrá pasarte ni a ti ni a la tripulación, ni al oro que tanto necesitamos para ser los hombres más poderosos de un imperio que cada día que pasa es más desdichado. Que Mercurio os proteja, hijo.

—Así será, patrón. Regresaremos con ese oro. Y Valentiniano tendrá que tragarse las palabras que hoy ha dicho de forma tan destemplada.

—Olvida eso, Scaeva. Él es así. Y ni un cocodrilo de Cerne o del Nilo podría tragar su carne, que debe ser tan dura como su cabeza.

Rieron y Cara Pescao los despidió en el *atrium* de su hermosa casa, con cierto pesar en su corazón. Ese pesar que te embarga cuando te despides de alguien que sabes que no volverás a ver nunca más. Scaeva encaraba aquel viaje con tantos amuletos y exvotos como el templo de Isis. Porque, además del Mercurio que le había entregado su patrón, llevaba, como herencia sentimental de su padre, el cuchillo turdetano y un collar con una concha del viejo templo de Astarté en el Carambolo hispalense, al que se sujetaba el Zurdo

cada vez que una situación se le volvía lo bastante hostil como para encomendarse a lo sobrenatural. Y por todos los dioses, en este viaje le serían necesarios todos aquellos resguardos con los que un mortal podía agarrase a la vida…

7. Gades. Casa de Cara Pescao

—Valentiniano no tiene arreglo —dijo Crátero cuando todos habían abandonado la casa.

—A su edad ya es imposible. Pero lo necesitamos tal y como es, Crátero. Yo diría que se parece al *garum*. Su olor nos repugna, pero sus efectos sobre la comida son gratificantes.

—No le entiendo, patrón —dijo Crátero mientras acomodaba a Cara Pescao en un confortable triclinio desde el que se observaba el puerto y, al otro lado del canal, en la isla de Aphrodisias, el hermoso templo dedicado a Venus.

—Es fácil: las formas de Valentiniano nos echan para atrás, pero con esas formas todos hemos saboreado muchas ganancias y triunfos comerciales. Su intermediación en Alejandría resultó muy beneficiosa para todos. Tenlo presente, Crátero. Gracias a él y a Apolofanes, el banquero de Alejandría, logramos ganar mucho dinero con las sedas chinas.

Una gaviota de enorme tamaño amenazaba con pasar por los ventanales de la casa a la estancia donde hablaban calmosamente ambos socios y amigos. El griego fue a llamar a un esclavo para que la alejara. No lo dejó Cara Pescao.

—Déjala que entre, Crátero. Es un buen presagio. Un ave del mar que viene a saludarnos antes de la gran travesía. Me alegra saber que Mercurio me envía sus mejores parabienes.

El silencio se apoderó de la sala y solo el bullicio que llegaba del puerto ponía sordina a las dificultades respiratorias de Cara Pescao, cada vez más evidentes. El patrón cerró los ojos y dijo a Crátero:

—Hace año y medio que te di la libertad. Te la ganaste por tu lealtad y servicio. Tienes buena cabeza para pensar y organizar. Todavía no entiendo por qué no regresaste a tu tierra, tan añorada por lo que me contabas de ella.

—Mi tierra está donde pise usted, patrón. También para mí

han pasado los años y creo que no habrá nadie en mi Grecia natal que pueda recordarme. Allí sí sería un extraño y me sentiría como un extranjero.

—¿Te he tratado bien?

—Me he sentido honrado siempre, mi amo.

—¿Incluso cuando me enfurecía con tus obsesivas minucias contables?

—Eso me hacía gracia, patrón.

—Maldito griego, te reías de tu amo… —dijo sonriendo Cara Pescao.

Nuevamente callaron. Y Cara Pescao se quitó un anillo de oro y diamantes que llevaba en uno de sus dedos.

—Toma, Crátero. Te lo regalo. Creo que te mereces esto y mucho más. Pero por ahora luce este anillo que tantas miradas envidiosas ha provocado en Roma, en Britania, en Híspalis, en Itálica y aquí, en Gades. Allá donde estuve representaba mi poder y gloria. Es tuyo. Póntelo

—No puedo aceptarlo, mi amo.

—Crátero, ya no eres mi esclavo. Hace año y medio que eres libre, vives conmigo y eres partícipe como socio de nuestra aventura africana. Es un regalo de socio a socio. Así que no me revientes la tarde y póntelo ya.

Crátero se sintió arrobado, desbordado por un regalo tan magnífico, tan lujoso, pero también tan estimado por Cara Pescao, lo que indicaba el aprecio que el viejo mercader sentía por el griego.

—¿Le gusta cómo me queda, socio? —Le enseñó su mano a Cara Pescao.

—Me gustaba más cómo me quedaba a mí —dijo con sorna —. Pero a ti tampoco te queda mal. Espero que con esa fortuna en tu dedo seas capaz de joder a muchos aristócratas, como aquellos cabrones de Itálica, familiares de Trajano, que nunca me dejaron entrar en las fiestas que les organizaba, condenándome a la grasa y la manteca de las cocinas.

—Hace mucho tiempo de aquello, patrón.

—Tanto hace que por fin, los Annio Vero de Ucubi[3] han podido colocar en el trono de Roma a uno de la familia como emperador. Consiguieron eliminar al favorito de Trajano tras

aquel complot que vivimos en Itálica. Fueron descubiertos. Y ajusticiados. Las mujeres que rodeaban a Trajano impusieron a Hadriano en la sucesión. Los Annio Vero no dejaron de perseverar. Y finalmente con Marco Aurelio han conseguido lo que han venido buscando desde hace tanto tiempo.

Cara Pescao dejó de hablar, tomó aire y rebajó la intensidad de su despecho. Los recuerdos, a veces, irritan como las ortigas la piel.

—Hace mucho tiempo de eso, es verdad, Crátero. Pero no he podido olvidarlo. A aquellos aristócratas les gustaba rebajarme, refregarme por la cara mi condición de liberto. No me perdonaban que fuera más hábil y listo que ellos en los negocios. Mucho menos que les adelantara el dinero que no tenían.

—Nunca entendí que les perdonara el dinero que les prestó y nunca recuperó.

—¿Sabes por qué lo hacía? Porque me hacía sentirme grande, poderoso frente a su indecorosa necesidad. Tampoco te negaré que Scaeva se dedicaba a que nuestros informadores de la calle lo divulgaran, para que toda Híspalis supiera que los aristócratas le debían dinero al tipo que dejaban en las cocinas de sus *domus* de Itálica cuando hacían una fiesta. Mi dignidad era su indignación. Por eso la fomentaba…

La gaviota volvió a intentar colarse en la sala. Esta vez Cara Pescao no le prestó mucha atención. Desatendió las premoniciones mercuriales del pájaro y se concentró en temas mucho más terrenales.

—Tengo que encargarte una misión, Crátero.

—Lo que usted diga, mi señor.

—Quiero hacer testamento…

Agobiado, lo interrumpió el nuevo liberto.

—¿Le pasa algo, mi amo? ¿Se siente enfermo? ¿Me ha regalado el anillo porque…?

—Porque me ha dado la gana, Crátero. No me siento ni peor ni mejor que ayer o que hace dos o tres años. Le he perdido el miedo a la muerte. La tengo tan cercana y presente que nos hemos hechos buenos amigos. Coqueteo con ella como si fuera mi amante favorito. Ya no me da ansiedad pensar o creer que

su risa me seducirá algún día para irme de su mano de este mundo. Pero estimo que con casi noventa años es hora de hacer testamento. ¿No crees, griego?

—Lleva usted razón, patrón.

—Pues eso. Haremos en estos días testamento. Y necesito que marches urgentemente a Augusta Emérita[4]. Quiero hacerme con la propiedad de algunas *domus* que se están vendiendo muy baratas cerca del anfiteatro y del teatro.

—En Itálica está ocurriendo lo mismo. Se han puesto a la venta muchas grandes casas.

—Lo sé. Algunos de los que levantaron sus domus en el área que dispuso Hadriano las están vendiendo. No porque el terreno, como dicen para disfrazar su quiebra, inspire poca confianza para la cimentación de los edificios. Lo hacen porque se han quedado sin dinero, están arruinados, tanto como el Estado que gobierna Marco Aurelio. Nunca vi una crisis tan descomunal, Crátero. Pero no olvides que las crisis son buenas para los ricos listos. Las aprovechamos para quedarnos con lo que ya no pueden mantener otros. Tierras, ganados, grandes *domus*…

—Necesitamos llegar hasta el oro de esos negros, patrón.

—Si lo logramos, te aseguro que tendremos más dinero que el emperador.

—Mañana dispondré los papeles oportunos para que haga su testamento. Y después marcharé hasta Augusta Emérita para cerrar esos negocios. ¿Le interesa que participe de esa inversión?

—Llevas en tu mano el anillo de los poderosos mercaderes. Me extrañaría mucho que te quedaras al margen…

Cara Pescao se levantó con la ayuda de Crátero, se dirigió a los ventanales y observó un paisaje lleno de color y olor a mar, con barcos con leyendas en sus velas para que la furia de Neptuno las respetara, gaviotas peleando por el despojo de los pesqueros y una abigarrada actividad de la gente vinculada al negocio del mar que insuflaba vida al cansado corazón del viejo mercader hispalense.

—¿Te has fijado en una cosa, Crátero?

—¿Se refiere a que aquí no se nota la crisis como en otras

provincias?

Cara Pescao le hizo un gesto con la mano para que abandonara tan peregrina idea.

—En absoluto pensaba en eso, amigo. Pensaba en que hay veces en las que aún me sigues llamando amo. Un año y medio después de ser ya un hombre libre.

—Es la costumbre, amo…

Cara Pescao lo miró y se rieron con el cómplice guiño del griego.

—A mí me pasa lo mismo cuando escucho sonar un látigo. Hace muchos años que dejé de ser esclavo. Pero no puedo evitar que el temor me asalte cuando escuchó dar cuero…

8. Gades

Polypus revisaba minuciosamente los pormenores del barco. Todo parecía estar en orden. No quedaba cabo por atar. Estaban listos para zarpar. Y solo esperaban una orden de Cara Pescao para hacerlo. Como piloto de la nave, sabía que tendría que compartir algunas decisiones engorrosas con los dos hombres a los que el patrón les había encomendado la militarización y disciplina del barco. Y ya sabía el carácter que se gastaba el dacio. Tan insolente como furibundo. Incluso con un sacerdote del templo de Hércules, al que cualquier habitante cuerdo del Imperio respetaría y trataría con delicadeza. Valentiniano y Scaeva Minor andaban por el puerto, cerca de la nave, quizás matando el tiempo, dejando pasar las horas a la espera del inicio de una aventura tan golosa. Sal por oro. Parecía de locos. Pero había países lejanos situados muy al sur que la valoraban más que el dorado metal de los dioses. La sal era para su supervivencia tan vital como el trigo de Egipto para que Roma comiera todos los días. Scaeva Minor, muy maduro para su edad, compartía los mismos temores que el piloto respecto a la imprudencia volcánica del carácter de Valentiniano. Sabía que daría problemas durante el viaje. Y que, más que al revés, sería él quien tendría que estar muy al tanto de lo que su hermano mayor, pues como tal lo tenía, era capaz de hacer o decidir.

Polypus seguía haciendo repaso de las mercancías del barco. La sal estaba cargada y ubicada en un lugar protegido de las inclemencias del tiempo. El agua estaba almacenada en grandes tinajas, *dolia,* de un metro ocho centímetros de altura, sin asas y con la boca grande, cementadas sobre la quilla del barco, para que los golpes de mar no las destrozaran y la sed inundara la nave de malos demonios que pudieran amotinar a la tripulación. La comida, salazones, trigos, aceite, cereales comunes, estaba perfectamente envasada en unas *dolia* cilíndricas, dispuestas también a lo largo de la quilla del barco. La marinería contratada expresamente por el piloto era, fundamentalmente, local y seleccionada personalmente por Polypus, que confiaba ciegamente en ellos. El piloto, aunque se defendía en varios dialectos de tribus norteafricanas, echaba de menos a un especialista en lenguas. A un hombre del otro lado del Estrecho que conociera las endiabladas jergas de los nómadas, las que él no dominara, circunstancia que en un determinado y especial momento de la travesía pudiera ser fundamental para sobrevivir.

—¿Alguien conoce a un tipo que domine las lenguas de los hombres del desierto? —preguntó en voz alta.

Los marineros que estaban trabajando sobre los cordajes y colocando la pesada áncora de hierro cercano a la proa para cuando se necesitara utilizarlo se miraron unos a otros. Y movieron la cabeza negando esa posibilidad. Insistió con más fuerza en su voz:

—¿No hay nadie entre vosotros que conozca a un africano que nos pueda ayudar en este viaje?

Las negativas volvieron a sucederse.

—Pues es vital que demos con uno antes de zarpar.

Un marinero le regaló una idea.

—En Lixus seguro que lo encontramos. Allí nos será más fácil dar con él.

Polypus vio razonable la alternativa que le daba el marinero. Y perdió preocupación por el asunto. Miró relajadamente el mar y pensó en aquella aventura, que lo podía hacer muy rico cuando tanta penuria caminaba por todas las carreteras del Imperio. Inesperadamente saltó al

barco un joven fornido, alto, bien construido por la naturaleza y con la juventud brincándole en los ojos y en su tensa musculatura. Tenía las piernas y los brazos cubiertos de tinte azul y rojo, de tal forma que no se le apreciaba el color real de su piel en esas partes del cuerpo. Se dirigió al piloto en una lengua ignota.

—¿Es usted el piloto de esta nave?

Polypus medio lo entendió y le contestó con una sonrisa en su boca.

—Sí lo soy. Y creo que tú eres el hombre que andaba buscando…

9. Gades

El chico estaba habituado a vivir a ambos lados del Estrecho. En un ir y venir para encontrarse con la fortuna. Era uno de esos buscavidas que había abandonado su tribu asentada en algún lugar del Atlas para hacerse con un techo, una comida y una vida sin los sobresaltos del hambre y la pobreza. Había navegado con pescadores gaditanos que se aventuraron a ir desde la costa africana hasta la isla del volcán, Nivaria[5]. Y tampoco le eran ajenos los trabajos en las salinas y en las factorías de salazones. Hablaba perfectamente latín. Pero además dominaba varias lenguas desconocidas para los romanos en las que se comunicaban diversas tribus nómadas, de las que recorrían el desierto sahariano de oasis en oasis, viviendo del intercambio de sal y mercancías. Llevaba en Gades un par de años. Y no acababa de encontrar el golpe de fortuna que venía buscando desde que abandonó su tribu. Gracias a las fuerzas de sus piernas y al aire que podía almacenar en sus pulmones se ganaba la vida en una *fullonica,* una tintorería cercana al puerto y ubicada en una antigua casa señorial transformada ahora en lavandería en la isla mayor de Gades, en Cotinussa. Allí se encargaba de pisar el tejido y limpiarlo o teñirlo, según el día, siempre al ritmo de canciones entonadas por esclavos y asalariados. Tenía las huellas de tan duro trabajo en sus pies y de rodillas hacia abajo, tatuadas por el ácido de los alcalinos, la tintura de las cañaíllas, las cenizas

y la orina humana que se empleaban en el proceso hasta conseguir la púrpura final. Vespasiano, en su día, había dictaminado que las *fullonicae* pagaran un impuesto por la orina que utilizaban. No era infrecuente ver en los exteriores de estas lavanderías ánforas cortadas a la mitad y dispuestas sobre soportes donde se invitaba a que la gente meara. Ese orín sería utilizado posteriormente en el proceso de limpieza y tinte.

Polypus quiso saber si aquel muchacho que despertaba las risas de los marineros por su olor a meado y parte de su cuerpo tintado conocía el latín.

—Veo que trabajas en una *fullonica*…

—Así es, señor. Pero no por mucho tiempo.

—¿De verdad? —Polypus constataba que su latín era claro y fluido.

—En vista de lo que usted busca para el viaje, yo creo que puedo ser esa persona.

—¿Qué tal te comportas con los remos?

—Me desenvuelvo igual de bien con los remos que con las redes.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Me llaman el Tingitano. Mi nombre de verdad no les es fácil pronunciarlo a los romanos.

El piloto lo examinó. Como quien mira a una vaca o a un caballo antes de comprarlo. Lo invitó a que abriera la boca. Le vio su dentadura, perfecta. Y le tocó sus brazos y muslos. Duros como el altar de mármol de Mitra.

—Estás sano.

—Que los dioses quieran que sea por mucho tiempo —dijo el Tingitano.

—¿Me aceptas una sugerencia?

—La que usted me proponga, señor.

—Tomas estos ases y ve a las termas más cercanas que conozcas. Lávate, quítate la mierda y el olor a orines que llevas encima y regresa al barco. No creo que tardemos mucho tiempo en zarpar.

—¿Entonces los acompaño?

—Entonces trabajarás como el que más en esta misión. Ve y

no tardes. No sea que icemos las velas y tengas que volver a pisar lanas y lino en una piscina llena de orines, ácidos, barro y cenizas…

10. Gades

Encontraron un buen sitio para hablar. Para intercambiar opiniones. Para repartirse tareas y no desautorizarse ninguno de los dos con una contraorden. En un soleado lugar del puerto, donde los marineros cosían las redes y la brisa era tan dulce como los besos de una mujer, Valentiniano y Scaeva Minor se habían recostado sobre unas enormes dolias varadas en la arena rubia de Gades. Scaeva Minor defendía un principio, para él básico.

—Hermano, creo como tú que la travesía no será fácil. Que Asdrúbal trata de estimularnos quitándole complicaciones. Pero tenemos que saber que tanto tú como yo hemos invertido capital en este periplo. Y que por nada del mundo vamos a estropearlo con disputas inútiles.

—¿A qué te refieres, muchacho?

—A posiciones frontales como la que mantuviste con Asdrúbal en la reunión en casa de Cara Pescao.

—Era el lugar idóneo. ¿Dónde iba a expresar mi opinión? ¿En el lupanar de Gades? ¿En las letrinas del foro?

Scaeva movía la cabeza, frustrado, tratando de transmitir al dacio su responsabilidad, que debía de hacer un esfuerzo por comprender, por encontrar su verdadero sitio en esta aventura marítima. Si lo conseguía todo, sería mucho más llevadero, incluso si la suerte se presentaba adversa y en el lejano mar se complicaban las cosas.

—Tú y yo somos socios con el patrón y con Crátero. Polypus no es el capitán de la nave. Pero no puedes enfrentarte a él porque la marinería la buscó entre sus amigos y conocidos de Gades. El piloto siempre tiene que sentirse satisfecho con nuestro trabajo, que no será otro que mantener el orden y la disciplina. Sus ojos son los del barco. Nosotros la cabeza que lo rige y custodia. ¿Me entiendes, hermano?

—Te entiendo, muchacho. Yo no soy bobo. Y no tengo

problemas con Polypus.

—Mejor así. Aunque vi la mirada que le lanzaste cuando le dio la razón a Asdrúbal sobre el oro de Cerne.

El dacio empujaba con sus pies la arena sobre la que descansaba hasta hacer una montañita donde saltaban las pulgas de mar. Dejó pasar, conscientemente, un tiempo, como buscando que se enfriara el efecto del discurso de Scaeva Minor. Luego prorrumpió con su natural energía:

—Scaeva, vamos a perderlo todo. No me preguntes por qué lo sé. Pero nunca me ha fallado la intuición. Ha sido mi mejor estrella para conducirme en la vida. Presiento que todo esto es una mierda de la que se beneficiarán exclusivamente ese maldito sacerdote y el templo de Gades.

Valentiniano se incorporó preocupado. Se sacudió la arena de sus piernas y miró pensativo al mar.

—Pero no te preocupes, muchacho. Siempre estaremos juntos. Así se lo prometí hace tiempo a tu madre y así lo hago.

—Te ruego una cosa, hermano.

—Dime, Scaeva Minor.

—Durante el viaje hasta Lixus, déjame que yo trate con Asdrúbal. Te prometo que, si huelo algo que no me guste, regresamos a Gades.

—Prometido, Scaeva. Sabes que siempre cumplo mi palabra.

Scaeva le tendió la mano a Valentiniano para ayudarlo a levantarse. El dacio la rehusó con cortesía y de un salto se incorporó. Dejó escapar una sonrisa vanidosa, pero sin maldad, celebrando su envidiable estado de forma.

—Soy tu hermano mayor, Scaeva. Pero no tu abuelo. El abuelo está allá, en aquella preciosa casa, dejándose engañar por un sacerdote que es tan falso como las historias que cuenta. No te lo voy a negar. Creo que Cara Pescao no tiene la agilidad mental de años atrás. Se ha hecho un viejo. Y es capaz de tragarse el anzuelo de un niño.

—No comparto esa impresión, hermano.

—Da igual. Este viaje te servirá para que abras los ojos y la boca. ¿Te confieso algo?

—Dime, hermano.

—Me encantaría cortarle la cabeza a Asdrúbal y echarla en

una pileta de esas donde se pudre el pescado infecto con el que hacéis el *garum*.

11. Itálica. Ribera del Betis

Plaucia, aquella bella y casi adolescente muchacha de Julia Traducta, cerca de la actual Algeciras, que fue instruida, amadrinada y casada por Gala con un pariente de Fabia Hadrianilla, su tío Cecilio, gozaba de una esplendorosa posición, tras haber heredado en su día el patrimonio de su fugaz matrimonio con aquel elegante aristócrata viudo, emparentado con Hadriano. Posteriormente, también heredó el inmenso patrimonio de Gala. Gala quiso acabar con su pupila por los celos que siempre la descompusieron y la convertían en una enloquecida fiera. Y para una mujer que perdía la juventud por el paso de los días, no ganar ante su hermosa discípula una disputa de amor era tan insoportable, o más, que perder una buena mina de plata. Plaucia se recuperó asombrosamente de los efectos de aquella trampa que le tendió su madrina haciéndola montar en un caballo númida con la silla defectuosamente amarrada. Fueron años muy duros para la joven gaditana que, con su tesón y perseverancia, recuperó la salud de su pierna y cadera, a base de los exigentes ejercicios que le imponían los médicos. Desapareció su cojera. Y volvió a ser la hermosa mujer que, durante la adolescencia, la naturaleza había planeado hacer con su cuerpo. Sus encuentros con Valentiniano prosiguieron. Y ambos, aunque cada uno en su casa, continuaron manteniendo viva una pasión fogosa que ni los años que pasaron supieron enfriar. ¿Estaban enamorados? Lo parecía. Pero, a veces, el amor escoge el camino más difícil y confuso para manifestarse. Eso mismo es lo que pasaba en aquella relación ya larga en el tiempo entre una rica aristócrata y un ex gladiador, ahora rico mercader y, por siempre, iracundo personaje.

Plaucia gustaba de asomarse al río de Itálica, acompañada de sus esclavas, recordando los viejos tiempos de su juventud, cuando su madrina Gala la instruía en las artes del amor, de las letras y de las buenas y venenosas formas con las que había

que moverse entre aristócratas envidiosas y feas. Paseaba por la ribera del río sin decir palabra. Con la mente secuestrada por los recuerdos. Una esclava se preocupó por su ensimismamiento y buscó una excusa tonta para hacerla hablar.

—Qué hermoso está hoy el río, señora.

Plaucia seguía ensimismada en su viaje al pasado y, de vez en vez, en su salto al futuro. No estaba muy convencida de que Valentiniano volviera de aquella locura marítima al sur del desierto y, aunque eso la desosegaba, estaba convencida de que podría seguir viviendo sin su presencia. Tenía algunos callos en su alma. Había vivido y sufrido enormemente años atrás, cuando Gala la convirtió en reina y, posteriormente, intentó destronarla como Octavio hizo con Cleopatra. Ah, Cleopatra… Solo su nombre le resucitaba la imagen de Cecilio, aquel talludito aristócrata con el que Gala la casó, elegante y educado, exquisito en sus formas y caballero en su trato, que tantísimo le recordaba a su padre, Tito Plaucio, hace tiempo enterrado y descansando en el mundo del silencio. Hubiese sido su marido ideal. Si los años no le hubieran hecho parecer a su lado un abuelo. Plaucia se echó inconscientemente la mano al cuello y besó con sus dedos aquel collar de la reina de Egipto que Cecilio le había regalado el día en que se comprometieron en matrimonio.

—Qué hermoso está el río, ¿verdad, señora?

Plaucia miró a la esclava y, en señal de consideración, le acarició su bonito pelo rubio. Pero no dijo una palabra. Siguieron caminado hasta que, casi escondidos en la espesura de la ribera, vieron a un hombre joven rodeado de personas que lo escuchaban. Gala sintió curiosidad y, sorprendida por un resorte infantil que la empujaba a jugar haciendo maldades, indicó a las esclavas que pararan.

—Escóndanse bien y escuchemos lo que dicen.

Las esclavas atendieron su llamada y se implicaron en el juego, infantil pero entretenido para aquellas mujeres ociosas. El hombre que estaba en pie dirigiéndose a un grupo de mujeres, niños y algunos varones seguía hablando:

—Solo Jesús es digno de culto. Porque es nuestro verdadero

rey. Solo por él elevaremos plegarias y quemaremos incienso. El emperador es un mortal como lo somos todos. No es Dios. Dios es Jesús. Y él es nuestra fuerza para vivir.

Plaucia miró a una de sus esclavas. Y le preguntó:

—¿Qué está diciendo ese loco?

—Señora, son cristianos. Y los cristianos, como los judíos, solo hacen y dicen locuras…

—¿Cristianos?

—Sí, mi ama. Cristianos. Seguidores de Cristo. Un falso profeta. Uno más de los muchos que han aparecido en los últimos tiempos…

---

1 Larache.

2 También llamadas islas de los Perros, las actuales Canarias.

3 La actual Espejo, en Córdoba.

4 Mérida.

5 Tenerife.

CAPÍTULO II
El fin del mundo

1. Oceanus Gaditanus

Varios días llevaba en el mar la Estrella de Oro, el barco que Cara Pescao y sus socios habían armado para navegar, por la costa occidental de África, hasta las bocas del río Senegal, buscando el oro de los negros. La travesía estaba siendo plácida, suave como una caricia de Venus, habiendo realizado una parada técnica en Baelo Claudia, la actual Bolonia, en Cádiz, esplendorosa por su intensa actividad comercial con las pesquerías y tan lujosamente transformada por el emperador Claudio, que le otorgó el rango de ciudad romana y le concedió su apellido para prestigiarla. En Baelo no estuvieron más que algunas horas. Las necesarias para comprar más cordaje de cáñamo y cuero y otra áncora, decisiones estas que tomó Polypus, siempre atento a lo que la prudencia le dictaba, ya que una vez en el mar los caprichos de Neptuno eran impredecibles. Y la única forma que el capitán gaditano tenía de hacerles frente a esos caprichos del dios del mar y de los bosques, de las aguas y los terremotos, era extremar la prudencia para sumar garantías al cabotaje. Pero Neptuno no siempre trató bien a Baelo. Al menos por dos veces la castigó con movimientos sísmicos que dejaron su huella en su hermoso urbanismo de ciudad costera.

Continuaron la navegación hasta las columnas de Hércules, tras dejar atrás el aliado y amigo más solvente para la marinería: el faro del Estrecho. Polypus, como un perro de caza, husmeaba el aire, observaba el flujo de la corriente y traducía el vuelo de los pájaros para buscar respuestas marinas seguras y fiables que, en aquel barco, solo podía compartir con Asdrúbal. Todo parecía indicar que no había nada adverso sobrevolando el destino de la Estrella de Oro, empujada hacia

Tingis[6] por un aire que preñaba la vela del barco y cortaba con su quilla el mar como un cuchillo la barriga de un puerco en la matanza. Polypus miró a Asdrúbal y le regaló una sonrisa:

—Neptuno está con nosotros —le dijo expresando así su confianza.

Asdrúbal aceptó con una mueca casi imperceptible su optimismo. En realidad, le prestaba más atención a los delfines que saltaban, cruzándose, sobre la proa del barco. Scaeva Minor creyó que no era mal momento para intentar saber qué intenciones movían a Asdrúbal, alentando un viaje tan arriesgado para las vidas de los marineros y para las fortunas de los inversores como era aquel de alcanzar las lejanas bocas del río Senegal.

—Creo que Polypus lleva razón y que Neptuno ve con buenos ojos este viaje —le dijo a Asdrúbal.

El sacerdote resolvió con una evasiva:

—El mar puede ser tu mejor amante o convertirse en un demonio que duerme en tu cama y acaba contigo.

—La vida es eso, sacerdote. Desde que comenzamos a caminar cualquier cosa puede hacernos caer para siempre.

—O mantenernos en pie si sabemos cómo hacerlo. Y estamos en las manos de un buen piloto. Un magnífico piloto —dijo Asdrúbal mirando a Polypus.

—Sin duda es un gran marinero. Pero sus conocimientos como sacerdote del templo gaditano de Hércules también me inspiran seguridad.

—Gracias, Scaeva Minor. Pareces un tipo razonable y prudente.

—Solo cuando hay motivos para serlo, sacerdote.

—¿Yo te doy motivos para dejar de serlo? —interrogó con ironía Asdrúbal.

—En absoluto. Todo lo contario. Pero me gustaría que hiciera el periplo con nosotros hasta el final, hasta más allá del desierto.

—Eso es imposible. Mis obligaciones me harán bajar en Lixus para dirigirme, después, hasta Volúbilis. Designios de Hércules.

Scaeva guardó silencio y fijó sus ojos en la ya cercana costa

africana, envuelta en ese *sfumato* brumoso, tan natural en el Estrecho, que deja el horizonte envuelto en un halo de misterio y magia.

—Allá se intuye la costa, Asdrúbal.

—Allá está la costa, tras ese velo brumoso que te impide verla ahora.

—Sacerdote, le insito: me gustaría que viniera con nosotros. Nos jugamos mucho en este viaje. Vidas y fortunas. Y veo que usted lo anima, pero no participa en él.

Asdrúbal se encogió de hombros y respondió a Scaeva:

—Fue Cara Pescao el que me pidió opinión sobre el viaje. Y yo le di, gustosamente, toda la información que tenemos sobre estos periplos. ¿Te las cuento?

—Me gustaría oírlas tanto como que nos acompañase hasta las bocas del río Senegal. Usted conseguiría un gran prestigio escribiendo ese periplo para los archivos del templo.

Asdrúbal no prestó atención a las palabras de Scaeva Minor. Y empezó a contarle las historias de los navegantes fenicios de la antigüedad.

—En el templo conservamos la memoria de los viajes de pilotos singulares de otros tiempos. Viajes que en Gades se funden y confunden con otras navegaciones de pilotos que, por su arrojo, fueron más allá de las fronteras del Oceanus Gaditanus.

—¿Quiénes fueron esos pilotos de la antigüedad, sacerdote?

—Mediócrito, por ejemplo. Del que Pausinas dijo que le ofreció a Olimpia el bronce tartesio del tesoro de Sicionios. Hamilcón, que avistó Britania, llegó al mar de los Sargazos por las Azores, buscando el estaño de las Casitérides. Piteas, que fue contemporáneo del gran Alejandro y navegó por los mares nórdicos. Los bárbaros le enseñaron el lugar donde reposaba el sol. En aquellos valles ignotos donde las noches son muy cortas y, tras un breve espacio de tiempo, el sol se recupera del sueño y vuelve a salir para vivificarnos con su luz y tibieza.

Scaeva Minor escuchaba al sacerdote con atención. Con tanta atención que la forma pausada pero determinante del hablar de Asdrúbal, la heroicidad de las historias, la belleza de su narración, le hacían perder el escudo intelectual de su

mente, para dejarse llevar por aquella clase de encantamiento verbal. A veces las palabras bien dichas y entonadas, con la música que agrada a nuestros oídos, pese a lo dudosas que sean, te llevan a creerlas a pie juntillas, como si fuera una verdad absoluta. Scaeva Minor hacía esfuerzos por zafarse del encantamiento que había sojuzgado su voluntad, viéndose como una presa a merced de un pulpo gigante.

—Pero no aparece África en ninguno de esos periplos, sacerdote. A nosotros no nos interesan ni el tesoro de Sicionios, ni el estaño de Britania y, mucho menos, saber dónde duerme el sol. Nos interesa África, esa costa que ya podemos ver sin brumas. Y, una vez en África, saber qué podemos hacer para llegar y regresar de las bocas del río Bombouk.

Asdrúbal, con cierta displicencia, le preguntó:

—¿Quieres que te hable del periplo de Hannón, el púnico que viajó por África?

—Me encantaría.

—Tenemos tiempo hasta llegar a Lixus.

Scaeva Minor se quedó más tranquilo. Pero no pudo reprimir su curiosidad y volvió a preguntar al sacerdote.

—¿Polypus conoce bien este viaje? ¿Usted lo ha instruido?

Con una calculada vaguedad, Asdrúbal le contestó:

—La experiencia de Polypus y mis indicaciones ponen fuera de peligro a los hombres y a vuestras inversiones.

—¿Puedo saber qué le ha contado a Polypus?

—En la casa de Cara Pescao ya os lo conté. Pero si quieres, y por tu tranquilidad, te lo repito.

—Por favor, sacerdote.

—Sea. Vuestro destino es la isla de Cerne, que está más allá del desierto, en las bocas del río Bombouk. Solo hay que navegar por la costa hacia el sur. Cuando la nave haya dejado las playas del desierto africano empezaréis a ver tierras y animales exóticos, como los que se ven en los bestiarios de los anfiteatros. Siempre tendréis el viento a vuestro favor.

—¿Y para regresar también?

—No.

—¿Entonces nos comerán los cocodrilos de Cerne como dice Valentiniano?

—En absoluto. Polypus sabe cómo manejar la vela para aprovechar el viento. Así se navega por el Mediterráneo oriental desde hace mucho tiempo. Y él ya fue y regresó de Cerne. ¿Recuerdas lo que dijo en casa de Cara Pescao?

—Lo recuerdo. Pero las palabras hay veces que se dejan llevar por la imaginación. Los sueños solo son bonitos cuando se hacen realidad.

—Y este se hará. Para tu tranquilidad te daré más datos que solo tú y Polypus conoceréis.

—Gracias, sacerdote.

—Si queréis avanzar más al sur de Cerne, veréis tres grandes accidentes geográficos que os servirán para saber que vais protegidos por la información del templo de Hércules. Esos tres accidentes geográficos son: el cuerno del oeste, una enorme bahía; el carro de los dioses, un volcán humeante; y el cuerno del sur, otra gran bahía donde viven los gorilas. Ve tranquilo. No te olvides de Hércules y disfruta de un viaje que te hará muy rico.

Scaeva Minor le tendió el brazo y lo saludó con una sonrisa en su boca. Valentiniano lo observaba desde un extremo de la nave. Y se dijo para sí: «Ese puto sacerdote acaba de enviarnos a una muerte sin gloria…».

2. Gades, Itálica

Los mosaicos de las casas, las piedras de las calles, los terrazos de los patios y las piscinas de las termas, inopinadamente, comenzaron a ser visitadas por culebras y ratas, que escapaban de sus madrigueras como si hubieran oído en las entrañas de Gea, diosa de la tierra, los ruidos de una destructora amenaza. Había momentos en los que las culebras y las ratas atestaban la ciudad, que observaba aquel horripilante acontecimiento como una señal nefasta, adversa para los intereses de todos. Los caballos relinchaban e intentaban escapar de sus cuadras. Los que lo lograban se reunían y asociaban lejos de los hombres, formando grupos que parecían haber olvidado su doma y sometimiento a sus jinetes. Arañas y lombrices distorsionaban su conducta normal. Y los perros y los gatos ladraban o

maullaban mirando al mar para, posteriormente, buscar consuelo en algún escondrijo de las casas de Gades. Los pájaros habían desaparecido de la ciudad y del puerto. Y ni las gaviotas practicaban con su desenfrenada eficacia la labor de limpiar de despojos pesqueros las aguas donde los marineros tiraban la morralla inservible.

Este fenómeno se produjo, igualmente, a lo largo de las poblaciones ribereñas del Betis, hasta más arriba de Ilipa Magna[7], alcanzando a las ciudades de Híspalis e Itálica. Los ciudadanos, aristócratas, mercaderes, comerciantes, artesanos, agricultores y gente de la plebe, se entregaron a las más enrevesadas fórmulas para alejar el embrujo que había alterado el orden normal de animales y bestias. No fue infrecuente ver a muchos invocar a los espíritus del inframundo para que pronosticaran la suerte de lo que venía ocurriendo desde algunos días atrás. Y todos hacían lo mismo: envolver el cuerpo de un niño desnudo en lino, de la cabeza a los pies, para aplaudir posteriormente con las manos. Después de hacer sonar una campana, colocaban al niño frente al sol para pronunciar frases mágicas. Los ruidos provocados trataban de invocar a las potencias del inframundo que, a buen seguro, les darían un pronóstico exacto de lo que pasaba.

Ajenos a la angustia provocada por aquella alteración de animales y bestias, permanecía en las riberas del Betis, siempre en el mismo claro del bosque de Itálica, el grupo de cristianos que escuchaba con atención al que parecía ser su líder espiritual. Alguna esclava de Plaucia seguía muy de cerca las evoluciones del grupo, cuya atención había despertado el interés de la rica aristócrata. La esclava regresó a la *domus* de su señora, poseída de cierta agitación.

—¿Qué te pasa? ¿Has visto escrito tu nombre en una tabla de plomo atravesada por una puntilla?

—Peor aún, mi *domina.*

—Nada hay peor que ver tu nombre escrito en una plancha de plomo atravesada por una puntilla. Significa que todo lo malo que te pueda pasar, te pasará y te alejará del mundo de los vivos para siempre. Dime, ¿qué te pasa?

—El hombre del bosque de Itálica, el que sigue a ese falso

profeta, Cristo el nazareno, sabe interpretar la plaga de ratas y culebras que nos invade.

Plaucia no perdía la serenidad mientras miraba su rostro en un espejo de mano.

—¿Y qué ha dicho ese loco sobre la plaga?

—Que el fin del mundo está cerca y que la plaga es solo un aviso de su inminente llegada…

Plaucia abandonó el espejo, se levantó de su silla y se dejó colocar por sus esclavas, con exacta simetría, las sedas de la túnica. La noticia no le afectó en absoluto. Siguió serena y segura de sí. Pasó a un lugar de su casa donde estaban los retratos en mármol de sus padres y los de su difunto marido, Cecilio. Acarició el rostro de su padre y besó la frente de su madre. Se dio la vuelta hacia sus esclavas, que la siguieron, intimidadas por los acontecimientos, para sorprenderlas y relajarlas con desparpajo y seguridad. A la esclava que le había traído la noticia le dio una orden de cumplimiento inminente:

—Quiero conocer a ese loco cristiano antes de que el fin del mundo nos mande a todos al inframundo. Lo mismo si le damos un buen dinero puede hablar con su dios para que retrase la catástrofe otros mil años más…

3. Gades

Cara Pescao no había dormido bien. Pasó una noche inquieta, desasosegante, asaltado por una pesadilla que venía siendo recurrente desde un tiempo atrás. Con esfuerzo decidió abandonar la cama, sin despertar a los esclavos a su servicio, para tomar aire fresco en la ventana de su *domus* que daba al puerto. Intentaba recomponer las diferentes secuencias del sueño, pero solo lograba recordar fragmentos sin sentido. El esfuerzo en reconstruirlo no era tanto por ir al oráculo para que se lo interpretara, algo que hacía tiempo le había dejado de interesar, como por la curiosidad de comprobar cómo los años le habían rebajado a su memoria la capacidad de revivir lo soñado, circunstancia que Cara Pescao interpretaba como un síntoma más de su decadencia física. En cualquier caso, en el sueño siempre aparecía el mar. Un mar que se reía de él, como

lo hacían los aristócratas de Itálica en sus años de juventud, lanzando contra sus torpes piernas multitud de medusas picantes como la pimienta que traía de la India, dejándolo paralizado y a merced de sus caprichosas e invencibles corrientes. En alguna parte del sueño aparecía el pasaje más amargo de su infancia, donde la dentellada de la vulnerabilidad le arrancó el corazón, al ser separado de su madre por las necesidades domésticas de la casa, viéndose su padre obligado a venderlo como esclavo en una necrópolis del norte de Híspalis. Lo único amable del sueño, que Cara Pescao no podía poner en relación con los otros trazos que recordaba, era la inmensa felicidad que sentía al verse nuevamente reunido con su madre, en una especie de dimensión sin tiempo, tan niño como aquel maldito día en que lo separaron de ella para siempre.

El viejo mercader se sentó frente al ventanal y esperó a que el sol radiante de un nuevo día lo sacara de aquella fastidiosa perturbación que no lo había dejado descansar. Descartó ir al oráculo a que se lo interpretase. Al fin y al cabo, los oráculos siempre te dicen lo que quieres oír. O se vuelven muy pesados y poco creíbles reduciendo los sueños a simbologías recurrentes, como revelar que soñar con guirnaldas de lana es brujería, porque suelen ser intrincadas y coloristas. O que impregnarte con aceites y perfumes solo es bueno para las mujeres, no para los hombres que soñaron eso. Y él, que siempre fue más mujer que hombre, lo celebraba, riéndose de sí mismo y, quizás, también de lo descarados que eran algunos oráculos sacándole provecho a la dependencia y sumisión que los romanos tenían de las supersticiones. Evidentemente los años lo habían cambiado. Tanto que la superstición y el miedo a la muerte ya no eran su principal preocupación en la vida. Tal vez Cara Pescao tampoco tuviera ya muchas preocupaciones vitales. Quizás tan solo el deseo carnal le recordaba algo de lo que fue. Eso y el ansia de poder para huir de la pobreza permanecían como rasgos imborrables del carácter con el que se enfrentó a la vida. Un esclavo se le acercó y lo ayudó a recostarse sobre el triclinio que daba al ventanal.

—Descanse, señor. Es muy temprano aún para despertarse.

—¿Siguen las ratas y las culebras infectando las calles?

—Desde hace días, mi amo.

—No cabremos todos en Gades. Entre las ratas y culebras que han salido de sus madrigueras y las que ya estaban fuera, resultará heroico salir a la calle…

El esclavo dejó escapar una sonrisa.

—*Domine,* ¿querrá bajar hoy a la playa en su litera?

—Me apetece. ¿Han llegado noticias de Crátero?

—Una carta desde Híspalis.

—Dámela. A ver qué cuenta ese griego. Seguro que anda impresionado con las ratas y las culebras. Estos griegos siempre fueron muy dramáticos.

Cara Pescao leyó la carta con atención. También con satisfacción, puesto que Crátero ya había partido hacia Augusta Emérita, buscando esas *domus* cercanas al teatro y al anfiteatro que se vendían por quiebra de sus propietarios. También le comentaba la repugnante plaga que invadía Híspalis y lo que de ella comentaba el pueblo. El viejo mercader dejó escapar una sonrisa llena de escepticismo y, nuevamente, se amodorró tras ver los primeros rayos de sol salir por levante. La carta de Crátero se le cayó de las manos suavemente, como vuelan las mariposas cuando oyen cantar a la primavera.

4. Gades

La orilla del mar estaba repleta de medusas muertas y medio centenar largo de delfines varados, agonizantes. Los esclavos que portaban la litera de Cara Pescao sintieron miedo y trataron de convencer al amo de que lo mejor era regresar a casa.

—Huele a muerte, señor.

—Tonterías. Huele a lo que huele el pescado muerto. ¿O acaso huele mejor una pileta de *garum*?

—Pero, pero… —balbuceó un esclavo.

—¿Pero qué? —contestó airado el mercader—. ¿A qué vienen esos remilgos? ¿No me robáis de la cocina el *garum* más

apestoso y caro que tengo y os lo coméis festejando vuestras reuniones nocturnas lejos de la vista del amo? No joderme con vuestro miedo u os azotaré aquí mismo.

Los esclavos bajaron la mirada en señal de sumisión y respeto. Era verdad lo que decía Cara Pescao. Si la playa olía a pescado muerto, no era precisamente bálsamo de Judea el olor que dejaba en las narices el *garum*, ese *garum* tan caro y elaborado que tenía el mercader de producción propia y que llegaba a las casas más renombradas y palaciegas de Roma.

—Colocad la litera cara al mar, hacia el sur, quiero imaginar que voy en ese magnífico barco que, además de oro, va a concederle a mis principales hombres la categoría de héroes, de hombres que osaron llegar donde muy pocos lo han hecho. ¿Habéis traído el vino del Vesubio?

—Sí, señor.

—Dejadlo a mi alcance y no me torzáis el mejor momento que voy a tener en el día de hoy. Quiero imaginar que voy en la Estrella de Oro, camino de Cerne.

La Estrella de Oro era un bonito barco de unas setenta toneladas, pintado en amarillo y con dos ojos azules a ambos lados de la proa, ojos que trataban de espantar a las furias marinas, ya fueran monstruos abisales o tempestades ingobernables. A babor del barco se había escrito, también con intención protectora, la siguiente frase: «No temas, yo enderezo la Fortuna con esta mano», que se correspondía a la mano de Neptuno sosteniendo un tridente. La frase la escogió Crátero, muy dado a leer a Julio César, a quien se le imputaba haberla dicho, al parecer, cuando hacía una travesía con el mar encrespado para tranquilizar a un marinero que no podía evitar el pánico. La vela cuadrada de la Estrella de Oro estaba reforzada con cuero en sus lindes, llevaba un número no muy alto de remos y, a popa, como era habitual, dos remos a babor y estribor, hacían de timón. Los armadores del barco, los socios de este periplo africano, no habían escatimado dinero para que en los *navalia* gaditanos, en los arsenales, los *fabri navales,* los carpinteros de ribera hicieran un barco marinero, seguro y fuerte. De este modo se escogió madera de roble para las cuadernas; el puente de pino; la quilla igualmente de roble y

los clavos de madera de olivo y algarrobo. En la recreación imaginaria que Cara Pescao estaba haciendo del barco no cabía, por pura imposibilidad física, la ruta que en esos momentos realizaba la nave, tras haber pasado dos días en el puerto noroccidental africano de Lixus, la antigua ciudad fenicia donde Asdrúbal desembarcó camino de Volúbilis. Todo marchaba perfectamente a bordo. Con una mar serena y un cabotaje seguro en paralelo a la costa africana, la Estrella de Oro navegaba confiada y firme hacia su objetivo.

Cara Pescao se abismó en su fantasía y no se percató de que los esclavos que lo habían llevado en su litera hasta la playa lo habían abandonado. Se había quedado solo en una playa que, de forma inopinada, había retrocedido muchos metros, en una bajamar inesperada y extrema. El agua se había retirado muchísimo de la orilla para convertirse en una ola gigantesca que avanzaba como un poderoso ejército hacia Gades. El viejo mercader miró a su alrededor y comprobó que estaba perdido, sin nadie que pudiera ayudarlo. Instintivamente llevó la mano a su cuello, para sujetar su talismán infalible, aquel Mercurio dorado que le había entregado a Scaeva Minor antes de zarpar, para que le diera suerte a él y al barco en su periplo. Mercurio le había abierto las puertas de la libertad y de la riqueza, convirtiéndolo en uno de los mercaderes más potentes de la Bética, cuyos productos llegaron por mar y por tierra hasta los extremos del imperio, desde Britania hasta más allá de las fronteras párticas. Pero esta vez, quizás cuando más lo necesitaba, no lo tenía a mano, guardándolo. Miró con serenidad a aquel enorme sudario de agua que lo habría de envolver para siempre. Rugía como si riera un espantoso gigante, tal y como lo había estado soñando en las noches previas. Todo estaba a punto de terminar. Y con una serenidad inconcebible, dijo con aquel sentido del humor que nunca lo abandonó en sus situaciones más difíciles:

—Que el agua me sea leve…, pero hubiese preferido morir en una tinaja de vino.

El mar se lo tragó como los camaleones a las moscas y en su casi instantánea muerte, antes de que la luz de la consciencia se apagara en su cerebro para siempre, vio a su madre

tendiéndole los brazos para que Cara Pescao, ahora convertido en un niño feliz, corriera a buscar su protección. Esa que ni el poder ni el dinero, que con tanta y tan abundante generosidad le concedió Mercurio, le habían permitido disfrutar jamás en vida.

5. Gades

La gran ola, descomunal y destructiva, era una montaña de agua andante, estruendosamente ronca que se tragó, desde Gades hasta Híspalis, a las poblaciones ribereñas. Pocas cosas quedaron en pie y ver tanta desolación llegaba a convencerte de que al mundo le habían dado la vuelta, que, como el calcetín de un legionario, usado y roto, lo habían vuelto del revés. Los barcos del puerto arrastrados por la gran montaña de agua aparecieron empotrados en algunos templos, otros en posición vertical sobre el suelo y apoyados contra el muro de una *domus* devastada. Los afamados astilleros de Gades quedaron inutilizados. Y los grandes *dolia* que se amontonaban en la playa o listos en el puerto para su embarque, actuaron como proyectiles contra lo que se encontraron a su paso, impelidos por la fuerza desatada del mar. El templo de Venus en Aphrodisias sufrió daños elevados, perdiéndose no solo gran cantidad de su hermoso patrimonio religioso; el de Hércules en Cotinussa también fue desposeído de la información marítima escrita y archivada en papiros, pergaminos y tablas de bronce. Igualmente, la famosa estatua de Alejandro Magno, con lugar preeminente en el templo hercúleo, ante la que se postraron Aníbal el cartaginés y el gran Julio César, que llegó a llorar de vergüenza porque a su edad el macedonio ya era rey de medio mundo y él apenas un modesto militar, quedó hecha trizas, como tantas otras imágenes. El mar, que era la vida de Gades, guardaba un envés donde esperaba su oportunidad la destrucción, la ruina y la muerte. Como si el destino tuviera envidia de tan hermosa ciudad. Describir la visión de sus necrópolis, con tumbas abiertas y cadáveres en descomposición a merced de la corriente, bailando una maldita danza macabra, era simplemente aterrador. Cuando la ola abandonó Gades, un

silencio del inframundo se apoderó de la devastación, que solo rajaba el llanto aterrado de algunos niños y mujeres, supervivientes que pudieron contarlo junto a otros afortunados ciudadanos, tan temblorosos como atolondrados.

Caballos hinchados por el agua, mujeres agarradas a sus hijos, hombres descuartizados por la fuerza del mar, ropas, animales domésticos, carros de tiro, literas aristocráticas, redes de pesca varadas en las copas de las palmeras formaban parte del paisaje del desastre. El empedrado de las vías fue arrancado de cuajo y sobre los *impluvia*, estanques de agua, de algunas *domus* destruidas habían quedado atrapados pulpos, caballas, doradas y jureles arrastrados por el mar, dibujando mosaicos muy naturalistas. La gran ola andante siguió su camino hacia el norte, afectando al lago Ligustino y entrando con fuerza en Híspalis e Itálica. Ambas ciudades vieron cómo sus puertos e instalaciones vinculadas a actividades dependientes del comercio marítimo y fluvial se arruinaron por el efecto destructor de la gran ola, que se cobró también algunas víctimas que aquella mañana ya trabajaban en el río. La situación de ambas ciudades en la cima de dos alcores aminoró el efecto arrasador del maremoto, que llegó hasta ambas localidades con mucha menos fuerza que a Gades y otros enclaves urbanos costeros. Hacia el sur, mar adentro, la onda del seísmo violó las costas africanas, causando daños en Tingis, el desbordamiento del río Lukkos en Lixus y formando unas corrientes extraordinarias hacia el oeste atlántico que ningún timón pudo gobernar. En mitad de estas, luchaba contra un mar tenebroso un barco que se suponía protegido por Neptuno y Mercurio, con la tripulación despavorida, el capitán afanado en salvar la nave y un exgladiador dacio repitiendo, iracundo, sin descanso:

—¡Me cago en la puta madre de Asdrúbal y en el cabrón de Hércules! ¿Esto es un viaje sin peligro?

Aquella cáscara de nuez que flotaba como podía arrastrada hacia el fin del mundo por unas corrientes titánicas era la Estrella de Oro. El barco que aspiraba a llegar a Senegal y cuya mayor ambición ahora era no perderse para siempre en el mar. En el fondo o en su enorme e ignota extensión…

—¡Remen con fuerza, con todas sus fuerzas! ¡O moriremos como sardinas!

Polypus no dejaba de gritar y dar órdenes. Sin apartarse del gobierno del timón. Igualmente vigilaba la moral de sus marineros que, bajo los efectos del miedo, desconocedores de los motivos reales que originaba aquella terrible corriente que los separaba de su rumbo, comenzaban a murmurar. Habían perdido de vista la costa. Y sin capacidad de respuesta, la nave se adentraba en el mar rumbo a lo desconocido.

—¿Sabes ya por qué Asdrúbal no quiso venir con nosotros, Scaeva Minor? —preguntó el dacio a voz en grito, mientras observaba cómo su hermano se agarraba, al igual que su padre muchos años atrás, a la concha turdetana que llevaba al cuello.

—No creo que supiera nada de esto, Valentiniano.

—Nos aseguró que iba a ser un viaje tranquilo.

—También dijo que el mar es como una amante con la que duermes y gozas o te traiciona y te envía a la muerte.

—Algo me decía que nada de esto saldría bien.

—Saldremos, Valentiniano. Saldremos. Confío en nuestro piloto. Y confío también en el Mercurio de Cara Pescao y en el amuleto que me dio mi padre. Va conmigo, nos acompaña a todos. Trabajemos duro. Hagamos lo que nos indica Polypus y veremos la costa nuevamente.

Navegaron hacia el suroeste de la costa africana, bajando con la furia que les impelía el mar, y desactivando el esfuerzo de los hombres por recuperar el gobierno de la nave y dirigirse a la costa.

—Es el fin del mundo.

—Que Júpiter nos proteja.

Los marineros comenzaban a perder moral para que su vacío lo llenaran el miedo y la angustia.

—Capitán, ¿por qué no le rezamos a las Oceánidas, las hijas de Océano y Tetis, que son criaturas alegres, bondadosas y cuidan de la marinería? —gritó un marinero de los de remo.

Polypus le contestó:

—Llevo rezándole a las Oceánidas y a las Nereidas dos días.

Y hoy aún no he dejado de hacerlo.

Con agilidad y destreza, aguantando las sacudidas del barco provocadas por la mar desenfrenada, Scaeva Minor se colocó al lado de Polypus, para saber qué planes tenía o, por el contrario, conocer si también la corriente acabaría llevándoselos al fondo del mar.

—Te diré algo, muchacho. Creo que lo más sensato será dejarnos llevar, remar a favor de corriente y que Neptuno nos acompañe. No podemos hacer otra cosa.

—Creo que esa decisión puede ser mal interpretada por los marineros.

—Puede serlo, muchacho. Pero para eso estáis tú y Valentiniano. Para acabar con cualquier tipo de motín.

Scaeva Minor apretó con su mano la concha del templo de Astarté y el Mercurio de Cara Pescao en un gesto evidente de preocupación. Miraba a ambos lados del barco y solo veía mar. Los marineros empezaban a fantasear dramáticamente con cualquier señal que creían ver en el océano, en el cielo o en el aire. Justo al lado de la Estrella de Oro emergió una enorme ballena que intimidó aún más a los tripulantes.

—¿Qué coño es eso, Scaeva Minor?

—Una ballena, Valentiniano. En Gades hay pescadores que las capturan por estas aguas.

—Es un monstruo que puede tragarse este barco.

—No lo hará. No soportaría alojarte en su estómago… Relájate hermano. No podemos transmitir ansiedad ni inquietud a la marinería.

Polypus hizo de la necesidad virtud. Y gritó a sus marineros:

—¡Mirad esa ballena! ¡Es una señal que Neptuno nos envía para que nos sintamos protegidos!

El chorro de agua que expulsaba aquel enorme animal cada vez que se asomaba a la superficie hacía un ruido intimidante, que el miedo contenido y almacenado en el barco se encargaba de multiplicar. La ballena desapareció de la vista del barco, se hundió en el mar con majestuosidad y la nave al completo se sintió tranquila y relajada. Fue entonces cuando la preocupación principal ocupó sus corazones. ¿Hacia dónde iba la Estrella de Oro? ¿Aquella corriente furiosa del mar era una

señal del fin del mundo? ¿Era un viaje sin regreso posible?

La ballena volvió a aparecer. Y esta vez no nadó junto al barco. Si no que enfiló contra él. Varios marineros se arrojaron al mar, convencidos de que sus plegarias a las Nereidas habrían sido escuchadas y de que, antes de que sucumbieran a la voracidad impetuosa del mar, alguna aparecería en su auxilio, para que pudieran agarrarse a sus largas trenzas adornadas con conchas y sobrevivir bajo su protección. Ninguna benefactora acudió a los gritos de aquellos desgraciados que fueron engullidos por la gran boca oceánica para morir ahogados. La ballena cada vez estaba más cerca del barco, por la parte de babor, donde se leía la frase atribuida a Julio César: «No temas, yo enderezo la Fortuna con esta mano».

—¡Marineros, cojan todas las lanzas que encuentren! Y apunten al monstruo. Esperen mi orden para lanzar —reaccionó Valentiniano ante el miedo paralizante del barco.

La ballena no les dio la oportunidad de poner a prueba la puntería. Tomó un tremendo impulso, abandonó el agua y ascendió en el aire con la facilidad de un pájaro. Cayó a unos metros de la proa del barco que se quedó en silencio y aterrado. Solo la voz de Polypus volvió a convertir en carnales a los miembros de aquella petrificada tripulación.

—¡Tierra! ¡Tierra! Miren al sur. Boguen con todas sus fuerzas, que la corriente nos llevará a nuestra salvación.

—¿Y la ballena? ¿Por qué nos persigue?

—La ballena nos la envió Neptuno. Y que saltara por encima de nuestras cabezas fue la manera de felicitarnos por nuestra suerte —contestó el capitán con una sonrisa en la boca. Tenía motivos para estar alegre. Polypus sabía dónde estaban. Era una pena que no tuviera a mano una buena jarra de vino de Hasta Regia, población cercana a la actual Jerez de la Frontera, para celebrar tanta suerte…

7. Las islas de los Perros[8]

La Estrella de Oro seguía teniendo futuro. La pericia y el conocimiento de las artes de navegar de Polypus, así como el

esfuerzo y ganas de pelea de la tripulación, habían conseguido superar aquella inesperada y extrema situación. La nave sufrió daños. Y los dos remos del timón había que volverlos a fijar. Pero con algunos días en tierra los hombres no solo repararían la nave, también se recuperarían de un viaje sumamente angustioso. Con el ánimo y las fuerzas recobradas emprenderían con la moral más alta su camino. Nadie, excepto Polypus, tenía una idea exacta de dónde estaban. En cualquier caso, aquellas islas que aparecían a su vista, algunas tan verdes y boscosas que daba placer verlas, no eran el fin del mundo, sino más bien la antesala de las Hespérides, el jardín de las manzanas de oro de la inmortalidad, que los griegos situaron al oeste, cercano al Atlas rifeño.

—¿Dónde estamos, Polypus? —preguntó desabrido Valentiniano.

—En el lugar más indicado para nuestra actual situación —respondió evasivo el capitán.

—El lugar más indicado para nuestra actual situación serían las costas de África y no este charco enorme —le contestó el dacio.

—Mira bien, Valentiniano. Mira esa isla que tienes hacia el sur. Repleta de bosques y ríos. Con esa madera repararemos el barco. Y con el agua podrás quitarte el calor de este clima.

—Es más pegajoso que el de Híspalis —dijo Valentiniano con el desprecio en su cara y un salivazo en la boca que estrelló contra el suelo del barco.

La nave se acercaba cada vez más a la isla. Scaeva Minor le preguntó en voz baja a Polypus:

—¿Son las islas de los Perros?

—Vamos directo a Nivaria, la del gran monte nevado y humeante.

—¿Pero forma parte de las islas de los Perros? —insistió Scaeva Minor.

—A nuestra derecha hemos dejado Junonia[9], y Junonia Minor[10], las más cercanas a la costa africana —respondió el capitán de manera ambigua.

—Entonces tengo claro que estamos en las islas de los Perros —dijo con satisfacción Scaeva Minor.

Polypus lo miró con respeto. Valorando en el muchacho su grado de atención y conocimiento, al margen de sus habilidades con el gladio o el látigo para poner orden entre tripulaciones levantiscas.

—Veo que te cundió la charla con Asdrúbal —le dijo el capitán guiñándole un ojo.

Scaeva le devolvió una sonrisa y le formuló una nueva pregunta:

—¿De Nivaria a la costa nos llevará mucho tiempo?

—Primero lleguemos a Nivaria. Después arreglemos desperfectos y cosamos velas. Luego nos echaremos a la mar. Sé aprovechar los vientos de esta zona.

—¿Habías estado antes por aquí?

—La última vez con mala fortuna.

—¿Por qué? —dijo intrigado Scaeva Minor.

—Porque naufragamos. Me llevé en el mar casi una semana atado a un madero a modo de balsa. Hasta que me rescataron unos pescadores gaditanos. Gracias a aquel naufragio conocí al patrón, a Cara Pescao, que los dioses lo protejan. Él me dio techo, comida y médico en Gades hasta que me recuperé. Esa es la razón por la que piloto este barco, muchacho.

—Ahora comprendo que sepas bien dónde estamos.

Polypus volvió a sonreír.

—Y ya también lo sabes tú.

—No me gusta el mar, Polypus. Pero valoro a los que lo conocen y lo dominan, y son capaces de sacar adelante a sus hombres en situaciones tan duras —dijo Scaeva Minor con tono grave y admirativo.

El Tingitano, aquel muchacho de la *fullonica* que se embarcó para dar un golpe de suerte a su vida, miraba hacia el este como si viera su casa. Valentiniano lo observó porque aquellos ojos abiertos y deseosos por encontrar algo le recordaron a su primer viaje por el mar, el que hizo tantos años atrás con Scaeva, cuando lo llevó como botín de guerra y regalo del propio emperador Trajano, hasta Híspalis. Aquel viaje lo llevó lejos de su mundo para descubrir otros tan espectaculares y ajenos como el del mar. Desde que embarcó en Massalia, la actual Marsella, y costeó toda la Hispania oriental hasta llegar

a Gades y subir por el río Betis hasta Híspalis, asistió perplejo a revelaciones tan sorprendentes como el del idioma del mar. Creyó por entonces a pie juntillas que el sonido de las olas era la lengua ignota del océano y quiso aprenderlo para poder comunicarse con sus moradores. Convencido de que serían más amables y civilizados que aquellos despreciables y apestosos romanos que habían destruido su tierra, su hogar y su familia en la capital de la Dacia.

—¿Buscas algo, Tingitano? —le preguntó el dacio.

—No, no busco nada —le respondió como descubierto por alguna fechoría.

—No te asustes. Yo también miro con frecuencia hacia allá. Ando deseando ver la costa. Nunca me gustaron las islas.

El Tingitano no le respondió y siguió enredado en sus tareas, preparando el áncora para arrojarla junto con otros compañeros al mar cuando Polypus encontrara una buena playa para hacerlo.

—Está bien. No hables. Entiendo que un mierda como tú aún tenga el mojón en el culo y siga muerto de miedo por lo que hemos pasado.

Valentiniano le dio la espalda y el Tingitano no se entretuvo en valorar sus palabras. Sabía ya de su áspero carácter. Y se había enrolado en aquel barco no para contarle su vida a nadie, sino para cambiar la suya de manera definitiva. La nave encontró una cala apropiada para atracar. Y entre tres marineros echaron al agua el áncora de plomo, madera de alcornoque y uñas de hierro muy pesada, que llevaba escrita una frase: «Rasco, pero no araño».

La brisa era dulce y el clima tan suave y bonancible que parecía que los hombres habían tomado adormidera. Solo la atención de Polypus mantenía la tensión debida.

—Desembarquemos, montemos un pequeño campamento y elijamos buena madera para arreglar los desperfectos. Vamos gandules. Hay trabajo que hacer.

—¿Nos quedaremos mucho tiempo? —preguntó Valentiniano.

—El que necesitemos para navegar con seguridad —respondió el piloto.

—Nunca hay seguridad en el mar. Ya lo has comprobado —dijo el dacio.

—La que esté en nuestras manos hay que multiplicarla.

Los hombres comenzaron a bajar herramientas y pertrechos. Valentiniano saltó a tierra y se adentró a husmear por el bosque.

—No hay un puto perro en la isla. Y como siempre, los romanos se empeñan en negar la realidad. Si no hay perros, ¿por qué demonios las llaman las islas de los Perros? Si no hay seguridad en el mar, ¿por qué ese sacerdote cabrón se empeñó en decirnos que el viaje era muy seguro? Tienen mierda y solo mierda en sus cabezas.

Scaeva Minor y Polypus aguardaban en el barco. El capitán descansaba sentado sobre un aparejo de cuerdas de cáñamo.

—¿En qué piensas, muchacho? ¿Te gusta el color del mar? ¿Te abruma el calor de estas islas? Dime. ¿Qué piensas?

—¿Quieres que te lo diga, Polypus?

—Habla.

—Pienso en la suerte que hemos tenido. Y en la que necesitaremos para volver —dijo mientras acariciaba la concha turdetana de su collar y el Mercurio de cara Pescao.

—Volveremos ricos. Te lo aseguro.

—Me conformo con regresar, piloto.

—Si algo te enseña el mar es a no rendirte nunca.

—Si algo te enseña la tierra es que no te traga sin venir a cuento.

Polypus celebró con una carcajada la ocurrencia del muchacho. Lo invitó a un trago de vino y trató de calmarlo.

—Pronto estaremos en las costas del desierto.

—¿Tan seguro estás?

—Tan seguro que con un viento como el de hoy y con las corrientes oportunas en no más de siete días estamos en el cabo Juby[11]. Confía en mí.

8. Itálica

En Samuel de Emaús, judío que lideraba el grupo cristiano de Itálica, confiaban los suyos, convencidos de lo que les decía el

de Judea sobre aquellos terribles acontecimientos que tanto afectaron a las ciudades donde desembocaba el Betis. Sus seguidores italicenses estaban absolutamente convencidos de que aquel desorden brutal de la naturaleza, con ratas y culebras saliendo de sus madrigueras, caballos huidos de sus establos y asociados en comunidades espontáneas ajenas a los hombres, la fuerza desmesurada del río que había dañado el puerto de la ciudad llevándose entre sus revueltos brazos a algunos ciudadanos, eran todas señales inconfundibles del final de los tiempos.

De mediana estatura, fuerte de piernas y brazos, con el pelo encrespado y tan negro como sus ojos, Samuel de Emaús llevaba a gala ser de la aldea donde Cristo se apareció a dos discípulos, mientras estos hacían el camino desde Jerusalén a la citada población tras conocer su muerte. Eso le daba ante sus seguidores un halo de santidad terrenal y credibilidad por vecindad, como si el hecho de ser de Emaús ya fuera un argumento irrefutable de que el espíritu había descendido sobre su cabeza y su corazón. Dominaba el latín resueltamente, hablaba algo de griego y, por supuesto, el hebreo era su lengua materna. No le resultaba tampoco extraño hablar el arameo, la lengua natural de Cristo. Tal dominio de lenguas le daba una despreocupada seguridad y desenvolvimiento, base más que suficiente para que su aprecio y prestigio popular creciera conforme transmitía en el bosque la nueva doctrina.

Su círculo de fieles aumentaba por momentos. El maremoto de Gades fue el mejor argumento para respaldar sus apocalípticos y tenebristas discursos. El final de los tiempos estaba cerca. Y el miedo es una bandera a la que los más vulnerables siempre juran lealtad. Con miedo se hizo el mundo de los hombres. Y los hombres más tentados a dominarlo supieron usarlo en beneficio de sus intereses. Samuel de Emaús sostenía que solo la palabra de Cristo salvaría a los hombres, a todos los hombres, sin distinción de raza o nación, mientras que la ortodoxia judía creía en un salvador exclusivo del pueblo hebreo. No obstante, ni judíos ni cristianos se ponían de acuerdo con la naturaleza de Jesús el nazareno. Para los judíos heréticos, o sea para los cristianos, era el hijo de Dios. Para los

ortodoxos un impostor, un hereje. Otros no le daban más rango que el de un profeta. Samuel de Emaús era de mente despejada, palabra fácil y elogiable constructor de metáforas simples y directas que el pueblo menos instruido era capaz de entender y asimilar. Aquel hombre empezaba a manejar un poder de convocatoria que llamaba la atención entre los aristócratas. Sobre todo, de una de ellos, Plaucia, que finalmente pudo conseguir llevarlo hasta su casa. Estaba muy sensibilizada por las noticias que llegaban desde Gades. Y no sin cierto autodesprecio intelectual por haber dudado de sus férreas convicciones, llegó a preguntarse si aquel renegrido profeta de Emaús o lo que fuera, en definitiva, un loco cristiano, llevara algo de razón cuando hablaba de la consumación de los tiempos. Plaucia lo esperaba ávidamente en la biblioteca de sus *domus*. Quería conocerlo. Quería investigarlo. Quería saber si era un loco más, un impostor de los muchos que vivían del miedo de los desavisados, un santo que curaba enfermedades y resucitaba muertos, un descarado andariego que se había inventado a sí mismo para quitarse el hambre sin mucho esfuerzo, o realmente era un profeta de aquella incómoda y perseguida religión. ¿Quién era ese Samuel de Emaús?

9. Itálica

—¿Quién eres que tanta gente te sigue? —preguntó Plaucia con un rictus de ironía en sus labios.

—Soy Samuel de Emaús, señora.

—¿Emaús?

—Una población no muy alejada de Jerusalén, la capital de Judea.

—Una aldea perdida en ninguna parte…

—Una aldea donde Cristo, tras su muerte, se hizo visible a dos de sus discípulos, cuando estos regresaban a Emaús, y los acompañó durante el camino.

—Se pondrían contentos esos discípulos. No todos los días regresa un hombre de la muerte —dijo irónicamente la aristócrata

—No lo reconocieron. Y estuvieron hablando con lo que creyeron un caminante que se les unió para hacer el viaje desde Jerusalén hasta Emaús.

—Resulta descorazonadora la mala memoria de los hombres. Incluso con aquellos que son capaces de superar a la muerte —prosiguió Plaucia con su ironía.

La aristócrata se levantó de su silla y comenzó a acariciar con su mano algunos muebles de su biblioteca, donde se guardaban rollos de papiros de literatura, geografía, filosofía e historia, acto con el que quizás intentó hacer llegar a Samuel su ilustración, preparación y hostilidad a la superchería. El hebreo quiso igualmente levantarse de su silla para no parecer un grosero. Un leve gesto con la mano de la aristócrata lo persuadió, invitándolo a que siguiera cómodamente sentado.

—¿Sabes una cosa, judío?

—Dígame, señora.

—Tengo una curiosidad. Si es verdad que tu maestro regresó de la muerte, deberías saber que no ha sido el único en hacerlo. Nuestro panteón religioso acoge a dioses que mueren y resucitan como Dionisios, Mitra, Osiris, Adonis, Dizumi… ¿Qué lo hace incompatible con ellos?

—Ninguno de esos dioses son reales.

—Entiendo. Solo es real esa aparición camino de Emaús que ni sus propios discípulos reconocieron. Es muy ilustrativa la anécdota…

Samuel fue a contestarle, pero Plaucia no le dejó.

—Tan ilustrativo, Samuel de Emaús, como que algunos de vuestros ritos son idénticos a los de esos dioses falsos que tú condenas a la mentira.

Samuel la miró extrañado y convencido plenamente que no estaba ante una mente impresionable, ni ante un carácter débil sobre el que se podía influir.

—Me refiero, Samuel de Emaús, a que el rito de vuestra comunión con dios es el mismo que se practica, desde hace muchos siglos, en la liturgia de Dionisios, comiendo pan y bebiendo vino, como cuerpo y sangre del dios al que se adora.

Otra vez fue a contestarle el hebreo, pero Plaucia, demoledora con sus argumentos, prosiguió su relato.

—Y debo decirte, sin que te sientas ofendido, que sois poco originales. Vuestro presumible dios se presenta, como los nuestros, como un salvador que promete la resurrección a una nueva vida. Resumo: no hay nada nuevo en lo que predicáis. Es tan antiguo vuestro mensaje divino como el de Osiris… No comprendo la razón por la que vuestro dios os convierte, ante los ojos de Roma, en unos incómodos ciudadanos. Aún no lo entiendo.

Plaucia abandonó la biblioteca y se volvió a acomodar en su silla. Emaús apreció la hermosura de aquella aristócrata y también su formación. En absoluto era una de esas mujeres de su círculo de fieles que, bien impelidas por la necesidad, bien obligadas por la marginalidad, por el hambre y por el carácter de hermandad que las identificaba, sucumbían con prontitud a su palabra. Aquellas personas que lideraba necesitaban creer. Necesitaban agarrase en tiempos tan convulsos a mensajes de cambio, revulsivos sociales y religiosos, capaces de engendrar un nuevo sistema social y espiritual, opuesto a las viejas reglas.

—¿Por qué entonces me ha llamado a su casa, me ha interrogado y ha regalado su tiempo a un impostor? —le preguntó Samuel.

—Porque me gusta saber…

—¿Saber qué, señora?

—Saber por qué la gente se entrega a tus palabras y te siguen con fe ciega.

—El espíritu me acompaña, señora.

—Puede que te acompañe el espíritu de los nuevos tiempos. Un espíritu pobre, escaso, catastrófico como lo que ha sucedido en Gades, lleno de inseguridad y mucho más vulnerable que el pasado. Puede que ese espíritu y no otro sea el que te proporciona tanto éxito entre los pobres.

Samuel respondió con rapidez.

—También entre los ricos, entre los inmensamente ricos causamos interés…

Plaucia lo miró y le contestó con una levísima sonrisa.

—Yo no te seguiría nunca, Samuel. Me parecéis unos impostores no mucho más cuerdos que los judíos que aún esperan a su rey de reyes. Pero me resultan simpáticos los

hombres que consiguen liderar grupos de seguidores.

Plaucia lo invitó a levantarse. Samuel de Emaús inclinó cortésmente su cabeza ante la aristócrata.

—Antes de irte, Samuel, una de mis servidoras te dará un pequeño regalo para vuestra comunidad, bajo la promesa de que seguirás viniendo por aquí. Creo que puedo ayudaros. Y vosotros a mí también.

Samuel no pudo dejar de sentirse muy sorprendido, pero reprimió exteriorizar su alegría. Le dio las gracias a la aristócrata y le dijo:

—Estaré a su servicio cuando lo necesite, señora.

Plaucia movió imperceptiblemente su cabeza en señal de aprobación. Y fue a salir de la biblioteca. Cuando estaba en la puerta y Samuel, pocos metros más atrás, la seguía, se paró en seco, como si en ese momento recordara algo que se le había olvidado y ahora, afortunadamente, lograra recuperar la memoria.

—Por cierto, Samuel, ¿cuándo los dos discípulos de Cristo, los que lo acompañaron en su camino desde Jerusalén a Emaús, se dieron cuenta de que era su maestro resucitado?

—Cuando Jesús cortó el pan en la cena.

Plaucia se echó la mano a la boca para reprimir una inadecuada risa. Rebosante de incredulidad. Y farfulló unas palabras que no le habría gustado oír a aquel loco judío.

—Por todos los dioses, que estupendamente le vendría a mi mesa un resucitado que cortará bien el pan…

10. Vindobona[12]

Los tres amigos de la Subura, aquellos que decidieron enrolarse en las legiones de Marco Aurelio para combatir en la frontera del Danubio a los marcomanos, ya medio parecían legionarios y nunca les faltaba el pan. En la Subura los conocían como la *caterva bestiarum*, la banda de los animales, por llevar sus integrantes nombres de aquellos. Uno de ellos respondía por Blatta, cucaracha; otro era Caballus, caballo en latín vulgar; el tercero era Taurus, toro. Ahora, en el ejército romano, esa institución sobre la que descansaba el expansionismo imperial

y el deber de defender tan amplias fronteras, ya no formaban parte de banda alguna. Aunque siguieran manteniendo sus alias de hampones. Tras varias semanas de marcha y entrenamiento diario, los chicos habían encanijado aún más, pero sus cuerpos fueron ganando musculatura, resistencia y agilidad. Pero, sobre todo, sus estómagos estaban satisfechos. Habían alejado de sus vidas diarias esa cada vez más dificultosa tarea de encontrar algo que llevarse a la boca. Cambiaron hambre por disciplina. Y para aprenderla los pusieron a las órdenes de un *optio*, un militar encargado de su adaptación y formación. El primer hombre que les hizo comprender que, entre los duros entrenamientos legionarios, con marchas de treinta kilómetros, y una batalla, solo mediaba la sangre. A los reclutas, los novatos en el servicio, se les llamaba *tyrones*. Y no solo se les notaba en su evidente timidez frente a los veteranos. A menudo también los delataban sus pies, sangrantes y con ampollas, huellas sacrificiales de las diarias y duras marchas con la impedimenta sobre sus espaldas. Habían dejado de ser civiles. Y estaban a punto de convertirse en militares, en guerreros.

Un legionario alcanzaba su punto exacto de formación tras un entrenamiento de cuatro meses. En esos cuatro meses, incluso con condiciones climáticas poco favorables, se convertían en auténticas máquinas de matar. Aprendían a marchar en formación, asimilaban los movimientos estratégicos de combate que tan efectivos resultaban a los militares romanos, salvaban ríos nadando o vadeándolos con la impedimenta a cuestas, combatían entre ellos con espadas de madera plomadas y con escudos de mimbres lastrados, que pesaban el doble que los que utilizarían en combates reales. Eran diarios los golpes a una estaca situada en el suelo con la que, por exhaustiva repetición, se practicaba el golpe con el gladio. Todos los novatos, como Blatta, Caballus y Taurus, ponían sus cinco sentidos en el ataque frontal, sin que sus espadas tuvieran que describir arcos, lanzando estocadas y sacándole el máximo provecho a las afiladas puntas de sus gladios. Un entrenamiento tan exigente necesitaba su tiempo. Pero en el norte no lo había…

Las fronteras del Danubio, por la presión de los pueblos bárbaros que, a su vez, eran presionados por otros pueblos del norte en expansión, eran una zona extensa en alerta máxima. Marco Aurelio no iba a disponer del tiempo necesario para formar a los hombres que, tras la subasta de sus pertenencias y las de la emperatriz Faustina Minor en el foro de Trajano, había reclutado entre la población romana. La urgencia se anteponía, por necesidades bélicas, a la formación. Y muchos hombres como Blatta, Caballus y Taurus iban a tener su bautismo de sangre sin haber perfeccionado muchos de sus movimientos y habilidades bélicas. La guerra no permitía plazos. Pero era mejor morir de un tajo en el cuello por un hacha marcomana que de hambre y miseria en la Subura. La legión segunda Itálica había acampado en Vindobona tras varias semanas de camino desde que partieron de Roma. Y ahora desfilaba en el campamento ante los ojos de Marco Aurelio, que la miraba con orgullo militar y también con ciertas reservas que, como todo en su vida, llevaba con estoica resignación. Al fin y al cabo, todo lo que nos sucede, según las creencias filosóficas del emperador, forma parte de lo que continuamente trama el destino. Un destino que había puesto lejos de sus miserables existencias a muchos hombres, como los tres de la banda de la Subura que tuvieron el privilegio de cruzar, tan brevemente como brilla en el cielo una estrella fugaz, sus miradas con las del hombre más poderoso del mundo. El mismo al que Hadriano, cautivado por su talento y rectitud, había apodado Verissimus, honesto. Qué paradoja, un hombre honesto cruzando su mirada con tres animales de la Subura. El ejército y la guerra son así.

---

6 Tánger.

7 La actual Alcalá del Río.

8 Actuales islas Canarias.

9 Fuerteventura.

10 Lanzarote.

11 Actual Bojador.

12 Viena.

CAPÍTULO III

UN ENEMIGO INVENCIBLE

1. VINDOBONA

El campamento de Marco Aurelio respiraba un clímax de éxtasis guerrero, esa especie de fiebre virulenta y contagiosa que transmite la sangre y el sacrificio, elevando la moral de los guerreros y también sacando al exterior su rostro más brutal. Los mandos animaban este tipo de ceremonia sacrificial, conscientes de que, de alguna forma, transmitían a los soldados la seguridad de ver al enemigo padeciendo las vejaciones y ultrajes que los marcomanos sometían a los legionarios que caían en su poder. Vengar la muerte de un compañero era, de alguna forma, quedar en paz con el amigo o el soldado con el que convivías y al que habían dejado ante las puertas del campamento despiezado como un cerdo y con su cabeza pinchada de una lanza.

Varios marcomanos habían caído en manos de las patrullas de vigilancia fronteriza de Marco Aurelio y estaban siendo sometidos, tras el oportuno interrogatorio, a un tormento feroz y sanguinario. Aquellos desgraciados no tenían ningún futuro y lo único que podían desear era una muerte rápida y no excesivamente dolorosa. Nada de lo que se escenificaba en la plaza del campamento auguraba un fin de esas características. Varios caballos jalaban los brazos y piernas de aquellos bárbaros, tirando cada montura en sentido contrario, hasta que la tensión de tan brutal estiramiento sajaba los cuerpos de los ajusticiados. No era un espectáculo agradable. Pero la guerra convierte en entretenidos, para sus protagonistas más directos, los episodios más escabrosos. Los gritos desgarradores de los bárbaros eran apagados por las risas de los legionarios que apostaban entre ellos qué marcomano moriría instantáneamente. Blatta, Caballus y Taurus disfrutaban de

aquel espectáculo gratuito que los propios centuriones animaban a multiplicar.

—¡Cuando salgáis al bosque abrir bien los ojos! ¡Los marcomanos que hacemos prisioneros son los actores de nuestro mejor teatro! —gritó uno de ellos.

Los tres animales de la Subura reían y saltaban, prorrumpiendo en aplausos cuando uno de los marcomanos se quebró en dos mitades dejando una estela de sangre y vísceras calientes regadas por el suelo. Pero Blatta no se sentía bien. Y comunicó a sus amigos que se iba a la tienda.

—Estoy cansado. Me voy a dormir —les dijo.

Taurus y Caballus trataron de convencerle. Pero la decisión del muchacho parecía firme. No tenía buen color. Unas manchas rojizas le habían salido por el cuerpo y la temperatura debía de ser elevada. Caballus lo tocó:

—Blatta, pareces el horno de un panadero. Estás ardiendo.

—Mejor te llevamos al médico —sentenció Taurus.

La fiesta había terminado para ellos. Como para el mismísimo emperador Marco Aurelio, aquel hombre que estaba siempre acompañado por una insondable soledad y abrumado por sus muchas responsabilidades, aunque jamás las exteriorizara y las llevara como mejor le indicase su genio, su espíritu labrado en los principios del estoicismo. En su tienda, amueblada con lo imprescindible, donde no podían faltar las obras completas del poeta griego Epicteto, su pasión lectora irrenunciable, meditaba sobre una carta que le había llegado ese mismo día desde Roma. El último párrafo de la misiva, enviada por su gabinete imperial, no dejaba lugar a dudas:

«Las muertes van en aumento. Se han multiplicado en estas últimas semanas. Los médicos declaran su impericia para combatirla. Y Roma amanece cada día con barrios enteros que parecen necrópolis al aire libre. Hoy hemos sacrificado bueyes blancos a Júpiter. Y también hemos rezado a Esculapio. Rogando a los dioses que la peste no alcance a nuestro emperador y a sus legiones del norte…»

2. Vindobona

Las legiones del norte contaban con un hospital en el campamento de Vindobona bien atendido sanitariamente, además de ser limpio y amplio. Pero tenía más enfermos de lo previsto. Los encuentros con los marcomanos no pasaban hasta entonces de meras escaramuzas y no había motivo para que las camas estuvieran casi todas ocupadas. El médico, cuando vio entrar a Blatta, ordenó que lo colocaran en una de las pocas camas libres que quedaban. Taurus y Caballus se miraron extrañados.

—¿Ves lo mismo que yo? —preguntó Taurus.

—¿Te refieres a que hay muy pocos legionarios heridos por armas?

—Siempre fuiste muy perspicaz, Caballus. Y no solo para quitarle el dinero a los taberneros.

—Fíjate bien, Taurus. Casi todos los enfermos tienen las mismas señales rojas en el rostro y en los brazos que le han salido a Blatta. ¿Qué tipo de enfermedad será?

El médico los largó de la sala.

—Salgan, soldados. Su compañero está en buenas manos. Un reposo en la cama le vendrá bien a su salud. Y lo alejará de las hachas de los bárbaros.

El médico se fue a ver a Blatta. Le tomó el pulso, le miró las manchas rojizas de su cuerpo y murmuró: «Otro más. Y hoy van seis casos nuevos».

Media hora después el médico se presentó en la tienda de Marco Aurelio con una tablilla de cera.

—¡Salve emperador!

—Pasa sin más preámbulos.

—Emperador, sigue en el campamento un enemigo más feroz y mortal que los marcomanos.

Marco Aurelio lo miró reposadamente, sin que su rostro reflejara ninguna emoción. Era frío como aquellos bosques germanos. Y tan inexpresivo que su cara no parecía carnal, sino hecha de piedra, mármol o algún mineral.

—¿Qué me traes?

—Nuevos casos, emperador. Aumentan por día.

Marco Aurelio se levantó de su silla, abandonó la escritura de un libro que lo alejaba de las preocupaciones diarias del

ejercicio del poder y de sus obligaciones militares y tomó la tablilla de cera que le llevaba el médico.

—Te exijo máxima discreción, doctor.

—El tiempo no juega a nuestro favor, emperador. Tarde o temprano saltará y los legionarios lo sabrán. Por lo que vean aquí o por las cartas que les lleguen de sus familiares.

Marco Aurelio insistió:

—Te exijo máxima discreción y haz lo imposible por no pronunciar la palabra *peste*. Invéntate una enfermedad. Dales nombre a estas fiebres. Pero jamás digas que este campamento está infectado de peste. Si los marcomanos llegaran a enterarse, nadie saldrá vivo de esta guerra.

El médico salió de la tienda de Marco Aurelio. Cabizbajo. Meditabundo. Más abrumado por la peste que por la guerra. A un marcomano se le podía hacer frente, pese a su ferocidad y valor. Pero una enfermedad desconocida es un enemigo invencible. Las voces de los legionarios seguían celebrando la carnicería ritual que estaba despedazando a los prisioneros bárbaros. Las fiestas son el mejor disfraz para ocultar la realidad, pensó mientras caminaba hacia el hospital.

En su tienda, Marco Aurelio, tras estudiar la tablilla de cera, la arrojó sobre el brasero de bronce que le daba calor y espantaba la humedad de aquella tienda. Sus ojos se clavaron en el fuego y llevaron a su imaginación a vagar por una nube de meditaciones sobre la fugacidad de la vida…

3. Vindobona. Meditaciones

La vida y la muerte obsesionaban a Marco Aurelio. Y podría decirse que eran las máquinas que ponían a funcionar su ingenio literario y filosófico. Sosegadamente tomó en sus manos una pluma de ave afilada en su punta y la mojó en el tintero, un frasco de cristal tallado, que tenía la particularidad de cambiar de color según le diera la luz. Pasaba del verde al rojo. Una propiedad física que alcanzaban los artesanos vidrieros al mezclar con el cristal partículas de oro y plata en cantidad no mayor que un grano de sal fina. Sobre un papiro egipcio el emperador comenzó a escribir:

«Piensa por ejemplo en los tiempos de Vespasiano. Verás todas las mismas cosas: que se casan, crían hijos, enferman, mueren, guerrean, hacen fiestas, comercian, trabajan la tierra, adulan, son arrogantes, sospechan, conspiran, imploran la muerte de algunos, refunfuñan del presente, aman, atesoran, desean consulados, monarquías. Sin embargo, la vida de estos ya no existe en ninguna parte. Trasládate ahora a los tiempos de Trajano: de nuevo todas las mismas cosas. Ha muerto aquella vida también. De la misma manera, contempla, observa los demás documentos de los tiempos y de todas las razas, cuántos, extenuados por el esfuerzo, al poco tiempo cayeron y se disolvieron en los átomos. Y sobre todo debes volverte hacia aquellos que tú mismo has conocido que se desgarraron inútilmente, dejando de hacer lo que es conforme a su propia constitución, mantenerse inseparables de esto y conforme con esto.

»Es necesario tener presente también que la atención adecuada a cada acción tiene su propio mérito y proporción. Pues así no te desanimarás, a no ser que te ocupes en asuntos de poca importancia más tiempo del que era conveniente.

»Palabras habituales en otro tiempo son ahora términos raros. Así también los nombres de quienes en otro tiempo fueron muy cantados ahora son en cierto modo nombres raros: Camilo, Cesón, Vóleso, Dentato, poco después también Escipión y Catón, luego Augusto, luego Hadriano y Antonino. Pues todo se desvanece, y rápidamente se convierte en leyenda, y rápidamente también el olvido más completo lo cubre de polvo. Y digo esto a propósito de quienes de alguna manera brillaron maravillosamente. Porque los demás, tan pronto como dieron el último suspiro, ya no se sabe ni se habla de ellos…».

Marco Aurelio dejó la pluma sobre el papiro, se llevó la mano diestra a la cuidada barba y recordó las palabras de Marco Aurelio Frontón, su maestro de Retórica, que siempre le aconsejó que no se dedicara a la filosofía. Una mueca de sonrisa se dibujó en su rostro. Era quizás una de las pocas cosas en las que no había seguido el consejo de su sabio profesor, tan estimado en Roma. Instintivamente movió la luz

de aceite de la linterna que alumbraba su mesa y el vidrio del tintero cambió de color, tornándose rojo como la sangre que se desbocaba en la plaza del campamento, donde los cuerpos desgarrados de los marcomanos sacrificados eran arrastrados por las caballerías que, previamente, habían acabado con sus vidas en un cruel ejercicio que multiplica la guerra: ojo por ojo, diente por diente…

4. Aire fresco

Los ojos y los dientes del caballo del emperador estaban siendo revisados en las caballerizas para detectar cualquier indeseable parásito. Marco Aurelio, silencioso, observador, miraba al soldado que estaba a cargo del cuidado de su montura, que, al oler la presencia de su amo, se mostró más relajado y solícito a que lo viera su cuidador. Tras escribir solía pasear a solas por el campamento, envuelto en su capote encapuchado de lana negra, espeso y confortable, que además de protegerlo del frío lo hacía menos visible a la curiosidad de los demás. Esos paseos le ayudaban a pensar claramente, tras haber volcado sobre el papiro sus reflexiones acerca del poder, la gloria pasajera, la inútil irascibilidad de los caracteres volcánicos, la sabiduría de acompasar la vida a la razón suprema natural, la inútil necedad, en fin, de ir contra el destino, esa trama urdida desde siempre y ajena a nuestra voluntad. Miraba al caballo no como un animal o un noble acompañante. Lo miraba con la veneración del que sabía que aquel hermoso equino formaba parte de una cadena perfectamente engarzada con el resto de la vida y que ocupaba su lugar en el orden natural que imponía la razón suprema o los dioses. Marco Aurelio acarició el cuello de su caballo y este le respondió con un gracioso movimiento de crines. El emperador persistió en sus caricias hasta que el caballo se relajó por completo. Miró al cuidador y le dijo:

—Trátalo como si fuera mi propio hijo.

El soldado encargado de la caballeriza imperial inclinó su cabeza y apenas pudo emitir una inaudible afirmación, secuestrado como estaba por el respeto y la devoción a su emperador. Los dos pretorianos que acompañaban y escoltaban

a Marco Aurelio en su paseo se miraron y sonrieron ante la timidez del cuidador. Marco Aurelio los miró y no gastó ni un solo gesto que celebrara la venial burla de los pretorianos. Salió, se sentó sobre un banco de piedra adosado a la caballeriza y fijó su vista en las estrellas. La noche era fría y limpia. Los astros y su caballo eran las dos únicas cosas bellas que había podido admirar en una jornada tan adversa.

—Señor, ¿le traemos su silla?

—No hace falta, soldado. Estoy bien aquí.

Entró en un profundo silencio turbado por los lejanos ladridos de los perros y las risas de los soldados jugando a las cartas en sus tiendas. Marco Aurelio había empezado sus guerras contra los germanos en el 165 después de Cristo. Y presentía que aquella campaña iba a ser larga y dolorosa. Tanto que, posiblemente, no volviera a ver jamás Roma, a la que se había dedicado en cuerpo y alma, dándole lo mejor de su formación intelectual, administrativa y militar. Solía decir con frecuencia a sus más cercanos que había aprendido de su padre, un bético de Ucubi, que fue senador y pretor, a vivir sin ostentación. Y de su abuelo Vero a ser bondadoso e impasible. De su madre tomó la veneración a los dioses y la liberalidad. Así como abstenerse no solo de obrar mal, sino de caer en tan abominable pensamiento. Habían pasado ya algunos años de sus decisiones de gobierno más celebradas en Roma. Había limitado los abusos de la jurisprudencia civil, promovió medidas favorables a los esclavos, siguiendo la iniciativa de Hadriano, e hizo mucho más llevadera la vida de las viudas y los menores de edad. En el Derecho Civil, como un signo de los tiempos que llegaban, introdujo una clara frontera que dividía en dos clases muy diferenciadas a los romanos: la de los *honestiores* (los más distinguidos) y la de los *humiliores* (los menos distinguidos).

Marco Aurelio respiró a fondo para descargar tensiones. Fijó su vista en Venus, que allá arriba brillaba tan desafiante en belleza como la diosa que le daba nombre, para enredarse nuevamente en las consecuencias fatales de la peste. La enfermedad era un ejército invencible y silencioso que, día a día, en una batalla desigual, restaba la capacidad de sus

ejércitos, diezmándolos. Y estaba a punto de tomar decisiones extremas, aconsejadas por la necesidad y la urgencia: adiestrar esclavos para el servicio militar, llamar a filas a los gladiadores, reclutar bandidos de Dalmacia, la actual costa adriática de Croacia, y Dardania, hoy el sur de Serbia y norte de Macedonia, para convertirlos en soldados disciplinados. Tampoco descartaba contratar a auxiliares de entre los propios germanos para que lucharan contra sus propios pueblos. La peste era un enemigo más cruel que los marcomanos o los sármatas. No solo acababa con los ejércitos de las fronteras. También impedía el natural comercio con el este, con las tierras de la seda y las perlas. Ayudando a colapsar aún más una economía desactivada por la imposibilidad mecánica de extraer plata. Un leve suspiro de angustia cerró el paseo de Marco Aurelio de aquella noche. Para hacer presente y memorizar una estrofa de su poeta griego preferido, Epitecto: «Eres un alma que sostiene un cadáver». El cadáver era Roma y el emperador su *fossarius,* su enterrador…

5. Labriegos

Los soldados encargados de enterrar a sus compañeros muertos por la peste no daban abasto. Por una de las puertas del campamento de Vindobona, la más reservada y menos concurrida del trasiego habitual, salían carros tirados por bueyes cargados de cadáveres. Se habían abierto unas amplias zanjas entre el campamento y el bosque, justo en el extremo opuesto donde se alzaban las *cannabae,* los poblados de chozos donde vivían los germanos que ofrecían a los legionarios los servicios más solicitados por los soldados: desde putas a cerveza y vino. También mesas para jugar a las cartas y a los dados. Y zonas más o menos reservadas para negocios poco claros. No muy lejos de la puerta por donde salían los carros de la peste, un germano y su hijo trabajaban la tierra.

—Padre, mira, otro carro.

El padre dejó de cardar la tierra, enderezó su cuerpo y miró hacia donde el chico le señalaba con su brazo estirado:

—Baja la mano. Sé hacia dónde tengo que mirar.

—Padre, es el tercer carro que sale del campamento en lo que llevamos de día. Y ayer y antes de ayer no dejaron de salir.

El padre miraba, pero no le daba ninguna respuesta al niño.

—¿No quieres hablar, padre?

—Hay trabajo que hacer. Deja de mirar y ayúdame con la tierra.

El chico le acercó al granjero unos aperos de labranza y se puso a las órdenes de su padre que, aún, seguía erguido y mirando la tenebrosa escena.

—Cuando quieras empezamos, padre.

El padre volvió a doblar su cintura y sus piernas para mimar la tierra con sus manos, tratándola con tanta delicadeza que su hijo le preguntó:

—Padre, parece que la acaricias.

—Eso hago, hijo. Hay que tratarla con delicadeza porque de ella vivimos.

Miméticamente, el niño hizo lo que veía hacer a su padre, alisando con sus pequeñas y lechosas manos los terrones más groseros y separando las malas hierbas que invadían los surcos.

—Acaricio a la tierra como a mamá —dijo el niño.

—La tierra es tu otra madre, la madre de todos los humanos. Incluso de esos romanos que viven y mueren en el campamento.

El niño cogió un puñado de tierra roja en sus manos y jugó con ella, dejándola caer al suelo.

—¿Es verdad que los romanos, cuando entierran a sus muertos, les desean que la tierra les sea leve?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Lo he oído por ahí.

—Imagino que sí. Que algo les dirán a sus fallecidos antes de enterrarlos.

—¿También se lo dirán a los que entierran en esas zanjas tan grandes?

—Yo no voy a ir hasta allá para saberlo. Vamos a seguir con nuestro trabajo.

—Déjame que antes te haga la última pregunta, padre.

—Será la última del día, charlatán.

El niño le brindó una sonrisa de afecto.

—¿Por qué nosotros quemamos a nuestros muertos con maderas escogidas del bosque junto a sus armas y caballos?

—Son nuestras costumbres. Y a ellas nos debemos.

La habilidad del chico consiguió llevar a su padre a la pregunta que había estado deseando formularle desde el principio de la conversación:

—Padre, ¿por qué se mueren estos romanos del campamento? Tantos y tantos todos los días. ¿Qué enfermedad o demonios los matan?

El padre del chico lo miró con curiosidad, descubriendo quizás en su hijo una habilidad que hasta ese mismo día desconocía que tuviera: sabía dirigir una conversación hacia su objetivo final sin forzarla, dejándola fluir como un arroyo hasta su desembocadura final.

—No sé lo que está pasando ahí dentro. Pero lo que sea ni es bueno para los romanos ni es bueno para los que vivimos cerca de ellos…

6. Una baja

Ellos, Caballus y Taurus, que se sentían tan cerca de Blatta, palidecieron al enterarse de que su amigo había sucumbido. Se iba con su muerte parte de una vida, dura y escasa, pero intensa como era todo lo que ocurría en el barrio que los reunió en Roma, la Subura. La *caterva bestiarum*, la banda de los Animales, sumaba la primera baja lejos de su hábitat natural, de la hostilidad de las calles más hamponas de Roma, de donde se había despegado para probar fortuna y carne en el ejército del norte. No fueron los marcomanos, ni los sármatas, ni los cuados los que acabaron con la vida de aquel muchacho. Fue la llamada peste antoniana. La misma enfermedad que llegó de Partia con las legiones de Lucio Vero y que ahora se extendía, como una enorme mancha de aceite venenoso sobre una mesa de mármol, desde el este al oeste de aquel mundo globalizado. Un mundo variopinto y desigual, donde convivían cientos de etnias y lenguas, con altares para dioses benefactores o abominables, poblado por más de sesenta millones de personas a las que parasitaban su esfuerzo, trabajo

y miseria no más de un uno por ciento de aristócratas y poderosos viviendo como auténticos dioses. Un mundo interconectado por las grandes redes de calzadas romanas y por el incesante flujo marítimo que acercaba, a golpe de vela y remo, Oriente con Occidente.

Pobre Blatta, cucaracha de las calles de la Subura, especialista en robar bebés expuestos en la llamada columna Lactaria de Roma, frente al templo de la Pietas, donde se dejaban los nacidos que el padre no tomaba en sus brazos para aceptarlo ritualmente como hijo. O al que la frágil economía de la casa donde nació condenaba a su abandono o comercio. También se abandonaban aquellos bebés que, simplemente, eran desechados por algún defecto corporal. Blatta se ganaba la vida colocando a muchos bebés en casas donde los necesitaban para hacer de ellos esclavos o putas, según su sexo. Cobrando lo que necesitaba para sacar adelante un día que siempre se presentaba empinado.

Como las cucarachas, Blatta era capaz de sobrevivir bajo el pie aplastante de su destino, que lo pisaba sin miramiento ni piedad, haciéndole crujir sus huesos bien por hambre, bien por palizas de otros callejeros o por ser algo más que un perro abandonado a su suerte en un mundo donde lo único que importaba era no morirse, sobrevivir a toda costa. Junto con Taurus y Caballus firmaron trabajos de sangre por deudas no satisfechas que algún panadero, carnicero o frutero creyó conveniente cobrarse con la vida de un deudor poco diligente a la hora de pagar. O bien ajustando cuentas con sus cuchillos de los números de maridos coronados por sus esposas, en sumandos vergonzosos de engaños y deslealtades de alcobas. Los dos sobrevivientes de la banda de los Animales de la Subura se presentaron ante el pretoriano Justino, con una reclamación de hermandad:

—Señor, queremos enterrar dignamente a nuestro compañero.

—Eso resulta imposible, muchachos. Si os lo permito, en dos semanas tenemos convertido el territorio en una necrópolis como la de la vía Laurentina, una de las necrópolis más grandes de Roma, como bien sabéis.

Caballus y Taurus no iban a dejar que su amigo fuera enterrado en una zanja común, sin tan siquiera un recordatorio. Insistieron ante el pretoriano Justino.

—Señor, es como si fuera un hermano. Y por la sagrada Pietas no podemos abandonarlo en su último viaje —argumentó Taurus.

—Si no podemos levantarle una humilde tumba con una lápida que lleve su nombre, ¿podríamos quemarlo?

Justino cedió. Y les dio permiso para acompañar al carretero que llevaría los cadáveres de los apestados, escoltándolo y ayudándolo a depositar a los legionarios en la zanja.

—Sea como me pedís. Yo mismo os dejo un sestercio con la figura de la Pietas grabada en forma de cigüeña.

—Gracias señor. Pero ya la teníamos para que el barquero supiera que sus hermanos, al igual que la cigüeña ampara a sus hijos y vuelve cada año a su mismo nido. Blatta era nuestra familia.

—Pues salid lo antes posible. Y tened los ojos bien abiertos. Los marcomanos no deben saber que este campamento se desangra a diario sin que, hasta el momento, hayan tenido necesidad de pelear con ninguno de nuestros legionarios.

7. En la fosa

Los legionarios de Vindobona peleaban contra una enfermedad contagiosa y cruel que los obligaba, diariamente, a despedirse de colegas y hermanos de armas que sin derramar una gota de sangre entregaban sus vidas sin mayor heroísmo que el de un toro sacrificado en un altar. Taurus y Caballus escoltaron, junto a otros soldados, el carretón donde iba su amigo Blatta, absolutamente comido de postillas y moscas zumbonas, que alertaban el olfato de los lobos y los perros salvajes a kilómetros de distancia. No era infrecuente que los carreteros vieran, de un día a otro, cómo las alimañas del bosque habían desenterrado los cuerpos de aquellos desgraciados para comerse sus miembros y dejar sus cuerpos mutilados fuera de la zanja, describiendo una escena macabra que solo la guerra,

en su espiral más enloquecida de ira y fuego, era capaz de igualar. Los dos hermanos de la banda de los Animales se taparon sus bocas y narices para soportar el espeso hedor de la descomposición. Y se apresuraron, junto con los otros soldados y el carretero, a descargar los cadáveres en la zanja. A Blatta lo colocaron debajo de un frondoso abeto mientras buscaban madera para prepararle una pira.

—Taurus, sé diligente. Ese bosque parece que está lleno de ojos de demonios y fantasmas vigilantes.

—Me doy prisa, Caballus. Pronto nos despediremos de nuestro amigo como merece.

El bosque ofrecía una frondosa ventaja para acumular leña y retamas con las que hacer la cama de fuego que acogería el último sueño de Blatta. Caballus le había colocado en su boca el sestercio con la cigüeña grabada en su reverso que representaba la Pietas familiar. Y el carretero y Taurus depositaron encima de la pira funeraria al malogrado chico. Encendieron una tea y procedieron a prender la pira. Pero un zumbido tan veloz como un rayo del cielo atravesó la garganta del carretero que cayó al suelo herido por una flecha marcomana. Los de la banda de los Animales se miraron y ambos pensaron lo mismo: correr hacia el campamento lo más rápido posible. Pero era demasiado tarde. Del bosque irrumpió una escandalosa sección de bárbaros portando lanzas, hachas y espadas que blandían al viento. Sus gritos intimidaban. Y la ferocidad de sus pisadas hacía retumbar la tierra del bosque. Todo parecía indicar que aquel día, la banda de la Subura, la que cambió el hambre por el tocino y la miseria por el techo del ejército del Danubio, iba a desaparecer de la faz de la tierra sin poder hacer mucho por sus vidas, ya vendidas al empuje de los marcomanos. La diosa Fortuna no le iba a dar la oportunidad a Caballus, el más avispado de los tres chicos, aquel que sacaba los seis dobles en los dados en la taberna de la Subura, de que el destino le deparara la mejor jugada de su vida. Simplemente era, como diría Marco Aurelio, su emperador, otra alma en un cadáver inminente.

8. La pira

La inminencia de sus muertes a manos de los bárbaros no encogió el ánimo de Taurus que, ejerciendo de imprevisto *dessignator*, el encargado de dar la orden de encender la pira en los entierros romanos, arrojó la tea en un acto supremo de lealtad y fidelidad a Blatta. El grupo de soldados que escoltaban el carro de cadáveres había emprendido una agónica huida hacia el campamento. Caballus y Taurus convinieron que era mejor actuar en aquella extrema situación antes como hampones de la Subura que como legionarios de Marco Aurelio. Y sin decirse ni media palabra se arrojaron al suelo, reptaron hacia la zanja y se volcaron sobre los cuerpos de los soldados recién depositados. Algunos aún estaban calientes, con los ojos abiertos y desencajados, como si estuvieran viendo los primeros monstruos infernales. Otros parecían de hielo y tenían en sus rostros la huella macabra de las postrimerías. Los dos jóvenes movieron los cadáveres para taparse y camuflarse en un intento desesperado de salvar el pellejo, pasando desapercibidos ante los marcomanos que corrían hacia la zanja de los apestados. Eran dos vidas aliadas con tantos muertos para seguir viviendo. Paradojas de la guerra. Solo un par de bárbaros se acercaron a la zanja. El resto continuó la persecución del grupo de legionarios que corría, con el corazón en la boca, hacia Vindobona. Menos de un kilómetro los separaba de las puertas del campamento. De la puerta de la peste. La menos concurrida. Gritaban con todas sus fuerzas para que salieran a auxiliarles sus compañeros. Fue una carrera endiablada, intentando dejar tierra de por medio entre la muerte y la vida. Corrían como caballos en el circo. Como ciervos huyendo de los leones. Como si fueran hijos del viento. Pero los marcomanos eran capaces de correr y disparar flechas certeras o lancear con tino. Podían y sabían hacer las dos cosas a la vez y con idéntica maestría. Antes de que un grupo de legionarios a caballo saliera en su auxilio, cayeron un par de soldados romanos. Tanto remar para morirse casi en la orilla…

Mientas Blatta era consumido por el fuego, los dos

marcomanos que se habían acercado a la zanja de los apestados prestaban más atención al carretero muerto y a su carreta con bueyes. Hablaron entre sí y acordaron esperar el regreso de los compañeros. Miraban la pira y hacían comentarios que celebraban con risas. Uno de ellos se preguntó en voz alta:

—¿Por qué a este lo queman y a los demás los arrojan a la basura de esa zanja hedionda?

La pregunta se quedó sin respuesta. Y el bárbaro se encogió de hombros, sin importarle mucho saberlo o quedarse sin ninguna respuesta. Llegaron sus compañeros y celebraron el triunfo de la escaramuza. Ninguno había caído a manos de los romanos que fueron a auxiliar a los legionarios perseguidos. A las bajas romanas consiguieron quitarles armas, cascos y sandalias. Convinieron en emprender el regreso. La carreta, los bueyes y algunas prendas que creyeron útiles para su desenvolvimiento diario fueron recogidas de la zanja. Partieron hacia su poblado cantando y riendo, celebrando el signo de un día tan afortunado, sin saber que en la carreta y en las ropas que habían confiscado a los romanos muertos también viajaba a sus tierras el mismo enemigo silencioso y cruel que estaba acabando con los soldados de Vindobona. Caballus y Taurus siguieron escondidos durante un buen rato. Hasta que los perros salvajes concurrieron a la zanja guiados por su instinto y apetito. Caballus los espantó con su espada. Y Taurus, mientras se acercaba a la pira ya convertida en cenizas y recuerdos de Blatta, le preguntó al compañero:

—¿Tú qué harías? ¿Regresar al campamento o alejarnos para siempre de esta muerte segura?

9. El barquero

Por todos los caminos del imperio caminaba, segura y firme, la muerte, avanzando de forma implacable y devorando con el apetito insaciable de su condición vidas de hombres, mujeres y niños. Desde la inmensidad del Imperio Han, en China, hasta Britania, la peste castigó sin piedad a un mundo anonadado, incrédulo, deseoso de saber qué había hecho mal para que los

dioses lo castigaran de forma tan cruel. Ni los remedios más extravagantes recetados por los curanderos ni los sacrificios masivos en los templos para aplacar la ira de los dioses conseguían que la pandemia redujera su virulencia. El pueblo, siempre deseoso de buscar culpables que explicaran lo que no tenía explicación, comenzó a ver en Marco Aurelio la causa de su fatal destino. El caso es que aquella pandemia exigió en las fronteras militares un esfuerzo extra de levas de soldados, mermó el ya dificultoso comercio con Oriente por razones sanitarias, resintiéndose, a su vez, los ingresos fiscales del Estado y la economía general del Imperio. Años después, ya muerto el emperador, un cronista como Jerónimo dejó escrito: «Había tal plaga por todo el mundo que el Ejército romano fue reducido casi a la extinción».

Caballus miró a Taurus y movió la cabeza, negando la propuesta de su amigo.

—No llegaríamos muy lejos, Taurus. La Subura no está más cerca que la luna. Y los caminos están llenos de marcomanos y sármatas. Duraríamos lo que un pastel en la boca de un niño.

Taurus recogió con su mano las cenizas calientes de la pira en la que Blatta abandonó su cuerpo mortal ayudado por el fuego. La apretó contra su pecho y luego abrió el puño donde la cerraba para soplarla y dejar que el viento del norte llevara su espíritu a un lugar más placentero y feliz que el que le había tocado en vida. Taurus no sabía quién era Luciano. Y mucho menos la fábula de Micilio, un pobre zapatero que fue llamado por el Destino al Hades. Pero en aquel preciso instante en el que le deseó al espíritu de su amigo Blatta un mejor horizonte en la muerte que en la vida estaba resumiendo, cabalmente, la fábula del zapatero. Micilio entendió que era mejor estar muerto que vivo y por eso se expresó así: «Por lo que a mí respecta, estaba presto y dispuesto, ya que no tengo nada en la vida, ni granja, ni casa, ni oro, ni herramientas, ni reputación, ni estatuas, así que en cuanto Átropos me hizo una seña dejé con gusto el cuchillo y el cuero con el que hacía una sandalia, me levanté de un salto y la seguí, descalzo como estaba, sin siquiera limpiarme las manos ennegrecidas. De hecho, fui yo delante, con la mirada al frente, pues nada dejaba atrás que me

hiciera volver la vista. Y a fe del cielo que ya veo que aquí todo es espléndido, pues que todos sean iguales y que nadie sea mejor que el vecino resulta lo más agradable, al menos para mí. Y deduzco que aquí no se reclama el pago de las deudas y no se pagan impuestos y, sobre todo, no se congela uno en invierno, ni enferma, ni es azotado por hombres importantes. Todos están en paz y se han vuelto las tornas, pues nosotros, los pobres, reímos, mientras los ricos se lamentan afligidos».

Caballus no le quitaba el ojo de encima a Taurus, al que veía melancólico y abatido, dos estados de ánimo nada favorables para tomar decisiones que no fueran contra la razón.

—Creo que no es una buena idea, amigo. Mejor regresamos al campamento. Me gusta verte entero. Y no soportaría contemplar tu cuerpo despiezado y la cabeza picada por una lanza a las puertas de Vindobona.

Taurus no contestó. Y siguió ensimismado en las cenizas que levantaba el viento llevándose a su hermano muerto a un lugar sin sobresaltos.

—Ve tú, Caballus. Yo me vuelvo a Roma.

Se abrazaron y se despidieron.

—Vas a una muerte segura, amigo.

—Tampoco tú estás más seguro en esa necrópolis viviente, querido Caballus.

—Cierto, Taurus. Pero yo solo tengo como enemigos a la peste y a los marcomanos. Tú le añades un adversario más a tu destino: Roma, que es implacable con los desertores.

Cada cual tomó su camino. Y Caballus pudo oír a Taurus que, gritando y sin dejar de caminar, le decía:

—Si no estorba a tus planes dile al centurión Justino que los marcomanos me descubrieron y me llevaron prisionero…

10. La enfermedad

Marco Aurelio era cada vez más consciente de que su principado estaba marcado por un fatal y macabro signo que superaba la capacidad de respuesta de Roma y de sus mejores

hombres. Si todos los males del mundo podían concentrarse en un tiempo y en una hora determinada del gran reloj de sol de la Historia, esa hora y ese momento eran el reinado de aquel emperador reflexivo y solitario. Tan solo la forja de su alma, templada por los principios rectores de la filosofía estoica, le ayudaba a soportar la carga insoportable de aquel cúmulo de problemas que se vislumbraba como el principio del fin de un gran imperio. Intentaba apartar de su mente los pensamientos más negros y deprimentes que lo llevaban a creerse el enterrador de la gran Roma. Y se decía y escribía con cierta frecuencia: «La mejor manera de defenderte es no parecerte a ellos…». Estaba escribiendo sus *Meditaciones,* absorto en lo que consideraba un trabajo de indispensable atención diaria, reflexionando sobre aquella suma de acontecimientos que lo sobrepasaba y que alguna vez lo hizo compararse con Sísifo y su pesada e inútil carga. «Cuando te sientas obligado por las circunstancias a estar como inquieto, vuelve inmediatamente a ti, y no te salgas de tu ritmo, más allá de lo necesario. Pues serás más dueño de la armonía con regresar de continuo a ella», acababa de escribir. Abandonó su pluma y se preocupó por Lucio Vero, su leal y fiel complementario en el poder. Llevaban semanas sin verse, cosa extraña en ambos militares, que, además de camaradería y lealtad, se profesaban mutua admiración.

—Me gustaría hablar con Lucio Vero. Hacedle llegar mi deseo con esta carta —le dijo el emperador a su ayudante pretoriano.

—Así se hará, señor.

Marco Aurelio desenrolló unos mapas de la zona. La presión fronteriza de los bárbaros estaba siendo muy severa y pensaba crear dos nuevas provincias en la orilla oeste del Danubio. Una manera como otra cualquiera de fomentar la presencia humana en zonas despobladas que dificultara la filtración de los guerreros germanos. Había pensado en llamarlas Sarmatia, la actual Bohemia, y Marcomania, la actual Hungría. Quería conocer la opinión de su gran general, de su victorioso hombre en Partia. Necesitaba reunirse urgentemente con Lucio Vero. Pero a su tienda llegó visiblemente afectado el centurión

Justino. No dejó de sentir cierta decepción por lo que, aparentemente, le transmitiría aquel oficial. Sin dudas, un asunto menor y doméstico del día a día militar.

—Salve, emperador —dijo agitado.

—Salve, centurión. ¿Qué te preocupa? Vienes a mí jadeante…

—Perdón, señor.

—¿Es de vital importancia el asunto que te agita?

—Creo que sí, emperador.

—¿Crees?

—Sin duda lo es, señor. Es muy importante.

Marco Aurelio dejó que los mapas de las futuras provincias de Sarmatia y Marcomania se enrollaran solos, por el impulso de su horma, y centró toda su atención en el mensaje tan importante que decía el centurión Justino que tenía que transmitirle.

—Dime, centurión. Habla.

—Los marcomanos preparan un ataque inminente a este campamento, señor.

—Con mucha seguridad lo dices. ¿De dónde te viene la información?

—De uno de nuestros soldados.

—¿Puedes ser más concreto?

—Disculpe, señor. Lo seré. Uno de los soldados que salieron hace una semana a escoltar a una de las carretas para la zanja fue hecho prisionero por los bárbaros. Y ha logrado escapar y llegar vivo al campamento.

—¿Está a tus órdenes?

—Lo está. Se llama Taurus.

—¿Y qué información te ha dado ese Taurus?

—Varias tribus bárbaras se han confederado para realizar un ataque conjunto. Están enterados de la debilidad interna del campamento. Saben que nuestras legiones han sufrido muchas bajas por la enfermedad. Y quieren sorprendernos.

—Resulta extraño que nuestros espías y nuestras patrullas no se hayan enterado de esos movimientos.

—Señor, Taurus estaba en el corazón de la tormenta, en el poblado donde se realizó el acuerdo para el ataque. Según él,

no deben de estar a más de un día de Vindobona.

—Gracias, centurión. Felicita a ese legionario de parte del emperador. Yo mismo, antes de la batalla, premiaré su valerosa acción. Ahora déjame pensar.

Marco Aurelio bebió un sorbo de vino muy rebajado por el agua. Y se sorprendió inquieto por la necesidad urgentísima de entrevistarse con Lucio Vero. Ahora lo necesitaba tanto como años atrás en Partia, cuando sofocó la insurrección permanente de aquellos orientales. El pretoriano de su guardia entró en la tienda.

—Salve, emperador. Me han comunicado que debo llevar otro mensaje al emperador Lucio Vero.

—Te han dicho bien. Espera que redacte estas líneas y se las llevas urgentemente. Lo más rápido que seas capaz. Espero su llegada con impaciencia.

—Así lo haré, emperador.

Marco Aurelio no pudo evitar cierta ansiedad en su corazón. Y recordó lo que había escrito minutos antes tan solo en sus *Meditaciones*: «Cuando te sientas obligado por las circunstancias a estar como inquieto, vuelve inmediatamente a ti…». No había dudas. El estoicismo era una fuente de sabiduría. Pero tenía lecciones muy difíciles de poner en práctica…

CAPÍTULO IV
EL PAN NUESTRO

1. ITÁLICA

Todas las lecciones que se aprendían en el Ejército difícilmente se olvidaban y, a menudo, seguían poniéndose en práctica en la vida civil. Sergius celebraba en una bodega vinaria de Itálica su licenciatura militar y el regreso a su ciudad. Frisaba casi los cuarenta y pico, tenía un mentón prominente y una fuerza desmedida en sus brazos. Era capaz de hacer añicos un ánfora de vino de un solo puñetazo y, como algunos púgiles, boxeadores que peleaban en el circo, gustaba de enfundarse en sus manos tiras de cuero con plomo, inclinación esta que le había dado muy buenos resultados en las peleas que tuvo que librar a lo largo de su vida. Eso le valió su apodo del Púgil. Tenía un carácter áspero, disciplinado y nada complaciente. Orden, mando y obediencia. Si su existencia tuviera que resumirse en una leyenda, no excluiría ninguna de esas tres palabras. Ni en su lengua ni en su corazón había sitio para la seda de las buenas formas ni para la miel del trato amable. El motor de su vida era Roma. Y su fe, la que le inculcó el Ejército. Había estado los diez últimos años sirviendo en la legión XV Apollinaris, bajo el patronazgo de Apolo, fundada por Octaviano más de cien años atrás y que con Marco Aurelio recibió el apodo de *pia fidelis,* leal y fiel. Primero como *optio,* ayudante del centurión. Después, ascendiendo en la escala militar, como centurión. Sergius había ejercido su cargo, con diligencia y valor, en un destacamento que dicha legión tenía en Ancyra[13]. Y regresaba a la vida civil con el paso incierto, tambaleante y aturdido de una borrachera descomunal.

—Sergius, ¿te da tiempo a tomarte otra jarra de vino?

—Para eso siempre tengo tiempo, amigo.

—¡Tabernero, otra jarra de vino a cuenta del Púgil!

Altivo pero muy borracho, el centurión subrayó la petición de su amigo:

—Tengo dinero para comprar y beberme esta taberna.

—Yo te acompañaré, amigo. Al menos en lo que a beber se refiere. Luego, si te quieres meter en negocios tendrás que buscarte otro socio. Mi liquidez es la de esta jarra…

La taberna estaba entusiasmada por las cosas que decía aquel exmilitar que había viajado de una parte del mundo a la opuesta, para, felizmente, disfrutar de su bien ganada paga militar y las posibles prebendas municipales derivadas de un servicio tan leal, valiente y abnegado.

—¡Brindemos por el Púgil, amigos!

La taberna brindó por Sergius y empezaron a cantarle letrillas militares, ensalzando el valor del romano y el honor de pertenecer al Ejército.

—Tabernero, ¿aquí no hay mujeres? —preguntó el Púgil desabridamente.

El tabernero miró hacia la puerta, como indicándole que allí habría alguien que tendría una respuesta a su pregunta.

—Eres una mierda, tabernero. ¿Acaso mi pregunta no estaba clara?

El tabernero le volvió las espaldas y el coro de borrachos aventajados que lo acompañaban silenciaron su efusividad.

—¿Qué os pasa? ¿Por qué de pronto todos os calláis?

—Mira a la puerta, Sergius. Creo que es hora de que pises, tras diez años de ausencia, tu casa.

—Iré a mi casa cuando me dé la gana. Para eso es mía.

—Tú sabrás lo que haces…

—Claro que lo sé. Nunca he dudado en nada. Ni contra los partos ni contra los cristianos, esa mierda que le cuelga a Roma del culo.

—Está bien, Púgil, cálmate. ¿Por qué no nos demuestras la fuerza de tus puños? —Trató su socio de taberna de suavizar la tormenta de su carácter.

—¿Solo o acompañado?

Nadie se inmutó. La taberna italicense, como un erizo, se encerró en silencio sobre sí misma, dejando pasar el reto de Sergius, que, envalentonado ante tanta mediocridad, repitió su

desafío:

—¿Solo o acompañado? ¿Quién quiere pelear conmigo?

La mujer de la puerta permanecía inmóvil, como una cariátide sosteniendo el dintel de la entrada a la taberna, dispuesta también a ver el combate improvisado de un excenturión local que había pasado los diez últimos años en la XV Apollinaris, en un destacamento en Ankara, habiendo disfrutado una sola vez de un permiso para regresar a Itálica.

2. ITÁLICA

Con el permiso y visto bueno del dueño del refugio de aquellos ociosos y vinícolas parroquianos de la taberna, el tabernero apodado Confector, empleado de los anfiteatros que remataba con un mazo a los gladiadores moribundos, dio comienzo un combate singular. Se trataba de ver quién rompía, golpeándolas con sus manos, más ánforas de vino vacías. El Púgil rompió la tres que le pusieron con la facilidad que se les presupone a las pezuñas de los caballos. El contrincante que, a empujones y sin el beneplácito de su voluntad, eligieron los tabernarios para que compitiera con el centurión, llevaba una nube etílica pegada a sus neuronas y los nudillos de las manos le sangraban como los cuellos de los corderos en la fiesta de los judíos. Golpeaba lo que le pusieran por delante. Era insensible al dolor. El vino gordo de las vides de las cercanías de Itálica tenía esas virtudes estupefacientes, no inferior al opio que consumían como una excéntrica costumbre algunas aristócratas en Roma. La taberna era un hervidero de risas y chanzas a las que, por supuesto, tanto Sergius, borracho de alcohol y vanidad, como aquel miserable parroquiano, eran ajenos.

—Pégale con fuerza, tú puedes.

—Dale con la cabeza. Seguro que la partes.

El Púgil seguía bebiendo y rompiendo con sus puños las ánforas que le ponían delante. Pero algo extraño, inesperado, cruzó la espesa e impenetrable neblina que colapsaba su mente. Quizás fue un gesto. O una mirada. O el eco lejano de una palabra mal interpretada por el alcohol. Fuera como fuese,

Sergius se fue directo para uno de los borrachuzos de la taberna, lo alzó con sus poderosos brazos y lo arrojó contra una tinaja de vino. Aquel hecho fue como una declaración de guerra. Todos contra todos. Todos los borrachos, como si atendieran a los tambores que anuncian en el anfiteatro unos juegos gladiatorios, se emplearon en derramar el mal vino de sus instintos sobre los rostros, cabezas y espaldas de sus oponentes, en una pelea digna de un catervario, esos gladiadores que peleaban en grupo en la arena. La caterva tabernaria provocaba risas y estupor. Algunos colgaban como pajarracos de las alcayatas del techo; otros besaban el suelo babeándolo con infortunados ayes de dolor; algunos más trataban de escapar de aquella batalla escondiéndose debajo de las mesas. Los que hacían de espectadores ajenos al ardor guerrero de aquellos ejércitos de bacantes, reían más que cuando en el anfiteatro, en los entreactos, salían a pelear los *praegenarii,* una especie de legionarios bufos, armados con espadas de madera y cuya misión era hacer reír a las gradas hasta que llegaran números más graves y serios.

El tabernero empezó a temer por la integridad de su negocio. Sabía que el Púgil venía con la soldada fresca de haberse licenciado. Pero no quería poner a prueba su suerte. Muchos soldados licenciados, antes de llegar a casa, por una u otra razón, habían despeñado por el barranco de sus ansias el dinero ganado tan duramente. Así que Confector cogió su maza y se dirigió con cierto sigilo muy profesionalizado hasta donde estaba Sergius. Un mazazo enviado con cierto cariño y admiración por el paisano lo dejó fuera de combate. En una taberna de Itálica, un licenciado de la XV Apollinaris había caído víctima de la barbarie que desataba el vino gordo de las vides de aquella tierra. En la puerta de la taberna continuaba una enigmática mujer, viendo el paisaje excesivo y animal que dibuja siempre el no tener claro por qué, para quién y con qué objetivos se pelea, se agrede o se va a la guerra.

3. Itálica

Cuando Sergius despertó del maridaje entre la cogorza y el

cariñoso recado de Confector, no tenía nada claro ni quién era, ni dónde estaba, ni por qué razón con el sol tan alto aún no había recibido ninguna orden de su *legatus*, su general. Un día sin órdenes que dar o que cumplir era un día raro, vacío, inexistente para su invariable manera de concebir el mundo. A sus sentidos todo les era familiarmente extraño, pero lejano y complejo de entender. Ni el olor era el del destacamento de Ankara. Ni las voces que le llegaban tenían el acento oriental del latín de la Capadocia. Le daba la sensación de estar en una de las habitaciones más llevaderas del Hades. Se tentó el cuerpo y sintió la solidez de su naturaleza, viva aún si no seguía maltratándole aquel horrible dolor de cabeza. Abrió un ojo. Después el otro. Y allá estaba aquella enigmática mujer de la puerta de la taberna de Confector.

—¿Qué haces aquí, mujer?

—Estoy en mi casa.

—¿Quién eres y por qué estoy en tu casa? ¿Acaso estoy en un lupanar?

—¿Has estado en muchos?

—En muchos.

—Pues esta casa no se parece en absoluto a un lupanar.

Sergius se enojó. Le cansaba aquella cháchara con una mujer que no conocía de nada.

—Está bien. Dime quién eres y damos por cerrada esta estúpida conversación.

—Me llamo Domitila. Y soy tu mujer.

—¿Qué dices? —contestó atolondrado.

—Lo que oyes, Sergius. Y ahora no descansas en un lupanar. Descansas sobre tu cama. En la que no has dormido desde hace diez años.

El que fuera centurión de la XV Apollinaris no tenía ni facultades mentales ni reflejos emocionales suficientes para salir de aquel enredo. Lo hizo como pudo. Como cuando uno se ahoga en un río y se agarra a la primera rama que la ribera le ofrece como si fueran unas manos solícitas y extendidas para dar socorro.

—¿Qué hora es?

—Más del mediodía.

Elevó la voz con mal tono y le dijo a Domitila:

—¿Y para cuándo piensas darle el desayuno a tu esposo?

Domitila se dio media vuelta y se encaminó a la cocina. Allí estaba la hija del matrimonio, Perpetua, haciéndole de comer a un padre que no conocía y de cuya existencia solo tenía nociones por lo que su madre le había contado en las noches de verano, mirando a las estrellas y escuchando en los grillos la música que tal vez estuviera su desconocido padre escuchando al otro lado del mundo, en un lejano destacamento de la Capadocia.

—¿Has terminado de hacer la comida, hija?

—Sí madre. ¿Ha despertado ya?

—Despierto está. Pero su corazón sigue igual de dormido que hace diez años…

4. Itálica

Perpetua le llevó unas gachas, queso y pan a la cama, donde se recuperaba su padre. Entró con la humildad hundiéndole sus hombros y agachándole la mirada. Le dejó la comida en la cama.

—¿Quién eres tú? ¿Eres una hermana de Domitila?

Perpetua dijo no con la cabeza. Pero seguía con los hombros humillados y los ojos clavados en el suelo.

—Entonces, habla, dime quién eres —rugió Sergius.

Un hilo de voz, tan endeble como la tela de una araña, respondió:

—Soy Perpetua, tu hija.

—Yo no tengo hija. Al menos conocida.

Domitila llegó a la habitación e invitó con su mirada a que Perpetua saliera de allí. Ya solos, Sergius escuchó a su esposa.

—Es tu hija. La parí hace diecisiete años. En el penúltimo permiso que te dieron en el ejército.

—No la recuerdo. Ni tampoco creo que la alzara con mis brazos para aceptarla como hija. Las mujeres no me gustan. Solo, algunas, en la cama. Otras las prefiero en la cocina —dijo con todo su desprecio mirando a Domitila.

—Le he hablado mucho de ti. Estaba deseando conocer a su

padre. Pero parece claro que la niña es huérfana.

—Puedes estar segura de eso, mujer. No me considero su padre. No soy su padre.

—No voy a consentir que le hagas daño —dijo Domitila sacando el valor de donde no lo había.

Sergius se incorporó, cogió el plato de gachas y se lo arrojó a la cara a Domitila.

—Tú no eres nadie para que consientas o dejes de consentir cosa alguna bajo este techo. No eres mucho más que esa mosca que vuela cerca de la ventana. ¿Ves el vómito de vino y caballas que hay en el suelo? Si quiero ahora mismo te obligaría a limpiarlo con tu lengua.

Domitila trataba de no arredrarse, de no sentirse como un cordero en la boca del lobo. Se limpió la cara de las gachas que le había arrojado y, en un acto de heroísmo como quizás nunca pudo ver Sergius en alguno de sus legionarios, volvió a responderle a aquel marido olvidadizo, dominante y terrible, como un intachable esposo romano, que en ese momento deseaba con todas sus fuerzas que jamás hubiera regresado de Ankara.

—Te lo repito: nunca jamás le pongas la mano encima a Perpetua.

Sergius se dirigió calmosamente hacia su esposa, le miró fijamente a los ojos, con esa mirada con la que solía intimidar a los legionarios más bravucones, la tomó por un brazo y la arrastró hacia el suelo. La llevó hasta donde el vómito de vino congregaba ya moscas y un hediondo hedor. Y le dijo sin alzar la voz, pero machacando cada una de las palabras:

—Esa es tu comida de hoy. Empieza a comer… y luego deja el plato bien limpio con tu lengua.

Mientras empezaba a limpiar el vómito con su lengua, ahogando el asco y los sollozos de tanta humillación, Domitila oía la voz airada de su esposo gritar como un loco a su hija:

—¡Perpetua, Perpetua! ¿Dónde mierda te metes? ¡Ven aquí rápidamente y ayuda a tu madre a limpiar la casa…!

5. Itálica

La mierda se quedaba en aquella casa en manos de un tipo que llevaba a rajatabla su rol de esposo en el matrimonio romano, pero al que quizás le sobraban algunos demonios metidos en la barriga. Perpetua huyó de su hogar acompañada de un terrible sentimiento de culpa, por haber dejado a su madre sola ante aquel legionario del emperador que trataba mejor a los caballos que a su familia. Buscó, como tantos desesperados que todo lo perdieron tras la gigantesca ola que abatió las riberas del Betis, refugio, calma y calor familiar en aquel grupo de cristianos que lideraba Samuel de Emaús. Huía de un ciclón para ampararse quizás en la barriga de un monstruo. Perpetua decidió ir a la casa del maestro.

—Maestro, he de contarte algo —le dijo con lágrimas en los ojos.

—¿Por qué lloras, Perpetua?

—Mi padre acaba de llegar de Capadocia.

—¿Y ese es un motivo para llorar?

—Lo es. Es el motivo más poderoso que pueda existir para llorar.

Samuel le acarició su rostro con la bondad de un buen hermano. Y le animó a que se calmara.

—Hoy es nuestro gran día, Perpetua. El octavo día, al que los griegos llaman Kyriaké, el día del Señor. Celebraremos nuestras asambleas, haremos nuestras exhortaciones, fraccionaremos el pan y oraremos. No es un día para estar triste. Y menos para llorar.

—Así es, maestro. Pero necesito tu ayuda, quizás también la de la comunidad.

—Hablaremos. Disfruta hoy del regalo de nuestra benefactora. Gracias a ella ya no tendremos que reunirnos más en el campo, al lado del río.

—¿Dónde nos reuniremos, maestro?

—Acompáñame y lo verás. Te repito: hoy es un día muy especial para nuestra comunidad.

Samuel y Perpetua salieron de casa del maestro, dejando atrás la vieja Itálica y encaminándose a la nueva urbe que levantó Hadriano, donde vivía Plaucia tras heredar la *domus* de su madrina Gala, muerta ya hacía muchos años. Perpetua

expulsó de su corazón la ansiedad y el miedo y, conforme se acercaba a la casa de la aristócrata, su pecho se inundaba de una infantil alegría que le cambió el rostro y le hizo olvidar lo vivido horas antes. La *domus* de Plaucia seguía siendo impresionante, pese a los graves desperfectos que sufrió la ciudad tras la devastadora ola atlántica. Perpetua se paró para admirar aquella casa de muros altos, cancelas de hierro doradas y puertas de madera de cedro recubiertas de bronce, con escenas mitológicas grabadas sobre su superficie.

—¿Plaucia nos ha cedido esta casa?

Samuel rio.

—Solo una pequeña parte. Lo suficiente para estar cómodos y protegidos. Lejos de miradas aviesas. Es la primera *domus ecclesiae,* de Itálica. Muy parecida a la de Equizio en Roma.

—No sé quién es Equizio, maestro

—Un adinerado ciudadano romano que cedió parte de su casa para los cultos cristianos.

—¿Una casa de la asamblea, de la iglesia, para nosotros en casa de Plaucia?

—Sí, Perpetua. Y deberíamos agradecérselo a Dios, que la ha puesto en nuestro camino.

La aristócrata, sin gran esfuerzo, había habilitado un patio central con piso superior y estancias bajas, para convertirla en la *domus ecclesiae* de aquel grupo de cristianos. Samuel le había explicado a la aristócrata cómo era la de Equizio en Roma, en el monte Oppio*,* cerca de las termas de Trajano. Y había puesto su empeño en que tuviera, más o menos, una estructura parecida. El espacio se había dispuesto de forma rectangular, con dos plantas y un patio central. La planta baja se dedicaba al culto. En su ala izquierda se ubicó la zona de la celebración eucarística. La de la derecha se destinó a los ágapes.

La aristócrata seguía dando muestras del refinamiento de su inteligencia. Había metido a aquella banda de menesterosos y olvidados en su propia casa, para controlarlos mejor, conocerlos bien y tenerlos, sutilmente, bajo el manto protector que siempre te garantiza un patronazgo con mucho dinero.

—Vamos a fraccionar el pan y a rezar juntos, Perpetua. Luego hablaremos de tus problemas y veremos cómo podemos

solucionarlos. Confía en Cristo.

—En él confío, maestro. Una sola pregunta. ¿Plaucia es de los nuestros? ¿Es cristiana?

6. ITÁLICA. *DOMUS ECCLESIAE*

Plaucia no era cristiana. Era pagana. Muy pagana. Y estaba convencida además de que la religión de los cristianos era algo más que una incómoda complicación administrativa, como alguna vez se la definió Plinio el Joven al emperador Trajano. Aquellos piojosos no le inspiraban más confianza que la larga cola de mendicantes y pedigüeños, chivatos y conseguidores, informantes y colaboradores que al final de cada semana se plantaban delante de la puerta de su casa para recibir unas monedas de cobre que les aliviaran la existencia. No, Plaucia no era cristiana. Pero sí tenía lazos de variados intereses con aquella comunidad de creyentes que seguía a Samuel de Emaús. O, mejor dicho, ella era la protectora de aquellos desheredados, a los que el Estado no podía ayudar por su bancarrota y a los que, en cambio, resultaba necesario encauzar para que la ira y la frustración de los damnificados por la crisis económica no prendieran en revueltas y sublevaciones que siempre tenían como objetivo acabar con los ricos. Plaucia no era en absoluto cristiana. Pese a que estaba cada vez más interesada en leer y conocer la génesis de aquella extraña religión que vino, como casi todo, de Oriente, anunciando el fin del mundo y la condena eterna de los paganos. La aristócrata seguía rindiendo culto al emperador, era fiel devota de Isis y estaba entre las pocas de su clase que, pese al crack económico, no escatimaba un sestercio en levantarle a Marco Aurelio una bonita estatua ecuestre de bronce en Julia Traducta, su ciudad de origen. En la Bética, los benefactores de sus respectivas ciudades, dedicados a embellecerlas con donativos, habían bajado como la espuma de la cerveza. Pero Plaucia seguía ejerciendo sin criterios de austeridad su generosidad con el emperador, el Estado y sus cultos más tradicionales.

Samuel de Emaús le había rogado que asistiera, como

patrona de aquella comunidad cristiana, a la inauguración de la *domus ecclesiae*. La aristócrata asintió con una curiosidad propia de su sexo y también propia de su ansia por saber y conocer. Pero se abstuvo de estar presente en la misma. La siguió clandestinamente, estando, pero sin estar, viendo lo que hacían y decían aquellos perturbados cristianos desde la celosía de madera de una ventana de la segunda planta de la *domus ecclesiae,* aún libre de uso por parte de los seguidores de Samuel de Emaús. Con la elegancia que solía imprimir a sus actuaciones y lo fino que hilaba la rueca de sus ideas y acciones, Plaucia quiso separar a la benefactora de los beneficiados, marcando una distancia social, ideológica y política con aquellos corderos que en el circo manifestaban más valor que los propios leones. Estaba hablando Emaús a los suyos, con la firmeza de su palabra y el acento judío de su nación, haciéndole llegar palabras del libro de los Hechos de los Apóstoles, donde se ponía de manifiesto que reuniones como las que ellos estaban celebrando se hacían diariamente en Jerusalén, con la fracción del pan, comida comunitaria y oración de alabanza, celebradas todas en casas particulares. Samuel les leyó algo referente a la organización económica de aquellas células cristianas que habían sabido crear, para poder subsistir en consonancia con el mensaje de Cristo, auténticas comunidades de bienes.

—Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones. Todo el mundo estaba impresionado y los apóstoles hacían muchos prodigios y signos. Los creyentes vivían todos unidos y tenían todo en común; vendían posesiones y bienes y los repartían entre todos, según la necesidad de cada uno. Con perseverancia acudían al templo con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y eran vistos de todo el pueblo; y día tras día el Señor iba agregando a los que se iban salvando.

Plaucia retenía en su cabeza ideas como las de tener todo en común y la venta de posesiones y bienes para repartirlos entre todos. Esgrimió una sonrisa llena de escepticismo y pensó en la capacidad de inocencia e ingenuidad que tienen los hombres

cuando, asolados por desastres naturales, epidemias y hambrunas, eran capaces de buscar la esperanza en los dioses, para ser rescatados de tantas honduras. No obstante, aquellos miserables y piojosos, gente del pueblo olvidados por el Estado y por sus obras benefactoras, procedentes de los estratos más bajos y sufrientes de la escala social romana, estaban sorprendiendo a muchos por su capacidad de respuesta ante tanta calamidad. Y esa respuesta era la palabra de su maestro crucificado más de cien años atrás que, llevada a la práctica, estaba cristalizando en estructuras sociales ajenas al Estado que los hacían menos vulnerables, tal y como una muralla defiende a un pueblo de las máquinas de la guerra y de un asedio brutal. Plaucia siguió escuchando a Samuel de Emaús que, verdaderamente, estaba inspirado en los textos que escogió para leerlos a su pequeña comunidad, en el día grande de la *domus ecclesiae* de Plaucia en Itálica:

—El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma: nadie llamaba suyo propio nada de los que tenía, pues lo poseían todo en común. Los apóstoles daban testimonio de la resurrección del Señor Jesús con mucho valor. Y se les miraba a todos con mucho agrado. Entre ellos no había necesitados, pues los que poseían tierras o casas las vendían, traían el dinero de lo vendido y lo ponían a los pies de los apóstoles; luego se distribuía a cada uno según lo que necesitaba…

Cuando Emaús finalizó de leer, miró de forma sutil hacia la ventana de la celosía de la segunda planta, donde sabía que estaba su benefactora. Se sintió pleno, feliz y libre. Tanto que estaba absolutamente convencido de que Dios los guiaba y protegía a través de aquella rica aristócrata que les había concedido la primera *domus ecclesiae* de la ciudad de Trajano. Emaús miró a Perpetua. Y esa mirada le bastó para que la chica entendiera que ahora le tocaba hablar del infierno, del particular infierno que vivía en su casa con un padre militar que no distinguía entre su hogar y el cuartel, entre legionarios insubordinados y su familia. Un infierno recién encendido por un centurión que no llevaba más de un día en Itálica y que no reconocía a su hija y trataba a su esposa no mejor que a una de aquellas ánforas de vino que destrozó con sus manos en la

taberna de Confector…

7. Itálica. Mercado

No solo sabía destrozar ánforas de vino en apuestas de taberna. Sergius, el Púgil, también era un experto en destrozar rostros de mujeres, para hacer brillar más su reputación en Itálica. Era un romano y como tal se comportaba en su casa. Domitila había ido al mercado a realizar las compras del día. Pan, queso, uvas, algo de tocino, huevos y algunas legumbres. Y aspiraba con todas sus fuerzas el olor saludable de la hierbabuena, la albahaca y el romero que emanaban los puestos de hierbas de aquel abasto. Eso le borraba de la conciencia de sus sentidos el hedor insoportable de aquel vómito de vino y caballas que tuvo que limpiar con la lengua en la habitación de su esposo. Llevaba un velo sobre la cabeza para camuflar el rastro cruel que el poder de Sergius le había dejado en el rostro. Cuando completó su compra, evitando las reuniones informales con las que las mujeres celebran su encuentro en los mercados, se le acercó una amiga.

—Quédate un poco con nosotras. Hay mucho de qué hablar.

—¿Y eso?

—Están llegando noticias desde Gades y las ciudades ribereñas del Betis. La devastación de la ola ha sido grande.

—Me gustaría quedarme, pero tengo prisa.

La amiga le sonrió.

—Tu esposo te reclama. Han sido diez años de ausencia. Puedo entenderlo. No le enfríes la cama —dijo buscando una sonrisa cómplice.

—Así es. Mi esposo me reclama —contestó sin entusiasmo.

—¿Pasa algo, Domitila?

—No, no, no pasa nada. Hace muchos años que no nos vemos. Y hay que adaptarse a nuevas costumbres…

Torpemente, quizás agitada por el hecho de que su amiga pudiera verle el rostro, se llevó la mano al velo, descubriéndole su faz amoratada y un ojo cerrado por la brutalidad de Sergius.

—Hay costumbres nuevas que son dolorosas, Domitila. Todas sabemos lo que es un matrimonio. Lo vivimos a diario.

—Lo sé. Por eso te pido que me excuses y otro día tendré más ánimo para quedarme con vosotras.

La mujer del centurión salió del mercado. Se colocó el velo para que nadie viera lo que le habían hecho, pero estaba segura de que Sergius lo estaría contando en la taberna para que sus amigos lo celebraran y él dejara sentado que, fuera del cuartel, en algo tan difícil de llevar como era un matrimonio, quien daba las órdenes y las hacía cumplir era él. El Púgil. El centurión de la XV Apollinaris. El más bravo guerrero que había pisado la Capadocia. Un romano educado en los viejos valores y que seguramente no tendría ningún reparo de colocar en la tumba de su mujer un epitafio que dijera: «Caminante, detén tu paso. Aquí yace Domitila, madre de Perpetua, muerta a golpes por su marido, por no obedecerle en casa. Mujer, si la lees aprende la lección. Para que no acabes como ella».

Domitila estaba convencida de que su final sería ese. Morir aplastada por las manos de Sergius. Pero eso no le importaba tanto como lo que pudiera pasarle a Perpetua. A su hija. A esa hija que andaba con esos locos cristianos buscando, quizás, algo que no sabía cómo llamar pero que sentía fuertemente en su corazón. Una vez, le dijo a su madre que los cristianos se aman los unos a los otros y predican la necesidad de tratar bien a los esclavos y a sus mujeres; aunque ellas deben ser sumisas ante el esposo, este tiene el deber de tratarla con consideración, honrándola como sexo débil. Eso jamás lo olvidó Domitila.

8. Itálica

Uno de aquellos locos cristianos, quizás el más loco de todos ellos, tampoco olvidaba lo que la aristócrata había hecho por su comunidad. Había pedido audiencia a Plaucia, que lo recibió con agrado. Estaba interesada en saber cómo se habían desarrollado los actos litúrgicos en su recién estrenada *domus ecclesiae*. La aristócrata estaba de pie, de espaldas a Samuel de Emaús, acariciando una joya arqueológica heredada de su difunto esposo, el galante y caballeroso Cecilio, que consiguió hacerse de una magnífica colección. Acariciaba con delicadeza

un ánfora griega de figuras negras y rojas sobre fondo amarillo paja. Estaba colocada sobre una columna de cedro acanalada, de orden corintio, bañada en pintura roja. Representaba una escena agrícola, donde unos campesinos vareaban un magnífico olivo, en plena campaña de recogida de la aceituna.

—Señora, he venido a darle las gracias por su benefactora acogida. Y en nuestras oraciones le hemos pedido al Señor Jesús que la bendiga con sus dones.

—Gracias, Emaús. Soy la mujer más bendecida de la tierra. Recibo las bendiciones del emperador, las del templo de Isis y Mitra y ahora las de vuestro dios. Debo sentirme afortunada.

Emaús no respondió. Le llegó cierta ironía en las palabras de la aristócrata. Plaucia abandonó el ánfora griega y se sentó delante del judío.

—Disculpa mis palabras. Pueden haber sido inelegantes. Sobre todo cuando habéis rezado por mí.

Emaús asintió.

—He oído tus palabras allá abajo y tengo que decirte que me han sorprendido.

—¿Por qué, señora?

—Porque entiendo que, pese a las aceradas críticas que recibís por parte de los intelectuales romanos, hay algo en vosotros digno de tener en cuenta.

—Desconozco lo que dicen de nosotros los intelectuales romanos.

—Te lo puedo resumir, Emaús. Como comprenderás, no dicen nada bueno. Os tildan de sectarios, de estar divididos en grupos que, a veces, son hostiles entre sí, que vuestras asambleas en las ciudades griegas, en los mercados de las aldeas del norte de África y en millares de sencillos hogares se convierten en agrias disputas. Cuando no en hostilidades evidentes.

Emaús percibió el sudor nervioso de sus manos. Pero no quiso interrumpir a su benefactora.

—No resulta fácil distinguiros. ¿Qué diferencia hay entre un judío y un cristiano? Porque oráis en el mismo templo de Jerusalén, practicáis idénticos ritos y hay cristianos que también circuncidan a sus hijos. Realmente es un caos que

difícilmente puede ser explicado.

—Yo puedo hacerlo, señora.

—Emaús, te seré muy sincera. No me interesa mucho vuestra fe ni si sois judíos o una secta o muchas sectas. Y todas enfrentadas entre sí. Unos aceptando el Apocalipsis de Pedro. Otros en Roma rechazando el evangelio de Juan. Algunos osados redactando de nuevo el evangelio de Lucas. Realmente eso no me importa. Lo que llama mi atención de vosotros en general es vuestra capacidad de respuesta, las estructuras sociales que habéis sabido crear para convertiros en comunidades capaces de captar todo el malestar social que vive el Imperio en estos días tan nefastos.

—Son signos del cielo, señora. El fin del mundo se manifiesta de esa forma. Por la peste, por la gran ola, por la hambruna, por la presión de los bárbaros, por las guerras…

—Permíteme Emaús que no acepte esa explicación tan catastrofista. El fin del mundo vendrá cuando tenga que venir. Pero no creo que ese día esté cercano. Lo que sí está más cercano que el fin del mundo es la conclusión de este mundo tal y como lo conocemos.

—¿A qué se refiere, señora?

—Trato de explicarte lo que a mí tampoco me resulta fácil explicarme. Porque significaría el fin del mundo en el que me he criado, educado, estudiado y que me esfuerzo en mantener.

Emaús estaba asombrado del grado de conocimiento que aquella aristócrata romana tenía sobre el cristianismo y sus primeros pasos por el mundo. Pero más aún le asombraba la claridad mental con la que era capaz de analizar las cosas y ver más allá del tiempo, de su tiempo histórico. Emaús no pronunció palabra. Con una mirada suya de aquellos ojos ardientes, inflamados siempre por el fuego de su fe, dio a entender que estaba expectante con las palabras de su benefactora, invitándola a seguir hablando. Sin dudas no tendría muchas más ocasiones como aquella de escuchar palabras tan sabias.

—Conociendo la agilidad social y comunitaria de los cristianos, no descarto que vuestra religión, con el paso del tiempo, adquiera la fuerza que hoy ni siquiera imaginamos. Y

Zeus será Dios. Y el emperador dejará de merecer que se queme incienso para honrar su divinidad.

—¿Será así, señora?

—Emaús, no me decepciones. De ti no pido una visión de futuro. Pero sí la fuerza de vuestra fe, la insuperable capacidad que tenéis para parecer fuertes cuando, realmente, no sois nada. Esa pregunta tuya no es la de un maestro seguro de su fe.

Emaús bajó la cabeza y sintió el aguijón de la culpa atravesándole el corazón. Plaucia descubrió su vulnerabilidad. Y trató de animarlo.

—Habéis sobrevivido a los leones de Nerón. A los martirios de Domiciano. Y ahora, recientemente, en Lyon, a la locura de un gobernador que os odia. Sois fuertes. Envidiablemente sólidos en vuestras creencias.

—Nos culpan de todo. De la peste, del hambre, de la guerra…

—Es lógico. Piensan que le habéis dado la espalda a los dioses traicionándolos con uno falso.

Plaucia calló. Frunció sus cejas y sus labios. Y le pidió a Emaús que le diera una respuesta sincera, la más sincera que pudiera.

—¿Si fueses rico venderías tus bienes para repartirlo entre tu comunidad?

—Si fuese rico a mi comunidad jamás le faltaría el pan nuestro de cada día…

9. Traianeum. Itálica

Buscando el suyo, el pan del poder y la gloria, Sergius se había empezado a mover por Itálica con la idea de rentabilizar las posibilidades que un exmilitar tenía en la sociedad romana. Había pensado en hacer carrera política, presentándose a las elecciones a *duumvir*, uno de los dos alcaldes que gobernaban una población, para volcar su experiencia en el buen gobierno y servicio de su ciudad natal. Sabía que debía reunir dinero, buscar apoyo electoral entre los de su clase e invertir una suma que no tenía en banquetes y regalos para atraerse a sus posibles votantes. Tenía que moverse rápido y con audacia.

Virtudes que en el ejército supo depurar para convertirlas en una de sus mejores armas dentro y fuera de los cuarteles. Aquella mañana luminosa se había colocado en una posición visible en el patio del templo que Hadriano le levantó, en la cota máxima de la ciudad de Itálica, a su padre adoptivo. El Traianeum, el templo dedicado a Trajano, lucía esplendoroso, con el sol multiplicando su luminosidad en los vivos colores de los mejores mármoles del portentoso edificio, y los ciudadanos ocupando las amplias galerías porticadas levantadas sobre cien columnas que rodeaban al templo central. Se dejó ver quemando incienso y, después, inclinándose y saludando con el puño sobre su corazón a las estatuas que representaban a los divinizados emperadores que allí se veneraban. Desde el gran Octaviano hasta Marco Aurelio. Su despliegue reverencial había llamado la atención. De hecho, tal alarde pretendía conseguir eso, llamar la atención y decirle al mundo italicense que Sergius, el centurión de la XV Apollinaris, había regresado de Capadocia para quedarse para siempre en la ciudad.

A Plaucia, que había asistido puntualmente a la liturgia del culto imperial, no le fue ajeno el exuberante y marcial despliegue de reverencias del centurión. Lo siguió con su mirada hasta que ambas se encontraron. Fue entonces cuando supo que aquel veterano militar no solo estaba allí por devoción al emperador. Quizás iba buscando algo más. Sergius se dirigió a la aristócrata con paso decidido pero respetuoso. Cuando tuvo delante a la gran señora de Itálica se presentó:

—Salve, señora. Soy militar de Roma y me gustaría, si no lo tiene a mal, hablar con usted.

—Mi casa siempre está abierta para los hombres que han peleado por Roma. Ven cuando quieras.

10. Itálica. *Domus* de Plaucia

Quiso haber ido antes, pero creyó conveniente dejar pasar algunos días para anunciarle a la aristócrata su visita cerrada en el Traianeum. No quería parecer atolondrado ni tampoco dar una imagen de necesidad. Sabía que todas las cosas tienen su tiempo y que, fuera de ese tiempo, se tuercen o no salen.

Resulta inútil pedirle a la higuera que dé su fruto en enero. O que el trigo grane y se tueste con el sol antes del verano. Cada cosa a su tiempo. Plaucia lo recibió en una de sus muchas estancias. Y le ofreció algo de beber. Sergius lo rechazó con amabilidad.

—Vaya, es el primer militar que conozco que rechaza el vino. Un vino exquisito de la Campania, además. ¿O te gusta más el de las tabernas de Itálica? —dejó caer la aristócrata con toda la ironía del mundo. Pero Sergius no se dio por aludido. O ni siquiera se sintió aludido.

—Le agradezco su ofrecimiento, señora. Sé que su vino debe de ser el mejor de la Campania. Pero, si no le importuna, me gustaría compartir esa copa cuando terminemos la charla.

—Sea como dices, centurión. No voy a desobedecer a un oficial de Roma. Debe ser importante lo que quieres decirme.

—Para mí lo es. Y creo que también lo puede ser para Itálica.

Plaucia miró al techo adornado por una hermosa Venus desnuda y saliendo del mar. El turquesa de las aguas, el blanco de la espuma de las olas, el celeste del cielo y el color carnal de la diosa iluminaban una sala estucada en rojo y con amorcillos trepando por guirnaldas de rosas esmeradamente pintadas en las paredes.

—Permíteme, centurión preguntarte antes algo. ¿Desde cuándo no venías por Itálica?

—Desde hace diez años. Me acabo de licenciar en Capadocia.

—Me alegro de que vuelvas sano y fuerte a tu ciudad. ¿Cómo la has encontrado?

—La última vez que estuve aquí parecía una ciudad repleta de vida. Hoy veo muchas *domus* cerradas o en venta. Algunas construcciones públicas se están derribando para reutilizar sus materiales. Y en el campo veo poca gente trabajando. También la gran ola ha causado serios desperfectos en el puerto.

—Llevas razón. Itálica no es la que heredamos del gran Hadriano.

—Pero podemos pelear por devolverle su antiguo esplendor.

—¿Sabrías cómo hacerlo?

—Señora, quiero poner al servicio de esta comunidad mi experiencia en el Ejército, donde no solo se ganan batallas, sino que diariamente hay que saber administrar, as por as, un presupuesto que no te garantiza el bienestar de la tropa, pero que has de conseguir con imaginación y pericia.

—¿Y yo cómo puedo ayudarte?

—Quiero hacer carrera política.

—Las mujeres no podemos inmiscuirnos en la política y en los asuntos municipales.

—Es verdad. Pero no todas las mujeres son iguales. Usted, por su condición y talento, puede facilitarme el acceso a muchas puertas. Detrás de esas puertas puedo encontrar lo que no tengo ahora.

—Te entiendo. Pero no será fácil que un aristócrata vote por un militar de grado medio.

—Lo sé, señora. Por eso estoy hablando con usted y pidiéndole que me allane ese camino.

—Déjame pensarlo detenidamente. Seguro que le encuentro una solución.

—¿Me permite que cambie de tema? —preguntó Sergius.

Plaucia hizo un gesto amable con su mano aceptando la propuesta. Sergius continuó, haciendo menos profesional el tono de su relato.

—Y también le pido que me ofrezca una copa de ese vino de la Campania que antes pospuse para cuando termináramos la conversación.

Plaucia le dedicó una breve sonrisa de aprobación e hizo sonar una pequeña campanilla con un gracioso delfín en su mango. Antes de que la esclava llegara a su presencia, la aristócrata le hizo saber que aquel militar necesitaba con urgencia una copa de vino de la Campania. Iba en ello su reputación y su cordura. Sergius lo celebró con una carcajada sin inhibición, sonora y abovedada, que por vez primera en toda la charla descubrió una mínima parte de la personalidad de aquel veterano del Ejército de Roma. ¿Cómo era aquel hombre que le había pedido ayuda? ¿Quién era aquel Sergius que quería hacer carrera política tras haberse licenciado en el Ejército? ¿Cómo pensaba? ¿Qué opinión tenía de lo que estaba

pasando en el mundo de Marco Aurelio? Llegó el vino y Plaucia dejó que el centurión lo saboreara.

—Es exquisito, señora —dijo levantando la copa y brindando con Plaucia.

—Lo es. Y espero que sea un buen signo para el comienzo de tu nueva vida.

—Gracias. Yo también lo espero.

Plaucia dejó que se tomara la primera copa, que apuró como si fuera agua en la garganta de un camello. La esclava le ofreció más vino y el centurión fue relajándose y superando las trabas que, hasta entonces, le habían hecho ceñirse a unos modales regidos por una obligada y necesaria cortesía. El vino era generoso. Tanto para el bienestar como para la lengua. Sergius arrestó en el olvido las inhibiciones que hasta entonces habían servido para ajustar sus modales a la educación exigida por tan alta aristocracia como representaba aquella mujer.

—¿Quiere saber lo que pienso de Roma?

Plaucia se sorprendió. Parecía que el vino que le había brindado llevaba ese deseo suyo por conocerlo en el dulce perfume de su aroma a tierra del sur de Italia.

—Nada me agradaría más de un hombre que ha recorrido medio mundo.

—Le diré algo. El enemigo más grande que tiene Roma no está ni en las fronteras del norte, ni en la peste que nos asola. Ni en la crisis económica ni en el abandono de las tierras del campo. ¿Sabe, señora, dónde está el gran problema de Roma?

—Me gustaría saberlo, centurión.

—En una plaga peor que la peste. Mucho más letal. Peor que el hambre y la sed. Más nociva que las orugas que se comen lo mejor de nuestros campos. Los cristianos. Ese es el gran problema de Roma.

Plaucia hizo un gesto leve con su cara, pidiéndole una razón que lo explicara.

—Destruirán Roma con sus ideas pacifistas. Van convenciendo a los jóvenes de que no se alisten en el Ejército, de que la guerra es un signo del fin de los tiempos, de que el emperador no es un dios al que haya que rendirle culto.

Plaucia lo miró fijamente, con cierta perversa expectación,

esperando ver la reacción del centurión a su imprevisible respuesta.

—Debes saber, centurión, que yo cobijo en esta casa a una comunidad de cristianos de Itálica.

A Sergius se le escurrió la copa de su mano y cayó al suelo. Y en el suelo, junto con el vino derramado, se diluía la admiración y respeto que aquel militar sentía por la aristócrata.

—¿Usted acoge en su propia casa a un grupo de cristianos?

—Sí, centurión. Y no todos los cristianos son como tú dices. Es posible que no quieran hacer la guerra. Pero te aseguro que rezan por el emperador y por la suerte de sus legiones en la frontera del norte.

—Son basura, señora.

—Son votantes, centurión. Votantes que te pueden dar el prestigio y el poder que has venido a buscar a mi casa…

---

13 Ankara, en Capadocia, la actual Turquía.

CAPÍTULO V
La isla de Cerne

1. Cabo Juby

Polypus ya tenía ganada la confianza de su tripulación, liderazgo moral y marinero conquistado en previas y arriesgadas navegaciones en las que el piloto gaditano había demostrado su pericia para sacarles todas las ventajas a los vientos y su habilidad para entender el carácter del mar, tan impetuoso como apacible. Ahora, tras haber superado con la protección de los dioses y la destreza en el oficio la brutal corriente que ocasionó la ola gigante que arrasó el suroeste bético, se había ganado la absoluta confianza de Scaeva Minor y del mismísimo Valentiniano. Por fin, pensaba el dacio, tenía alguien en quien confiar durante aquel puto viaje. Casi en el tiempo estimado por el piloto, siete u ocho días, llegaron al cabo Juby desde la isla Nivaria, lugar donde habían fondeado para poner en orden una embarcación que habían desordenado el mar y su cólera. Con el casco restaurado, los dos timones fijados y el velamen cosido y reparado, la Estrella de Oro lucía impecable, como cuando partió de Gades rumbo al Senegal. Y la moral de los marineros también parecía remediada, tras haberse recuperado de la agónica pelea con el mar y pasar en tierra el tiempo suficiente como para olvidar la vulnerabilidad del hombre frente al absoluto y tiránico poder del rey del océano. Los héroes nacen de victorias imposibles. Las que luego cantan los poetas para que los hombres crean en sí mismos, en su pelea desigual por la supervivencia.

—¿Sigues pensando que hemos tenido mucha suerte, Scaeva Minor? —preguntó Polypus con un mohín de ironía en su gesto.

—Creo que la hemos gastado toda, contestó mirando aliviado a la costa y besando el amuleto marino que heredó de

su padre.

—Y eso te preocupa mucho…

—¿A ti no, Polypus?

—No pienso en eso, amigo. Pongo todos mis sentidos en llegar a Cerne. Lo demás es como echarle más o menos sal a un guiso.

—Espero que este no se nos indigeste. Aunque reconozco que eres un grandísimo piloto y que el mar te trata como si te debiera algo.

Polypus soltó una carcajada sonora que fue celebrada con optimismo por la tripulación. Y le agradeció el comentario.

—Observa cómo la brisa infla nuestra vela, cómo los marineros reman con fuerza y las gaviotas nos acompañan hasta la costa. Disfruta de lo que ves por vez primera y olvida que el océano estuvo a punto de tragarnos. El mar no me debe nada. Pero yo sí le debo lo que soy y lo que sé. En la tierra me asfixio. Aquí respiro como si fuera…

Scaeva Minor lo interrumpió.

—Como si fueras un pulpo…

El piloto celebró la ocurrencia del joven y le dio una palmada en su robusta espalda.

—Eso mismo. Como si fuera un Polypus…

Varios marineros estaban enfrascados en asar sardinas y caballas en infiernillos de barro para el rancho de aquella feliz jornada. La marinería de remo bogaba con entusiasmo para llegar al punto de la costa donde el piloto daría la orden de echar las áncoras.

—¡Me encanta la tierra, adoro la tierra, no hay nada más hermoso en el mundo que la tierra! —gritó con todas sus fuerzas Valentiniano celebrando la visión salvadora de aquella costa inhóspita del cabo Juby.

El dacio se dirigió hacia donde estaban Scaeva Minor y el piloto.

—Debo reconocer que sabes hacer muy bien lo que haces, piloto.

Polypus le dirigió una mirada condescendiente y le regaló un leve gesto de aceptación con su cabeza.

—Creo que eres la única verdad de este viaje —insistió el

dacio en su lisonja.

Polypus no le prestó más atención y dio una orden clara y vibrante a sus marineros.

—¡Dejad de remar! ¡Echad las áncoras al agua! ¡Estamos en el cabo Juby!

2. Cabo Juby

Estaban justo donde los aires empezaban a perder interés por soplar desde el sur hacia el norte y, consecuentemente, si no estabas en el secreto de manejar una vela especial, como las que usaban en el Mediterráneo oriental los marineros púnicos y alejandrinos, y desconocías las artes de navegar a bolina, estabas condenado a quedarte tirado en aquella rocosa y desértica parte del mundo, sin posibilidad de regreso al punto de partida. Desde muchos años atrás, las naves fenicias, griegas y también romanas arbolaban mástiles abatibles que se ajustaban con cuñas, una vez posicionados en la orientación del viento. Polypus manejaba con soltura esa y otras técnicas de navegación. La tarde se había echado pintando con luces rojas el poniente y dejando caer sobre el litoral un sofocante calor que animó a algunos marineros a lanzarse al mar, buscando el refresco de las aguas atlánticas. Polypus y Scaeva Minor saboreaban las caballas y las sardinas de la cena, acompañándolas con un vino que era tan agradable al paladar como el ambiente festivo de la tripulación al ánimo general del viaje.

—A partir de ahora todo se complica —comentó el joven Scaeva al piloto.

—¿Por qué razón lo dices?

—Por el cambio de régimen de vientos.

Polypus lo miró intrigado.

—¿Eso te lo contó Asdrúbal o he sido yo y no lo recuerdo?

—Fue Asdrúbal. El que siempre debió acompañarnos en este viaje.

—Para ser tan joven no pareces tener buena memoria.

—¿Por qué me dices eso, piloto?

—Porque en la reunión que mantuvimos en casa de Cara

Pescao con Asdrúbal se dijeron muchas cosas. Una de ellas es que yo había llegado y regresado de Cerne.

—Eso es cierto. Pero quería asegurarme y también se lo pregunté al sacerdote del templo del Hércules gaditano.

—¿Qué te dijo Asdrúbal?

—Que conocías el arte de manejar la vela como lo hacen los marineros en el Mediterráneo oriental y eres capaz de regresar sin el favor de los vientos.

Polypus se encogió de hombros como no entendiendo nada.

—Si sabías todo eso, ¿a qué viene estropear una tarde tan dulce como esta con preguntas que solo transmiten inquietud?

—Disculpa, Polypus. Solo quería asegurarme.

El piloto se asomó a babor de aquel bonito barco pintado de amarillo y con dos ojos casi faraónicos de color azul a ambos lados de la proa de la nave. Los ojos que espantaban a los demonios y a los infortunios. Hizo una pirueta grotesca para asomarse a la banda de babor y leer en voz alta la leyenda que amparaba el destino del barco. El piloto, presionada su barriga sobre la borda de babor, leyó en voz alta:

—No temas. Yo enderezo la Fortuna con esta mano… ¿Lo recuerdas, muchacho? Mientras que tú crees que la hemos gastado toda, yo sigo confiando en lo que este barco nos cuenta cada vez que se acompasa con el viento o baila con las olas. Tenemos la mano de la Fortuna guiándonos. Y eso debería ser suficiente razón como para que no te inquietara si más al sur de este cabo hay vientos o no que nos ayuden a regresar. Porque regresaremos y lo haremos como héroes y tan enriquecidos como si hubiéramos encontrado el Vellocino de oro.

Los marineros que se habían estado refrescando en el mar, atados por sus cinturas a los cabos de cáñamo de la embarcación para hacer más seguro su baño, comenzaban a subir a la nave dispuestos a pasar una agradable noche, si el turno de guardia no les rompía el descanso. Valentiniano cenó poco. No le entusiasmaba el pescado como tampoco le entusiasmaba aquel mar. Hubiese dado una buena moneda de plata, de las de Trajano, no las livianas que había puesto en circulación Marco Aurelio, por tener entre sus dientes una

sabrosa carne de res. La tarde se había despedido casi por sorpresa y la noche llenó de estrellas el cielo y de curiosidad al dacio.

—¿Habéis visto eso? —preguntó en voz alta y sin definir muy bien lo que acababa de ver.

—¿Dónde, Valentiniano? ¿Hay que mirar hacia el mar o hacia la costa? —le preguntó con sorna Scaeva Minor.

—Al mar no lo mires nunca, muchacho. Es un gran mentiroso. Juega con los dados cargados. Siempre te robará lo que tengas. Pon atención allí, en la costa, donde ahora señalo con el dedo.

Polypus se acercó y abrió bien los ojos.

—¿Es una broma, Valentiniano? No consigo ver nada.

—Cuando hablo de la tierra no gasto bromas, Polypus. Mira bien.

Siguieron mirando la costa y, ciertamente, nada se veía entre la espesura de la noche y una emergente calima que empezaba a escaparse del vientre del océano como si fuera el soporífero vapor de la digestión de Neptuno.

—¡Allí, mirad allí! —anunció inesperadamente un marinero, el Tingitano, el chico que abandonó la *fullonica* en Cádiz para darle un golpe de suerte a su arrastrada vida enrolándose en la expedición.

Polypus miró hacia la costa y sí, era cierto lo que había visto el dacio y ahora acababa de ver el Tingitano.

—Es fuego —dijo Scaeva Minor.

Polypus no subrayó lo evidente. Se limitó a pedir tres voluntarios para bajar a la costa y recabar información. Quería saber si, más abajo del cabo Juby, ya en plenas costas del desierto mauritano, podrían encontrarse con asentamientos de caravaneros o poblados indígenas a los que acudir en momentos de necesidad.

—Permíteme, piloto, que yo comande esta bajada a tierra. Mis pies necesitan recordarla. —Se adelantó Valentiniano.

—Perfecto. Llévate a los hombres que necesites. Y que la tierra te sea leve. —Le guiñó un ojo de complicidad Polypus.

Valentiniano le rio la gracia y se dispuso a elegir a los hombres. Uno de ellos ya se había autodesignado, el Tingitano,

el chico que miraba desde el barco siempre al este, hacia aquella costa que ahora los convocaba por medio de un fuego nocturno y de la que parecía escaparse una llamada insistente y persuasiva. Tanto o más como unos cantos de sirenas… terrestres.

3. Cabo Juby

No les cantaron las sirenas, pero sí las bellas y exóticas muchachas de aquella tribu caravanera para darles la bienvenida y celebrar su visita. Cantos y crótalos. Danzas y panderos. Lo hicieron con ese sentido de la hospitalidad que tienen los pueblos que sobreviven en medios muy adversos y cuyas casas nunca son de piedras o madera, sino de pieles de animales fácilmente desmontables, exigencia fundamental para los que hacen del nomadismo su medio de vida y de la caravana su única patria. Alrededor del fuego comenzaron a compartir noticias y experiencias, gracias al conocimiento de la lengua que de aquellos caravaneros tenía el Tingitano. No obstante, pese a que todo parecía ser amable y acogedor, Valentiniano no dejó en ningún momento de tener en aviso su sentido de alerta, sin alejar la mano del puño del gladio. La intuición fue siempre su mejor consejera. Y seguía siendo leal a sus más mínimas predicciones.

—Hemos sobrevivido a una corriente terrorífica que nos desvió de nuestra ruta marítima —dijo Valentiniano al que parecía ser el jefe de aquella caravana, interesado por su suerte. El Tingitano servía de intérprete.

—La fortuna es la mejor aliada de los que viven en el camino. Ya sea por el desierto o por el mar. Hay muy pocas diferencias entre un desierto de arena o de agua. Me alegro de vuestra fortuna. Y de teneros aquí como huéspedes. ¿De dónde venís y hacia dónde vais?

—Salimos de Gades y vamos a la isla de Cerne, más allá del cabo Juby

—Un largo viaje. Muy largo. Alguna vez lo hemos hecho por la ruta del desierto.

—¿También cambiando sal por oro?

—Casi siempre, viajero. La sal en esos climas tan tórridos es la vida. Y la vida es más valiosa que el oro.

Aquella noticia directa de un caravanero estimuló la confianza del dacio, que nunca había creído en el objetivo del viaje y, mucho menos, en que hubiera gente tan loca capaz de cambiar sal por oro. Así pues, era cierto que el oro existía, que había hombres que lo cambiaban por la sal y que tanto Asdrúbal como Polypus no le habían mentido respecto a la ruta emprendida.

—Nos gustaría saber si de aquí a Cerne encontraremos en la costa ayuda si la necesitamos…

—Te lo repito, viajero: la fortuna es la mejor aliada de los que viven en el camino. La costa es inhóspita, rocosa y no está habitada, salvo que alguna caravana, como la nuestra, se haya acercado a la misma por algún motivo.

—Agradezco tu información.

—Pero tras el desierto verás cómo los árboles llegan hasta la misma playa y los ríos son caudalosos y abundantes.

—Será como ver el tesoro del templo de Júpiter —comentó Valentiniano.

El dacio hizo un gesto de agradecimiento al que parecía ser el jefe de aquella caravana y dio la orden de marchar. Se levantaron todos menos el Tingitano.

—Vamos, muchacho. Nos esperan en el barco.

—Yo me quedo.

El dacio lo miró sorprendido. Y por un momento dudó cómo actuar. Enfrentarse a una caravana era insensato. Lo único que podía hacer era saber las razones por las que desertaba de la tripulación.

—Prefiero el desierto al mar —argumentó el Tingitano.

—Pero te espera un buen botín al terminar nuestro viaje. Ese golpe de fortuna que tanto deseabas para tu vida ya lo tienes casi en la mano. ¿Quieres volver a una *fullonica*?

—Quiero volver a mi tribu, a mi tierra, con los míos.

—Por eso mirabas siempre a la costa…

—Como tú. Pero yo sé por qué miraba. Tú aún no lo sabes.

Intervino el jefe de los caravaneros. Que detectó la tensión del momento, y ordenó al Tingitano que tradujera sus palabras.

—¿Qué dice el viejo? —quiso saber Valentiniano.

—No comprende que no te intereses, como hago yo, por el destino de los tuyos.

—No entiendo nada.

—Sabe algo que nosotros desconocemos —respondió el Tingitano.

—Dime qué sabe ese viejo —preguntó con hosquedad el dacio.

—La corriente fue provocada por una ola gigante que, al parecer, según las escasas noticias que le han llegado, ha causado grandes daños en el norte de la Tingitania y al otro lado de las columnas de Hércules.

Valentiniano enmudeció. Pensó en Cara Pescao, en Crátero, en los intereses comunes, en el sentido que tomaba ahora un viaje que podría haberse quedado sin su principal patrocinador.

—¿Y esa ola llegó a Gades?

—Si llegó a Tingis y nos arrastró a nosotros, tan alejados ya de Gades, lo más probable es que hasta Hércules se haya ahogado…

4. Hacia Cerne

Si Hércules se había ahogado en Gades por culpa de aquella maldita ola, la tripulación de la Estrella de Oro debía seguir navegando hacia su destino, pese a que Valentiniano, al comunicar la noticia recogida entre los *mauri*, moros bereberes de la caravana, hubiera empujado sin pretenderlo a que algunos pensaran en el regreso. El primero en hacerlo fue el dacio. Que seguía escuchando los consejos adversos sobre el viaje que le regalaba su intuición y estaba hondamente preocupado por lo que hubiera podido pasar en Gades. ¿Qué suerte habría corrido el patrón y socio de mayor jerarquía de aquel periplo, Cara Pescao? Si el rico liberto y su socio Crátero habían sucumbido bajo la ola gigante, lo más sensato era regresar y poner en orden un negocio y un patrimonio que ahora estaba como los caballos desbocados, sin nadie que los pudiera gobernar.

—¿Qué piensas Scaeva Minor?

—Ahora no puedo pensar nada. ¿Tú qué opinión tienes, piloto?

—Solo miro al frente. Hay que seguir. En el peor de los casos, si esa ola abatió Gades, las pérdidas habrán sido desmesuradas. Ahora más que nunca es necesario que regresemos cargados de oro.

—Algo me dice que debemos volver —insistió el dacio.

Scaeva Minor llevaba en su mano el Mercurio dorado que le regaló Cara Pescao. Aquel amuleto que tantas veces sacó de estrechos apuros al viejo mercader y que, ahora, también había protegido al barco y a la tripulación.

—Sabía lo que hacía el viejo patrón. Nos regaló su amuleto más preciado. Y creo que si se desprendió de su Mercurio era porque creía más importante que protegiera esta singladura que su propia vida.

—¿Y eso qué significa, Scaeva Minor? —preguntó el dacio.

—Que creo que tenemos que seguir hasta Cerne.

Polypus intervino con prontitud:

—Sea. Pero si vamos a seguir hasta Cerne habrá que estar encima de la tripulación. Algunos querrán hacer lo mismo que el Tingitano, dar media vuelta para ver lo que ha pasado con sus familias. No podemos perder más hombres. Así que abramos bien los ojos y los oídos.

—No me gusta la idea, pero la acepto. Al menos ya estoy seguro de que hay mucho oro donde vamos —dijo el dacio.

—Descansemos entonces. Y cambiemos el turno de las guardias para poner a los hombres de mayor confianza, los que no se atreverían a desertar —aconsejó Scaeva Minor.

—Presiento que va a ser un viaje entretenido —comentó Valentiniano—. Y es posible que este gladio corte buenas raciones de carne humana para alimentar a los peces.

—Si hay que cortarle la cabeza a algún amotinado, se hace. Y se cuelga de una jarcia como ejemplo. Ese es nuestro trabajo —dijo Scaeva Minor esgrimiendo el cuchillo turdetano que heredó de su padre el Zurdo.

Polypus afirmó con la cabeza. Y se sintió muy seguro tras aquella conversación. Además, sabía que con un par de

jornadas más de navegación nadie intentaría abandonar el desierto del mar por el de arena, que comenzaba a hacerse visible tras aquella costa rocosa y traicionera por sus fondos cambiantes para los barcos.

5. Hacia Cerne

Para que aquellas costas inhóspitas y traicioneras por la conformación de sus bajos no lo fueran tanto como para perder un barco, Polypus estaba bien pertrechado de su pericia marinera. Y su instinto nato para conducirse mejor en agua que en tierra. Por algo en Gades lo llamaban Polypus. No conciliaba el sueño, conmocionado por la noticia de los daños que habría producido la ola gigante en Gades y, como en otras tantas madrugadas en el mar, encendió su candil y se puso a repasar mapas estelares, cartografías de la costa y los instrumentos que llevaba en el barco para hacer más seguro su rumbo. Todo aquel aporte de información y tecnología marítima la había obtenido de Asdrúbal, gran conocedor de los viajes púnicos de Eutimenes y de Hannón, así como de otros grandes marinos de la antigüedad. Scaeva Minor tampoco pudo conciliar el sueño y, al ver el candil encendido, se acercó al piloto.

—Nos ha quitado el sueño la noticia.

—Pero eso no es malo. Te da más tiempo para saber y estudiar.

—¿Qué son esos papeles y dibujos, piloto?

—Algo tan importante en el mar como la fortuna. Conociendo esto no digo que el mar no pueda sorprenderte. Pero al menos puedes evitar algunas sorpresas.

Scaeva Minor se acercó a la mesita donde el piloto tenía desplegado todo lo que era fundamental llevar en un viaje tan largo.

—¿Quieres saber lo que es esto?

—Me gustaría, Polypus.

—Observa. Estos son catálogos de estrellas; esto otro un planetario con la tierra inmóvil y esférica en su centro y con los planetas Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno; lo que

te enseño ahora son tablas de la fase de la luna y de los eclipses de sol…

—Sí, eso de ahí sé lo que es: un reloj de sol y una clepsidra.

—Así es. Para medir el tiempo. Para que la climatología no nos sorprenda con tormentas indeseables llevamos manuales para su predicción.

—¿Y ese artilugio qué es? —preguntó curioso Scaeva Minor

—Es una herramienta para fijar la posición de las estrellas y otros instrumentos de orientación.

—Veo que esos instrumentos tienen grabados los vientos.

—Los cuatro vientos dominantes: Boreas, viento norte; Céfiro, viento oeste; Noto, viento sur y Apeliota, viento este.

—Ahora comprendo lo estúpida que fue mi pregunta sobre si sabrías regresar hasta Gades navegando contra el viento dominante…

—Es normal. Si yo fuera hombre de tierra adentro, el mar me causaría mucho respeto. ¿Por qué no descansas?

—Eso mismo te iba a recomendar.

—Descansemos…

Scaeva Minor se levantó del taburete donde había estado viendo aquel despliegue de mapas, tablas y herramientas náuticas que Polypus llevaba para garantizarse un viaje cierto. Cuando se marchaba le preguntó al piloto:

—¿Te quitaba el sueño pensar lo que habrías podido perder en Gades?

—No tengo mucho. Pero lo que tenía era compartido. Que Hércules haya protegido a Cara Pescao, nuestro gran patrón…

Scaeva Minor acarició la concha turdetana de su collar para que los dioses de sus ancestros hubieran protegido al patrón que tanto ayudó a su padre…

6. Camino de Cerne

Todo lo que tenían en aquel barco era compartido para alcanzar un objetivo primordial en tierra de negros. Pero parte de la tripulación había dejado de sentir lo más importante en una singladura larga y arriesgada: la confianza. Creció en algunos la idea, tramada y orquestada, de dar un golpe de

timón, doblegar la autoridad del barco y regresar a Gades por donde habían venido. Ellos también se creían en el derecho de saber qué había sido de sus familias y de sus escasos patrimonios. Como había hecho el Tingitano. En realidad, no era posible diferenciar si su vuelta la aconsejaba el amor familiar o el miedo a lo desconocido que, de alguna forma, habían atisbado sobreviviendo a tan brutal mala mar como fue la que los llevó hasta las islas Can. Creían estar aún a tiempo de regresar. Hacía tan solo tres jornadas que la nave había dejado la ensenada traicionera del cabo Juby para avanzar, costeando, junto a aquellas playas despobladas y sofocantes, donde de vez en vez, se apreciaban los esqueletos varados de ballenas, que atemorizaban a los marineros menos avisados.

—No son monstruos. No tengáis miedo. Son los huesos de ballenas que han muerto en esta playa. Ballenas como la que vimos antes de divisar las islas Can. O como las que llegan a Gades pescadas por nuestros marineros para aprovechar su grasa, su aceite y sus huesos —comentaba el piloto para relajar a los marineros.

—Eso es lo que quedará de nosotros si no regresamos ya —dijo, en voz muy baja, un tripulante a otro.

—Por todos los dioses, parece que estamos cerca del Hades —le respondieron.

—Al Hades vamos directos si esta noche no hacemos lo que tenemos que hacer —dijo otro con voz baja y mirada torva.

—Lo haremos. En la tercera guardia.

Siguieron afanados en sus asuntos tratando de no levantar sospechas. Pero los motines, las conjuras, hablan en silencio, se delatan por la impostura a la que se somete lo cotidiano, alzando las orejas de los que son objetivo de los sediciosos. Valentiniano empezó a oler en el ambiente el sudor de la traición. Polypus no necesitó de sus tablas del tiempo para saber que sobre el barco se posaba una tormenta. Y Scaeva Minor, instintivamente, tiraba de las jarcias de los aparejos del barco, como para calibrar si eran capaces de sostener un castigo ejemplar.

—¡En pocas jornadas dejaremos de ver el desierto y las playas se llenarán de árboles frondosos y ríos derramándose en

el mar! Solo son unas jornadas. Hagamos bien nuestro trabajo y pronto nos haremos ricos —gritaba Polypus para animar a los leales e intimidar a los que no lo eran.

—¡Vamos como mendigos y regresaremos como reyes! —gritaba Valentiniano.

Scaeva Minor permanecía en silencio. Probando jarcias. Acariciando su cuchillo turdetano. Mandando mensajes muy visibles.

La noche los alcanzó. Y el barco había encontrado un pequeño refugio en la costa, libre de vientos, para fondear. Cenaron. Se hicieron los turnos de guardia. Y los que no quisieron dormir jugaron a las tabas. Otros se envolvieron sobre sus capas para descansar al raso, bajo un manto blanco de estrellas. Al día siguiente la Estrella de Oro navegaba hacia Cerne con tres ahorcados colgando de sus jarcias. El tercer turno de la guardia no había calculado que en un intento de motín siempre hay alguien que, a cambio de más oro, encuentra el bando definitivo y el sentido primordial de su vida.

7. Camino de Cerne

El sentido que Polypus le encontraba a su vida, casi de forma primordial, era el conocimiento marítimo, la sabiduría y el dominio de las técnicas de navegación, adquiridas tanto de forma práctica con sus cabotajes como frecuentando el templo del Hércules gaditano, lugar de culto y estudio, intercambiando con Asdrúbal informaciones y experiencias. ¿Qué habría sido de Asdrúbal?, se preguntaba mientras, sobre la tablazón de la cubierta del barco, se entretenía en trazar, con un carbón de alguno de los infiernillos donde se calentaba la comida diaria, un mapa de África. ¿Qué habría sido de su gran amigo y maestro? ¿Fue engullido por la ola gigante o Hércules lo habría puesto a salvo, haciendo de su viaje privado una especie de camino hacia la salvación? Polypus se afanaba en subrayar los contornos del continente lo menos groseramente posible, aunque ni el carboncillo ni la cubierta del barco ayudaban mucho. Picado por la curiosidad,

Valentiniano se acercó al piloto:

—Veo que te aburres y pintas como los niños en las paredes.

—No me aburro. Todo lo contrario, me entusiasmo con lo que dibujo.

—Cada uno se entretiene con lo que puede. Pero yo no me relajaría mucho haciendo garabatos. Estoy seguro de que a bordo aún hay más traidores.

—Puede que sea como dices, Valentiniano. Pero ya nada pueden hacer. Hemos avanzado las jornadas suficientes como para saber que ni por el desierto ni por el mar su regreso es factible.

—No seas tan confiado, piloto. Abre bien los ojos.

Scaeva Minor interrumpió la respuesta de Polypus, que creyó más oportuno callar que decirle al dacio que la seguridad, disciplina y orden de aquel barco eran cuestión suya y del joven.

—¿Qué dibujas, piloto?

—África. Tal y como me la dibujó alguna vez Asdrúbal. Basándose en informaciones de geógrafos griegos de la antigüedad. ¿Te parece interesante?

—Tanto como tus herramientas y tablas de navegación.

—No todos los geógrafos se ponen de acuerdo en fijar los límites de África. Pero Asdrúbal me insistió mucho en seguir las informaciones de Pseudo-Escílax,

—¿De quién? —dijo Valentiniano rascándose la cabeza.

—De un geógrafo griego que llegó hasta Cerne con la ayuda de barcos y marineros gaditanos.

—Por todos los dioses, piloto, no logro entender ese dibujo —dijo Scaeva Minor.

—África es una especie de figura geométrica, un trapecio truncado, que desde aquí, desde el sur de Mauritania donde nos encontramos, se extiende en una costa casi recta hacia Oriente, hacia la ribera egipcia del Mar Rojo.

—¿Y dónde viven los etíopes?

—Los etíopes son vecinos de Egipto y viven en las costas meridionales de África. Los geógrafos los dividen en occidentales, que viven en el lugar hacia donde nos dirigimos, y orientales, que moran al sur de Egipto, por las tierras de

Nubia y Etiopía…

—¿Esa es la razón por la que en el río Senegal hay cocodrilos como en el Nilo? —preguntó Valentiniano.

—Puede que sea esa la razón. Otro geógrafo, Eutimenes, siempre creyó, tras hacer su periplo por estas costas, que el río Senegal es la fuente del Nilo, algo en lo que tampoco se han puesto de acuerdo ni los estudiosos ni los viajeros.

—¿Y tú qué piensas?

—Yo no soy geógrafo. Soy marinero. Y de una cosa estoy seguro: sé ir a Cerne y regresar a Gades. ¿Os parece bien?

—A mí, fantástico —dijo Valentiniano.

—Cada día se aprende algo nuevo contigo, Polypus. Y eso es de agradecer.

El piloto llamó a un marinero para que limpiara el mapa dibujado sobre la cubierta. Polypus miró al cielo y registró la grata sensación de que los vientos y el mar eran los adecuados para, en no muchas jornadas, dejar atrás la costa desértica mauritana y empezar a ver otros paisaje, verdes y abundantes, con los cocodrilos que infectan las aguas del Nilo…

8. Camino de Cerne

Ni los cocodrilos ni los ríos se habían hecho aún visibles, pero la costa iba cambiando el rostro hosco y desértico de las últimas jornadas por otro mucho más amistoso y feliz. Según los cálculos previstos por el piloto, la nave comenzaba a dejar atrás el gran desierto para vislumbrar una tierra más hospitalaria, transición sin dudas hacia las frondosas playas del Senegal. Se comenzaban a ver árboles y altas hierbas. Y Polypus entendió que no sería mala idea introducir carne fresca en la dieta de la tripulación. Lo consultó con Valentiniano:

—¿Qué darías por comer carne recién cazada?

—Parte del oro que vamos a cambiarle por sal a esos negros —dijo felizmente el dacio.

—Pues ahí enfrente, entre esa maleza y esos árboles, hay gacelas. Solo hace falta desembarcar y cazarlas.

Valentiniano habló con Scaeva Minor. Y entendieron que

uno de los dos, junto con un par de buenos hombres, tan hábiles con los arcos como con los remos, saldría a cazar. Lo echaron a suertes. El que sacara el número más alto en una sola tirada de dado, iría. El otro se quedaría guardando el barco y protegiendo a Polypus de algún posible rencor enconado entre la marinería. Valentiniano sacó un dos. Cuando fue a tirar Scaeva Minor su dado, el dacio se lo impidió.

—No tires. Quiero bajar yo. Se me ha olvidado cómo dar dos pasos seguidos, cómo pisar la tierra, cómo correr.

—No te marees mucho, hermano. De tu puntería depende que comamos carne fresca —bromeó el joven Scaeva.

Los marineros vieron cómo aquella partida de caza pisaba tierra y elevaron plegarias a Diana para que la montería fuera provechosa. Polypus y Scaeva quedaron a la espera y continuaron hablando del viaje, de cómo el paisaje estaba cambiando, de las pocas jornadas que le quedaban a la nave gaditana para llegar a Cerne y cumplir con el objetivo del viaje.

—¿Les agradará nuestra sal a esos salvajes, Polypus?

—Mucho más que eso, Scaeva. La sal para ellos es la vida.

—Y para nosotros el oro. Y más sabiendo lo que sabemos que ha pasado en Gades.

—Ese oro nos permitirá comenzar con ventaja. Con mucha ventaja si todo se ha perdido allá.

—Que los dioses te oigan, piloto.

Al cabo de unas horas volvieron los cazadores. Traían una gacela sin cuernos y varias liebres. Los cuernos los habían dejado, como ofrenda a Diana, en un pequeño altar improvisado que levantaron con piedras en el lugar donde cayó el preciado animal.

—Vayan encendiendo los infiernillos. Hoy comeremos carne fresca, gritó el piloto.

Valentiniano regresó a bordo exultante. El dacio había abatido a la gacela de un certero disparo en el cuello. Un tiro fácil ante un animal que nunca habría visto a un ser humano y al que traicionó su confianza. Guiñó un ojo de complicidad al piloto y a Scaeva Minor. Y les dijo:

—No se me había olvidado correr en tierra…

9. Cerne

Los que habían olvidado cómo es una tierra fértil y desbordante que se desliza, como una lengua lujuriosa y verde, por el cuello largo y sensual de aquella playa que se descubría con alborozo desde el barco gaditano, lo celebraban con abrazos entre ellos y plegarias a los dioses. Nunca antes ninguno de aquellos marineros había llenado sus ojos con colores tan nuevos y sus oídos tampoco habían registrado sonidos tan extraños de pájaros y otros animales que, de árbol en árbol, saltaban o volaban. Incluso el olor que llegaba de la tierra era diferente a los de otras costas, como más dulce y confitado, quizás, por los efectos de un calor tan insoportable que maduraba y pudría los frutos que caían de aquellos árboles enormes. Un sonido continuo pero lejano, ronco pero audible de tambores saludaba el paso del barco que, con más ansia que nunca, buscaba un lugar apropiado para atracar.

—No veo a nadie —comentó Valentiniano—. Solo oigo tambores.

—Saludan nuestra llegada —le respondió Polypus.

—¿Seguro que nos están saludando o están llamando al combate?

El piloto no hizo caso al dacio y dio una orden al marinero encargado de devolver la cortesía haciendo sonar una enorme caracola marina. El sonido abisal, primitivo y agudo de la caracola silenció a los tambores y Polypus dejó escapar una sonrisa mirando al dacio.

—Acaban de invitarnos a pasar al río y atracar en la isla de Cerne. Buscaremos el *emporium* y dejaremos la sal sobre la playa. Empieza nuestro verdadero viaje, amigos. El viaje que nos hará ricos.

Salvo Valentiniano, todo el barco participaba de un estado de ánimo exultante, como el río de Híspalis durante la fiesta de Isis o el foro de la vieja Gades durante las Saturnales. Pero Valentiniano, por alguna oculta razón, no lograba contagiarse de aquel clímax. Miraba hacia el bosque, ponía atención a los sonidos que llegaban de la playa y olisqueaba el ambiente, que le provocaba cierta repugnancia. Un hombre de altas montañas

agradece antes el hediondo olor de una osera que el mestizaje de sensaciones que fluye de una costa tropical. El dacio se acariciaba la barbilla, se rascaba la cabeza e, instintivamente, sin ser consciente de lo que hacía, jalaba de una jarcia, de aquella jarcia donde hicieron el final de su viaje las cabezas de los amotinados que quisieron regresar a Gades.

—¿Te pasa algo, hermano? —le preguntó sorprendido Scaeva Minor.

—No, no me pasa nada, Scaeva.

—Entonces tu ánimo y tu rostro están peleados.

—¿Por qué lo dices?

—Porque si no te pasa nada tu rostro refleja todo lo contrario. Hemos llegado a donde jamás creíste que llegaríamos. Es motivo de sobra para que no tengas esa cara. Seguro que cuando estabas en los túneles de los anfiteatros, a la espera de combatir con algún tracio o reciario, eras capaz de sonreír. Sabiendo incluso que podía ser el último día de tu vida.

—Un guerrero siempre sonríe cuando va a luchar.

—Y también cuando el botín es grande y generoso. Te espera el oro que no tenemos, las mujeres que no catamos desde hace tiempo y una vida en Híspalis, en Roma o en Alejandría que supera tu imaginación.

Valentiniano miró con severidad a Scaeva. Lo miró a los ojos fijamente, con la fuerza agotadora del miedo, sin abrir la boca por no saber lo que decir o no querer desvelar la razón real de su abatimiento. Instintivamente seguía jalando de la jarcia de los ajusticiados. A Scaeva Minor le llegó algo intraducible de aquel momento angustioso, tan irracional como potente, que transmitía sin querer el estado de ánimo de un Valentiniano secuestrado por algún demonio o un mal de ojo.

—¿Qué te pasa, hermano? Me da miedo tu mirada. Ni el hielo quema tanto.

El dacio escupió sobre el agua y maldijo en su lengua. El barco, en cambio, era una fiesta y el piloto se acercaba con tino hacia la playa del *emporium,* donde deberían depositar la sal y esperar a que los negros de aquella cuenca del río Senegal la pagaran con oro. Sin que mediara trato personal alguno

entre las partes. Los tambores volvieron a sonar y la caracola les devolvió el saludo.

—¿Cómo te sentirías, Scaeva, si la noche anterior a la llegada a este paraíso soñaras que unos halcones nos roban la sal que vamos a depositar en la playa?

—¿Soñaste con halcones? —respondió Scaeva Minor con gran sorpresa

—Tantos halcones como soldados llevó Trajano a mi tierra para asolarla y devastarla…

10. En la costa

Ninguna desolación ni devastación se detectaba en aquella hermosa tierra africana en la que el barco amarillo y azul, con ojos de faraones en su proa, con la frase juliana de «No temas. Yo enderezo la Fortuna con esta mano» subrayando el dibujo de una mano pintada sobre el costado de babor del navío, había atracado en la playa de los negocios. Los tambores volvieron a sonar, roncos y lejanos. Pero ningún hombre, comerciante o guerrero, se había dejado ver. No obstante, Polypus sabía que tras aquella muralla verde, tan espesa e intraspasable como la que Hadriano levantó con piedras en Britania y que, posteriormente, Antonino Pío llevó más al norte ante el empuje de las tribus caledonias, había ojos que los seguían, que los vigilaban. Polypus ya lo había vivido antes. Y cumplía a rajatabla las normas del llamado comercio silente. Nadie trataba con nadie. Pero se llegaba a un acuerdo sin necesidad de contacto directo, sin verse la cara los comerciantes. Los béticos dejarían la sal sobre la playa y los negros su pago en oro. Si no convencía el trato, no se retiraba la mercancía hasta que el oro depositado alcanzase el valor estimado. Si los negros valoraban muy alta las pretensiones de los ofertantes, retirarían su oro y otros vendrían a pujar por la sal. Así se regateaba un precio en los llamados emporios. Tras la muralla verde, los negros esperaban ver la sal expuesta sobre la playa. Ojos. Muchos ojos tras aquel invisible muro vegetal. Ojos que miraban sin ser vistos. Y, entre esos ojos, un par que no eran ni oscuros ni almendrados. Más bien eran ojos

como los que sabían las rutas de los oasis y llevaban a las caravanas del norte hasta las minas del oro del sur guiándose por las estrellas del desierto. Ojos muy familiares para algunos miembros de la tripulación de aquel bonito barco atracado en Cerne y que se llamaba la Estrella de Oro. Un barco gaditano más que había llegado al Senegal y que, cargado del metal de los dioses, querría regresar a Gades…

CAPÍTULO VI

LA VIDA ES UN SEIS DOBLE O NO ES VIDA

1. VINDOBONA

Marco Aurelio recibió la noticia de la muerte de Lucio Vero, su mano derecha en el gobierno imperial, una mala tarde del año 169. Cuando el centurión llegó al cuartel del «otro emperador» para entregarle la carta donde se le comunicaba un ataque inminente de tribus bárbaras confederadas, ya había salido su cadáver camino de Roma, vencido por la peste. Lo que no pudieron hacer los partos ni los salvajes marcomanos, lo logró la furiosa epidemia que tenía al imperio, desde el este al oeste, sumido en un desconcierto médico, en una tempestad de supersticiones y en un miedo imposible de combatir. Cuando los hombres son incapaces de dar una explicación racional a las adversidades, la superstición gobierna en lugar de la razón, inventando causas infernales y venganzas teológicas como explicación de la catástrofe. O son los demonios o son los dioses indignados los que vuelcan sobre nuestras cabezas sus iras y furias. Y ante semejante declaración de guerra, a los pobres mortales, sin más corazas y espadas que las de su vulnerabilidad, no les queda otro remedio que atrincherarse en la superstición y buscar castigos ejemplares en cabezas inocentes. Con eso creemos que aplacaremos a los demonios o a los dioses. Así comenzó a correr el rumor de que la peste estaba asociada al emperador y a su familia, hasta identificarla como la epidemia antoniana. Resulta imposible saber si el rumor nació en algún gabinete político romano de senadores enemigos del emperador o si, por el contrario, fue el pueblo, desde la miseria de unos tiempos tan adversos, quien lo patentó para hacerlo rodar por todo el Imperio. Daba igual. Lucio Vero ya no era emperador. Y Marco Aurelio se sintió profundamente solo.

Los recuerdos que lo asaltaban desde que recibió la noticia no lo ayudaban mucho a escapar de su soledad. Miró hacia atrás en el tiempo y recordó los días gloriosos de ambos en Roma, cuando se concedió a Lucio Vero un triunfo por su campaña victoriosa en Partia, en el que participaron los dos emperadores y sus familias, a imagen y semejanza del que se concedió a Vespasiano cuando regresó de su campaña de Judea. En su corazón, Marco Aurelio guardaba recuerdos que le arrancaban leves sonrisas de un pasado muy feliz: ecos de vítores y felicitaciones del pueblo de Roma que inundó las calles para celebrar la victoria de Vero y, también, la de aquel reparto de tronos que daba muestras de un funcionamiento óptimo para gobernar el Imperio. Para combatir la melancolía, Marco Aurelio tomó su pluma y varios papiros donde volcar las ideas y sentimientos que le asaltaban. Antes pidió a los soldados que guardaban la entrada a su despacho que no fuera molestado por ninguna razón, salvo que la razón viniera explicada por el sobresalto de algún movimiento marcomano.

El candil del estudio alumbraba la oscuridad de la tarde en su tienda y la luz hizo cambiar de color el frasco de cristal tallado del tintero. Jugó con la pluma entre sus dedos, moviéndola en rotación, como si esperara que cogiera vuelo y elevara su pensamiento tan alto como las águilas. Entre el dolor por la pérdida de un gran general y la felicidad de los recuerdos se movían los motivos emocionales que lo empujaron a escribir en su libro de las *Meditaciones* lo que sigue:

«No pienses de las cosas ausentes como ya presentes; antes bien, escoge de las presentes e imagina gracias a ellas cómo las buscarías, si no estuviesen presentes. Pero al mismo tiempo vigila, no sea que por tomarles tanto gusto a estas cosas te acostumbres a sobrevalorarlas, de modo que si alguna vez no están presentes te sientas turbado.

»Recógete en ti mismo. Por naturaleza posee el principio rector la facultad de bastarse a sí mismo, obrando bien y conservando la calma por eso mismo.

»Sofoca la imaginación. Contén los hilos de la marioneta. Circunscríbete al momento actual. Conoce lo que te sucede a ti

o a otro. Divide y reparte el objeto en causa y materia. Piensa en la última hora. Lo que aquel ha errado, déjalo allí donde el error surgió.»

Dejó de escribir, se llevó la mano a su rostro, tan sereno aparentemente, y apagó de un soplo el candil. En la oscuridad ni él ni nadie vería la diminuta deriva por su mejilla sonrosada de una lágrima de dolor que no supo acatar lo que acababa de escribir: «No pienses de las cosas ausentes como ya presentes…».

2. Vindobona

Por el cuartel de Marco Aurelio se había hecho presente para fugarse de su anonimato el nombre de un animal que, por ejemplo, en la Bética, solía formar parte del entretenimiento de los más osados, que medían su valor, bien con lanzas, bien con pértigas o con ambas cosas a la vez, con los bóvidos salvajes de las dehesas. Los legionarios activos más veteranos y las tropas auxiliares bebían y brindaban por un nombre de la Subura, un apelativo que resumía la fuerza del carácter de un soldado novato pero que había actuado como si Marte hubiese sido su óptimo a la hora del entrenamiento y la preparación militar. No había nadie en el campamento de Vindobona que no hubiese acariciado con el reconocimiento de sus labios el nombre de Taurus. Taurus era un héroe. Podía ser un novato, un soldado sin apenas experiencia en el cuerpo a cuerpo con los bárbaros, pero su fuga del campamento marcomano y la información facilitada a su centurión Justino sobre un ataque inminente de las tribus confederadas del Danubio había salvado al cuartel del mismísimo emperador. Involuntariamente, el destino, siempre tan amargo con su vida, le había regalado un seis doble al convertirlo en explorador e informante, jugada que le cambió su existencia. El ataque de los marcomanos no solo fue rechazado por las legiones de Marco Aurelio, sino que, para reafirmar su victoria, los derrotados fueron perseguidos y aniquilados sin piedad por una caballería experta en cortar cabezas sobre sus monturas. Vindobona estaba de fiesta. Pese a que el enemigo seguía

dentro y llenaba el hospital con los hombres contaminados por la peste.

El día se había levantado bonito, soleado y sin alardes de bárbaros amenazantes, con las legiones formadas y Marco Aurelio, desde su propia montura, dando jerarquía máxima a la ceremonia. Se iba a condecorar a Taurus por su heroico comportamiento y su valiosísima información. Con un ligero gesto, Marco Aurelio dio permiso al centurión Justino para que ordenara un paso al frente de su formación al soldado Taurus.

—¡Soldado Taurus! ¡Paso al frente!

A aquel detritus de la Subura, regenerado por la disciplina y los principios inviolables de las legiones de Roma, le temblaba hasta el aliento. Ni en el campamento de los marcomanos se sintió tan arrugado como esa mañana en la que el propio emperador iba a mancharse la boca pronunciando su nombre para elogiarlo y reconocerle sus méritos. Taurus dio un paso al frente y Marco Aurelio, desde su caballo, comenzó a dirigirse a la tropa.

—De las cosas que los hombres hacemos en la guerra para defender y librar a Roma de sus enemigos, hay pocas que me complazcan más que un reconocimiento al valor. El valor es el corazón del legionario. Sin él no es nada. Una mujer valerosa puede ser más útil que un legionario cobarde. Taurus ha salvado, gracias a su determinación, este campamento. Y quizás también a Roma. El día que caiga Vindobona, vuestros niños, hermanas, y mujeres que hoy viven sosegadamente en Roma pasarán a ser esclavos de unos bárbaros que nos odian pero que desean disfrutar de tanto como hemos construido a lo largo de nuestra historia. Quieren nuestras tierras, nuestras termas y anfiteatros. Quieren nuestros templos y sus tesoros. Quieren quedarse con Roma cuando ni siquiera han sabido construir a lo largo de sus existencias cabañas de maderas y chozos de paja. Ese es el motivo por el que luchamos aquí, tan lejos de los nuestros, en esta frontera del norte que marca dos mundos distintos: el de unas tribus embarradas por su primitivismo y el de una Roma capital del mundo civilizado. Nunca lo olvidéis. Tenedlo siempre presente. Su odio nace de su frustración. De ser lo que no quieren ser. De querer ser

como los romanos cuando no son mejores que los bueyes con los que arrastran sus carretones. Y sabed que si algún día llegan a las puertas de Roma no tendrán compasión ni con vosotros ni con vuestras familias. Por eso quiero reconocer el servicio de Taurus. Sin apenas experiencia directa en el combate, sin más argumentos tácticos que los que pudo aprender en el poco tiempo que lleva con nosotros, ha sido capaz de escapar del enemigo y facilitarnos una información preciosa para que Vindobona no sufriera la derrota que nadie quiere. Por todo eso, yo, el emperador, le concedo una *corona exploratoria,* una condecoración que Calígula ideó para reconocer a los buenos exploradores; un torques de bronce que lucirá en su cuello y una paga mensual extraordinaria. Soldados, gritad con todas vuestras fuerzas: ¡Viva Roma!

El cuartel tronó igual que una fiera cavernaria y temible, como aquellas que la mitología guardaba entre sus pasajes para encoger el ánimo de los hombres que sucumben al miedo. Los soldados vitorearon a Roma y después, golpeando con sus gladios los escudos, de forma acompasada, comenzaron a gritar el nombre ya más famoso de la Subura:

—¡Taurus, Taurus, Taurus…!

Marco Aurelio se fue en su montura tan imperturbable como había aparecido en la ceremonia. En su cabeza solo había sitio para otra preocupación: ¿sería capaz él solo de soportar la dura carga de una Roma amenazada en sus fronteras, castigada por una crisis económica severa por culpa de la falta de recursos mineros, contaminada en sus principios fundacionales por el cristianismo pacifista y diezmada por una peste brutal, o necesitaría la ayuda de otro general tan válido y leal como Lucio Vero? En el último caso: ¿existía ese hombre?

3. VINDOBONA

El hombre que no existía, que había dejado este mundo aniquilado por la peste era Blatta, cuya ausencia enfriaba la calurosa celebración que Taurus y Caballus habían organizado en su *contubernio*, ese espacio del barracón militar formado por una antesala y un dormitorio donde convivían ocho soldados

por regla general. Ni la bebida ni la comida, tan exagerada como demandaba una ocasión tan exclusiva, habían podido calmar en los estómagos de los amigos de la Subura el hambre de la ausencia. Borrachos como bacantes, los dos soldados, sin haber mediado palabra, trataban de espantar la añoranza de su ánimo, sin conseguirlo. Taurus era agasajado continuamente por los legionarios que se pasaban por aquella sala y le gastaban bromas con el torques.

—Si lo ajustas un poco más a tu cuello comprenderás porqué hay maridos que prefieren ser ahorcados a soportar vivir con una mujer que te asfixia poco a poco…

—Ese collar, amigo Taurus, te convierte en objetivo primero de los bárbaros. Si te pesa mucho, me lo puedes dejar…, junto con tu paga extraordinaria.

—Amigo, eres un veterano sin años. Un milagro de los que solo pueden ocurrir en el ejército. Déjame que te toque para recibir tu gracia…

Y todos se echaron encima de Taurus para manosearlo y tocarlo, entre carcajadas de risas y en un ambiente absoluto de camaradería. Solo Caballus permanecía en pie, ajeno a la fiesta y más cerca del espíritu de Blatta que del de aquella celebración.

—Nunca sacó un seis doble —se decía para sí, atrapado por los recuerdos.

Caballus se apartó discretamente del jolgorio y se asomó a la puerta del barracón para que el aire le ayudara a despejar los pensamientos negros que lo asaltaban. Una mano se apoyó sobre su hombro:

—Yo también lo extraño, amigo. Yo también, en el único día que la vida me ha regalado motivos para quererla, siento su ausencia y me maldigo por no haber podido compartir con él la mitad de la suerte que me ha dado como botín.

—Le hubiera gustado verte con esa condecoración en el cuello, Taurus.

—Y a mí me hubiera gustado compartir con él todo lo bueno que he recibido hoy, Caballus.

—El emperador de Roma alabándote en público y pronunciando tu nombre. Parece increíble, Taurus.

—Ha sido una buena mano, Caballus. Tres seis dobles seguidos como los que tú sacaste en aquella taberna de mierda de la Subura el día que decidimos alistarnos.

—La vida es una partida de dados. Nacer pobre o rico es cuestión de suerte.

—A Blatta la Fortuna le dio los dados cargados para que siempre le saliera el uno.

Los dos amigos se abrazaron y sin mediar palabra se dirigieron al altar de Júpiter Optimus Máximo para quemar hierbas aromáticas y elevar unas plegarias por la memoria del amigo que se perdió el día más feliz que ningún miembro de la banda de los Animales pudo disfrutar en sus vidas. Ambos, como su emperador había escrito momentos antes en la tienda, a la luz del candil inagotable de su sensibilidad, tampoco eran capaces de no pensar de las cosas ausentes como ya presentes…

4. Vindobona

Aquellas estrellas que convertían el cielo en un río caudaloso de leche nunca estuvieron ausentes en la inspiración de Marco Aurelio y, cada vez que su alma entraba en lucha con los recuerdos, le ayudaban a ver y comprender mejor su papel en el mundo. Lucio Vero y él habían sido las dos caras de la mejor moneda de oro que sostenía aquel imperio en tiempos tan duros. De una forma quizás exagerada podría decirse que, como Cástor y Pólux, en el momento más adecuado, aparecieron en el campo de las batallas de las necesidades romanas, como dos caballeros sin miedo, para derrotar a las amenazas de aquel tiempo como los Dioscuros abatieron a Tarquino, el último rey de Roma, en beneficio del amanecer de la república. Gracias a su preparación militar y compromiso político, habían sabido rechazar a los *chatti* en la provincia de la Germania Superior sin muchos problemas. Pero no fue tan fácil doblegar a los marcomanos procedentes de Bohemia que cruzaron el Danubio en alianza con lombardos y otras tribus levantiscas. Casi coincidiendo con aquel despliegue de los marcomanos, por el este, los sármatas intensificaron su

hostigamiento sobre los territorios comprendidos entre los ríos Danubio y Tisza. Aquellos bárbaros deseaban acercarse a Roma y poseerla, como si fuera la mujer que cada día soñaban tener en sus brazos, y cada día eran rechazados para sumar una nueva frustración que, habitualmente, generaba deseos de venganza en los perdedores.

Venus brillaba con una intensidad especial aquella noche en el río de leche celestial. Y el planeta del amor removió los recuerdos del emperador que los días sepultan bajo el olvido involuntario de la cotidianidad. Había vivido con Lucio Vero tantas y tantas campañas militares, tantos y tantos peligros, pesares y trabajos que se sentía tan unido a él como la rama al árbol y como el musgo a la piedra. Habían expuesto sus vidas por la de millones de romanos que, desconociendo lo que el Imperio se jugaba en el norte, seguían obstinados en sus prejuicios y supersticiones, culpando a los Antoninos de la peste y la miseria que se cebaba con ellos. Curiosamente, la guerra es la máquina más engrasada para destruir ciudades, pueblos y hombres, pero a su vez es el mejor pegamento para soldar de por vida lazos de amistad y camaradería entre los hombres que la hacen. Por eso, cuando a uno de ellos lo secuestra su destino, las estrellas que remueven los recuerdos más intensos vividos con el ausente suelen inspirarte líneas como las que Marco Aurelio dejó escritas en sus papiros aquella noche tan blanca y, a su vez, tan oscura para el alma del emperador filósofo.

«Muy pronto serás ceniza o esqueleto, y un nombre, o ni siquiera un nombre. Y el nombre es ruido y eco. Lo que más estimamos en la vida son cosas vanas, corruptibles, pequeñas, perritos que se mordisquean, niños amantes de la riña, que ríen, y al momento lloran. La lealtad, el pudor, la justicia, la verdad "al Olimpo, desde la tierra de anchos caminos"», escribió citando a Homero en su Odisea. Luego comenzó a preguntarle al papel sobre el que escribía con su aguda pluma literaria:

«¿Qué es, pues, lo que todavía te retiene aquí, si lo sensorial cambia al punto y no es estable, y los sentidos son confusos y fáciles de descarriar por falsas impresiones, y la propia alma es

una exhalación de la sangre, y la buena fama son cosas así, algo vacío? ¿Pues qué? ¿No aguardarás propicio, o bien tu extinción, o bien un cambio de estado? Hasta que la ocasión de esto se presente, ¿qué basta? ¿Qué otra cosa sino venerar y bendecir a los dioses, hacer bien a los hombres, soportarlos y abstenerse? Cuanto cae fuera de los límites de la carne y el espíritu, recuerda que eso no es tuyo ni depende de ti.»

Marco Aurelio se levantó de su mesa, quemó incienso en su pequeño altar a los dioses y se fue a la cama sin sueño. Se llevó horas en una especie de duermevela dándole vueltas a lo que había escrito sobre lo que aún le retenía en su puesto, en la vida. ¿Qué hacía en Vindobona? ¿Quizás pagar el tributo a su alto concepto de la lealtad, el pudor, la justicia y la verdad? ¿O tan solo esperaba propicio su extinción o un cambio de estado? ¿Tal vez una flecha marcomana, una lanza de un cuado o el veneno de la peste? Cayó dormido rememorando el rostro feliz de Lucio Vero y esperando que Morfeo le presentase en sueños el rostro del otro hombre que necesitaba a su lado para que Roma siguiera mandando en el mundo.

5. Vindobona

Los rostros más felices de aquellas legiones que mandaba el atribulado Marco Aurelio estaban disfrutando en las termas del cuartel, más limpias que nunca, tal vez como anuncio o señal de que las cosas empezarían ir a mejor. Sin duda ese era el caso de uno de aquellos rostros felices, el de Taurus, cuya vida y estima habían girado ciento ochenta grados, haciendo bueno el aserto de que una de las pocas posibilidades que tenía un romano de cambiar de vida y estatus es el Ejército. La vida militar le había concedido lo que nunca tuvo: nombre, reputación, familia, techo y comida. Cada día que pasaba se sentía más romano y más comprometido con los juramentos diarios que se hacían, tras el toque de diana, al emperador y a su familia, ligándose a su defensa, entregando su propia vida si falta hiciera. Era todo tan distinto. En la Subura eras una pieza más expuesta a otro cazador más fuerte que tú. Como militar, con solo lucir el cinturón donde colgaba tu espada, ya te

sentías en la vida civil vestido con las mejores galas y defendido por el aura intocable de pertenecer al Ejército de Roma, a los soldados del emperador que la defendían.

Caballus lo acompañaba en las termas. Iban a disfrutar juntos del día de fiesta que Marco Aurelio había decretado para el cuartel de Vindobona. Un día donde los soldados y los veteranos gozarían del vino, la carne asada y la carne tierna de las *canabae,* los poblachos civiles que crecían junto a los cuarteles para dar a los legionarios vino, juego y mujeres.

—Tengo diecisiete años, Caballus. Veinte años más en la legión y regreso a la Subura como un emperador. Licenciado con honor, reputación y dinero.

Taurus volcó un cubo de agua fría sobre su cuerpo, esculpido ya como el de un atleta.

—¿Regresarías a la Subura? ¿Volverías a donde el mundo tiene el culo y caga todos los días sobre sus vecinos?

—Volvería a lo que ya conozco. Y volvería como hay que volver a los sitios donde la mierda es el aire que respiras: con dinero, con poder.

Taurus estaba desnudo, en pie, mirando fijamente a su compañero, tendido sobre un banco de piedra con adornos de armas militares.

—Umm…

—¿Qué significa ese «Ummm», amigo?

—Significa, Taurus, que esa mierda no huele tan mal. Pero me gustaría saber más sobre tus planes futuros. Muchas veces la mierda le huele bien a su propietario. Pero no por eso deja de ser una mierda.

Caballus se incorporó, tomó otro cubo de agua fría y bañó su cuerpo que, por el contraste de temperatura, destensó todos sus músculos y lo relajó confortablemente.

—Es muy sencillo, Caballus: volveré con dinero para montar una carnicería, aprovecharé los contactos militares que sepa hacer aquí, al lado de oficiales que sirven al emperador, multiplicaré esas carnicerías y optaré y ganaré la dirección del colegio de carniceros de la Subura. Te aseguro que en cinco años ese miserable barrio de Roma será mi reino. Porque yo seré el concejal de la Subura.

—No parece que esa mierda huela mal, pese a ser tuya —dijo Caballus.

—Esa mierda huele divinamente, Caballus. Tanto como las aristócratas romanas cuando perfuman su cuerpo con bálsamo de Judea.

—¿Lo has hablado con Justino, el centurión?

—Más o menos.

—¿Más o menos? Por todos los dioses, habla claro: ¿más o menos?

—Justino pretende que aprenda carpintería. Dice que eso me daría muchas oportunidades dentro del cuartel y en la futura vida civil. También está interesado en tu futuro, Caballus.

—En mi futuro, que no existe, mando yo.

—Dice que tienes talento para los números y que no serías un mal administrativo. Y lleva razón. Con un poco de estudio y práctica en el cuartel, el acueducto de Nicomedia, en Bithynia[14] no habría costado lo que dice el centurión Justino que le costó al tesoro imperial.

—Eso me quitaría del combate directo…

—Eso te quitaría, en veinte años, de este o de otro cuartel donde te enviaran. Porque tú serás mi contable, el contable del rey de la Subura…

6. VINDOBONA

En el cuartel de Vindobona solo había un rey, un emperador filósofo que era *commiles*, compañero soldado, y líder divino, como un dios entre los legionarios. Pero bajo sus pies, de forma clandestina y subterránea, existían muchos otros poderes que movían la compleja maquinaria de intereses más o menos oscuros. Una tupida red de conexiones entre soldados, veteranos activos y oficiales sacaba provecho de su estatus militar y del poder que detentaban ante la población civil, para hacer felices a sus afiliados. Los cristianos ponían en boca de Juan el Bautista una frase del mártir de Herodes al que unos soldados le preguntaron qué tenían que hacer para ser buenas personas. Dicen que el Bautista les contestó: «No abuséis de la

gente, no hagáis denuncias falsas y contentaos con lo que os pagan…». Pero ¿quién teniendo tanto poder en las manos como tenía un militar en Roma se contentaba con lo que ganaba cuando salía del cuartel?

—Yo vivo de lo que me da el Ejército, Taurus. Me basta y me sobra.

Taurus callaba, sentado en la sala, modesta pero limpia y acogedora, de una pequeña casa que tenía el centurión Justino fuera del cuartel y que compartía con una *focaria*, una especie de concubina que daba al oficial compañía y placer y se encargaba de las tareas de la casa. A veces incluso le daba hijos al militar, pese a la estricta prohibición que dictaba la *Lex Papia Poppea*, que no permitía a los soldados tener hijos legítimos y familia legalmente constituida durante su contrato militar. Roma, en los cuarteles, solo quería una familia estructurada en torno al *pater familiae*, el emperador. Los afectos cuarteleros se dejaban en manos de la camaradería, la amistad y la ayuda mutua en acciones de combate. ¿Acaso no unían más a los hombres aquellos vínculos donde se jugaba con la vida y la muerte que las otras ventajas de la familia civil?

—Te lo repito, chico: yo vivo de lo que me da el Ejército. Me basta y me sobra.

Justino apuró su vaso de vino y le guiñó un ojo a su concubina para que se lo llenase. Taurus seguía pensativo, con la cabeza baja y los ojos clavados en su brazo, donde se apreciaba, limpio y nuevo, su tatuaje de pertenencia al ejército de Roma. Justino lo observó, dejó que el silencio retumbara por momentos en la conversación y, cuando tuvo una buena idea para proseguir la charla, le dijo al famoso chico de la Subura:

—Está grabado sobre tu piel; pero cuando te licencies lo llevarás en tu corazón. Te tatuaron con tinta de óxido de bronce molido en vinagre. Pero eso puede que el tiempo y las arrugas te lo difuminen. Lo que nunca se borrará de tu corazón es lo que aquí estás viviendo y aprendiendo.

—¿Por qué insiste, centurión, en que aprenda carpintería?

—Porque es lo más ventajoso para ti. Aprender un oficio

que te dará ventajas dentro del cuartel y fuera de él.

—Con su permiso centurión. ¿Puedo tener otros planes?

Justino se bebió de un trago el vaso de vino que le había servido aquella chica rubia, de ojos claros y nalgas prometedoras. Nalgas de esas que son capaces de abrigarte toda una vida. El oficial pidió otro vaso. Y miró fijamente a Taurus, con esa mirada que suelen tener los centuriones cuando dan una orden indeclinable.

—No.

Luego suavizó su respuesta. Y explicó su negativa.

—No, no puedes. Eres joven, no tienes experiencia y tu juventud no te ayudaría a tomar la mejor decisión.

—¿Y por qué convertirme en carpintero sería mi mejor decisión? ¿Podría tener una casa fuera del cuartel y una *focaria* tan hermosa como la suya?

Justino prorrumpió en una enorme carcajada, incendiada por el alcohol, multiplicada por su sensación de poder frente a aquel inexperto chico.

—¡Todo eso y más! —dijo el centurión.

—Entonces…

—Entonces haz lo que te digo. Mañana mismo te llevo a la carpintería y comienzas el aprendizaje en las horas que se te determinen.

Taurus se levantó, se llevó su mano al pecho y saludó al oficial para despedirse. Luego le dijo:

—¿Recuerda usted al soldado Claudio Terenciano, que murió de peste?

—Lo recuerdo.

—En la última carta que le escribió a su padre le decía que en el Ejército no se consigue nada sin dinero y las cartas de recomendación son papeles mojados si uno no se espabila…

—No te preocupes, chico. Tu hoy acabas de espabilarte para siempre…

—Disculpe, centurión, creo que eso no pasará hasta que usted no me lleve a la Hermandad de los Triarii, los veteranos en activo de esta legión…

La reconfortante neblina que el vino le había levantado en las riberas de su conciencia se disipó de repente por aquel rayo

de luminosa respuesta que un novato como Taurus acababa de darle. Uno cree saberlo todo. Pero en realidad siempre viene alguien, muy por debajo de tu estúpido ego, para demostrarte que nunca se deja de aprender…, incluso de los que creemos que nada saben.

7. VINDOBONA

A Taurus y Caballus les habían caído, en la orden del día, trabajos mecánicos en el cuartel. El concepto de trabajo mecánico era tan amplio como grandes las necesidades de mantener en perfecto estado de revista un cuartel tan enorme como el de Vindobona. Desde barrer a cortar la mala hierba que crecía delante de los barracones o parchear con tierra la huella de dinosaurio de los temporales o reducir las goteras de los barracones… El campo de trabajo era tan estirado y amplio como las mismas fronteras del Danubio. Caballus y Taurus, ambos con una cazoleta en la mano, se encargaban de desbrozar de hierbas perniciosas el camino que llevaba hasta el *praeotorium,* el cuartel general donde el emperador se reunía con los altos oficiales bajo su mando. En plena vía pretoria, los dos jóvenes de la Subura se afanaban en llenar los cestos de caña entretejida donde depositaban las malas hierbas sobrantes. El trabajo no era duro. Pero si fastidioso. Lo que invitaba a la charla para hacerlo más ameno.

—¿Qué tal te fue la conversación con el centurión Justino, amigo?

—Muy bien. Como yo había pensado que saldría.

—Te convenció para que te hagas carpintero —comentó Caballus.

—Voy a aprender a trabajar la madera. Pero solo para acercarme a su círculo de influencias.

—¿Te refieres a la Hermandad de Veteranos del cuartel?

Taurus miró a su amigo y le hizo un gesto de aprobación.

—Ten cuidado, Taurus. Ya sabes que los colegios y asociaciones en los cuarteles no son legales.

—¿Pero hay algo legal en un cuartel más allá del poder del emperador?

—Ya sabes a lo que me refiero. ¿Ves esta mata?

—Sí, es una mata igual que esta que tengo justo al lado de mi sandalia.

—Mira lo que hago con ella, Taurus.

Caballus le aplicó un certero cazoletazo entre el final de su tallo y la raíz con la que se agarraba a la vida que le proporcionaba un suelo rico y fértil.

—Eso le harán a tu cabeza si te pillan manejándote con ellos. Y de nada te valdrá ni el torques, ni las palabras del emperador, ni la paga extra, ni tu fama de brillante explorador y mejor informador. Te mandarán directamente a la mierda.

Taurus cortó la mala hierba que tenía junto a su sandalia, se enderezó y miró el cesto donde estaba depositando los desperdicios. Se quedó un memento en silencio mirándolo fijamente. Luego le dijo a Caballus.

—Creo que estás envidioso de lo que he conseguido. Cada vez te noto más raro conmigo. Como si te molestaran los seis dobles que me ha regalado la vida.

—No sé a lo que te refieres, Taurus.

Caballus tiró la cazoleta al suelo y se puso firme y en posición de saludo. Marco Aurelio y su escolta pretoriana pasaban junto a los dos chicos de la Subura.

—¡Salve, emperador!

—¡Salve, emperador!

Saludaron al unísono, sorprendidos e intimidados, los dos soldados llevándose sus puños a sus respectivos corazones. Marco Aurelio hizo un pequeño comentario, casi sin detenerse, mirando a Taurus y dedicándole un gesto amable y efímero con su mirada:

—Un buen soldado también sabe cortar malas hierbas…

Cuando pasó el emperador y sus pretorianos, Taurus miró a Caballus y le dijo:

—Me refiero a esto que acaba de pasar…

8. VINDOBONA

Pasó un buen rato sin que los dos amigos de la Subura se dirigieran la palabra. Las palabras suelen herir, a veces, de

forma mortal, con más gravedad que el filo de un gladio. Se concentraron en su tarea y dejaron la vía pretoria, sin una hierba que ensuciara la visión del cuartel general de aquel hombre que, realmente, era un *commiles*, un compañero más de los soldados de Vindobona al que su altísima jerarquía, como jefe de los ejércitos de Roma y dios personificado, no impedía saludar con medida amabilidad a dos novatos que se cruzaran con él. Cuando la herida de Caballus dejó de sangrar por el corazón de su orgullo creyó conveniente dejar las cosas claras con Taurus.

—Ni te he envidiado ni creo que jamás lo haga. Eso no pasa entre amigos que salieron de una covacha de ratas para buscarse un lugar en el mundo. Te equivocas y olvidas muchas cosas que nos unen cuando me llamas envidioso.

Taurus trató de interrumpirle, pero la respuesta sosegada y el ánimo templado de Caballus no le dieron la oportunidad.

—Solo trataba de advertirte de lo arriesgado que es para un novato caer en el círculo de una hermandad de veteranos ilegal. Llevas muy buena carrera, Taurus, como para caerte ahora. Creo en tu plan de licenciarte con honor, recoger tu paga y situarte en la Subura dentro del colegio de carniceros. Es muy razonable. Más aún si te haces concejal de aquel distrito. Pero lo de esa hermandad me parece arriesgado.

—¿Puedo hablar? —le preguntó con ironía Taurus—. Te ha quedado tu discurso mejor que la presentación de los gladiadores por el *praeco* del Coliseo…

—Me gusta hablar claro para que no haya malentendidos, Taurus.

—Pues con la misma claridad voy a hablarte, amigo.

—Te escucho.

—La Hermandad está prohibida. Cierto. Como cualquier asociación o colegio que vaya contra las normas del código militar. Pero bien sabes que en Roma se prohíbe de dos formas: una para los pobres y otras para los poderosos. Esto es Roma, Caballus. Pero somos militares. Tenemos el poder que nos da nuestra condición. Frente a un civil en los tribunales somos como leones jugando con corderos por muy responsables que seamos del delito que se nos acuse.

—Eso es cierto.

—Y tampoco es mentira que los soldados, como cuota extraordinaria a sus ingresos, practican el soborno, el chantaje y la extorsión a los civiles. Lo sabemos porque lo hemos visto en nuestro propio barrio, en la Subura, pasándose los recaudadores, en nombre de algunos altos oficiales, por los colegios de albañiles y carpinteros a cobrar lo que les corresponde. Eso también ocurre aquí.

—Lo sé, amigo. Y eso es lo que me preocupa. Que te metas en ese juego cuando con tanta limpieza has sacado del cubilete de la Fortuna tu seis doble. ¿Para qué estropearlo exponiéndote a un chivatazo de un envidioso o a una traición de quien consideras un compañero leal?

Taurus observó, al final de la vía pretoria, a una patrulla de soldados e invitó a Caballus, con un gesto, a seguir con el trabajo. Cogieron sus cazoletas, los cestos y, nuevamente, se arrodillaron sobre la tierra para seguir limpiándola de hierbas espontáneas.

—Imposible, Caballus. Abre bien los ojos. Nunca ha ocurrido nada parecido. ¿Sabes por qué? Porque salvo el emperador y algunos altos oficiales incorruptibles, casi todos los mandos de la cadena están implicados y sacando suculentas ventajas de su posición de jerarquía. La Hermandad tiene detrás la fuerza de su inviolabilidad. Somos intocables. Y aunque el emperador lo sepa, hará siempre la vista gorda para que el cuartel funcione como todos los cuarteles.

—¿Justino sabe que tú lo sabes?

—Justino me va a presentar al veterano de la Hermandad que manda en la otra vida de este cuartel…

9. VINDOBONA

La vida real de un cuartel, la que fastidiaba por su rutina a los soldados, era la que exigía los duros entrenamientos diarios, las labores mecánicas del servicio y las guardias nocturnas que te rompían por la mitad el descanso. Días después de la charla aclaratoria entre ambos amigos, donde Taurus dejó clara su apuesta para situarse y prosperar en la vida oculta del

campamento gracias a la captación de Justino, Caballus realizaba una guardia nocturna en la torre colindante con la llamada *porta decumana*, la puerta trasera del recinto cercado de Vindobona. Aquella puerta por la que, un mal día, un infausto día, salió la carreta donde iba el querido Blatta, lleno de postillas y manchas en su piel, vacío de vida junto a los cadáveres de otros apestados que serían enterrados lejos del campamento. Tenía tiempo por delante y silencio absoluto para reflexionar sobre lo que le dijo su amigo y para saber qué camino iba a elegir él para, igualmente, no perder aquella mano de naipes que le invitaba a jugar la Fortuna. El centurión también quería captar al muchacho, uno de los pocos que, durante las clases y ejercicios preparatorios para el combate, había derrochado talento para atacar y defenderse. Y había confesado tener nociones muy elementales de manejarse con la lectura y los números.

Esas nociones eran tan elementales que, en realidad, Caballus no tenía ni idea de números ni de lecturas; era un producto cien por cien puro de las calles de la Subura, analfabeto desde varias generaciones atrás, pero bien armado para aprender con rapidez si ello le iba a mejorar sus condiciones de vida. Caballus llevaba un par de días alistado a clases para aprender a escribir, leer y hacer cuentas. Y se afanaba en aprender con tal intensidad y ventaja que los soldados que le servían de maestros creyeron a pie juntillas que tenía nociones elementales de las tres ramas. Era listo, agudo y perspicaz. Mucho más que algunos de aquellos centuriones que, pese a tener un grado aceptable de formación, eran burros por condición y convicción. Especialmente uno que mandaba en una unidad con la que se compartía barracón. Le llamaban Cedo Alteram, «tráeme otro», en alusión a los bastones de mando que solía romper sobre los lomos de sus reclutas para infundirles miedo, escalón principal sobre el que basaba sus principios de autoridad y disciplina.

Caballus intuía, tras su charla con Taurus, que muchos de los que allí aprendían un oficio, lo hacían para ser utilizados por la Hermandad de Veteranos, reforzando su estructura clandestina con la incorporación de nuevos valores. De eso se

encargaban los centuriones. Observaban, seleccionaban, convencían y sumaban al poder de la Hermandad los valores que, en principio, parecían ser los más aptos. Es verdad que el ejército quería muchachos ingenuos y valientes. Pero, de vez en vez, tampoco se rechazaban otros con aptitudes sobradas para formar parte de la vida subterránea que dirigían los hermanos veteranos en activo. El muchacho le dio la espalda a la panorámica extramuros que vigilaba para clavar sus ojos en el pretorio. Ese era su objetivo. Llegar hasta donde estaban los altos oficiales que rodeaban al emperador. Convertirse en un aventajado ayudante de contabilidad de la estructura administrativa militar que le daría, frente a las amistades que iba a tratar Taurus, otras de mayor rango y posibilidades de conexión en Roma. Situarse y ser imprescindible en semejante puesto de la administración del cuartel llevaba también añadido una seguridad personal mucho más sólida que la que iba a gozar Taurus, si alguna vez explotara, por alguna razón no deseable, la cara oculta o semioculta de las actividades no legales de la Hermandad. No era desaconsejable, pensó, que cada uno hiciera carrera en su mundo y que desde ámbitos distintos la pareja de amigos se complementara y protegiera. Les quedaban muchos años para licenciarse con honor y hacer realidad sus sueños. Todo dependía del seis doble, de la suerte con la que te marca el destino, de escapar a los marcomanos y a la peste. De sobrevivir, como dicen que hacían muchos cristianos, escondidos en sus comunidades, escapando a las zarpas de los leones, empleando la astucia y la picardía, esa que aprendió en la Subura y que, ahora, estaba perfeccionando en el Ejército.

10. Vindobona

Los cristianos sobrevivían a los leones del circo y a su desprestigio social como mejor podían y sabían. También sobre ellos, como grupo que se apartó de los dioses tradicionales de Roma, cayó la superchería de ser responsables de la peste, de haberla invocado con su idolátrica militancia religiosa. Intelectuales paganos a los que Marco Aurelio conocía por sus

textos, como Luciano y Galeno, habían mirado el fenómeno cristiano como una mera anécdota sicológica. Pero Celso, el intelectual orgánico de la corte antonina, puso el dedo en la llaga al intuir, por vez primera entre los de su arrogante gremio de filósofos, escritores e intelectuales, que los cristianos eran una futura amenaza para la estabilidad y seguridad del imperio. Marco Aurelio tenía sobre su mesa de trabajo en el pretorio, descarnada de suntuosidades y alardes decorativos, fiel expresión de la mesa de trabajo del alma de un estoico, la última obra de Celso, titulada *La verdadera doctrina.* Una de las más inquietantes ideas que se paseaban por el relato como en un desfile victorioso de los nuevos tiempos era la convicción del autor de que el cristianismo rompería los lazos y vínculos de la sociedad tradicional para abrir las puertas de Roma a los bárbaros.

La lectura de aquel pasaje le arrancó una leve sonrisa de complicidad al emperador filósofo, ya que en sus *Meditaciones*, reflexionando sobre el engorroso problema de los cristianos, declarados pacifistas y objetores del culto al emperador, había mantenido casi el mismo punto de vista que el reconocido intelectual. Marco Aurelio no dejaba de ver a aquellos desconcertantes seres como unas tribus enloquecidas, intelectualmente incapaces, religiosamente inconsistentes, incompetentes para poner orden y concierto en sus propias creencias, donde cada uno iba según su voluntad, sin que el credo que aparentemente los unía estuviera aún definido como un sistema unitario y colectivo. No era episódico que entre ellos, entre los cristianos, divididos en sectas, se hicieran la guerra los unos a los otros, dándose situaciones tan chocantes como que algunos dignatarios de la iglesia romana rechazaban el Evangelio de san Juan y muchos más aún no admitían su Apocalipsis. Un final de los tiempos que para muchos de los seguidores de Cristo se estaba anunciando por aquellos días en un imperio acosado por el norte y el sur por las tribus bárbaras, sumido en la pobreza por la crisis económica, reo de la pestilencia que mandaba diariamente a la tumba a muchos ciudadanos y de la cada vez más evidente falta de fe de los romanos en los principios e ideas que crearon una mentalidad

arrolladora sobre la que construyeron un imperio que abarcaba tres continentes.

Buscó Marco Aurelio su texto entre los papiros, perfectamente ordenados, y comenzó a leer su reflexión sobre aquellos cristianos que, por culpa de su religión y de sus ideas negacionistas sobre el Imperio, se habían apartado del cuerpo unitario de la sociedad romana, como si fuera una cabeza desligada del tronco que alguna vez la llevó sobre sus hombros. Comenzó a leerse el emperador, sin arrogancia ni vanidad, tan solo guiado por la inquietud intelectual de saber que sus reflexiones no eran erróneas ni prejuiciosas y que, entre los más reconocidos intelectuales de la gran Roma, existía cierta unanimidad en los criterios.

«Si alguna vez has visto una mano amputada, o un pie o una cabeza cortada, tirada lejos del resto del cuerpo, eso es lo que hace de sí mismo en cuanto de él depende quien no quiere lo que acontece y se separa, o quien hace algo contra la sociedad. Te apartaste de la unión natural, pues por naturaleza eres una parte. Ahora te has amputado a ti mismo. Mas he ahí una linda cosa: te es posible reunirte de nuevo. A ninguna otra parte le concedió la divinidad esto, volver a juntarse una vez separado y amputado. Advierte la bondad con la que ha honrado al hombre: para empezar, le hizo depender de él no desgajarse del conjunto, y si se desgajaba, retornar de nuevo y crecer junto, y recobrar el lugar de parte.»

Ese optimismo naturalista obedecía más al deseo que a la realidad. La realidad era que el hijo cristianizado que dejó la casa jamás volvería a la del padre, sabedor de que si eso se daba Roma acabaría devorando al cristianismo e incorporando a su panteón religioso al mismo Cristo, como había hecho con Mitra, Dionisos, Adonis y Osiris. El pez grande siempre acaba comiéndose al pequeño…

---

14 En Asia Menor.

CAPÍTULO VII
INFIERNOS FAMILIARES

1. ITÁLICA. FIESTAS FLORALIAS

Pese a que el emperador Marco Aurelio, guiado por su afán de rentabilizar las escasas posibilidades laborales de un imperio ahogado por las fiestas y las celebraciones, le había metido las tijeras al calendario festivo para restarles días a la diversión y al exceso de gasto, la criba no solucionó gran cosa. Ni económica ni socialmente. No resulta fácil quitar un caramelo de las manos de un niño. Mucho menos en tiempos de angustia, con la peste, la crisis y la guerra del norte metidas, como un mal demonio, en la vida diaria de los ciudadanos. Además, el poder, desde algunos siglos atrás, había entendido que el pueblo era un niño al que se contentaba con el dulce de las celebraciones y los juegos, los caramelos favoritos para tenerlos entretenidos y felices. O al menos despreocupados. Itálica conmemoraba, en honor de una de las diosas más antiguas del panteón romano, Flora, las llamadas fiestas Floralias, de ascendente tan plebeyo que su templo principal en Roma estaba cerca del circo Máximo, concretamente en la ladera próxima al populachero barrio del Aventino. Las clases bajas las tenían en sumo aprecio por el despliegue de representaciones teatrales, juegos y sacrificios efectuados durante los seis días que duraban para glorificar a la diosa de la vegetación y la fertilidad. Ceremonialmente, bajo la mirada rigorista del *flamen florialis,* el sumo sacerdote del culto a Flora, se celebraban aquellos días, en que se liberaban liebres y cabras, animales muy prolíficos, mientras que los ciudadanos que seguían las distintas ceremonias y procesiones a los bosques próximos eran materialmente sepultados por una lluvia de arvejas, habas y altramuces, símbolos todos ellos de fertilidad. En las calles de la ciudad que le dio a Roma dos de

sus más grandes emperadores, el ambiente era libertino y prostibulario. Enardecidamente plebeyo.

Sergius participaba con entusiasmo en aquellos fastos que, una vez más, por la debilidad de las arcas públicas, se estaban celebrando gracias a la aportación económica de la poderosa aristócrata Plaucia, consciente de que su inversión en religión y divertimento le garantizaban la simpatía, el respeto y la servidumbre de aquellas clases populares. No era un dinero tirado a la basura. La plata que aportaba para que se celebraran las Floralias podía ser una inversión tan rentable para su prestigio y posición como el dinero que movía a través de sus libertos para prestarlo, a un buen interés, a otros aristócratas tocados por la crisis. El terrible excenturión de la XV Apollinaris, ahora metido de lleno en su carrera política, disfrutaba viendo a las prostitutas bailar en las calles y combatir entre ellas, a modo y semejanza de los gladiadores, en simulacros de espadas y redes, arrojándole monedas de cobre a la ganadora. Siempre era un consuelo para su pesada y monótona vida matrimonial tratar con putas. Ya fuera en el lupanar o en las fiestas que las pusieran a mano. Y en las Floralias, las prostitutas tenían un papel la mar de activo, bailando o haciendo resoplar sobre su grupa a un jinete que disfruta de placer a pleno galope sexual.

—Mira esa puta cómo baila, amigo —comentó admirado un cercano del centurión.

—Esa es una mierda al lado de las bailarinas de Ankara —le respondió con altivez Sergius.

—No creo que tengan mucho que aprender estas de aquellas otras, centurión.

—Bailando tal vez no; en la cama ni te lo puedes imaginar, querido amigo.

Sobre ambos y sobre los que se apiñaban en las calles viendo pasar la procesión en honor de Flora, con el sumo sacerdote al frente de la misma, serio como un edicto y vanidoso como un pavo real, cayó repentinamente una lluvia de habas y altramuces, que recibieron con los brazos abiertos, en señal de que eran bienvenidas las semillas de la fertilidad.

—Nos hace mucha falta que nuestras mujeres paran como

liebres y como cabras —dijo Sergius.

—¿Piensas tener más hijos a tu edad? —le dijo con picardía su amigo.

—Puedo hacer parir a las piedras, capullo.

El amigo sonrió al oír la respuesta. Sergius, el Púgil, el excenturión que quería hacer carrera política, seguía siendo fiel a su carácter impulsivo y volcánico, incapaz de controlarse y proyectar una imagen que no fuera la suya propia, la que le nacía del corazón y de un poco más abajo de la barriga.

—A Roma le hacen falta hijos. Hijos varones. Para que trabajen los campos y se hagan soldados en nuestras legiones. Eso es lo que le estoy pidiendo a Flora, lo que le ruego a la diosa de los bosques y la vegetación. ¿Sabes por qué, amigo?

—Dime Sergius.

—Porque sin varones Roma se muere. Morirá en la cruz de esos malditos cristianos. Nuestros peores enemigos. ¿Te enteras?

—Claro que me entero, Sergius. No soy sordo.

—Es más, si tuviera poder para hacerlo, firmaría un edicto para que todas las familias del imperio buscaran tres hijos varones y permitiría que las hembras fueran sacrificadas al nacer.

—Eso se hace de manera clandestina. Lo sabes, Sergius. Muchas familias sacrifican a sus hembras o las venden como esclavas.

—De acuerdo, amigo. Pero no cumplen con lo fundamental. Aportar tres hijos varones al imperio. Y esa es la clave.

Su amigo se comió una de aquellas habas que le habían llovido ceremonialmente al paso de la procesión de Flora camino de los bosques cercanos de Itálica. Y con cautela le reveló a Sergius:

—En Itálica hay una comunidad cristiana…

—Lo sé —dijo con cara de repugnancia el centurión.

—Y es posible que algunos estén viendo esta ceremonia para echarle un mal de ojo.

—También lo sé —contestó Sergius con el mismo rictus de repugnancia en su boca.

—¿Qué piensas hacer con ellos si sales duunviro?

Sergius miró a su amigo fijamente a los ojos. Y se pasó el índice por el cuello.

—Haré lo mismo que han hecho con ellos en Lyon. Si sé cómo se descabeza a un ejército de bárbaros, te aseguro que acabar con una comunidad de piojosos cristianos en Itálica me será tan fácil como para ti comerte el haba que ahora masticas…

2. Itálica. Casa de Sergius

Sergius masticaba como un perro hambriento un pichón que Domitila le había preparado para santificar la fiesta. Un cuenco de aceitunas, una jarra de vino y unos altramuces alusivos a la celebración indicaban que en aquella casa del aspirante a duunviro de Itálica las cosas se hacían como había que hacerlas, como mandaba la tradición de Roma. Sergius estaba de un humor excelente, encantado de la vida que le auguraba su etapa civil, derrochando simpatía en una casa donde apenas se le recordaba no ya una carcajada, ni tan siquiera un mohín de serenidad ajeno al temperamento silvestre de su carácter.

—Corta pan, Domitila. Hoy estoy francamente feliz y sería capaz de comerme este pichón de un solo bocado.

—Las fiestas de Flora le van mucho a tu carácter, Sergius.

—Así es. Roma necesita mujeres fértiles que le den hijos para mantener el imperio. ¿Sabes quién fue Tácito, mujer?

Domitila trató que su desconocimiento no reflejara su condición de suma inferioridad ante su esposo y miró a Perpetua con esa complicidad que los débiles se guardan para defenderse de los poderosos.

—Sabes bien que no sé quién es Tácito. Tampoco sé si conocerlo mejoraría mi vida.

Sergius golpeó con su terrible mano la mesa alborotando la disposición de las fuentes, cuencos y jarras, extendiendo el vino por la misma.

—Eres una burra, Domitila. Tácito es uno de los historiadores más grandes que ha dado Roma. Y suyas son estas palabras que aprendí en Ankara de tanto oírselas a mis superiores: «La tranquilidad de los pueblos no puede

garantizarse sin armas, ni estas sin salarios, ni los salarios sin impuestos». Y todo eso yo lo resumo en una palabra: hijos. Roma necesita mujeres fértiles que le den al imperio manos para la guerra, generales con linajes latinos y hombres dispuestos a trabajar la tierra.

Domitila y Perpetua se levantaron para tratar de poner en orden la mesa. Ambas respiraban temor. Pese a ello, Domitila, respondió con una mal calculada ironía a su esposo.

—¿Piensas dedicarte al cultivo de altramuces o a la cría de liebres?

Sergius la miró con desprecio.

—Pienso que las mujeres romanas deberían de parir solo y exclusivamente varones.

—¿Pretendes que te para con esta edad? ¿No es demasiado tarde?

—Por Júpiter, claro que no pretendo que me des hijos varones con esta edad. Cuando pudiste dármelos trajiste al mundo a una inútil como esta, que ni tan siquiera la considero mi hija.

Madre e hija devolvieron el orden a la mesa. Perpetua miró a su madre con unos ojos que hablaban de insumisión y rebeldía. Calló prudentemente. Pero en su corazón sumó un desdén más que devolverle a aquel padre que la despreciaba por el solo motivo de no ser varón, una larga lista de agravios y humillaciones difícil incluso de sobrellevar para una esclava.

—La gente me aclamaba en la procesión de Flora. Me adulaban, estrechaban mi antebrazo, animaban mi carrera política. Creo que seré elegido por Itálica para gobernarla y dirigirla. Pero tengo que ganarme el apoyo de los cristianos. Esos piojosos miserables…

Madre e hija se sorprendieron.

—¿Un romano como tu quiere ganarse el apoyo de los cristianos? ¿Si te son tan detestables para qué quieres su lealtad? —preguntó Domitila.

Sergius la miró como el arriero mira al burro que es incapaz de seguir una orden incluso a palos.

—Una batalla la gana un ejército con soldados propios y con aliados puntuales ajenos a los estandartes y banderas de Roma.

Serán útiles para eso. Después…

Perpetua no pudo dominar su impulso. Con la mirada gacha y sus manos juntas bajo la mesa preguntó:

—¿Después qué?

Sergius no le prestó atención. Arrojó al suelo lo que había dejado del pichón y contestó mirando al techo:

—Después ayuda a tu madre a recoger la mesa y a limpiar el suelo. Esta es la casa de un futuro duunviro. No la de un cristiano mugriento y criminal…

3. Itálica. Fuegos árabes

Los cristianos mugrientos y criminales a los que odiaba Sergius también habían asistido en el puerto de Itálica a unas exóticas celebraciones que entraban dentro del programa de actos de las Floralias. Pero habían ido cada uno por su cuenta, al margen de la comunidad de creyentes que formaban y atraídos por la fama que precedía a un grupo de ilusionistas árabes que jugaban, literalmente, con fuego. Hacía noche cerrada. Y en algunas barcazas se dispusieron unas plataformas para que los magos hicieran su trabajo y embobaran la predispuesta atención de un público entregado a las habilidades de los árabes, amos y señores del fuego, según fueron presentados por el *praeco* el día previo a la fiesta en el foro de la ciudad. Efectivamente, aquellos ilusionistas parecían haber sido en vidas anteriores hogueras y candelas, puesto que eran capaces de pasarse grandes bolas de fuego, jugar con ellas sobre sus cabezas, hacerlas rodar por sus brazos, sin sufrir daño o quemadura alguna. Parecían estar en el secreto de aquella forma de energía que lo mismo servía para calentar una buena sopa de coles en el hogar que para destruir por completo una flota de asalto, como aquella de la Roma republicana que quiso arrebatarle a los griegos, varios siglos atrás, la ciudad de Siracusa, en Sicilia. Fue Arquímedes, el famoso matemático e inventor griego, el que con su ingenio salvó a Siracusa del asalto romano. Puso su talento a disposición de la ciudad y de sus defensores inventando el llamado rayo de calor, capaz de convertir las radiaciones solares en un arma potentemente

letal, multiplicando el poder incinerador de los rayos solares por medio de una ingeniosa combinación de espejos de bronce que calcinaban las velas de la marina de guerra republicana. El puerto de Itálica era una fiesta. Algunos chicos se bañaban en el río, otros alborotaban entre los cañaverales, asustando a las parejas de enamorados que disfrutaban de los favores de Eros y Venus. Y entre tanta expectación se refugiaron de sus temores y miedos Domitila y Perpetua.

—Madre, creo que padre sabe que pertenezco a la comunidad cristiana de Itálica.

Domitila acarició con su mano el rostro de su hija, temblorosa desde que Sergius le había comentado durante la comida que buscaría el apoyo electoral de los cristianos para asegurarse su carrera política.

—No lo creo, hija. Si tu padre lo supiera ya estarías durmiendo en la calle y disputándoles el pan duro a los perros abandonados.

—Estoy segura de que lo sabe. Y si no ha actuado como le gustaría hacerlo es porque tiene un plan para utilizarme.

—¿Un plan? ¿A qué te refieres?

—No sé explicártelo aún. Pero no es descabellado pensar que, si quieres tener acceso a un grupo y controlarlo con fines políticos, necesitas personas que sirvan de puente para ganarte su confianza con menos trabajo. Y ahí es dónde intervendría yo. Yo sería ese puente. Y él lo sabe.

—Estoy convencida de que no sabe nada. Pero me gustaría que me dijeras algo al respecto. ¿Te prestarías a ese juego para ganarte el corazón de tu padre?

Perpetua escupió sobre el suelo y sus ojos flamearon en la noche más que las esferas de fuego de los árabes.

—Mi padre no tiene corazón. Y yo haré todo lo que esté en mis manos para que no destruya la única familia que tengo.

Domitila no pudo contener un breve pero hondo sollozo.

—En esta guerra parece que la que más va a perder soy yo.

Perpetua besó en la frente a su madre y la abrazó.

—En esta guerra tú tienes una familia que te defenderá. La familia de Samuel de Emaús. La comunidad cristiana de Itálica…

4. ITÁLICA. TABERNA DE CONFECTOR

Auriculae, Orejitas, no pertenecía a ninguna comunidad. Ni cristiana ni pagana. Era un subproducto étnico y social que se ganaba la vida como jornalero, arriero, mandadero y lo que la estación del año y la ocasión del momento le propusieran. Por sus venas corría la sangre vencida de la Turdetania lejana y silenciada, donde alguna vez sus ancestros habrían disfrutado de una miserable porción de tierra antes de que Roma dispusiera de ella y de las de los vencidos en la Bética. Generación tras generación, quizás porque algunos de los suyos apoyaran a los hijos de Pompeyo en su lucha contra Julio César, sufrieron esa maldición que se encasta en los descendientes familiares para convertirlos, antes de venir al mundo, en seres sin estrella. Era de baja estatura, robusto como un peñasco de la sierra, con dos orejas como las asas de un ánfora aceitera que, por irónico diminutivo, le ganaron el apodo de Orejitas. Estaba en guerra abierta permanentemente con la vida, a la que a diario trataba de robarle lo que no le daba. Sergius lo había mandado llamar para plantearle un trabajo que le vendría bien a la orfandad de su bolsa. Ambos hablaban cautelosamente en un apartado de la taberna de Confector. Justo debajo de un dibujo primoroso, chirriante con la tosca estética de la taberna vinaria, se sentaron el excenturión y Auriculae. Un dibujo sobre la pared que no tenía que envidiarle nada en absoluto, por su factura, a los de Pompeya, Volúbilis o Corduba. Sobre una gran copa de oro, inserta en una especie de orla turquesa que en sus esquinas se convertían en abundantes racimos de uva, se recostaba una joven mujer desnuda y apetecible, en clara simbología de la felicidad que da el vino. Lo había dibujado un joven artista oriental de Heliópolis, la famosa ciudad del bajo Egipto que fue alguna vez un importante centro astronómico, afincado en Itálica donde realizaba trabajos para las familias aristócratas. Josepho era su nombre y también era famoso por sus condiciones atléticas, sobre todo en las competiciones de remo en el río Betis celebradas durante las fiestas de Isis. Confector y su taberna en absoluto eran ni para aristócratas ni para

potentados. Pero el joven heliopolitano quiso dejar un recuerdo en sus paredes para pagar alguna noche de irreproducible locura disfrutada en aquel tugurio.

—Eso es todo, Auriculae. ¿Verdad que es un trabajo bonito?

—¿Y no hay sangre obligatoria?

—Ninguna. Todo limpio. Tan solo tienes que emplear lo que la naturaleza te otorgó con generosidad. —Sergius le guiñó un ojo y le tiró de una de sus orejas.

—¿Y cómo se paga ese trabajo? ¿En bronce o cobre? —preguntó Auriculae.

—Dependerá de lo que me traigas. Si la información es buena, el salario será bueno.

—Tendrás la información que necesitas de los cristianos. Me infiltraré en su comunidad y tendrás nombres, vinculaciones familiares, posición social y objetivos políticos de esa comunidad. Seré el cristiano más fervoroso de Itálica. Hasta el punto de que tendrán que echarme a los leones o crucificarme como a su profeta.

—Esa sería la mejor prueba de un gran trabajo, amigo.

Sergius esbozó una sonrisa y gritó un pedido expandiéndolo con todas sus fuerzas:

—¡Confector, trae vino o vamos por él! ¡Tú decides!

Orejitas le formuló una pregunta a su nuevo patrón:

—¿Puedo saber por qué estás tan interesado en esa comunidad de cristianos?

Por la puerta de la taberna de Confector pasaron dos carros cargados de muertos y moribundos por la peste. Sergius hizo un gesto de pesar con su cara para decirle todo a su informante sin necesidad de abrir la boca. Luego lo quiso dejar mucho más claro, como para que nadie se equivocara.

—Porque los cristianos son peor que la peste y acabarán con Roma antes de que nos demos cuenta…

Auriculae no le prestó mucha atención al tono oracular de su jefe y se quedó embobado en la notable pintura de Josepho. Mirándola pensó:

—Cuando haga mi trabajo para el viejo centurión me gastaré el dinero en vino, en copas de oro y en mujeres tan hermosas como la que ven mis ojos…

5. Itálica. *Domus* de Plaucia

Los ojos de Plaucia observaban cómo la hermosura es un don que se trabaja y consigue con esfuerzo y talento. Sobre todo, si esa hermosura es interpretada y traducida por el arte. La rica aristócrata estaba cambiando un viejo mosaico de una de las salas nobles de su *domus* que, a su gusto, se había quedado anticuado y sin capacidad de asombrar a sus invitados. Le había encargado a Josepho que le dibujara un boceto para que los artesanos del suelo compusieran un mosaico de Venus pilotando una travesía marinera. El joven artista le confesó a Plaucia que había visto en la ciudad africana de Volúbilis, a varias jornadas de Tingis, un hermoso mosaico donde se reflejaba a Venus en la popa de una nave, la de las aventuras y naufragios del amor, donde los amorcillos alados manejaban las jarcias del velamen y unos efebos ayudaban con sus remos al cabotaje del barco. En el mar, de un turquesa concupiscente, frente a la nave, ninfas y sirenas jugaban bajo la mirada atenta de la diosa que gobierna el corazón de los mortales. El mosaico estaba quedando realmente a la altura de lo que una reina del amor necesita para ser venerada y Plaucia seguía los trabajos de los artesanos personalmente, apasionada por tan bellos resultados. Una de sus esclavas le llevó un recado que le transmitió al oído.

—Está bien. Voy en un momento. No, no. Mejor hazlo pasar. Quiero ver si ese centurión es capaz de sentir algo por algo que no sea mandar.

Sergius saludó a Plaucia con un exceso de cortesía.

—No hace falta tanta etiqueta en tus saludos, centurión. Somos casi amigos.

—Por eso, señora, la saludo con esa cortesía que le parece excesiva. Hasta que el «casi» de nuestra amistad no desaparezca, si no tiene inconveniente, la seguiré tratando así.

A Plaucia todo aquello le importaba nada en absoluto. Estaba entreteniéndose en jugar con la rusticidad de aquel viejo militar romano que, pese a tener delante de sus narices una auténtica obra de arte, ni siquiera había soltado un comentario, aunque fuera tan banal como molestarse por el

polvo que levantaba. Sergius era un hombre de ruta inmodificable, ajeno a lo que pasara por su lado y centrado, obsesivamente, en el orden del día que jerarquizaba su conducta.

—Está bien, Sergius. Trátame con tu cortesía hasta que ese «casi» desaparezca y deje de matizar nuestra amistad.

—Gracias, señora.

—¿Qué te trae por aquí? He visto que tu nombre suena cada vez más en Itálica y que tienes votantes potenciales entre las clases más diversas.

—Es cierto, señora. Puedo llegar a hacer realidad mi sueño y ser duunviro de Itálica.

—Yo me alegraría mucho. Porque pienso que esta ciudad necesita orden en sus cuentas y en sus calles. Y eso estoy segura de que solo un hombre como tú podría hacerlo.

—Gracias, señora. Yo creo que estoy sobradamente preparado para realizar esa labor para el bien de Itálica. Pero tengo algunas dudas…

—¿Dudas? ¿Un hombre tan firme y seguro como tú? ¿Qué dudas son esas?

—Los cristianos. No sé si son tan importantes como para contar con ellos. No creo que los que puedan votar decidan nada.

—Hoy no, Sergius. Mañana quién sabe…

—¿Por eso les brinda su apoyo?

—Por eso y por una curiosidad intelectual. Me gusta conocer lo que agita la calle. Y me reconocerás que estos cristianos, desde los tiempos de Nerón, más de cien años atrás, son unos excelentes agitadores públicos. Ya sea en las calles o en el circo.

—Entonces señora usted cree que…

Plaucia lo interrumpió y le dijo con una complicidad amistosa:

—Mi «casi» amigo Sergius, creo que es fundamental que los conozca. Y voy a cerrar un encuentro entre el futuro duunviro de Itálica y el líder de la comunidad cristiana de Itálica. No hay mejor forma de conocer a alguien que hablando con él.

—Perfecto, señora. Me parece una gran idea.

—Pues marcha tranquilo y sigue pensando en iniciativas que le devuelvan a Itálica su grandeza perdida. Itálica te necesita. Quizás también los cristianos si les ofreces algo a cambio.

A Sergius se le revolvieron las tripas. Eso de ofrecer algo a esos piojosos enemigos de Roma le producía acidez de estómago. Pero era capaz de abrazar a un oso si en sus manos llevaba un buen gladio. La política tenía ese nivel de exigencia: si había que comerse un pescado podrido para ganarse el apoyo del gremio de pescaderos, se hacía y se ponía buena cara. E incluso se proclamaba que nunca en la vida un pescado había parecido más sabroso. Después, una vez conseguido el poder, siempre habría tiempo de hacer lo contrario y preocuparse antes de solucionar los problemas propios que los de la comunidad. La simulación es imprescindible para ganar altura en el mundo del poder.

—Espero la fecha de esa reunión, señora.

—Te la comunicaré sin demora.

Plaucia lo despidió con una sonrisa amable en su rostro. Tenía motivo para celebrar la agudeza de su perspicacia. Efectivamente, Sergius era el hombre que imaginaba, preocupado tan solo por la escala de sus inamovibles valores. Orden, mando y obediencia. Lo que se saliera de ese triángulo era tan bárbaro a su mundo como un marcomano del Danubio. Ni una mirada siquiera de soslayo le había dedicado al hermoso mosaico que Plaucia le estaba ofreciendo a Venus. Quizás si hubiera sido a Marte…

6. Itálica. Mercado

No era ni Marte ni Venus. En todo caso un engendro de la vida. Era un medio hombre que no tenía piernas, perdidas hacía mucho tiempo, en un accidente laboral durante las obras de mejora del acueducto de Itálica. Desde entonces su único medio de vida era ese: explotar la compasión del prójimo rentabilizando su extrema precariedad física, instalándose en las puertas de los mercados, los templos, el foro y el anfiteatro, ganándose el pan con el sudor de su autocompasión. Hoy

estaba apostado en la puerta del mercado de Itálica, concretamente la que daba acceso al mundo gastronómico del mar, donde las sardinas, las caballas, las doradas, los pulpos, los atunes y, ocasionalmente, la carne de ballena que los balleneros gaditanos atrapaban en las inmediaciones del Estrecho completaban una oferta variada y atractiva. Por las razones que fueran, aquel día, del interior del mercado se escapaba un fortísimo olor a pescado, probablemente por culpa de las sardinas, que era más fuerte y repulsivo que el que desprendía el proceso de maceración en las piletas donde el *garum* se elaboraba para consumo propio y exportación. Aquel insoportable hedor apenas si lo sobrellevaba el mendigo sin piernas que, viendo que aquella era la puerta menos requerida por las amas de casa para hacer la compra, decidió mudar de sitio, no sin antes haber recibido un par de ases de las manos de Domitila.

—Cuando lo veo recuerdo que hay destinos más crueles que el de muchas personas que piensan que vinieron al mundo para sufrir —le comentó a Perpetua, que la acompañaba.

—Madre, yo creo que hay dos tipos de miserias. La moral y la física. Ese hombre es un mendigo, pero quizás no sea más infeliz que otras personas que creen que lo tienen todo.

Domitila le respondió sintiéndose aludida.

—¿Crees que mi miseria moral es más insoportable que la física que sobrelleva ese hombre?

—Pienso que esa miseria moral que vivimos bajo el mismo techo es tan dura que tenemos que sobrellevarla entre dos…

Madre e hija accedieron al mercado por la puerta de las verduras y las frutas, donde cruzaron sus miradas, fugaz y despreocupadamente, con Auriculae, que siempre despertaba la mofa de los placeros. Mientras sopesaba con sus manos el estado de algunas verduras, Perpetua animaba a su madre, indicándole que había una forma de cambiar el destino. Lo mismo que el pedigüeño optó por cambiar la puerta del pescado por otra menos repugnante, ellas, madre e hija, podían cambiar sus vidas cambiando sus roles en el mundo de la mujer romana. Y eso podrían conseguirlo accediendo a otra vida por la puerta del cristianismo, que demandaba para

mujeres y esclavos un trato digno de sus dueños.

—Debes venir un día a nuestras reuniones comunitarias, madre. Tan solo un día. Cada vez viene más gente a conocernos. Y te diré una cosa que quizás no sepas. Tu esposo va a entrevistarse con Samuel de Emaús en casa de la aristócrata Plaucia.

Domitila se llevó la mano a la boca como para reprimir una interjección de sorpresa.

—¿Estás segura de eso?

—Tan segura como que el propio Emaús me lo ha comentado.

—¿Y qué motivo tiene esa reunión de tu padre con el líder de una comunidad que odia y desprecia?

—Como te dije alguna vez, solo le veo un motivo: utilizarnos para que le brindemos apoyo o para que no le dificultemos su carrera política.

—¿Y os fiaréis de su palabra?

—Somos corderos de Dios, pero no gallinas para el zorro. Ven a conocernos antes de que se produzca esa entrevista. No tendrás problemas viniendo de mi mano. Escucha a Samuel de Emaús y verás cómo tu corazón se llena de vigor y la fe te abre puertas desconocidas para escapar de un mundo que piensa que es mejor asesinar o vender a una niña recién nacida que dejarla crecer en casa de sus padres…

—Por Júpiter que lo pensaré, hija mía.

7. Itálica. *Domus* de Plaucia (1)

No había mucho que pensar. Sergius se había levantado el día de la reunión con Samuel de Emaús con un mal presagio: había estornudado recién abandonaba la cama y, sus oídos le zumbaban, señal de que alguien estaba hablando mal de él o de sus aspiraciones políticas. Miró al cielo y pidió a los dioses que, a lo largo de la jornada, continuaran los estornudos, única forma, según el pensamiento mágico romano y sus derivadas supersticiones, de que el mal presagio que anunciaba el primero fuera conjurado por los demás. Respecto a los zumbidos de los oídos, no conocía mejor forma de combatirlos

que aplicando su engrasada filosofía vital: orden, mando y obediencia. Contra esas tres armas de su ejército vital no había murmuraciones capaces de vencer a su general en jefe: el terrible ex centurión de la XV Apollinaris, el hombre que era capaz de destruir un ánfora de vino con un golpe durísimo de sus puños, el recién licenciado militar que estaba de regreso a casa y se disponía a hacer carrera política en Itálica. Se levantó al alba, se fue a evacuar a las letrinas públicas y, después, pasó por las termas de Itálica, donde, tras los baños oportunos, lo rasuró un experto barbero y se dejó adobar por aceites y perfumes que le parecieron una soberana mariconada. Llegada la hora estaba puntual delante de la magnífica verja de hierro dorado de la *domus* de Plaucia, que daba acceso directo a la puerta principal. Una esclava lo recibió y lo llevó hasta la sala donde se iba a celebrar la reunión. Fue la primera sorpresa que se llevó ese día. Cuando se presentó ya estaban esperándole Plaucia y Samuel de Emaús.

—No llegas tarde, centurión. Pero tampoco te has adelantado a la hora. A veces ser tan excesivamente puntual te deja el último en situaciones donde hay que ser el primero —dijo con frustración y reproche la aristócrata.

—Fui el primero en la batalla y sigo siendo el primero en reconocer mis errores. Pido disculpas por…

Y no supo qué decir. Porque llegar tarde no era su falta. Y adelantarse a la cita, dijera la aristócrata lo que dijera, llevaba en sí mismo ciertas dosis de indiscreción. Por lo tanto, quizás por primera vez en su vida, adoptó un tono irónico, pidiendo disculpas por…

—Haber sido puntual. Prometo que nunca volveré a serlo. Y siempre iré por delante del tiempo señalado. Al menos en las reuniones de esta casa.

Samuel de Emaús no dejaba de mirar a aquel hombre sobre el que tenía una gran ventaja. Dijera lo que dijera el centurión, prometiera lo que fuera a prometerle, Samuel conocía bien su juego y su temperamento: agrio, duro, tosco y marrullero, según información directa facilitada por las confesiones de su hija Perpetua. Y el judío de Emaús también contaba con la seguridad aplastante de aquella aristócrata que los protegía

como comunidad y les había cedido una parte de su inmensa casa para sus reuniones y celebraciones litúrgicas en la llamada *domus ecclesiae*. Plaucia presentó a ambos hombres. Y no es necesario reseñar que a Sergius se le hizo un mundo estrechar el antebrazo de aquel judío de mierda que se arrogaba el liderazgo de una comunidad contraria a Roma y a sus ideales y que, como otros muchos orientales, desde filósofos a escritores, había justificado su vida atacando y maldiciendo el nombre de Roma, pese a vivir de ella y de las ventajas de su bienestar social y económico. En ese instante en el que sus antebrazos se estrecharon en un saludo a la romana, Sergius recordó todo lo que sus mandos superiores le habían comentado en Capadocia sobre los enemigos de Roma; no solo de la pestilente narrativa que escribían aquellos ilustrados alejandrinos, también de la propaganda antimperial que deslizaron los oráculos en los llamados Libros Sibilinos, especialmente en el tercero, donde se alude a la caída y destrucción de la capital del mundo por el Dios de los judíos. En ese relato había una frase que memorizó más con el corazón y la rabia que con el cerebro y que solo recordarla le provocaba una especial disposición para el combate. La frase decía: «Dios enviará a un rey que liberará de la perniciosa guerra a toda la Tierra. Y lo hará por obediencia a los nobles mandatos de Dios». La ira que lo invadía solo le era posible aplacarla recordando lo que dejó escrito Flavio Josefo sobre el asedio de Jerusalén: que muchos rebeldes fueron crucificados a lo largo de las vías de entrada y las murallas que protegían a la ciudad sagrada de los hebreos. Algún día él haría lo mismo con aquellos cristianos de Itálica…

—Gracias por acudir a la cita, amigos. Os he convocado aquí, en mi casa, como terreno neutral, para que podáis intercambiar puntos de vistas y conoceros bien. Sergius puede ser pronto duunviro de Itálica. Y Samuel es el líder de una comunidad que, por días, tiene más influencia entre la gente sencilla y alguna que otra familia aristócrata. Creo que ambos estáis condenados a conoceros. Y si me apuráis, también lo estáis a llegar a acuerdos prácticos y positivos para los dos.

Samuel de Emaús se sintió tan respaldado y seguro de la situación que tomó la palabra y le dijo al centurión que estaba

sorprendido por el poder de convocatoria que tenía en Itálica.

—He visto en las paredes del barrio viejo escrito tu nombre animando a que te voten. Una de esas pintadas dice: «Sergius os dará pan y fiestas». Otra me pareció muy osada: «Con Sergius regresarás al tiempo de Trajano y Hadriano». Pero la que más confuso me ha dejado es la que, con letras en color rojo sangre, prometía a los ciudadanos «tierra y trabajo». No te votará nadie. Habéis acostumbrado a los ciudadanos a no trabajar.

—Todo lo que dices es cierto. Pero creo que Itálica, como patria chica de dos fabulosos emperadores, debe dar ejemplo regenerador con iniciativas políticas que le devuelvan el esplendor de años pasados. Y también que esas iniciativas sean la luz que ilumine un cambio en las formas de gobernar Roma. Un camino nuevo que debe ser el viejo de siempre…

—Eres ambicioso en tus pretensiones. Y entiendo que te ves capacitado para dar lecciones de gobierno al mismísimo emperador.

—Yo no he dicho eso —dijo Sergius molesto y remachando cada palabra como si fuera un clavo martilleado sobre el tablón de un barco—. Yo no he dicho eso. Ni jamás podré tener la inteligencia y conocimiento de mi emperador, que los dioses guarden y protejan muchos años. Pero sí te digo, Samuel de Emaús, que Roma solo sobrevivirá a tiempos tan adversos como vivimos si permanece inalterable e inmutable.

—A veces las adversidades son castigos del cielo. Señales divinas del fin de los tiempos.

—Es posible que así sea. Pero no porque tu Dios nos condene, sino porque los nuestros nos castigan por haberlos olvidado y porque la gente más humilde y menos preparada abraza al vuestro.

Plaucia vio que la conversación no iba por buen camino y que así, con dos posturas desmotivadas para encontrarse, sería difícil sellar acuerdos prácticos. Levantó su mano con la autoridad que emanaba de la gracia de la aristócrata pidiendo silencio y ambos hombres se callaron.

—Mejor será que hablen de lo que los une y no de lo que los separa. Eso ya lo sabemos. Y si nos hemos reunido en mi casa

ha sido para llegar a acuerdos que beneficiarán a la ciudad y a sus ciudadanos. Propongo que retomen la conversación, comiencen a hablar y ver qué acuerdos pueden satisfacer a ambas partes. Habla tú, Sergius.

—Mi propuesta es sencilla y asumible.

—Te escucho con atención —respondió Samuel.

—Seré benévolo con los cristianos, respetaré sus propiedades y toleraré cierto grado de libertad de culto, como hizo Trajano.

—¿Estás seguro de que Trajano fue benévolo con los nuestros? He de recordarte que siguió el método de Plinio el Joven para violentar nuestras creencias.

—¿A qué te refieres?

—Muchos cristianos fueron coaccionados con el uso de la violencia para confesar su religión. Se libraban de la cárcel los que renegaban del seguimiento de Cristo y los que ofrendaban el incienso y el vino al culto del emperador Trajano.

—Al respecto te repito que puedo ser más tolerante no ya que Trajano, sino que el actual emperador Marco Aurelio.

—¿Tan tolerante como Marco Aurelio dices? No sabes de lo que hablas. Y mucho me temo que tus palabras las inspira el engaño. ¿Acaso no sabes lo que ha pasado en Lugdunum[15], precisamente en la reunión anual del culto imperial?

—Lo desconozco. Pero no me gusta el tono altivo de tus palabras. O lo rebajas o te despacho ahí afuera.

Samuel de Emaús vio brillar la ira contenida en los ojos del centurión. Y se propuso ser menos directo. Aunque esa forma de comunicación era imposible entre un judío y un romano. Más aún si el judío además era cristiano.

—Pues se habla de ello en todos los foros del mundo romano. Y ha marcado la verdadera personalidad de un emperador que se tiene por estoico cuando, realmente, no tiene nada que envidiarle a un carnicero.

Sergius se levantó de la silla de manera brusca y temperamental.

—No puedo consentir esas palabras. Por mucho menos se le ha cortado la lengua a quien falta de una manera tan insensata al honor del emperador. No sé lo que ha pasado en Lugdunum

con los cristianos ni me importa. Lo que realmente me importa en estos momentos es ver cómo puedo castigarte por el veneno de tu lengua.

—Mi legua será venenosa pero no más que la tuya, centurión. Porque en Lugdunum, de forma inopinada, se desató un imparable rencor contra los cristianos, que fueron acusados de ateísmo. Los apresaron y los llevaron al foro, para burlarse de ellos. Después fueron directamente a la cárcel sin haber cometido delito alguno. Se les juzgó de forma colectiva y algunos esclavos, por lucro, denunciaron a sus amos cristianos de crímenes horrendos, como el de comerse a los niños. ¿Sabes en qué quedó aquella jornada negra para nosotros tras el juicio que dirigió el legado imperial?

—No me interesa en absoluto. Yo sé lo que hubiera hecho con vosotros.

—Yo también lo sé. Nos habrías echado a los leones del circo como hicieron con nuestros hermanos de Lugdunum. Creo que tú y yo nunca podremos llegar a ningún acuerdo práctico.

—Te mataré, judío de mierda.

—Yo rezaré a mi Dios para que te perdone…

Plaucia esbozó una forzada sonrisa y en su interior reconocía que aquel desagradable, tenso e intempestivo encuentro le había entretenido tanto como ver a los trabajadores realizar el mosaico de Venus. Disimuló su satisfacción y tras la forzada sonrisa exhibió un rostro grave. Y propuso un receso en la reunión.

—Seguiremos esta tarde, amigos. Y luego cenaremos juntos. Pero de esta casa saldrán ambos con un mínimo de acuerdos alcanzados. Itálica nos necesita…

8. ITÁLICA. *DOMUS* DE PLAUCIA (Y 2)

Sergius tenía cada vez más claro que Itálica lo necesitaba, pero que podía prescindir perfectamente de los cristianos. No suponían una fuerza decisoria y, en cambio, sumaban todos los ingredientes de convertirse en el enemigo silente y diabólico responsable de los males que empezaban a desmoronar el

imperio. Eran, como había pasado en Lugdunum, la oveja preferida para que los devorara la loba capitolina, la víctima propiciatoria de una situación que exigía responsables ante la opinión del pueblo. Aquellos peligrosos estúpidos de la capital de las Galias habían sido acusados de antropofagia. Esa imagen movería muchas voluntades para quien declarara sin medias tintas que parte de la solución del problema romano era su desactivación. La reunión vespertina tampoco condujo a nada. Tan solo a alimentar un rencor ácido y envenenado entre ambos personajes que siguieron echando espuma por sus bocas, como si hubieran masticado mejorana, acusándose mutuamente de bárbaros, desleales, criminales y torturadores. Samuel de Emaús se despidió primero de Plaucia. Y la aristócrata le rogó a Sergius que demorase brevemente su partida, que tenía cosas pendientes que hablar con él. Plaucia movía la cabeza negativamente, como si no diera crédito a lo que habían visto sus ojos y a lo que habían escuchado sus oídos. Dos perros callejeros no se mordían con tanta saña en una pelea por un hueso del suelo.

—Puedo entender que la religión vuelva fanáticos a los hombres. Pero jamás que un político se vuelva tan fanático como un cristiano. Me has decepcionado, Sergius. Ya no estás en un cuartel con legionarios. Esto es Itálica. Y la política te exige ser más cauto, más prudente, más resbaloso. Una vez en el poder, muestra tu verdadera cara. Pero nunca antes.

—No puedo con esos cristianos, señora. Son tan mentirosos como infantiles. Y su pregonada bondad acabará con nosotros. No les importa que nuestras fronteras debiliten su vigilancia con tal de que los soldados no vayan a la guerra. Si por ellos fuera, el Danubio sería un puente fluvial por donde entrarían las tribus de los sármatas y los marcomanos escoltados por las legiones, con nuestros soldados lanzando vítores hasta que llegaran al mismo corazón de Roma.

—Arreglar eso no está en tu mano. Escapa de tus competencias. El trabajo de desenmascarar las aviesas intenciones de los cristianos, si es que las tienen, lo hacen intelectuales que trabajan a favor de Roma. Gente como Licinio de Samosata que, directamente, se ríe de ellos porque

desprecian las riquezas y porque creen en la resurrección. El mismo Celso ha escrito que Jesús era un simple hombre, no más que un mago aventajado de Egipto. Y lo llegó a acusar de fanfarrón y charlatán de moral depravada. Ese no es tu trabajo. Tu trabajo, Sergius, si quieres hacer carrera política, es ganártelos.

—¿Y luego?

—Tienes el poder. Puedes hacer lo que quieras con ellos. Pero yo no los mandaría al circo. Quién sabe en lo que pueda convertirse el cristianismo con el paso de los años.

Sergius calló. Pero por dentro rabiaba, gritaba, calumniaba y odiaba con todas sus fuerzas a aquella pandilla de embusteros que socavaban los cimientos imperiales. El propio Marco Aurelio, el emperador, los rechazaba igualmente y había llegado a emitir un decreto en que dejaba bien claro que no estaba dispuesto a poner en peligro la religión del Estado por causa de iluminados de diversas religiones. Los dioses estaban en el Olimpo. Pero en el palacio imperial de Roma estaba el dios que daba sentido y cohesionaba a una nación de naciones, a un territorio tan vasto y con tantas etnias y razas en su geografía como nunca antes había tenido imperio alguno. En Persia o en Egipto. Lo de Alejandro Magno fue el sueño de un gran militar que murió con él. Roma era otra cosa y, como alguna vez dijo un magnífico general de Vespasiano, Quinto Petilio, ante unos bárbaros galos romanizados que se habían levantado contra Roma, «ochocientos años de prosperidad y disciplina han consolidado esta enorme máquina del Imperio romano, el cual no puede ser destruido sin derribar también a quienes lo destruyen». Sergius se despidió de Plaucia con el temor de encontrarse con Samuel de Emaús por el camino de vuelta. En su cabeza le rondaban dos cosas: los sucesos de Lugdunum, tan inspiradores para realizar, en el momento oportuno, una limpieza de las letrinas morales de Roma, y los estornudos. Desde que se levantó no había vuelto a estornudar. Y realmente había sido una jornada nefasta…

9. Itálica. *Domus* de Plaucia

Josepho de Heliópolis, sabedor de la indisimulable inclinación que Plaucia demostraba por las cosas del arte, tomó la decisión de mostrarle a la aristócrata una serie de retratos que, sin que ella lo supiera, le había realizado. Eran apuntes que reflejaban la serena personalidad de aquella rica dama romana y la curiosidad intelectual que demostraba por los temas que le atraían. En uno de aquellos apuntes se la veía con una cinta al pelo que le dejaba sueltos, sobre ambos lados de su rostro, dos graciosos tirabuzones, mientras que su mirada se posaba, con determinación y sensibilidad, sobre la del espectador que la contemplaba. Para darle al retrato un aire de cierta ingenuidad, Josepho le había puesto en su mano un punzón de escribir que, levemente, rozaba sus carnosos labios. Cuando Plaucia los vio se llevó la mano a la boca, sorprendida gratamente por lo que veía, que inmediatamente concretó en una propuesta de trabajo.

—Quiero que estos bocetos los hagas realidad. Y que en las paredes que yo te indique los pintes al estilo pompeyano. Te lo pagaré bien.

—Señora, antes debo de terminar el trabajo del mosaico de Venus.

—Ya casi está terminado. Y no te será muy complicado, dados tu talento y disposición, acometer este proyecto y supervisar las tareas finales del mosaico.

—Como usted ordene, señora.

—No te ordeno, Josepho. Te lo ruego. El arte me apasiona y en tiempos tan duros como los que vivimos supone para mí un refugio lleno de seguridad y belleza.

Josepho se inclinó ante la aristócrata para agradecerle las palabras y la consideración que tenía hacia sus habilidades artísticas.

—¿Tiene una idea sobre las paredes en las que quiere que se pinten sus retratos?

—La tengo. La he tenido siempre. Los he imaginado muchas veces. Lo que nunca pude imaginar es que se hicieran realidad de una forma tan fortuita. He de reconocer que el azar sigue estando de mi parte.

—No la entiendo, señora.

—Es la historia de mi vida. Puede resumirse en una palabra: el azar. Y por azar estoy aquí; me hice fabulosamente rica, me instruí en artes, historia, literatura y geografía. Y también por azar llegaste hasta mi casa en el barco de Venus para sorprenderme con una carpeta de dibujos a cual más hermoso…

Plaucia se deslizó con suavidad y elegancia hasta la mesa donde el artista egipcio había desenrollado sus papiros, acarició los hombros del joven artista y comenzó a besarle la espalda. Josepho, como si lo esperara, no mostró sorpresa y fue a tomar por la cintura a Plaucia.

—Espera. Nadie te ha dicho que me tomes por el talle. Recuerda que yo puedo besarte y tocarte sin pedir permiso. Tú, en cambio, tienes que rogarme que te conceda tan solo un cálido suspiro de deseo sobre la nuca. ¿Crees que soy tonta?

—Le ruego que disculpe mi torpeza, señora.

—Te disculpo. Pero ten presente que unos bocetos como los que has presentado son una prueba evidente de que quieres seducirme.

—Señora… —dijo Josepho arrobado y con la mirada fija en el suelo.

—¡Chsss! Calla. No le des a la mentira el gusto de manejar tu lengua. Me trajiste esos bocetos para seducirme. Si hubieras sido poeta, en vez de dibujos, me habrías leído un tierno hexámetro.

—Le puedo asegurar que…

—… Que te encantaría acostarte conmigo. Bueno, eso puede o no puede suceder. De momento dibújame. Incluso desnuda, si te apetece. Pero solo me amarás cuando a mí me apetezca.

Plaucia siguió besando las espaldas del joven que se estremecía sintiendo la calidez de la lengua de la aristócrata recorriéndole toda su espina dorsal. Plaucia le susurró:

—Seré tu musa. Te inspiraré con mis deseos. Pero ahora ve y pinta. Hoy no te mereces más…

10. ITÁLICA. *DOMUS ECCLESIAE*

Todos los que se habían reunido en la *dOMUS ecclesiae* de la

casa de Plaucia se merecían el reino de Dios. Entre los asistentes se veían rostros nuevos que estaban interesados en escuchar lo que decía aquel judío cristiano que los lideraba. Perpetua había asistido a la fracción del pan y la toma del vino acompañada, por vez primera, de su madre Domitila. Samuel de Emaús les dirigía una de sus apasionadas reflexiones, ponderando su valor físico y moral, la fuerza que la fe les concedía para no claudicar ante el amenazante Estado romano, para quien el mejor cristiano era el cristiano muerto. Relató con pesar, pero con evidente aprobación, el caso de una familia de Itálica, una más entre tantas, que estaba viviendo una difícil situación por la imposible concordia entre la religión imperial y la de los cristianos. El hijo, cristiano, había sido expulsado de la casa, tras unos meses de insoportable tensión familiar, con discusiones acaloradas y hasta castigos físicos por parte del padre, que lo conminó a abandonar la fe en Cristo o matarlo él mismo con sus manos.

—No lo olvidéis nunca. El verdadero padre, el padre de los cristianos, no es el emperador, al que nos obligan a rendir pleitesía como si fuera un dios. Nuestro padre está en el cielo. Y a ese padre nuestro, de todos los que nos llamamos cristianos, es al único que debemos lealtad. El pan, el vino y el incienso solo lo bendeciremos en su nombre. Por él y para él.

Tras animar a su comunidad, por días más numerosa y compacta, a plantarle cara a estas situaciones familiares inevitables, recordó que había que seguir buscando dinero para los enterramientos de los hermanos muertos por la peste, así como para que los aquejados por esa terrible enfermedad o por cualquier otra tuvieran asistencia médica. Con la comida pasaba un tanto de lo mismo y, en fin, Samuel de Emaús les quiso dejar bien claro que una comunidad de cristianos era como una gran familia donde la caridad y el apoyo mutuo están en la base de las relaciones.

—¿Te gusta lo que oyes, madre?

—Me gusta, Perpetua. Pero no puedo dejar de preocuparme por las rupturas familiares que está ocasionando todo esto.

—Esta es tu familia, madre. La que tú crees que es la tuya es peor que la esclavitud.

Domitila miró a su hija con tristeza. Con una honda y profunda tristeza que casi le parte el corazón. Acarició y besó el rostro de su hija mientras pensaba que, si abrazaba el cristianismo, sería el fin de sus días y los de su hija. Y si continuaba bajo el techo de la casa de su esposo, su suerte y la de Perpetua las llevaba directamente al epitafio. Samuel los bendijo y les dijo que podían ir en paz a su casa. Realmente habían aumentado las asistencias a la *domus ecclesiae* de la casa de Plaucia. Tanto que entre los presentes había rostros nuevos y sorprendentes, como el de Auriculae. Nadie se rio de sus orejas. Pero el cruce de miradas que se produjo entre Perpetua y el infiltrado de Sergius llenó de sospechas, premoniciones e incertidumbres a ambos miembros de una comunidad amenazada por un mundo cambiante y que cada vez se parecía menos al que con tanto fervor romano amaba y defendía el padre de Perpetua. En aquella comunidad de corderos de Dios se había colado un lobo hambriento de carne cristiana…

---

15 Lyon.

CAPÍTULO VIII

Oro o hierro

1. Cerne

Si a Marco Antonio Pyrgos la edad, ya avanzada, no lo hubiera alejado de aquella aventura atlántica africana, a estas alturas del viaje habría reunido y documentado un material precioso para dejar a la posteridad la épica aventura de una expedición tan abrumadoramente complicada como la de Ulises. Pero los años no pasaban en balde y, pese a su buen estado mental, el rapsoda hispalense no estaba para aventuras tan extremas y había permanecido en Híspalis escribiendo los prolegómenos de la expedición y leyendo a las por entonces poetas favoritas de su mundo sentimental: Safo y Sulpicia II, que destacó por sus versos para conseguir que su esposo siguiera a su lado y por su valiente posición intelectual frente al emperador Domiciano que, en su día, promulgó un edicto para expulsar de Roma a los filósofos. Sulpicia temió que esa medida tan agresiva sumiera a la capital del mundo en la barbarie. Pero la barbarie no estaba en Roma. La tenían delante de sus ojos los expedicionarios gaditas e hispalenses que habían llegado a la isla de Cerne y, fieles a las normas no escritas del comercio silente, habían depositado en la playa del emporio la carga de sal, a la espera de que los negros les pagaran con oro. Dos días llevaba la tripulación de la Estrella de Oro con las anclas echadas y las velas arriadas a la espera de que, con el nuevo amanecer, apareciera el oro o la sal, si no se llegaba a ningún acuerdo. Pero la realidad es que ni la sal ni el oro aparecieron por parte alguna. Los nervios de Valentiniano se dispararon. Y de su cabeza no lograba espantar aquel mal sueño donde una legión de halcones robaba la sal gaditana y los dejaba presos de un mal negocio.

—Tranquilízate, Valentiniano. Ya dejarán en la playa el oro

que nos deben —le dijo Scaeva Minor para calmarlo.

—Ten paciencia, amigo. Esos negros están tardando porque la sal es tan abundante y buena que necesitan mucho tiempo para reunir oro suficiente —dijo Polypus.

Valentiniano no quiso hablar. Miró a ambos con ojos desencajados y farfulló algo en su lengua materna:

—Jodidos idiotas. Nunca más veremos ni la sal ni el oro.

El calor del golfo donde se alzaba la isla de Cerne era asfixiante. Mucho más agresivo que el que semanas atrás habían padecido en las islas Can. Ahora el cuerpo se empapaba de sudor sin tener que hacer esfuerzo alguno y de la playa llegaba un olor excitante, cuajado de frutas en descomposición y humedad natural, un olor que para los sentidos de aquella tripulación era realmente nuevo, inédito.

—¿Hasta cuándo vamos a esperar? —preguntó Valentiniano al fin, rompiendo su tenso silencio.

—Un día más, respondió el piloto. Relájate. Y aspira profundamente este olor tan exótico…

—¿Y qué haremos entonces? Nos llevarán tres días de ventaja si son tan ladrones como pienso —contestó Valentiniano.

—Saldremos en su busca —dijo con determinación Scaeva Minor mientras jugueteaba con su cuchillo turdetano.

—¿Hacia dónde? ¿Siguiendo qué huellas? Ahí enfrente hay un muro verde, una muralla de selva impenetrable. ¿Quién en este barco sabe seguir un rastro en condiciones tan desconocidas? —respondió el dacio.

Scaeva Minor y Polypus se miraron con cierto apunte de duda en sus ojos. El piloto de la nave no quiso alimentar más la incertidumbre. Y cerró la conversación con una optimista premonición:

—No hará falta que sigamos rastro alguno. Mañana, con el sol rompiendo en la playa, veremos el oro que nos dan por nuestra sal.

2. Cerne

El sol rompió sobre la playa, joven y valiente, como un

guerrero. Sacando mil brillos a las crestas de las olas y a las espumas que el mar derramaba en la orilla como esperma oceánico. El olor que llegaba desde el interior de la isla seguía perfumando el ambiente y emborrachando a los hombres y condenándolos a una involuntaria molicie. Todo era absolutamente nuevo y hermoso. Colorista y abundante. Pero no había rastro del oro. Ni de la sal. Parecía que el sueño premonitorio de Valentiniano se empeñaba en cumplirse. Fue el dacio el primero en despertar. Y viendo que nada había en el depósito del mercado silente, se echó un cubo de agua por encima, cogió su gladio y despertó a la tripulación.

—Quiero diez hombres que vengan conmigo a por lo que nos han robado. Oro o hierro. ¿Salen voluntariamente o los escojo yo?

Sus gritos despertaron a la tripulación. Scaeva Minor y Polypus miraron hacia la playa y vieron que no había rastro de nada. Imitaron a Valentiniano y se pusieron a su lado.

—Vamos a por lo nuestro. Oro o hierro —dijo Scaeva Minor con determinación, esgrimiendo su cuchillo turdetano.

El piloto pidió ir con ellos. Al fin y al cabo, era el único que había estado alguna vez en aquellas tierras.

—Está bien, piloto. Nos acompañarás. Pero deja la nave en buenas manos. No me fío de tanta ausencia —dijo Valentiniano.

Abandonaron el barco y llegaron a la playa. Sus voces silenciaron repentinamente el vocerío de los pájaros al amanecer que se escapaba de la selva inmediata. Ante sus ojos se levantaba un muro verde infranqueable. Como si fueran las murallas de Troya que los aqueos jamás consiguieron vencer. O como las de Babilonia. O como las de la mismísima Híspalis. Aquellas de piedras y cal. Las que tenían delante de sus ojos los expedicionarios, vegetal. Pero tan intrincada y espesa que la luz apenas si llegaba al suelo cuando te adentrabas en aquel laberinto verde e intimidante. Scaeva Minor quiso mostrar que no había motivos para tener miedo. Y le gastó una broma a Valentiniano:

—Debes sentirte feliz, hermano.

Valentiniano lo miró con cierto despecho.

—No me mires así. Estás con los pies en la tierra, que es donde te gusta tenerlos. Cambia esa cara, Valentiniano.

—La cambiaré justo cuando encontremos lo que nos deben y crucifique a unos cuantos negros por intentar robarnos.

Valentiniano sacó su gladio y empezó a adentrarse en la jungla. A base de golpes sobre las matas y las lianas colgantes. Los restantes acompañantes siguieron imitando al dacio y cortando la yugular de aquella selva desmedida.

—¿Sabes adónde vas? —le preguntó el piloto.

—¿Y tú sabrías llevarnos a alguna parte? —le respondió, destemplado, el guerrero dacio.

—Te he traído hasta aquí, superando una ola gigantesca, arreglando la nave y sobreponiéndonos a una rebelión a bordo. ¿Has perdido ya la confianza en mí?

—La he perdido en este negocio. Y no quiero seguir perdiendo más de lo que ya parece que hemos perdido —contestó el dacio.

—Eso me parece razonable. Pero me gustaría saber por qué razón has escogido abrir este camino para ir a ningún sitio —dijo el piloto.

—Me lo dice mi instinto. Y mi instinto jamás me ha fallado. Sígueme y avancemos.

Los diez hombres que integraban la expedición punitiva avanzaban a duras penas por entre aquella especie de enorme manto entrelazado de gruesos nudos verdes, tan salvajes como los animales que intuían ver encima de los árboles. Chillaban los monos, los pájaros lanzaban graznidos intimidatorios, algún rugido de una bestia colosal salía de la barriga de aquella selva oscura y húmeda que les minaba la fuerza y el ánimo. Lucharon toda la mañana contra aquella intraspasable muralla. Scaeva Minor ordenó parar.

—Descansemos un rato. Luego continuaremos. ¿Hay alguien que tenga habilidad para subir a los árboles?

—Yo, señor —dijo uno de los expedicionarios.

—Sube al más alto y dinos si ves algún claro en el bosque.

Los demás esperaron la visión del compañero. Y le rogaron a Hércules, el héroe de los trabajos imposibles, que de aquel árbol, como una fruta sabrosa, cayera una buena noticia. Las

hormigas levantaron del suelo a los que se habían echado para descansar. Hormigas grandes y rojas, que daban mordiscos y dejaban un escozor incómodo en la piel. Valentiniano se mantenía firme, seguro de su intuición. El marinero que se subió al árbol dio un grito:

—¡Fuego detrás de nosotros! ¡Fuego en la playa!

3. Cerne

El fuego real estaba tras los expedicionarios y el metafórico lo tenían delante de sus mismas narices sin que se dieran cuenta de que eran seguidos y observados por ojos invisibles a los suyos. Hicieron el camino de vuelta a un ritmo brutal, trepidante, agónico, empujados por saber qué suerte corrían la nave y sus compañeros que se quedaron guardándola. Valentiniano parecía poseído por los demonios y no acusaba cansancio alguno. Era imposible seguir sus pasos. Algunos hombres desfallecieron e intentaron reponer fuerzas tirados sobre el suelo. Valentiniano les permitió recuperar el resuello para, nuevamente, imponer un ritmo casi animal de regreso a la playa. A pocos kilómetros de ella se desencadenó una sinfonía de truenos y rayos que refrigeró por minutos la asfixiante atmósfera de aquel irrespirable ambiente. Los truenos eran tan violentos que parecían rajar la bóveda del cielo. Y los rayos tan certeros que más de tres cayeron a medio centenar de metros por delante de los expedicionarios, que contemplaron aturdidos cómo aquella energía del cielo era capaz de abatir árboles tan altos como la columna de Trajano en Roma. Por fin llegaron a la playa. Y el espectáculo que contemplaron sus ojos no podía ser más deprimente. La nave estaba consumida por el fuego. Y la tripulación abandonada en la playa, pasada a cuchillo y sin vida. Algunos se llevaron las manos a la cabeza desesperados. Otros cayeron de rodillas y empezaron a implorar al Hércules gaditano. Solo se mantuvieron en pie los más bragados y hechos a la adversidad.

—¿Alguien tiene idea de qué vamos a hacer? —dijo Valentiniano aún con la respiración entrecortada por el ritmo de la caminata.

Scaeva y Polypus no dijeron nada. El piloto, agotado, descansaba con el cuerpo doblado y las manos en sus rodillas, en ese gesto universal y humano de tomar aire tras una carrera agónica.

—¡Os he hecho una pregunta! —insistió Valentiniano.

—Descansaremos un momento y recogeremos a nuestros hombres y les daremos sepultura —dijo Scaeva mientras acariciaba la concha de su collar de forma inconsciente.

—Perfecto. Pero eso no nos sacará de aquí ni ayudará a que encontremos a los bandidos que han terminado con nuestra mercancía y con la vida de nuestros amigos.

—Es cierto. Pero no voy a dejar a esos hombres ahí tirados. Encenderemos una pira y les colocaremos sobre sus ojos la moneda de Caronte. Espero que su viaje al otro mundo sea menos complicado que ha sido este.

—Yo creo que estamos en el inframundo, Scaeva. Yo creo que estamos en el infierno —dijo Valentiniano frustrado.

Polypus ya tenía aire en los pulmones y se decidió a hablar.

—La situación es esta. No tenemos barco. Hemos perdidos los mapas marinos y estelares. Y yo no sé regresar por tierra. Nunca lo he hecho. Así que lo más inmediato que tenemos como objetivo es sobrevivir y mantener el mando y la disciplina en nuestro grupo.

Valentiniano se le quedó mirando con un gesto obtuso, absolutamente cúbico, como si su rostro se lo hubiera dibujado la mano de un chico sin pericia.

—¿No sabes volver por tierra, me dices? —preguntó asombrado.

—Ni idea.

—¿Y eso qué significa?

—Lo que acabas de oír, Valentiniano. En situaciones como estas no me gusta jugar con las palabras —dijo el piloto con naturalidad.

—Deja que piense en voz alta. De tus palabras deduzco que estamos perdidos en mitad del culo del mundo, sin nave en la que regresar, con la carga robada y sin que nadie nos pueda mostrar el camino de vuelta por tierra. Que tus papeles y mapas de orientación no existen. Y que en tierra no vales ni la

mitad de lo que eres en el mar. ¿Es así?

—Es una forma muy realista pero poco elegante de verlo. Yo siempre confío en el destino.

—El destino se me presentó en sueños y no falló. El destino, querido Polypus, está lleno de halcones del Senegal.

Scaeva reclamó calma extendiendo sus brazos. Y volvió a solicitar la paz eterna para los amigos caídos sobre la playa.

—Cuatro hombres se encargarán de recoger maderas para encender las piras funerarias. Otros tantos deberían nadar mañana hasta donde aún humean los restos de la Estrella de Oro y recoger clavos y cuerdas para construir un lugar donde refugiarnos. Y nosotros, con los nervios templados y la cabeza fría, ponernos a pensar en un plan de regreso.

En ese momento un rayo espectacular cayó sobre el mar reproduciendo un sonido metálico y sibilante, como el de algunas serpientes venenosas que abundan por aquellas selvas.

—¿Es otra señal? —preguntó Valentiniano sobrado de superstición.

—Es un rayo cayendo sobre el reino de Poseidón. No es más que eso, amigo —dijo el piloto.

Con la noche en la playa se encendieron grandes piras sobre las que se consumieron los cuerpos de los expedicionarios caídos a manos de los negros. Aquel fuego sirvió para alejar a las alimañas y para darle calor a la primera madrugada de unos tripulantes atrapados por la tragedia de un destino adverso. Scaeva miraba cómo se consumían los cuerpos de sus compañeros y no pudo evitar que a su cabeza viniera la vergonzosa derrota de Craso en Carras ante los persas. Y cómo esclavizaron los partos a casi diez mil soldados para llevarlos hasta Bactriana[16]. ¿Era ese su destino? ¿Morirían como Craso martirizados por unos salvajes que los obligaran a beber oro líquido o caerían en manos de las caravanas *mauri* para servir de esclavos en cualquier reino lejano, desconocido y selvático del interior de una tierra tan poco transitada como África? Solo su optimismo y grandeza de espíritu le pudo contestar irónicamente a tan hondas preocupaciones:

—No ha sido el de hoy el mejor día de mi vida…

4. Cerne

Cuando despertaron de aquella noche trágica, nadie creía que el día pasado hubiera sido el mejor de sus vidas; por el contrario, los sobrevivientes, se habían hecho una idea muy aproximada de su delicada situación personal, perdidos en mitad de un continente que desconocían, sin una mala nave con la que regresar a Gades y sin una pepita de oro en la bolsa. Los rescoldos de las piras aún crepitaban, como si fueran los ayes finales de los expedicionarios masacrados marchando lejos de la tierra en dirección al otro mundo. Retirado de donde se habían agrupado para pasar la noche estaba Polypus, trazando líneas ininteligibles sobre la arena mojada de la playa y mirando, cada cierto tiempo, al bosque. Scaeva Minor se le acercó para preguntarle en qué ocupaba su mente.

—Intento convencerme de que somos capaces de hacer un barco. O en su defecto una gran balsa.

—¿Podemos volver por el mar?

—En absoluto, Scaeva. Esa idea puedes abandonarla. Mi propósito es hacer una embarcación a remos, suficiente y maniobrera, para subir por alguno de los dos grandes brazos de ríos que entran en la selva.

—¿Con qué objetivo?

—Encontrar algún poblado donde podamos establecernos y, con calma, comenzar a pensar en la vuelta.

—Por tierra.

—Siempre por tierra. Seguro estoy que en algunos de esos poblados saben indicarnos cómo volver.

—Buena idea. Pero ¿en qué idioma? ¿Saben estos negros latín, griego, hebreo?

—Lo dudo. Pero ¿adelantamos algo quedándonos aquí? —Dejó la pregunta en el aire el piloto de la nave gadirita perdida en la isla de Cerne.

Polypus procedió a borrar los esbozos de barcazas y balsas que había dibujado sobre la arena mojada de la playa y miró hacia el bosque:

—Lo paradójico de todo esto es que tenemos la mejor madera que podamos pensar para hacer una gran embarcación.

Seguro que en algunos de estos poblados encontraríamos pieles para hacer un velamen rústico pero suficiente. Pero no tenemos ni herramientas apropiadas ni mano de obra que sepa encuadernar un barco.

—Entiendo, Polypus. Es como tener una fuente de agua clara y no poder calmar la sed.

—Algo parecido.

Un silencio absoluto se apoderó de la playa. Fue como si algo o alguien mandara callar, de forma imperativa, a los monos y a los pájaros. De entre la floresta que se adentraba en el mar irrumpieron un par de canoas grandes, largas como troncos de árboles, adornadas con colores rojos y verdes, impulsadas por los remos cortos y lobulados de una tripulación local de extraordinaria apariencia física. Valentiniano llegó corriendo hasta donde estaban el piloto y Scaeva Minor. Sin darles tiempo a abrir la boca, el dacio, más impulsivo que nunca, les dijo:

—No quiero prisioneros. Oro o hierro.

El piloto y Scaeva bajaron sus cabezas y miraron al suelo, cuya arena removieron de forma instintiva con sus sandalias. Scaeva Minor quiso atemperar a su hermano.

—Podrían sernos útiles, Valentiniano.

—Lo único útil se lo llevaron. Lo nuestro y lo de ellos que nos correspondía. Mejor dicho: que nos corresponde.

—Pero no sabemos si son ellos los que se quedaron con la sal —terció el piloto.

—Si no son ellos, pronto se sabrá en toda esta isla cómo tratamos a los ladrones y veréis que pronto damos con ellos.

Valentiniano conminó a los expedicionarios a que tomaran posiciones de ataque y estuvieran bien armados. La única orden era sangre y venganza. Sangre con la que deberían pagar el robo. Y venganza por los compañeros muertos. Sin piedad. En el más puro estilo de las legiones de Roma. Esas que tanto detestaba. Uno, sin darse cuenta, acaba siempre pareciéndose a los que más odia.

—Esperad mis órdenes.

Polypus intervino una vez más, esperando que la mesura de sus palabras apagara el fuego volcánico del carácter del dacio:

—Piensa por un momento que, en esas barcas, viene alguien que pueda tener nuestro destino resuelto en sus manos. Intenta al menos saber qué quieren y quiénes son.

—Ellos, piloto, sabrán antes qué queremos y quiénes somos. No lo dudes.

Las canoas se aproximaron, felices y confiadas, a la orilla. Desembarcaron no menos de veinte personas entre ambas naves. Algunos niños de blancas sonrisas y ojos redondos como la curiosidad portaban cestas de palma con frutas y pepitas de oro. En un abrir y cerrar de ojos la playa era una pleamar de espumas encarnadas y alaridos de dolor. Las aguas se tiñeron de rojo como aseguran los hebreos que lo hicieron las del Nilo cuando su dios envió al faraón una de sus terribles plagas. Dejaron ir a dos hombres para que propagaran en sus poblados quiénes eran y qué querían aquellos extranjeros a los que les fue arrebatada la sal, incendiada su nave y acaballada buena parte de su tripulación…

5. Cerne

Al miedo le sobra la sal para conservar su abominable condición; en su nave solo cabe el pavor como mando único y las amistades con las que suele acompañarse no son fáciles de doblegar. Si eres capaz de propagar el miedo, te harás rey de una casa, de un poblado o de un reino. Porque un arma tan afilada corta más que un gladio y es capaz de esclavizar a los hombres, más allá de sus cuerpos. Valentiniano había aprendido todo esto de lo que Roma le había enseñado. Él jamás supo lo que Julio César hizo en las Galias, en una guerra de cuatro años donde el terror desplegado por el divino calvo sumó más de tres millones de muertos; tampoco manejó ni por asomo las cifras de la destrucción de Jerusalén por Hadriano, empeñado en civilizarla y despojarla de toda su fe nacionalista, cosa que casi logra en el sangriento enfrentamiento contra su líder, Bar Kojba, causándole más de medio millón de bajas, principalmente entre la población civil, devastando cincuenta ciudades fortificadas y destruyendo ochocientas cincuenta y cinco aldeas. Pero Valentiniano sí vio, en primera línea de

batalla, cómo Trajano acababa con su pueblo y sus reyes y príncipes, empapándose de todo el horror que la maquinaria imperial romana era capaz de desarrollar para alcanzar sus objetivos. Él mismo era hijo del miedo, sangre de la sangre vertida en la Dacia, memoria viva de un tiempo en el que su mundo se volvió del revés y a él le tocó vivir con la cabeza boca abajo, repleta de odio, venganza y demonios. Más de medio millón de dacios y sármatas fueron vendidos en Roma como esclavos. Y para que nadie olvidara lo rentable que es el miedo bien administrado para el que sabe utilizarlo como aliado, en el foro de Trajano había levantada una magnífica columna donde se explicaba perfectamente cómo el desasosiego somete antes a los hombres que el amor o el dinero.

Eso lo llevaba Valentiniano tatuado con fuego candente, que es la caligrafía del poder. Era la principal lección que la vida le había enseñado. Su carácter se forjó en ese principio que sostiene que el miedo es la memoria del dolor. Y, consecuentemente, si sabes manejar el dolor de los otros, el miedo te convertirá en rey. Y así fue como procedió en aquella playa de la isla de Cerne. Sin importarle quiénes eran o qué querían aquellos negros y niños que llegaron en canoas a presentarles sus respetos y a obsequiarles con frutas y pepitas de oro. Como si los romanos fueran dioses. O enviados de los dioses. El dolor es el paje del miedo. Y Valentiniano se esmeró no solo en administrarlo, sino también, casi con tanta importancia como lo primero, en exhibirlo. Levantó cruces rudimentarias donde clavó con puntillas rescatadas de la nave incendiada a muchas de aquellas criaturas cuyos alaridos intimidaban a las fieras; a los niños les cortó las manos o las piernas, para colgarlos de los árboles y que su sangre chorreante despertara el apetito de los animales, convocándolos a un festín gratuito, sin el esfuerzo siempre agotador de la caza; amontonó las cabezas cortadas de los negros que sufrieron aquella condena sin que de sus caras de sorpresa y miedo pudiera borrarse la expresión final provocada por el degüello. Valentiniano hizo lo que vio hacer a Roma en su tierra, aquel despliegue implacable de inteligencia militar y

diabólico manejo del terror y el pillaje. Y podría decirse que en Cerne casi mejora a los romanos. Siempre hay un alumno que acaba superando al maestro para demostrarnos que la cadena del miedo jamás coloca su último eslabón. Los hombres no temen a sus reyes. Pero sí claudican ante la capacidad de dolor que estos son capaces de infligirles. Una espada sobre tu cuello somete más que una corona de oro.

Valentiniano y los expedicionarios se adueñaron de las canoas y el dacio, investido del aura de poder que dimanaba su acción punitiva, le dijo al piloto con cierto medido desdén:

—Ya tenemos embarcaciones. ¿Eres capaz de hacernos volver por donde hemos venido?

—¿Me pides que me eche al mar en dos vainas de algarrobas?

—Te pido que nos saques de aquí por el mismo camino que hemos llegado.

—Eso es imposible, Valentiniano. Me estás pidiendo que gane una carrera de cuadrigas en el circo con un carro tirado por asnos.

—Pues yo las veo fuertes y…

—Fuertes para navegar por estos grandes ríos. Para eso son perfectas. Y con ellas podemos encontrar las minas de donde sacan estos negros las pepitas de oro que nos han regalado. Si sobrevivimos a su venganza.

Valentiniano intentó rebajar el nivel de su furia, su ansia de destrucción. Y le regaló con su cabeza un sí no muy convencido.

—¿Cuándo partimos en busca de esos negros? —preguntó el dacio.

—Organicemos la partida, busquemos agua y reunamos la comida que podamos. En dos o tres días partiremos hacia el infierno —dijo el piloto.

—Me encanta matar demonios —respondió altivo el dacio.

Scaeva Minor asistió a la conversación en silencio, pensando, reflexionando, dándole vueltas a un detalle que en la convulsa y sangrienta acción de castigo de Valentiniano se había pasado por alto.

—Solo los súbditos o los fieles devotos regalan oro a unos

desconocidos. Nos han tratado como si fuéramos reyes o dioses…, aunque ahora seamos para ellos unos demonios.

6. Cerne

Al despuntar el día, tres jornadas después de la carnicería dirigida por Valentiniano, aparecieron en la playa dos canoas más de nativos, haciendo sonar unas caracolas con notas graves y entonando canciones visiblemente tristes y penosas. El dacio se dirigió nuevamente a los suyos, a los que solo les guiñó un ojo y les dijo:

—Hoy superaremos lo de hace tres días. Atentos a mis órdenes.

Los crucificados estaban siendo devorados por pájaros carroñeros y las cabezas de los negros ajusticiados habían desaparecido, esparcidas a lo largo de la playa, por las alimañas que las habían hecho suyas como presas de caza. Los niños sobrevivían al tormento, colgados de los árboles, agonizantes, como frutos demoniacos de árboles del Hades. Las dos canoas estaban próximas a la orilla cuando Scaeva Minor levantó la mano y dijo:

—Que nadie haga ningún movimiento.

—¿Vamos a esperar que nos cuelguen de los árboles? —le recriminó Valentiniano.

—Quiero saber quién es el hombre blanco que viene con ellos. ¿No lo has visto aún, Valentiniano?

En la primera canoa, donde las caracolas seguían emitiendo el sonido de un pesar evidente y los remeros entonaban canciones monorrítmicas de claro carácter fúnebre, venía en pie para hacerse visible un hombre de edad avanzada, largas barbas blancas y sin mucho pelo en la cabeza. Iba vestido con un taparrabos y apoyado sobre un cayado que parecía usarlo más por una cuestión de prestigio que de necesidad física. Valentiniano miró a sus hombres y con un gesto de su mano les ordenó que envainaran las armas.

—¿Quién será ese tipo? —se preguntó el piloto en voz alta.

—Quién sabe, piloto. Pero de repente he vuelto a tener esperanza —le respondió Scaeva Minor, que no dejaba de

acariciar la concha turdetana de su collar y el Mercurio de oro de Cara Pescao.

Las canoas rajaron la arena fina y mojada de la orilla para encallarse en ellas y, ceremoniosamente, comenzaron a salir remeros que echaron sus cuerpos a tierra en señal de sumisión, respeto y miedo. Las manos extendidas sobre el suelo. Las bocas besando la tierra. El miedo haciendo temblar sus cuerpos. Más que nunca allí se hizo patente lo que dejó escrito Lucio Anneo Séneca: «No hay día sin su pena». La pena y el miedo siguieron siendo las pautas sonoras de sus cánticos, ahora más heridos que nunca por el horror que veían colgando de cruces y árboles. Valentiniano perdió cualquier cuidado y miró al piloto esperando la aprobación de los métodos empleados, que visto lo visto fueron exitosos. Desde Tarquino a Marco Aurelio nunca hubo un rey o un emperador que tuviera más poder que el miedo. El anciano blanco de barbas luengas saltó a tierra, pero en ningún momento hizo un gesto de sumisión o inferioridad ante los romanos de Gades e Híspalis. Se dirigió, resuelto, con el ánimo entero, al grupo con la mano en alto en señal de saludo diciendo:

—Salve, extranjeros. Alguna vez fui un griego. Hoy no sé lo que soy. Pero me temen y respetan estos salvajes. Mi nombre es Hilas, como el escudero de Hércules, cuya desaparición hizo enloquecer al héroe, que abandonó el Argos y la conquista del Vellocino de oro. Pero aquí me conocen como el hijo de Poseidón.

Los romanos estaban estupefactos. Se miraban y a duras penas podían reprimir una sonrisa o un sarcasmo. Estaban ante un anciano que había perdido la razón quizás por la exposición tan prolongada a un mundo muy ajeno al suyo, que desconocía la agricultura y que sobrevivía de la recolección y la caza. El azar o las tormentas lo habían llevado hasta allí hacía muchos años para trasladarlo, en un viaje al pasado, desde un mundo civilizado a otro donde no se conocían los metales. Un salto hacia atrás de casi cinco mil años…

—Salve, Hilas, hijo de Poseidón —contestó el piloto—. Yo soy Polypus de Gades, el piloto de la nave que tus hombres incendiaron.

—¿Mis hombres? ¿Esos que ves ahí tirados sobre la arena, en señal de sumisión, dolor y perdón?

—Sí, esos ladrones, ¿quién si no? —Se entrometió Valentiniano.

—Esos hombres que veis ahí, con sus bocas en la arena, llorando por la masacre perpetrada contra sus hermanos e hijos, vinieron a recibir a unos dioses blancos. Y os ofrecieron frutas y oro. Los regalos más preciados de los dioses. A cambio recibieron un castigo que no logran entender, salvo que vosotros, los dioses que vinieron del mar, estéis enojados con ellos por alguna razón que no entienden. No son ladrones ni tienen lo que otros os quitaron.

—¿Quién nos robó la sal? —preguntó directamente Scaeva Minor.

—Tengo muchas cosas que contaros. Subid a las canoas y seguidnos…

7. AGUAS ARRIBA

Subieron con las canoas río arriba por una de las anchas bocas del impresionante caudal que ante sus ojos se abría, adentrándose, al ritmo de las canciones y tambores de los remeros de la tribu de Hilas, por una geografía realmente lujuriosa, con una vegetación que se fundía con el río y hasta donde llegaban los monos para beber sin abandonar los árboles, siempre y cuando no los sorprendieran los cocodrilos y el agua se convirtiera en su último trago. Los mosquitos eran implacables con la piel de los blancos que, sin capacidad de respuesta ante un ataque tan furibundo, se asombraban al ver cómo los negros apenas si eran molestados por sus picaduras. Hilas, de vez en vez, los miraba desde su canoa, esbozando una sonrisa relajada y feliz, al ver el llevadero martirio que sufrían aquellos dioses venidos del mar. El griego levantó su bastón y ordenó parar en un claro ribereño, donde había una fuente natural de agua fresca y limpia, de la que llenaron algunas vasijas de barro para continuar el viaje. Una vez en tierra, mientras cumplimentaban la aguada, Hilas dio a Scaeva Minor y al piloto su versión de los hechos y lo que, a su juicio,

deberían seguir haciendo para no perder ante aquella tribu su condición de dioses del mar, de enviados por Poseidón.

Scaeva, Polypus y Valentiniano escuchaban hablar en un latín muy llevadero las palabras de aquel viejo perdido, desde hacía muchos años, en mitad de una selva remota e infatigable.

—Iremos a nuestro poblado, ya cercano de este emplazamiento. Rezaréis ante un ara que en su día le levanté a Poseidón, representado por un tridente y unos caballitos de madera. Le daréis las gracias en latín, cantando lo que os dé la gana, no os entenderán, pero creerán que sois sus enviados y que venís para ayudarles.

—¿Ayudarles en qué, griego? —dijo Valentiniano.

—¿De dónde eres, joven? —le preguntó Hilas.

—De la Dacia…

Hilas dejó escapar una sonrisa. Y con sorna le contestó:

—Pues entonces te entenderás bien con estos hombres. No hay mucha diferencia entre un dacio y un negro de esta región.

Rieron todos menos Valentiniano, que insistió con su pregunta.

—¿Ayudarles en qué, viejo loco? —inquirió muy serio.

—En su conflicto tribal con los negros que fueron cómplices de los *mauri* que os robaron la sal.

—*¿Mauri?* —se asombró Scaeva Minor.

—*Mauri*, sí. Tienen el monopolio del comercio de la sal por tierra y no iban a dejar que triunfara una conexión marítima como la vuestra.

—Los *mauri* no sabían de nuestra expedición. —Se extrañó el piloto.

Valentiniano los miró para sacarlos de dudas.

—Lo sabía el *maurus,* el moro de la *fullonica*, el marinero que se quedó en tierra con aquella caravana que también mercadeaba con los negros cambiando sal por oro. Lo sabía el Tingitano.

—Y nos traicionó —dijo Scaeva Minor.

—O se hizo un favor a sí mismo, encontrando ese golpe de fortuna que tanto había buscado en Gades —dijo el piloto relativizando el punto de vista de Scaeva.

Subieron de nuevo a las canoas. Pero esta vez, Hilas, se hizo

con un puesto de honor en la de los extranjeros, para seguir conversando. Y hasta que llegaron al poblado de aquellos hombres estuvo contándoles la peripecia de su vida, que tuvo un punto de arranque muy parecido al de cualquier comerciante que coloca su destino en manos de una expedición marítima para abrir una nueva ruta de negocio. Solo quedó él de la tripulación que lo llevó hasta el país de los negros. Y el atraso y primitivismo de aquellas tribus ribereñas lo tomaron por un dios blanco. Luego él se encargó de hacer de la necesidad virtud. Y alimentó, cuando aprendió su lengua, la errónea creencia de los negros. Los reunía en torno al ara que levantó a Poseidón y les contaba la vida de los dioses del Olimpo, no para agrandar la comunidad religiosa griega, sino como cuentos que embobaban y llenaban de fantasía la mente de aquellos salvajes. Esos relatos los relajaban y entretenían. Y ellos lo añadieron a los de su propia tradición oral.

—O sea, que tus negros esperan que los liberemos de la subordinación de la tribu que colaboró con los *mauri* y nos robó la sal. —Resumió Valentiniano la situación sin ningún tipo de adorno.

—Eso se espera siempre de los dioses, amigo. Que nos saquen de las honduras y penas de la vida —contestó Hilas.

—Pues tendrá un precio, griego

—No te preocupes, dacio. Tendrás el oro que viniste a buscar. Y la sangre que tanto te gusta propagar…

La sangre siempre llama a la sangre. Y un joven remero, que jugueteaba con un gladio que le había prestado un expedicionario, se cortó la mano al cogerlo por la filosa hoja de la espada. Una espada que estaba llamada a ser, junto con las que portaban los otros extranjeros, el arma liberadora de su tribu. Pronto la selva retumbaría con tambores hostiles más que con una de aquellas tormentas inesperadas que tronaban como el galope de la caballería númida.

Scaeva Minor le guiñó un ojo de complicidad a Polypus y se complació de que el destino le hubiese enviado a aquel loco griego, como si fuera una señal para salir del laberinto del Minotauro en el que se había convertido el sueño de navegar hacia el sur atlántico para buscar el oro de los negros.

—Disculpa, Hilas. ¿Recuperaremos nuestro oro?

—Os lo ganaréis en el campo de batalla. Como pasa en vuestro mundo. Nada es gratis…

8. Bambouk

Nada es gratis en la vida. Pero hay negocios hundidos que, inopinadamente, por capricho del azar o la concatenación inexplicable de circunstancias favorables, se convierten en auténticas minas de oro. Tras pasar unos días en el poblado de Hilas, donde recuperaron fuerzas y entendieron la razón por la que los insectos no molestaban a los negros, saltaron a las canoas para seguir el curso del río hasta la alta región de Bambouk. Un viaje de varias jornadas por un curso fluvial exuberante. Esta vez los insectos fueron clementes con sus blancas carnes, pues se las habían embadurnado con el jugo de una planta para ellos desconocida, pero muy familiar entre los nativos de aquellos climas tropicales como repelente para guardar cierta inmunidad a las picaduras de los insectos más rencorosos. Remaron aguas arriba, en dirección al distrito minero de Bambouk, más allá de la también aurífera Galam y cerca del río Faleme, mientras escuchaban a Hilas con atención:

—La mayor parte de esa explotación minera la controla la tribu respaldada por los *mauri*. Veréis pozos en la tierra con la altura de un hombre y el oro está incrustado en las paredes o en el fondo del agujero. Ese oro estará a vuestra disposición si sois capaces de derrotarlos…

—¿Y la sal? —preguntó con suspicacia Valentiniano.

—Deben tenerla guardada en los depósitos del poblado. También será vuestra. Pero quizás los dioses blancos se muestren generosos con el pueblo que van a liberar. —Hilas esbozó una sonrisa que fue secundada por Scaeva y Polypus; nunca antes vieron a un loco tan sabio y cuerdo…

Conforme avanzaban las canoas, en las orillas del río, veían grupos de animales bebiendo y algún que otro gorila. Estaban en plena selva de los gorilas, aquellos animales que tanto impacto emocional provocaron en los romanos, al verlos como

monstruos humanoides, deformes por alguna maldición, a mitad de camino entre los seres humanos y las bestias de la selva. Hijos quizás de hombres y monas. Un bestialismo digno de un episodio de los juegos del circo o de una atrevida obra de teatro. Verlos golpearse el pecho y emitir sus gruñidos intimidaba a los hombres. Por lo que Scaeva Minor entendió que no era en absoluto desaconsejable indicar a los suyos que no dieran muestra de temor, que los dioses no conocen el miedo y que, si hiciera falta, un buen arco y una certera flecha, dejaría claro quién mandaba allí, en aquel caos verde repleto de loros parlanchines, insectos insaciables y animales amenazantes. Tras una navegación placentera que se alargó tres o cuatro días llegaron a Bambouk y no se hicieron visibles. Dejaron las canoas tapadas con grandes hojas y sigilosamente ocuparon un lugar lo suficientemente resguardado para ver y no ser vistos. Los negros aliados de los *mauri* estaban trabajando en sus pozos mineros. Valentiniano los observó con cuidado. Eran fuertes e inagotables pese al tremendo calor que caía a plomo sobre ellos.

—Ahí está la llave de vuestro regreso. Y también el oro que habíais venido a buscar —dijo Hilas.

—¿Conoces algo de su poblado y de sus artes de guerra? —preguntó Valentiniano que, nuevamente, mostraba un ánimo optimista y sus ojos claros relucían como el oro de los negros.

—¿Quién no conoce a su enemigo cuando además es la causa de casi todos sus males? Te iré contando de ellos y de sus armas y artes de guerra durante la vuelta. Pero te aseguro que no pelean como las falanges macedonias —dijo irónicamente el griego.

—Ni como las legiones de Roma —apuntó Scaeva Minor para animar a los suyos al combate.

Subieron a las canoas y emprendieron, río abajo, el camino de vuelta. Los negros remaron con fuerzas y estaban alegres. Hilas les había dicho algo en su impracticable idioma que celebraron dando las gracias a Poseidón en la única palabra en latín que conocían.

—¿Qué les has dicho a tus remeros, Hilas? —preguntó Polypus.

—Que los dioses blancos nos ayudarán.

—¿Algo más? Los noto muy alegres y contentos.

—Que ganaremos la guerra y tendremos sal…

9. La venganza de los dioses

Ganaron la guerra y obtuvieron la sal. Pero los triunfos se preparan y proyectan, se trabajan; se estudia el terreno, las costumbres y las fuerzas del adversario. Todo esto le llevó a Valentiniano más de dos meses, durante los cuales supo manejar la suficiente información sobre el poblado, la cerca de cañas y barro que lo protegía de amenazas externas, la calidad de los soldados que lo defendían, las características del terreno donde se ubicaba y las posibilidades que había de salir de aquel encargo con la vista al frente y el paso de los vencedores. Por alguna extraña conexión mental que el dacio nunca propuso explicarse, cuando él mismo vio el poblado enemigo que debía rendir le vino a la cabeza una vieja imagen de su época en Roma, siendo un juvenil e invencible gladiador. Quizás esa imagen la viera en alguna de las grandes *domus* donde los aristócratas agasajaron a un héroe de los juegos. El caso es que esa imagen, un *emblemata*, un tipo de mosaico colgado sobre la pared a modo de cuadro, representaba una escena cinegética, donde los cazadores, azuzando perros y haciendo sonar caracolas, obligaban a salir de sus escondrijos a los jabalíes que, atolondrados por el miedo, iban derechos a unas redes donde los caballeros los lanceaban con sus venablos. Aquel cuadro le definió perfectamente la estrategia para doblegar al poblado de los negros aliados de los *mauri*, los que hicieron realidad su sueño de los halcones acabando con la sal y el negocio que tan trabajosamente les había destinado Mercurio.

Durante esos dos largos meses, Valentiniano escogió una veintena de guerreros nativos para prepararlos e inculcarles un mínimo de disciplina en la defensa y el ataque. Eran guerreros de verdad. Fuertes, atléticos, decididos y listos. Aprendieron pronto a obedecer las órdenes de Valentiniano que, por alguna razón, les hizo aprender una palabra en latín*: captivi*,

prisioneros. Quería muchos prisioneros. A nadie le explicó las razones. Pero los quería. ¿Para esclavizarlos y venderlos a su regreso a Gades? Antes del ataque no lo confesó. Pero los negros entendieron a la perfección que Valentiniano quería más cautivos que muertos. El asalto se planificó en todos los extremos con una minuciosidad casi militar. Hora, situación del sol, posicionamiento de arqueros, lanceros y auxiliares negros. Había que sembrar el pánico en el poblado. Y para lograrlo arrojó teas y flechas ardientes sobre los techos de pajas donde se cobijaban los enemigos. La cerca de cañas y barro solo tenía una salida. Allí esperarían las fuerzas bien adiestradas y disciplinadas de Valentiniano, las propias romanas con sus gladios y las negras con sus mazas y hachas de piedra. Era, en fin, la traslación a una realidad bélica del *emblemata* que había visto alguna vez, hacía ya mucho tiempo, en una casa de la lujosa Roma.

Una vez más Valentiniano hizo sucumbir a su adversario. Y una vez más, el dacio, con una determinación sanguinaria, puso en práctica lo que él consideraba la fase fundamental de una victoria: la administración del miedo. Sin miedo no hay victoria absoluta. Cerca de doscientos cautivos cayeron en la trampa que les tendió Valentiniano. Hombres, mujeres y niños. A todos los redujo a tres grandes grupos. Con sogas al cuello y pies. Los que intentaron escaparse fueron abatidos sin piedad por los guerreros negros, destrozando sus cabezas con aquellas terribles mazas de madera y piedra. Lo que vino después es inenarrable. Porque aquellos desgraciados aliados de los *mauri* fueron martirizados en cruces y en árboles, en una auténtica orgía de dolor y sangre. Y Valentiniano lo ordenó con un pulcro sentido de la maldad. Torturó a los niños delante de sus madres; a las madres delante de sus esposos y a estos, cuando ya habían perdido hijos, mujeres y guerra, los clavaba a rústicas cruces a las que llegaban más vencidos por el dolor de su espíritu que por el revés de la derrota. Nunca atendió a las solicitudes que Scaeva y Polypus le hicieron para que tuviera piedad. Ahora entendieron las razones por las cuales el dacio jamás quiso anticipar su preferencia a hacer prisioneros antes que matarlos.

—La piedad es la más imperdonable equivocación de un guerrero —contestaba invariablemente.

Sembró tanto miedo y desolación que los pocos enemigos que pudieron escapar al interior de la selva nunca tuvieron estómago ni valor para volver a lo que siempre fue su hogar y que, tras aquella guerra con los diablos blancos, solo provocaba pavor y desolación. Nadie volvió jamás a ver aquel paisaje diabólico de cruces, amputaciones y dolor. Nadie excepto las fieras encargadas de limpiar el rastro de la muerte. Cuando Valentiniano creyó que tanto él como sus hombres habían terminado el trabajo encargado, se dirigió a Hilas para decirle:

—El encargo está terminado. Quiero el oro y la sal que nos robaron unos locos que ya saben lo que es un guerrero dacio…

—Te doy las gracias, dacio. Yo te daré el oro que has ganado y la sal que te robaron. Porque veo que la sangre te la has servido a tu gusto, sin escatimar una gota… La selva ya te conoce como el demonio blanco. Podrías ser el rey de todas las tribus. Te seguirían hasta la muerte. Y su mayor lealtad la inspiraría el terror. ¿Quieres ser rey de todos ellos?

Valentiniano le regaló una mirada de desprecio y una advertencia sería:

—Griego, el trabajo está hecho. Oro o hierro…

10. ABANDONANDO EL INFIERNO

Lograron reunir una importante cantidad de oro en polvo que transportaron, con la ayuda de porteadores negros, en pequeñas tinajas de barro; dejaron para los negros de Hilas una cantidad suficiente de sal para que no corrieran peligro las salazones de la carne de caza con la que se alimentaban; con la restante compraron el oro de los pozos mineros de la tribu de Hilas; honraron el ara de Poseidón dejando sobre el mismo un tridente de hierro, salvado del barco, que servía para sacar los atunes que pescaron durante la travesía; el marinero que mejor manejaba el cincel y el martillo rescató de la piedra una frase, ya casi ciega por el paso del tiempo, sacada del himno de Poseidón que decía: «El que mueve la tierra y el baldío mar»;

se pertrecharon con comida y agua para subir a las canoas y bajar, en un punto determinado de la selva, para ser guiados hasta la sabana. Los acompañarían los guías de la tribu. Pero también se unió al grupo de regreso a Gades aquella especie de guardia pretoriana negra que Valentiniano había adiestrado y que era un seguro de vida para una vuelta improbable y azarosa.

Hilas les dio consejos muy realistas para sobrevivir y llegar hasta el destino. Primero abandonar la selva. Algo trabajoso pero viable, gracias a los guías negros. Luego, adentrarse en la sabana y multiplicar los ojos vigilantes ante el acecho de leones y depredadores. Y en el borde final de la sabana, desembarcar en el gran mar de arena, en el enorme desierto sahariano, un reto que ningún hombre blanco, ajeno a sus altas temperaturas, dunas movientes y escasez casi absoluta de víveres, había nunca podido realizar.

—En Aoudaghost, la última ciudad oasis de una de las rutas de las caravanas, finaliza la sabana y comienza el desierto. Que Hércules os bendiga.

El día que marcharon los dioses blancos, el poblado de Hilas les dedicó una fiesta alegre y relajada, con abundante comida de carne de mono y frutas. Las mujeres yacieron con los dioses blancos, a los que tocaban el pelo de la cabeza, y reían, por parecerles de un material similar a la paja. El griego se había sentado con Scaeva Minor y con Polypus, sosegadamente, tomando una cerveza hecha a partir del corazón de una determinada palmera. Aturdía pronto. Por lo que Scaeva se permitió la licencia de rebajarla con agua.

—¿Sigue Roma gobernando el mundo? —preguntó Hilas.

—Sí. Es el imperio más grande de Occidente y de Oriente. Desde el Atlántico a la frontera de los partos.

—Si Alejandro no llega a morir hubiésemos sido nosotros, los griegos, los amos del mundo —se quejó Hilas con evidente frustración histórica.

—O no —respondió con cierto orgullo imperial Scaeva Minor.

—Te he visto asirte a la concha de ese collar como las crías de monos a sus madres. ¿Tanta protección te da?

Rieron la ocurrencia del viejo y Scaeva contestó sin ganas de esforzarse:

—Es una historia larga, Hilas. Y ahora prefiero ver cómo mueven esas negras el culo al son de los tambores.

Bebieron y comieron mono asado con una salazón picante.

—¿Y está en paz el Imperio? ¿Siguen vigente los deseos de Hadriano? —Cambió el signo de la conversación el griego.

—Hay graves problemas en el Danubio, en el norte, con las tribus sármatas y marcomanas —aclaró Scaeva Minor.

—¿Y por el sur?

—Hasta ahora las fronteras permanecen firmes e inexpugnables. Tampoco es mentira que los *mauri* suelen incordiar con incursiones y pequeñas escaramuzas costeras en la Bética. Pero siempre se llevan su merecido.

Hilas se limpió la boca con la mano y volvió a beber cerveza de palma. Luego dijo:

—Me da la sensación de que esos *mauri* os darán un disgusto. Los veo, los escucho y los observo cuando vienen. Y llevan la codicia en sus ojos.

—Si se atreven a entrar en la Bética como un ejército lamentarán haberlo hecho por el resto de sus vidas —le dijo Scaeva Minor.

—¿Y quién es el emperador ahora?

—Marco Aurelio.

Scaeva y Polypus se pusieron en pie y brindaron por el César filósofo.

—Larga vida al emperador…

---

16 La actual Afganistán.

CAPÍTULO IX

LA AMBICIÓN DE LA DESLEALTAD

1. PRETORIO. VINDOBONA

A miles de kilómetros de la aldea africana de Hilas, situada en algún lugar ribereño de una de las bocas del río Bambouk, brindaban igualmente por el emperador Marco Aurelio. El césar filósofo se recuperaba de unas fiebres que lo habían obligado a guardar cama, pese a su obstinada oposición a los consejos médicos. Junto a sus generales levantaba su copa de *mulsum*, un mosto fermentado con miel, para celebrar las ocurrencias de sus más allegados sobre el conocido milagro ocurrido a la duodécima Fulminata, la legión del Rayo, tal y como mostraba su estandarte. A los militares, familia de armas, pero familia al fin y al cabo, les place y conforta rememorar, como a las familias civiles, anécdotas singulares y hasta exóticas vividas en común, que sirven para unir más los lazos entre sus miembros. Los temas preferidos por los militares para recordar anécdotas y sucedidos suelen estar relacionadas con las batallas donde intervinieron. Sobre todo si esas batallas se cuentan por victorias. Ese era el caso de la Fulminata, fundada muchos años atrás por César para pelear contra los galos y que intervino en el asedio al fuerte bárbaro de Alesia, capital de los mandubios. En esa plaza de Alesia se decidió la guerra de las Galias a favor de Roma, tras derrotar las fuerzas itálicas a la federación de tribus galas comandadas por Vercingetorix. Desde entonces, la duodécima fue un auténtico rayo contra sus enemigos, consiguiendo, por ejemplo, para no abrumar con su glorioso currículum, los estandartes de Pompeyo en Farsalia[17] y decisivas victorias contra los partos. Si bien es cierto que en Judea perdieron las *aquilae,* las águilas de sus insignias, intentado reprimir la rebelión hebrea, que luego consiguieron doblegar.

La duodécima fue comandada por Marco Aurelio cuando este luchaba contra las tribus caudas, en la actual Eslovaquia. Una unidad de la legión se vio envuelta en serios problemas por la ferocidad de aquellos guerreros caudos y, a decir de los que estuvieron presentes, se salvó del furor de los salvajes gracias al milagro de la lluvia. Un tremendo aguacero descargó cuando los legionarios de la Fulminata lo tenían todo perdido. Pero la tormenta, madre siempre del rayo, ayudó a la legión que lo llevaba en su estandarte, venciendo una batalla que tenían perdida de antemano. Muchos aseguraron que el hecho milagroso era imputable a los soldados cristianos que formaban en la unidad. Que habían rezado e implorado a su dios para que se pusiera de su parte en la batalla. Otros, que fue obra de un mago egipcio, Harnufis, invocando repetidamente a Mercurio. Los generales y Marco Aurelio, recordando el hecho, reían y bromeaban sobre la paternidad del milagro. Si el filósofo consideraba a los cristianos como una suerte de ignorantes supersticiosos, tampoco tenía en mucha más consideración a los magos del Nilo. Y, finalmente, su brindis fue por la Fortuna.

—Que nos guíe y nos asista siempre en el combate —dijo levantando su copa.

Sus generales sonrieron y brindaron por las palabras del emperador que, por su semblante y humor, parecía haberse recuperado perfectamente de las fiebres. No obstante, la peste seguía haciendo estragos en el campamento de Vindobona, pero daba la impresión de que Marco Aurelio tenía a los dioses de su parte, protegiéndolo y aislándolo de tan mortal plaga. La epidemia no lo alcanzó. Pero sí esa otra terrible enfermedad, propia de reyes y príncipes, a los que la ambición de la deslealtad los escoge como fáciles presas de sus mortales infecciones. De algún rincón de Vindobona, una lengua de anónima administración, habría hablado de la gravedad de una terrible enfermedad que tenía al emperador en cama. Como un caballo desbocado imposible de controlar, el rumor saltó los muros del campamento, aumentando la gravedad conforme su atolondrado galope lo acercaba a Italia, para llegar a Roma resumido en una noticia brutal: Marco Aurelio ha muerto…

Pero Marco Aurelio estaba muy vivo y atento a lo que la guerra, los hombres y la filosofía le proponían, casi a diario, como relatos de una vida intensa y sorprendente, a la que trataba de responder con una de sus frases tintadas de estoicismo: «La sabiduría consiste en cambiar lo que puede ser cambiado y en aceptar lo que no puede ser cambiado». Quizás esto lo escribió pensando en la vulnerabilidad de un imperio a la defensiva, que tras la muerte de Lucio Vero se encontraba cojo de mandos de su dimensión política y militar, sin que Marco Aurelio hubiera podido encontrarle un sustituto. Al menos él no dio con el hombre que le pudo ayudar a sobrellevar una tarea histórica tan hercúlea. Marco Aurelio salió a pasear a caballo por el bosque cercano, más para levantar la moral de la tropa y espantar los falsos rumores que por seguir el consejo de sus médicos, que le prescribieron respirar el aire fresco que alimentaba aquella verde naturaleza. Iba acompañado, también a caballo, por sus generales más cercanos.

No es falso que, durante las fiebres, el mismo emperador llegara a pensar qué sería de Roma si su ángel personal bajaba la guardia y lo dejaba morir. Cómodo, su hijo y sucesor, era un hedonista, amante de las juergas y el placer, hecho como de otra sangre ajena a la de Marco Aurelio. No en vano, las malas lenguas de los cuarteles y de los gabinetes de la política romana sostenían que Cómodo y su hermano gemelo, Tito Aurelio Fulvo Antonino, eran hijos de los amores clandestinos de Faustina en Gaeta, puerto marítimo de la región del Lazio, donde los oídos mejor informados y los ánimos menos temerosos situaron la infidelidad de la emperatriz para darle a Roma un heredero bastardo. A nadie le extrañaba esta situación, toda vez que Faustina era una voluptuosa mujer que gustaba de compartir la seda de sus sábanas con marineros y gladiadores. Marco Aurelio, cuando los más leales y cercanos a su autoridad le animaban a que la repudiara, siempre argumentaba lo mismo:

—Si repudiamos a nuestra esposa, devolvámosle la dote…

Y su dote era el imperio, que había recibido de su suegro, Antonino Pío, siguiendo los consejos de Hadriano. Marco Aurelio prefirió salvar a Roma antes que a su matrimonio, quizás siendo cabal a su pensamiento escrito que aconsejaba al hombre sabio cambiar lo que pueda ser cambiado y aceptar lo que no puede ser cambiado. Faustina no valía un divorcio. Roma estaba por encima de todos, incluso de los miembros más destacados de la casa real. El emperador sobrellevaba tantos y tantos reveses vitales, matrimoniales, políticos, económicos y médicos en la soledad de su vida interior, demostrando a los que lo conocían y lo trataban diariamente en Vindobona el temple de su ánimo y la fortaleza de un espíritu que siempre en tropel huyó, como los bárbaros que mantenía a raya en las fronteras del Danubio, del histrionismo político y del escándalo como propaganda a favor de causa. Cómodo, más temprano que tarde, tendría que sucederle, hacerse con responsabilidades que le exigirían una ardua tarea política y un tremendo esfuerzo personal para apartarse de la vida dulce y placentera, ociosa y libertina, que bien podría haber servido de inspiración para ilustrar con sus noches de sexo múltiple y sus comilonas regadas por vinos dionisiacos cualquier pared de la estancia de un carísimo lupanar. Los labios de Cómodo no estaban hechos para dirigir una unidad o dar una orden de ataque contra los cuados o los sármatas. Eran labios de un hijo malcriado, dado a la molicie y a las camas ajenas, al beso embriagado y a la maldad escandalosa, un bagaje poco aconsejable para que su padre encontrara en él lo que había perdido con la muerte de Lucio Vero. Roma no tenía un hombre a la altura de sus grandes problemas. Y daba la impresión de que los dioses la habían abandonado a su suerte. A su peor fortuna…

Tras el breve y reconfortante paseo por el bosque, Marco Aurelio regresó al campamento, donde los soldados y mandos intermedios, demostrándole su fidelidad y estima, se saltaron las normas militares, agolpándose alrededor de su caballo para vitorearlo y declararle su más absoluta lealtad. Hasta que llegó al pretorio, con el trabajoso paso que no le facilitaba la multitud, no dejó de oír gritar a los suyos el clásico juramento

militar al *pater familias militum,* al padre de la familia de los soldados.

3. VINDOBONA

Lo que no tenían en la Subura lo encontraron con creces en el ejército. El padre de familia que jamás pudo pasearlos por las calles del barrio, ni hacerles un caballito de madera a navaja, ni enseñarles a nadar en el Tíber agitado y espumoso de los calientes veranos romanos lo hallaron, en otra dimensión emocional, en el emperador y en las legiones II y III Itálica. A Roma parecía irle mal todo. A Caballus y Taurus, en cambio, la Fortuna les sonreía, dándoles con creces lo que les negó de forma tan cicatera durante la infancia. Parecía que el tiempo que hacía temblar el suelo de Roma lo consolidaba para los pies de los dos amigos de la Subura. Taurus, aconsejado por el centurión Justino, había adelantado tanto en su aprendizaje de carpintería que, tras varios meses de asistencia, lo dieron por apto para hacer las puertas… de su propio futuro. Un día Justino le dijo que dejara la carpintería, que tenía un trabajo para él.

—Saldrás junto con otros soldados a una misión especial. Hay que recordarles a los levantiscos quién manda aquí. La Hermandad de Veteranos ha puesto mucho interés en ese trabajo… No creo que tenga nada más que decirte.

Y así fue. Ni una palabra más necesitaba aquella orden. Taurus estuvo quince días fuera de Vindobona, recorriendo aldeas y pueblos cercanos, ejerciendo de soldado en el más amplio término profesional del mismo: confiscó lo que quiso, se llevó enseres y utensilios domésticos que consideró canjeables por dinero, fornicó y violó a las jóvenes que le incendiaron la ingle juvenil de su atlético cuerpo y abusó del derecho al alojamiento forzoso como era habitual entre los soldados. A un mercader lo obligó a meter en sus cuentas de negocios un soborno como gasto de empresa. Y no hubo ganado, embarcación y comida donde Taurus no embistiera con la fuerza de su osadía y la brillantez de sus pícaras luces. Regresó a Vindobona con mucho para la Hermandad, otro

tanto para el centurión Justino y lo suficiente para que su bolsa particular no protestara. Era de común conocimiento que había dos legiones en el Ejército romano donde se vivía holgadamente, sin la angustia de la acción inmediata de guerra. Eran las legiones establecidas en el norte de África y en el de Hispania. Concretamente la Tercera Legión Augusta y la Séptima Legión Gemina. Taurus se sentía en Vindobona mucho mejor que si hubiera caído en aquellas dos legiones donde los combates se libraban contra las moscas del verano y las pulgas del invierno. El de la Subura se había convertido en un soldado hecho y derecho. Había demostrado su valor en el campo de batalla. Y lograba desenvolverse de manera magistral en las labores de carpintería, en hacer esas puertas por donde entraba lo que era capaz de reunir en las misiones especiales que le encomendaban, satisfaciendo su habilidad a la exigente Hermandad y a su no menos ambicioso centurión Justino.

Caballus tampoco podía quejarse. Fue tan ágil combinando frases y subiendo y bajando números que, en dos meses, se desenvolvía con determinación y asombrosa seguridad entre las cuentas de los suministros alimentarios del campamento. Las cuadraba con la misma exactitud que los ingenieros planteaban la inclinación de los canales de piedras de un acueducto para que el agua salvara desniveles desfavorables. Y tuvo la suerte (al fin y al cabo era él el especialista en sacar los seis dobles tanto en las mesas de juego como en los avatares de su destino) de escabullirse de entre las manos de Justino como si fuera una anguila del río. El centurión lo vio siempre necesario para la sucia promiscuidad de cuentas infladas que reflejaba la memoria (o desmemoria) contable de la Hermandad. Pero se le anticipó un mando del pretorio, que buscaba una mente despierta para escribir y hacer números. Una vez más, casi sin proponérselo, los dioses le regalaban sus sueños, haciéndolos realidad. Estaba muy cerca del emperador y de sus más influyentes mandos. El escritorio lo sacaría de la entrada en combate y, encima, pisaba ya las alfombras que veía tan lejanas como las de la corte persa cuando, meses atrás, en los trabajos mecánicos encomendados a los soldados, se deslomaba quitando las malas hierbas del jardín que daba

acceso al pretorio, a la casa del padre de los soldados. Ya nadie lo mezclaría con los tenebrosos fondos del submundo militar. Un terreno donde, seguramente, Taurus se desenvolvía con mucha más agilidad que él. Roma no iba bien. Pero ellos dos, las dos bostas más miserables de la Subura, iban volando hacia el éxito como si Mercurio les hubiera prestados las alas de sus pies…

4. Siria

Volando llegaron hasta Siria las noticias de la muerte de Marco Aurelio. Lo funesto tiene alas más poderosas que las de Ícaro y, al contrario que las del desafortunado hijo de Dédalo, el arquitecto que fabricó las alas para huir de Creta, no las derrite ni el sol ni el agua del mar. En la hermosa logia de mármol rojo del gobernador Avidio Casio en Siria, se contemplaba a través de unas finas cortinas de hilo de color añil un hermoso jardín de olivos, granados y laureles, en cuyo centro una fuente de mármol blanco con dorados tritones de bronce orquestaba la música sosegada de su rumor. Avidio Casio escuchaba, de espaldas, con la mirada puesta en el sereno mensaje de aquel jardín y aquella logia, la voz convincente y segura de una mujer.

—Eso es lo que te pido, gobernador. Que seas el futuro emperador de Roma. Ahora o nunca. Los dioses quieren recompensarte lo que ganaste en Partia y los historiadores y los aduladores le atribuyen a Lucio Vero. Tú sabes mejor que nadie que las ciudades que tomaste en nombre del imperio fueron obra de tu inteligencia y determinación militar. Ha llegado la hora de cobrarte lo que siempre te negaron. No lo pienses más. Decídete de una vez.

Avidio Casio era hijo de un afamado orador alejandrino, Gayo Avidio Heliodoro, que llegó a ser prefecto de Egipto. Escuchaba la voz de aquella mujer mientras repasaba su vida, ahora tan placentera en Siria como gobernador, pero también escasa de gloria. La gloria que él había cosechado, muchos años atrás, para el otro emperador de Roma, Lucio Vero, quien la disfrutó y obtuvo el aura militar que, quizás, nunca tuvo.

Avidio conquistó las ciudades de Seleucia y Ctesifonte en la guerra contra los partos, aquella maldita guerra en la que sus soldados y los de Lucio Vero fueron atrapados por la peste que ahora asolaba a todo el imperio. La mujer siguió su monólogo. Avidio continuaba dándole la espalda.

—Eres un hombre con experiencia en el mando. Gobiernas sobre Siria y Egipto. Las legiones te son fieles. Y puedes garantizarle a Roma la paz que demanda. Marco Aurelio, un gran hombre y un magnífico emperador, te lo agradecerá desde el cielo. Eres la única esperanza de un mundo como el nuestro que se tambalea.

El gobernador se giró para olvidarse del bello paisaje que tenía delante y clavar sus ojos en los de aquella mujer que, si por ella fuera, ya lo habría coronado emperador.

—Está Cómodo, su hijo y heredero —respondió Avidio

—Tiene tan solo quince años. Y no es un chico maduro. Más bien todo lo contrario. La molicie y el sexo son los motores de su vida.

Avidio dibujó una leve sonrisa para ajustarla a la ironía de su comentario:

—Parece que ha salido más a la madre que a su padre, tan exigente y duro consigo mismo.

—La naturaleza es caprichosa, gobernador.

Avidio Casio se sentó sobre un triclinio tapizado con telas sedosas y colores chillones. Tomó una granada roja como la sangre y la abrió con sus propias manos sin necesidad de usar un cuchillo. Le hincó el diente sin demorarse en separar los granos dulces del fruto de la piel amarga que lo rodea. Y le preguntó a la mujer:

—Tengo las legiones, las ganas y la deuda pendiente de Roma para ser emperador. Pero ¿quién me legitima en el trono?

La mujer no se demoró un grano de arena en la ampolla de un reloj para contestarle:

—Yo, Faustina Minor, hija de Antonino Pío, viuda de Marco Aurelio, y vía directa para legitimarte en el poder si aceptas casarte conmigo y proteger mi casa…

5. VINDOBONA

Marco Aurelio, en su tienda, acariciaba con las yemas de sus dedos los relieves de las dos piezas de su armadura, la que tantas veces lo había protegido en sus campañas militares. Más que nunca el emperador sabio necesitaba casarse con un destino favorable y protegerse del tiempo tan angustioso que le había caído en suerte gobernar. Mientras acariciaba su coraza recordó una frase que alguna vez había dicho para honrar a su fe estoica: «La adversidad no es una desgracia, antes bien, el sufrirla con grandeza de ánimo es una dicha». Ciertamente había que tener una grandeza de ánimo digna de un héroe como Ulises para sobrellevar, sin que el ánimo se te encogiera, un reinado con diecisiete años de guerras contra los bárbaros, una crisis económica que le hizo pensar, en alguna ocasión como remedio desesperado, en aquella expedición realizada por el gaditano Cornelio Balbo al país de los Garamantes, actual Libia, consiguiendo un botín tan fabuloso que hasta le concedieron un triunfo en Roma. Y la peste. Esa terrible amenaza que, diariamente, veía corroer a sus hombres como el moho al hierro, dándole a la tierra de comer los músculos y las fibras de sus mejores legionarios. Por si todas estas adversidades no pesaran más que la piedra de Sísifo y fueran razones suficientes para destruir el ánimo del más grande, Marco Aurelio había recibido de los servicios secretos de Roma una información realmente desalentadora y terrible. Sobre los relieves de su coraza pasaba sus dedos con melancolía. Y quizás también con una brizna de rabia. Al fin y al cabo, era humano.

El escrito lacrado y confiado solo a los correos más privados del emperador le llevó hasta Vindobona la noticia del levantamiento de Avidio Casio en Siria. Igualmente le comunicaba la certeza de que la emperatriz Faustina Minor había alentado al gobernador siriaco a que se hiciese con el trono, ya que daba a su esposo por muerto. La información de los servicios secretos fue cauta en este extremo, dejando bien claro sobre los papiros informativos dirigidos a Marco Aurelio que la divulgación del rumor de su muerte por boca de la

emperatriz pudo ser consciente, pero no confirmada. Un error, en cualquier caso, de fatales consecuencias para Roma que lo que menos necesitaba en aquellos momentos era una hemorragia interna, una guerra civil que la debilitara aún más. En ningún momento Marco Aurelio se sintió sorprendido por la actuación de Faustina. Ni sorprendido ni preocupado. Sabía que aquella mujer era otra adversidad que había que sufrir con grandeza de ánimo. Marco Aurelio evitó ponerse a escribir sobre la lealtad y la ambición. Prefirió enfriar las posibles emociones negativas que la noticia le produjera y puso toda su atención en la figura del gobernador de Siria, ahora levantado en armas contra su emperador. No era un golpe de Estado al uso. Pero se le parecía mucho.

Marco Aurelio dejó de acariciar los relieves de su coraza y convocó con urgencia una reunión entre sus generales más cercanos. Tenía que obrar súbitamente pero sin alocadas precipitaciones. Los generales llegaron casi al mismo tiempo que él ordenó la urgente reunión. Tiempo más que sobrado para que Marco Aurelio pensara que, quizás, aquella rebelión se debía a un tremendo error suyo. Se había pasado años buscando un sucesor a Lucio Vero. Y no se acordó de aquel gran hombre que él premió siempre con su amistad y confianza, tras haber demostrado en Partia que era un guerrero notable. Gracias a él Armenia y Siria fueron rescatadas del poder iraní, de los partos. Y no le hubiera venido mal a Roma, en tiempos tan tumultuosos como los que vivía por aquellas décadas finales del siglo segundo, un hombre con su determinación y experiencia. Marco Aurelio dejó escapar, como expresión de su error, un sonido fricativo de su boca, al tiempo que lesionaba su estima culpándose de tan gran error. Un error tan grosero como el haber nombrado a Cómodo, aquel hijo de papá que disfrutaba disfrazándose de gladiador en las fiestas de palacio, su legítimo sucesor…

6. Vindobona

—¡Salve, emperador! —saludaron sus generales.

Marco Aurelio los miró y los invitó con su mano a tomar

asiento.

—Tengo que contaros un hecho muy grave.

Los generales se miraron extrañados porque, de un tiempo a esta parte, las fronteras del Danubio habían rebajado su habitual tensión, gracias a las decididas intervenciones de los hombres de las legiones que las defendían, la Itálica II y III. Les intrigaba la celeridad de la convocatoria y su carácter «especial» transmitido por la guardia pretoriana del César. Marco Aurelio no quiso beber, pero invitó a sus altos mandos a que lo hicieran, si así les placía.

—Iré directo al estado de la cuestión. Roma está al borde de una guerra civil. Avidio Casio, nuestro viejo amigo, hombre de confianza del querido Lucio Vero, se ha proclamado emperador tras haber sido informado de mi muerte.

Los generales se quedaron fríos y como si fueran muñecos de hielo permanecieron en sus sillas, sin apenas tocar los vasos de vino.

—En el peor momento y en la peor situación cae sobre Roma este destino infausto. Acaba de llegarme la noticia por el correo privado. Noticias no de senadores ni de especuladores políticos. Noticias de nuestro servicio secreto de información. No hay motivos para dudar de ellas. Es un hecho. Avidio Casio quiere usurparme el trono. Y lo que creo aún más grave: puede acabar con Roma.

Uno de los generales, tragando saliva y con el rostro grave, preguntó:

—¿Con cuántas legiones cuenta?

Marco Aurelio imitó a los mimos y dibujó sobre su rostro una expresión de mayúscula sorpresa para decir:

—¡Con la mejor! La legión más invencible y poderosa que tiene Roma: Egipto.

—¿Egipto? —contestaron los generales.

—Egipto le da de comer a más de un millón de romanos todos los días. Sus tres cosechas de trigo son fundamentales para tener al pueblo de tu parte. Quítales el pan a los ciudadanos y durarás en el poder lo que un biberón de leche en la boca de un bebé hambriento. Y no tengo que recordaros que Avidio Casio es gobernador de Siria y el legado de Egipto

apoya la rebelión. Por cierto, Avidio es un muy buen gobernador, que ha reprimido con brazo firme las revueltas de los *boucoloi,* esos indeseables pastores asentados en el delta del Nilo.

Ningún general se atrevía a hablar. Es posible que, incluso, a ninguno de ellos se les ocurriera algo inteligente que decir sobre la situación. Solo cabían preguntas empujadas por la excitación del momento y no por la razón serena del análisis de los hechos. Marco Aurelio, para encajar la demoledora alerta vertida en la carta de los servicios secretos, se había demorado en acariciar los relieves de su coraza, dándose un tiempo para comprender algo de la situación. Al fin y al cabo, Avidio era un viejo conocido, un componente de la familia militar imperial al que el propio emperador habían confiado el gobierno de una provincia tan atractiva como Siria. No era extraño que los camaradas del emperador filósofo balbucearan en vez de hacer preguntas serenas y certeras. Pero un buen trago lo arregla casi todo. Uno de los generales apuró su copa hasta el final, carraspeó y llamó la atención de Marco Aurelio, que lo miraba con los ojos iluminados. El filósofo siempre esperaba algo bueno y sorprendente de sus hombres. Sobre todo si sabían beber con moderación, dignidad y elegancia.

—Señor, ¿hay que poner a salvo a la emperatriz y a Cómodo?

El brillo de sus ojos se enturbió y Marco Aurelio se levantó de su silla y dio la espalda a sus generales, como para esconderse de cierta vergüenza.

—Gracias, general. Ellos están a salvo. Tanto que la emperatriz se ha puesto bajo la potestad de Avidio para legitimar su asalto al poder.

El general no pudo evitar un duro exabrupto contra Faustina. Aunque escogió la elipsis como figura retórica para expresar su indignación.

—Hadriano entendió muy bien a Vibia Sabina, tan impertinente como detestable esposa. He creído siempre que fue el emperador quien, necesariamente, la envenenó…

Marco Aurelio no compartió las palabras de su general y le amonestó con la severidad de sus dulces indicaciones:

—No convirtamos una reunión de Estado Mayor en una asamblea de vecinos chillones y maldicientes. Espero de vosotros lo que siempre me habéis dado: buenas ideas y victorias absolutas.

—¿Cuál será tu primera decisión, César?

—Le enviaré varias cartas invitándole a que reflexione y descartando mi muerte. Le diré que sigo vivo y que está de más que tome las riendas del gobierno de Roma sin ponerla en un gravísimo peligro. Le dejaré claro que si depone las armas seré clemente con él. Creo que todo ha podido deberse a un grave error. Esto no es una conjura de los seguidores de Pompeyo contra el gran Julio César. No descarto la posibilidad de una mala interpretación de los hechos a partir de una noticia falsa que se extendió como cierta. Sigo vivo y defendiendo las fronteras del Danubio. Es posible que lo entienda.

—¿Y no lo castigarías?

—¿Te castigaría a ti por un error? Contéstame, general.

—Yo no estoy poniendo en peligro a Roma, señor.

—Posiblemente él tampoco lo quiere así. Y si ha reivindicado el trono es porque entendía que mi muerte dejaba a Roma en estado de máxima vulnerabilidad.

Sus generales dudaron. Y eran partidarios de una intervención militar rápida.

—Esperemos como el león espera a la gacela. Si Avidio Casio persiste en su objetivo de destronarme, se las verá con las mejores legiones de Roma. Que alguien comience a hacer averiguaciones para saber de qué parte está el gobernador Publio Marcio Vero de Capadocia. Si sigue leal cortará el paso de las legiones de Avidio a Occidente. Hay trabajo que hacer. Sobre todo, es fundamental que se sepa que Marco Aurelio no ha muerto, que vive y es emperador de Roma en lucha contra los bárbaros del Danubio…

Marco Aurelio, una vez más, demostró su grandeza de ánimo frente a la adversidad. Quizás por eso le dijo a su sirviente con un buen humor muy medido:

—Llena la copa. Creo que hemos empezado a ganarnos el vino dulce de la victoria.

7. VINDOBONA

Ese vino dulce seguía acompañándolo en la soledad de su tienda, mientras se volcaba en escribir una de sus reflexiones sobre la naturaleza humana, estimulando su sensibilidad y abriéndole su mente a nuevos estados de percepción, creyéndolo ver todo más claro para poder juzgar la soberbia de la deslealtad. Su posición ante el golpe de mano se la había dado, horas antes, a sus generales: si Avidio Casio deponía las armas y explicaba razonadamente su error, sería clemente con él y, familiar al fin y al cabo de esa enorme casa que era el Ejército romano, trataría de recuperarlo para el gobierno de Roma. Faltaban hombres como él. Roma los necesitaba. Siempre y cuando no se comportaran como hienas. Los errores, si son involuntarios, no se cobran. Y si son voluntarios, pero cercanos a la familia, es mejor apuntarlos para que la memoria los tenga siempre presente, pero no resulta aconsejable hacer correr la sangre. Porque la sangre suele invocar más sangre. Y ya era suficiente la que el Imperio estaba derramando en aquellas fronteras del norte y en algunas otras incursiones bárbaras por el sur de Hispania, Britania y la frontera del Rin. Marco Aurelio apuró un buen trago de *mulsum* y sintió el calor del vino en su estómago, que se transformó casi de forma inmediata en una beneficiosa corriente de viveza en sus sienes, cuyas palpitaciones parecían nacer de las ideas que afluían a su mente. Mojó la pluma en su magnífico tintero y se puso a escribir lo que sigue sin dejar de pensar en Avidio Casio y lo que había comentado a sus generales.

«¿Alguien me va a despreciar? Él verá. Yo, por mi parte, veré que no me halle haciendo o diciendo nada digno de desprecio. ¿Me va a odiar? Él verá. Pero yo seré benévolo y bien intencionado con todo el mundo, dispuesto a señalarle a ese mismo menosprecio, sin injuriarlo, ni como demostrándole que lo soporto sino generosa y bondadosamente, como el famoso Foción, el general y orador ateniense, si es que no fingía. Pues conviene que las cosas de dentro sean así, y que los dioses vean a un hombre cuya disposición no es indignarse con nada ni se toma nada por la tremenda. Pues ¿qué mal hay

para ti si haces ahora lo apropiado a tu naturaleza y aceptas lo que ahora es oportuno para la naturaleza universal, atento a ver por qué medio realizas lo conveniente para la comunidad?»

Marco Aurelio lo escribió sin apenas tachaduras en el papiro, como si alguna musa se lo hubiera estado dictando al oído, quizás convencido de que para escribir las mejores musas son las que ordenan la razón y el sentimiento. Llamó a su sirviente con una campanilla.

—¿Le traigo su cena, señor?

—Solo fruta.

—Señor, debería comer lo que le dictaron los médicos. Debe reponer fuerzas. Y más ahora que…

—¿… Qué? Por todos los dioses, en este cuartel parece que se leen los pensamientos. ¿Y más ahora que qué…? ¿Qué quieres decir?

Cohibido, casi amedrentado por el tono imperial de las palabras de Marco Aurelio, que en el fondo le satisfacía que se fuera extendiendo entre los soldados la noticia del golpe de Avidio, el sirviente le contestó:

—Y más ahora que tanto lo necesitan Roma y sus soldados.

Marco Aurelio le hizo un gesto complacido con su mano y le ordenó que fuese diligente con su trabajo y le trajera la fruta.

—¿Solo fruta, señor?

—No te lo voy a repetir más. Fruta y más vino. Parece que la uva de este mosto la pisó Minerva para transmitirle toda su inteligencia y viveza intelectual. Fruta y vino. Son buenas para dormir y soñar…

8. Vindobona

Un intérprete de sueños, a lo que tan aficionados eran los romanos para escrutar los designios del destino, le dijo a Taurus que no se preocupara, que soñar con ser soldado significaba estar considerado, entre otras cosas porque eras el representante, sin duda en el escalón más bajo de la jerarquía, del poder imperial. Esa revelación, que le costó al legionario de la Itálica II un par de sestercios, calmó cierta angustia que lo asaltaba tras las últimas noticias que circulaban, como un

río embravecido e imparable, por el cuartel de Vindobona. El golpe de mano de Avidio Casio en Siria era un elemento tan perturbador para los legionarios como la peste o la amenaza constante de los salvajes de la otra orilla del Danubio. Un sumando más a la larga suma de factores estresantes que padecían los legionarios. Mucho más relajado tras escuchar al oráculo, quizás demasiado, Taurus se presentó ante el centurión Justino, que lo había mandado llamar.

—¡Salve, centurión!

—Ave, soldado —saludó sin entusiasmo.

Todo parecía estar en orden en el humor del centurión, tan inesperadamente fluctuante, según le diera el sol o la sombra, por lo que Taurus entendió que, al ser un tipo considerado, podía desprenderse de algunos aspectos leves del reglamento, sentándose en una silla de la tienda del centurión sin permiso. Una mirada de Justino fulminó como los rayos de los ojos de una Gorgona al de la Subura. Se dirigió a la silla, inclinó su cuerpo sobre Taurus y cara con cara, salpicándole el rostro con la furia ensalivada de su iracundia, le dijo con toda la vehemencia de la que era capaz:

—¡No te he dado permiso alguno para que te sientes! Eres un puto soldado y haces lo que yo te digo. Ni el torques, ni la corona exploratoria que te concedió el emperador, ni la paga extra que te ganaste con tu acción de guerra son suficientes para que te consideres por encima de tu graduación. Eres una mierda con reconocimiento. Solo eso. Y para llegar a esta tienda y sentarte sin permiso en una de mis sillas aún te queda por ganar, como mínimo, las Puertas Caspias. ¡Levántate, gandul, y quédate firme hasta que yo te mande descanso!

Taurus sintió que el estómago se le aflojaba y que una mínima pero indeseable pérdida orgánica se le escapaba por su ano. Se quedó firme y en silencio ante su centurión, que era en aquel momento una bestia tan feroz como el cancerbero del Hades. Justino siguió con el discurso de autoridad.

—En mi casa, fuera del cuartel, puedes hacer lo que te dé la gana. De hecho, así quiero que actúes. Mi vino es el tuyo, mi comida, la tuya y, si falta hiciera, hasta te dejaría que disfrutaras de las nalgas poderosas de mi *focaria*. Pero tras

estos sagrados muros eres un soldado y te comportarás ante tus superiores como un soldado. ¿Lo has entendido?

—¡Sí, señor!

A conciencia, Justino, salió de la tienda para demorarse en naderías por un tiempo, dejando a Taurus en posición de firme ante nadie y nada. Mirando al techo de su tienda. Cuando regresó vio que el soldado despedía un fuerte olor a letrina y que por una de sus piernas se desprendía un hilillo de color terroso que hizo a Justino reprimir una carcajada.

—¡Descansa, soldado!

—A sus órdenes, centurión.

—¿Sabes por qué te he mandado llamar?

—Para que aprendiera una cosa más, centurión.

—Cierto. Has aprendido una cosa más, como delata el olor que despides.

Taurus se ruborizó y se sintió indigno de la corona exploratoria y del torques bruñido y luminoso que llevaba al cuello.

—Seré rápido en la comunicación, soldado. Te voy a dar un permiso. Creo que te lo has ganado. Tus salidas en misiones especiales piden un panegírico. Pero como yo no soy poeta ni quiero serlo, la mejor manera de recompensarte es darte un permiso.

—¿Puedo hablar?

—Pero no mucho. Y no consideraré una negativa de tu parte.

—Entonces no tengo nada que decir, centurión.

—El permiso será de quince días. Y yo lo llamo un permiso activo. ¿Lo comprendes?

—No quiero malinterpretarlo, centurión. ¿Me lo puede explicar?

—Sin dudas. En nombre del emperador y de Roma recaudarás dinero suficiente entre nuestros amigos y protegidos para honrar a Marco Aurelio con dos grandes fiestas.

—Centurión, no hace ni un mes que hemos realizado ya otra colecta.

—Soldado, hace un mes Roma no estaba al borde de un

enfrentamiento civil. Y las fiestas que vamos a hacer estarán dedicadas a honrar a las divinidades del Estado: Roma Eterna y Victoria Augusta.

—Comprendido, señor.

Taurus aún tenía una pregunta más que hacer, de carácter muy personal, ese tipo de preguntas que no encierran doble intención, pero que realmente la tienen.

—¿Puedo quedarme a pernoctar en las *cannabae*? Las camas allí son económicas…

—Y calientes, maldito garañón. No te quedarás en las *cannabae*.

—¿Entonces, centurión?

—Haz uso del derecho al alojamiento forzoso. Pero esta vez irás con los papeles exigidos y sellados por nuestros oficiales. El permiso puedes empezar a disfrutarlo a partir de pasado mañana.

—Salve, centurión.

—Retírate, soldado. Haz un buen trabajo. Roma lo necesita. Pero, por favor, pásate antes por las termas y trata de que tu cuerpo huela a hombre y no a macho cabrío…

9. Vindobona

Quince días después estaba Taurus de regreso con un buen botín y con el olor de la victoria en sus manos. Ya no olía a macho cabrío. Desprendía ese perfume evanescente que le dan a tu aura los objetivos alcanzados y las cosas bien hechas. No traía el tesoro real de la reina Dido, la fundadora de Cartago, que según todas las leyendas escondió su fabuloso patrimonio en una cueva cuyo paradero confesó a Nerón un atolondrado púnico, Ceselio Baso. La realidad es que Nerón, en aquellos tiempos pasados donde la fiebre del oro puso a acuñar áureos como nunca antes lo había hecho ninguna ceca imperial, jamás encontró el fabuloso tesoro de la reina y es hasta posible que el tal Baso pagara su atolondramiento con la cabeza. Taurus no regresó con el tesoro de la reina fundadora de Cartago. Pero sí traía plata y bronce suficiente como para que Marco Aurelio se sintiera recompensado por el esfuerzo recaudatorio de sus

hombres y, sobre todo, por la lealtad al Estado que aquella iniciativa suponía como respaldo al máximo representante de Roma en la tierra, el emperador.

El condecorado joven legionario de la Subura había hecho lo que mejor sabía hacer: una gran labor de carpintería fiscalizadora, aserrando, sin dañar el tronco principal, los más frondosos árboles del dinero de aquella zona de influencia romana. Visitó a comerciantes, ganaderos, potentes agricultores e, incluso, a pequeños propietarios que estaban acogidos a la protección de los legionarios. No había que explicar que si las cosechas se salvaban de los incendios fortuitos, el ganado pastaba sin miedo a cuatreros, el aceite y el vino del sur llegaban con regularidad a los mercaderes y los artesanos, por ejemplo, del calzado, colocaban sus sandalias a buen precio para que a los legionarios no les faltara nunca un buen zapato para pisar con determinación, era porque había soldados que los protegían. Consecuentemente había que pagar la protección. Tú me das, yo te doy. Y aunque algunos de los requeridos expresaran su desaprobación por la voracidad recaudadora de aquellos legionarios, Taurus los calmaba con un golpe de razón:

—¿Vas a regatear una bolsa de sestercios cuando una guerra civil podría acabar no solo con tus tierras, sino contigo y tu familia? Piénsalo bien y no seas tan histérico como una mujer.

Un rico mercader de especias y vino, especialmente relacionado con distribuidores de Alejandría y Marsella, consideró excesiva la continuada carga económica que se pagaba por la protección de sus intereses. Y Taurus tuvo que echar mano, con rapidez y perspicacia, de los mejores argumentos para estos casos: recordar lo que el protector hace por su protegido.

—Verás, mercader, no acabo de entender bien tu malestar. ¿Crees que te pedimos mucho?

—Cada vez más y con más frecuencia —contestó el mercader con áspero semblante.

—Vaya, amigo, qué jodida memoria tienes. Te pareces a esos actores de teatro malo a los que hay que dictarle, sin pausa, las líneas de su personaje porque son incapaces de

retenerlas en su memoria.

—No hablamos de teatro, soldado.

—Exactamente, mercader. Estamos hablando de la vida real. De algo tan tangible como este medallón de oro que te cuelga del cuello —le dijo Taurus asiéndole el cordón áureo.

El mercader empezó a sudar y a mostrarse nervioso.

—Me gusta mucho ese medallón de oro, mercader. Sabes perfectamente que podría quitártelo ahora mismo y ponérmelo esta misma tarde para cenar contigo en tu mesa. Porque me gusta tu casa y puedo hacer uso de ella según dictan las leyes del Ejército. ¿Lo sabes?

El mercader cogió los papeles sellados por los oficiales que Taurus le entregó con cierto desprecio. No los leyó. Aquellos papeles eran el permiso de alojamiento forzoso que, una vez firmados por la autoridad competente, servían de salvoconducto para comer, descansar y dormir en la casa que mejor le viniera a un legionario de servicio especial. Taurus continuó:

—Pero yo tengo en el cuello algo más valioso que ese cordón y medallón de oro. ¿Lo ves? Es un torques que me concedió Marco Aurelio por una acción de guerra. Nunca me lo quitaría para hacerle sitio a un trozo de metal sin honor ni dignidad. Quédatelo para ti. Disfrútalo. Pero te recuerdo que el medallón y tu cuello corren serio peligro. En una guerra civil no se respeta nada.

—Lo sé, soldado. Aquí vivimos en guerra permanente por la amenaza de los marcomanos, los sármatas y los caudos. Amo la paz, el bienestar y progreso.

—Pero no lo parece. Porque le niegas una miserable bolsa de plata a quien protege todo eso. Una bolsa de las muchas que te sobran.

El mercader miró al suelo y se mostró reflexivo.

—¿Qué noticias tienes de Roma, soldado?

—¿Referentes a qué? ¿A la situación política o a tu hijo…?

—¿Qué le ha pasado a mi hijo? —preguntó atemorizado.

—Nada aún…

—Me intimidas.

—Te intimida tu mala conciencia. Porque tu hijo vive en

Roma gracias a que nuestros altos mandos lo recomendaron para que hiciera carrera política; en Roma, en el circo Máximo, logramos una localidad muy ventajosa para tu culo y tus negocios, cerca de donde se sientan los ricos mercaderes gaditanos; en Roma, amigo mío, la gente que tiene la mitad de lo que tú tienes ya ha tomado partido. Y respalda a Marco Aurelio. ¿No crees que te comportarías como ese asno que come la hierba del prado si pusieras todo eso en peligro por una puta bolsa de monedas de plata?

Aquella misma tarde, Taurus, cenó en casa del mercader, durmió sobre una estupenda cama y tuvo que rechazar por tres veces el machacón empeño de su anfitrión por regalarle el medallón de oro. El soldado consiguió la bolsa de plata para las fiestas en honor del Estado y del emperador. Cuando llegó a Vindobona no llevaba el tesoro de Dido. Pero sí una nada despreciable recaudación para sumar a otras que honrarían al emperador y a Roma. Justino le regaló una sonrisa de reconocimiento. Pero le dejó en el aire un enigma para la conjetura:

—Avidio Casio sigue sin responder a las cartas del emperador…

10. VINDOBONA

Las cartas que recibía el emperador eran deprimentes. Y expresaban el grado de angustia de una sociedad, desde el estrato militar al mercantil, preocupada por la situación. Un osado armador egipcio, desesperado por la burocracia estatal, envió a Marco Aurelio o a los encargados del gabinete epistolar imperial un pliego donde, con razón, le exponía sus dudas sobre el engranaje administrativo estatal, chirriante siempre por falta de engrase y dinamismo. Este armador había sido contratado por el Estado para transportar trigo desde Egipto y África, trabajo que había cumplido en el tiempo establecido, para perderlo tras llegar la mercancía al puerto de Puteoli[18]. «No han descargado el trigo hasta el sexto día de nuestra llegada; después he tenido que trasladarme a Roma para recoger el recibo de entrega y llevo más de un mes esperando

sin poder regresar a Alejandría y dedicarme a otras tareas propias de mi profesión. La lentitud burocrática nos hace perder dinero a todos», concluía el armador.

Cartas de este tenor nunca faltaban en la mesa de trabajo de Marco Aurelio, para hacer buena, diariamente, su fe estoicista: la adversidad no es una desgracia; sufrirla con grandeza de ánimo es una dicha. No resultaba descabellado pensar que tantas desdichas habían convertido su estado de ánimo en un castillo tan inexpugnable como el cuartel de Vindobona. Sobre todo, en relación al problema más grave, el del levantamiento en Siria del gobernador Avidio Casio. No respondió a ninguna de las cartas que el emperador le había enviado, escritas todas con espíritu templado y ánimo de concordia. Por el contrario, el levantisco militar se había hecho proclamar emperador de Roma y tenía dispuesta a sus legiones para pasar a la península italiana. Tan solo la actitud firme y leal del gobernador de Capadocia, cortándole su paso natural hacia la capital del mundo, le había impedido acometer aquella locura, que rompía la paz interna del imperio alcanzada, casi tres siglos atrás, por el gran Augusto. Todo parecía indicar que su suerte no era mejor que la de Próculo, aquel gladiador de grandes testículos que sedujo la perversa fantasía del abominable Calígula. Próculo murió sodomizado y con los huevos cortados, por especial antojo de aquel emperador inolvidable…

Marco Aurelio esperaba finalizar unas últimas operaciones militares en la frontera danubiana para dirigirse, con sus hombres y el refuerzo de los soldados que necesitara del resto de las legiones, que le fueron mayoritariamente leales, a por lo que era suyo: el trono de Roma. Sus soldados y generales estaban deseosos de entrar en combate, todos menos dos: Caballus y Taurus, cada uno cómodamente instalado en servicios alejados del frente, donde habían demostrado una grandísima eficacia. Sus carreras militares ya estaban trazadas. Uno, haciendo los trabajos habituales en determinadas cloacas cuartelarias: soborno, chantaje, fiscalización, abusos… Y el otro, Caballus, arrimado a la casta administrativa del pretorio, poniendo sus cinco sentidos en las cuentas de los suministros alimentarios, demostrando especial talento para cuadrar lo

que, en principio, era un círculo vicioso de números mal rematados. Caballus tuvo la gloria y la oportunidad de escuchar de la boca de Marco Aurelio una de sus confidencias habituales con los altos mandos. Aquel día le tocó esperar a su mando en una especie de antesala que tenía la tienda. La voz del emperador era la de siempre: templada y serena, sin estridencia alguna en sus comienzos y finales de frases. Siempre el mismo tono que era el de su alma, tan dichosa por la cantidad de adversidades que sufría con grandeza de ánimo.

—Cuando me senté en el trono de Roma mi objetivo principal era la paz. Quería ser un militar que despreciara la guerra. Y de mis diecinueve años de principado, diecisiete he peleado permanentemente contra los partos, contra los bárbaros del Danubio, con levantamientos en el Rin, Britania e invasores *mauri* en la Bética…

Lo interrumpió la voz alentadora de unos de sus cercanos generales.

—Y de todas esas batallas hemos salido triunfantes.

—De casi todas, mi buen amigo. Pero la que más me preocupa es la que inevitablemente tendremos que atender contra uno de los nuestros.

—Avidio ya no es de los nuestros —le dijo otro general.

—Lo fue. Y he querido rescatarlo. Pero su ambición y soberbia me han negado, incluso, una carta de su puño y letra, diciéndome que me echaba de Roma.

—Lo derrotaremos. Y recibirá el precio de su traición.

—Lo derrotaremos, sí. Pero no será tratado como un perro. Y no seremos nosotros los que imitemos su conducta para ser peor que él.

Se hizo un silencio especial en la tienda y podía oírse hasta el crujir de la madera de algunos de los escasos e indispensables muebles que necesitaba el espacio de trabajo de un estoico radical como el emperador. Volvió a tomar la palabra para hacer una confesión.

—¿Queréis saber algo?

—Somos tus amigos, emperador.

—Siempre sentí una admiración especial por el arco del triunfo que Trajano levantó en Beneventum[19]. No es un arco

votivo a su talla militar. Todo lo contrario. Es un arco pacífico, que conmemora las políticas benefactoras para el pueblo. En uno de sus relieves se hace alusión a los *alimenta,* las instituciones asistenciales para los niños huérfanos de la calle. En otro frontal, lo recuerdo con viveza, vemos al *fortissimus princeps,* como llaman a Trajano en la inscripción, acompañado del Senado y del pueblo romano. Y, si aparece algo relacionado con la guerra, son las pacificaciones llevadas a cabo en las fronteras del Rin, Danubio y Mesopotamia.

—Conocemos ese arco, emperador.

—Claro. Lo deberíamos conocer todos para apreciar el valor de la paz sobre la guerra. Y quizás también lo conozca Avidio Casio. Pero no lo ha entendido.

Uno de sus generales terció en la conversación.

—Emperador, a mí me resulta especialmente agradable la idea que ese arco expresa con la abdicación de Júpiter.

—Realmente es muy interesante esa visión, amigo. Porque nuestro dios supremo, Júpiter, cede simbólicamente su poder a Trajano, haciéndole entrega de su cetro y rayo. A tan memorable momento asisten Juno y Minerva. Y tras ellas están Hércules, Liber Pater, Ceres y Mercurio. Trajano no está presente. Solo su espíritu. Huyendo de la ostentación… En fin, amigos, me hubiera gustado tener un arco como el de Trajano en Benevento. Porque daría fe de un emperador que empleó el tiempo de su reinado en hacer feliz a su pueblo regalándole muchos años de paz y prosperidad.

Un correo de los servicios secretos imperiales llegó a la tienda de la mano de un agitado jinete, sudoroso y cansado, para interrumpir la agradable conversación que unía a los generales y a su emperador. Su entrada causó expectación. Marco Aurelio, lejos de despedir a sus generales, les ordenó con un gesto que siguieran allí.

—Seguid sentados. Esto nos interesa a todos.

Marco Aurelio, prudentemente, no leyó la carta en voz alta. Lo hizo para sí, previniendo una indeseable noticia que no hubiera sido aconsejable que trascendiera. Durante el tiempo que empleó en su lectura se podía cortar con el filo de un cuchillo carnicero la tensa atmósfera de la espera, para algunos

de los presentes repleta de entes benefactores y malignos, enfrentados por darle a la noticia el sesgo positivo o negativo que inspiraba su existencia. Marco Aurelio terminó de leerla y, con indisimulable satisfacción, enrolló el papiro con una sonrisa en su boca:

—El Senado ha declarado a Avidio Casio enemigo de Roma. En poco tiempo ha pasado de falso emperador a delincuente común. Recemos por él…

Corría la primavera del año 175 y Caballus, en su larga espera en una antesala de la tienda imperial, había oído por boca de su emperador cómo Roma se preparaba para otra guerra, si bien su siempre certera intuición le decía que aquel Avidio Casio no sacaría jamás un seis doble para ganar el trono de Roma. Ni el todopoderoso dios del que hablaban algunos de los cristianos de su unidad sería capaz de obrar un milagro tan grande…

---

17 Grecia central.

18 La actual Pozzuoli napolitana.

19 Benevento (Italia).

CAPÍTULO X
La paz recobrada

1. Itálica

Sorprendieron a los ciudadanos de Itálica en sus faenas diarias, algunos preparándose, incluso, para ir al teatro, otros acabando sus tareas en el río o en el campo. Hubo sacerdotes que abandonaron los templos clamando protección al cielo e implorando clemencia a los bandidos, consiguiendo tan solo que los venablos de aquellos salvajes y hambrientos buitres tiñeran de sangre sus túnicas impolutas y morir como jabalíes en un día de caza. Las mujeres y los niños aterrados buscaban resquicios ignorados donde poner a salvo sus vidas mientras veían, sollozantes, correr la sangre de sus maridos, hermanos y vecinos por calles y edificios públicos. Una partida de rapiña de unos doscientos *mauri*, desplazándose sobre sus ligeros caballos africanos, saquearon la ciudad mimada por Hadriano, destruyendo estatuas imperiales, degollando a los que se les opusieron y reuniendo un botín como nunca antes había salido de tan preciada ciudad. Era la segunda incursión de aquellas tribus no sometidas del norte de África que, ya en el 170, osaron atravesar el mar, dejando atrás una tierra azotada por la sequía y la hambruna, la llamada Hispania Transfretana, las tierras de más allá del Estrecho. Una frontera cada vez más vulnerable debido al repliegue de fuerzas y a la demanda de soldados para el *limes* del Danubio. La invasión de elementos pertenecientes a las tribus macenitas y baquates fue repelida en Itálica, la primera vez, por la X legión Gémina afincada en Hispania, al mando del general Aufinius Victorinus que, pese a tan sangriento encuentro, fue declarado héroe local.

Aquellas tribus bereberes, lideradas por un caudillo indómito y alérgico a las águilas de Roma, Maurus Ucmetio, que incluso parlamentó con los romanos una pacificación de la

zona, no tenían capacidad de conquista, pero eran aves carroñeras, grupos enteros especializados en la rapiña que asolaron el valle del Betis y sus ricas ciudades y villas agrícolas. Sobre el 177 nuevamente aparecieron los saqueadores rifeños, que Roma en más de una ocasión utilizó, por su arrojo y capacidad de lucha, en sus legiones como tropas auxiliares. Entraron en la Bética crecidos y desafiantes, llegando en sus correrías a la Lusitania e incluso a las comarcas más meridionales de la Tarraconense. Fueron días penosos para Itálica, sus templos, sus ciudadanos y sus élites locales que, esta vez, sufrieron todo el rigor que aquellas partidas de saqueadores perpetraron con tanto mimo sobre una tierra que tenía olvidada la barbarie y los desastres de la guerra. Junto con el botín material de joyas, monedas y tesoros de los principales templos italicenses, los *mauri* se apropiaron de un botín humano muy rentable, secuestrando a familias principales de la ciudad, por las que pedirían rescate cuando llegaran a sus dominios rifeños. Inaccesibles campamentos de tiendas de piel de camello y humildes casas de adobe arriscadas en las montañas y que, según la necesidad que dictaba el momento, se desmontaban para trasladarse a otro lugar más aconsejable y ponerse a salvo del castigo romano. Entre los aristócratas que arrancaron de la comodidad, tranquilidad y bienestar de Itálica se encontraba Plaucia, en posesión de uno de los patrimonios más ricos de la Bética. La arrancaron de su *domus* a latigazos, por no revelar dónde tenía guardado su dinero en metálico, y asesinaron a muchos de sus esclavos y destrozaron su espectacular mansión. Sin razón explicable alguna, los *mauri* se cebaron con el bello mosaico que Josepho de Alejandría había conseguido montar en la pared de una preciosa sala de la casa. A Plaucia le hizo más daño ver cómo destrozaban aquella obra de arte que su propio destino, pese a que aquellos endemoniados bandidos le encogían el ánimo a los mismísimos espartanos que defendieron las Termópilas. Itálica llevaba casi trescientos años sin conocer la guerra, tras los enfrentamientos entre César y los hijos de Pompeyo en época republicana. Algo estaba cambiando en aquel mundo estable y tan alejado de los

conflictos como para ser ahora centro de los objetivos de los bárbaros del otro lado del mar, los rifeños de las tierras no romanizadas de la Mauritania Tingitana. A Plaucia se la veía serena y arrogante. Aunque un respingo silenciado de preocupación le impedía tragar saliva. No sabía nada de un esclavo de su confianza, al que había mandado a un lugar seguro de las afueras de Itálica a que escondiera unas propiedades que ella misma registró en su libro de contabilidad: mil ciento treinta y cinco áureos imperiales fechados a partir de Nerón y finalizando en Lucila, la hija mayor de Marco Aurelio y esposa que fue de Lucio Vero. Una fortuna enterrada a la espera de que la tormenta rifeña amainara y pudiera rescatarse. ¿Qué habría sido del esclavo que mandó a enterrarlo?

2. Itálica

Enterrada en dolor se encontraba Perpetua, que limpiaba y perfumaba con aceites y hierbas el cadáver de Samuel de Emaús, con la cabeza destrozada por una maza tras un mal encuentro con los *mauri*. Nunca mejor dicho, la comunidad cristiana de Itálica había quedado descabezada, sin su líder espiritual y sin su protectora oficial, Plaucia, ahora secuestrada y en manos de aquellos salvajes camino de alguna parte. Se afanaba Perpetua, junto con otras mujeres de la comunidad cristiana, en imitar a María de Betania cuando preparó a Jesús tras su violenta muerte en la cruz, derramando sobre la maltrecha cabeza de Samuel y sus pies mirra y aceite de nardo, tan costoso que tuvo que comprarlo utilizando la caja común de la comunidad. Para los cristianos de Itálica, Samuel fue, de alguna forma, la encarnación viviente de uno de aquellos apóstoles que acompañaron a Cristo, liderando su fe en vida y tras su muerte. Las mujeres envolvieron a Samuel en un lienzo blanco y fueron a sepultarlo en un pequeño cementerio*,* el lugar del sueño o dormitorio de los cristianos, que la comunidad había adquirido y donde empezaban a enterrar solo y exclusivamente a sus deudos reunidos por compartir la misma creencia y fe.

Perpetua y su madre Domitila lloraron amargamente la muerte de Emaús, a escondidas, lejos de los oídos y ojos del padre de familia, el veterano centurión Sergius y que, durante la rapiña de los *mauri* había vuelto a recobrar vida militar, ayudando como un soldado curtido en muchas escaramuzas bélicas al general Cayo Vallio Maximiano. Vallio mandaba la tercera legión Augusta, acampada en Lambaesis[20], que desembarcó en la Bética para defenderla de los tratados que firmaban los macenitas y baquates de Maurus Ucmetio y casi nunca cumplían. Sergius acabó, al menos, con cinco rifeños y, por su edad y agotamiento, no pudo seguir a los soldados de la tercera Augusta, que fueron tras los bandidos hasta Singilia Barba[21], sitiada por los bárbaros. Los legionarios de Vallio, sin mucho esfuerzo, lograron liberar a la ciudad del cerco de los *mauri*, que, tras numerosas bajas, emprendieron camino hacia el mar para buscar el refugio de sus aldeas, en las montañas del Rif. A Vallio le dedicaron honores y estelas de gratitud tanto en Itálica como en Singilia Barba. Sergius fue el encargado de controlar al marmolista que las esculpía y que no debía equivocarse en trasladar a tan noble piedra la leyenda acordada, que se exhibiría pintada en rojo con las letras doradas, glorificando al bravo legado imperial de la tercera Augusta. La leyenda decía así: «A Cayo Vallio Maximiano, procurador de las provincias de Macedonia, Lusitania y Mauritania Tingitana, valentísimo general, la república de Itálica por sus merecimientos y porque, una vez destruidos los enemigos, ha devuelto a la provincia de la Bética su antigua paz».

Sergius derrochaba buen humor y optimismo. La muerte de Samuel de Emaús lo había llevado a celebrarla en la taberna de Confector, junto con Auriculae y otros parroquianos que gustaban de beber gratis, tragando tanto vino el veterano que tuvieron que llevarlo a su casa en una carreta, absolutamente inconsciente, como muerto de alegría. Solo su conciencia, cuando la recuperara, sabría si su contento era más por la victoria sobre los *mauri* o por la muerte a manos de estos de Samuel de Emaús. Cuando lo dejaron en su casa, Auriculae y su esposa Domitila, se encargaron de tumbarlo en la cama,

mientras aquel tonel de vino con forma humana susurraba de forma casi intraducible:

—Cristianos de mierda…

3. ITÁLICA

La mierda de aquellas invasiones *mauri* había recaído, como no podía ser de otra forma, sobre los cristianos de Itálica, a quienes se consideraban responsables de todos los males que aquejaban al Imperio. No importaba aportar como pruebas definitivas que tanto su líder espiritual como otros miembros de la comunidad habían perecido a manos de los bárbaros rifeños. La culpa era de ellos, de aquellos enemigos del emperador y de Roma, de aquella sarta de piojosos desbordados por sus propias supersticiones que habían convertido muchos hogares del imperio en auténticas guerras civiles, enfrentando a padres contra hijos y a maridos con esposas, algunas denunciadas por sus propios consortes. En Itálica también se vivió aquella fractura familiar, tan indeseable. Cuando Sergius pudo zafarse de tan brutal borrachera y recuperar el conocimiento, se levantó lleno de energía, salió al patio de su casa y se echó por encima una palangana de agua. Era consciente de que su valor en la calle defendiendo Itálica de los *mauri* le había granjeado las simpatías de mucha gente que antes le parecían dudosas y lejanas a su carrera política, pero que ahora lo apoyarían firmemente. Mientras se encaminaba hacia el foro italicense para ver los trabajos de reconstrucción de los daños causados por la sorpresiva incursión rifeña, Itálica lo tocaba y le agradecía su determinación, vitoreándolo como héroe local. Eso sí: un héroe sin estela, cuyo mármol fue para el general Vallio Maximiano, al mando de la salvadora tercera legión Augusta. No iba a tener la estela que honrara su valor. Pero sí contaba con algo tan valioso como el prestigio: el calor de la calle, el apoyo de los ciudadanos para convertir su carrera política en un paseo, nunca mejor dicho, militar. La resaca había convertido su boca en una tierra en barbecho y se paró junto a un ninfeo dedicado al río Betis, del que manaba un

potente chorro de agua que bebió con ansía y agitación. Desde el ninfeo se divisaba la casa de Plaucia, tan castigada por la incursión mauri. Y se sintió satisfecho de que las Parcas, las tres hermanas que hilaban, tejían y cortaban el hilo de la vida de los humanos, Nona, Décima y Morta hubieran cosido con el hilo negro de la fatalidad la vida hasta entonces dorada de la aristócrata, capaz de jugar a dos manos a favor y en contra de Roma, permitiéndole a los cristianos de mierda que se reunieran en su casa sin que su conciencia osara resentirse cuando proclamaba su culto imperial. Plaucia no tenía futuro. Samuel de Emaús era ya pasado. Y la comunidad cristiana de Itálica había sido culpada de la sorpresiva incursión de los *mauri*. Sergius no pudo reprimir el impulso de ver clavadas cruces con cristianos gimientes en el camino hacia el embarcadero de Itálica, como Craso clavó a seis mil rebeldes seguidores de Espartaco en la vía Apia. Los ejemplos siempre son duros. Para que se entiendan y se teman. El buen gobierno exige mano dura. Tan dura como la de Sergius, que no le temblaría jamás imponiendo su máxima vital: orden, mando y obediencia. Y menos con enemigos más implacables que la peste, el hambre y los *mauri:* los cristianos. Aquellos pacifistas indeseables y rematadamente locos que repartían sus riquezas entre los pobres. Que decían adorar a un solo Dios cuando él mismo, en Capadocia, había visto en la capilla privada de un rico comerciante cristiano estatuas de Abraham, Orfeo, Cristo y Apolonio de Tiana, a los que aquel retrasado mental tributaba igual reverencia. Sergius continuó su paseo hasta las termas donde había quedado con Auriculae, su chivato de oficio.

—¿Alguna novedad que darme?

Auriculae estaba nervioso. Tartamudeaba y parecía de cristal, tan frágil que podía romperlo la voz de su amo, la del centurión Sergius.

—No voy a esperarte todo el día. Tengo cosas que hacer, elefante de Aníbal. —Lo humilló el centurión asimilándolo a las grandes orejas de los paquidermos púnicos.

—Los cristianos…

—¿Qué ocurre con esos mierdas, Auriculae?

—Tu hija es cristiana y tu esposa va a sus reuniones…

—¿Estás seguro? —preguntó descompuesto.

—Tan seguro como que es una de las más destacadas y apreciadas dentro de la comunidad, participa en todas las funciones y da la vida por ayudar a los que más la necesitan.

Sergius se atolondró, perdió el control y le estampó un puñetazo rabioso sobre el pecho. Lo dejó sin conocimiento. Tirado en el suelo. Como la historia de aquella nación turdetana de la que descendía sin pizca de honor y dignidad. Sergius fue en busca de su hija y de Domitila. Especialmente fue a buscar a Perpetua. Pero antes, para encubrir su exceso con Auriculae, gritó a los que andaban por allí que se llevaran a aquel borracho que estaba en el suelo y lo pusieran a remojo en alguna fuente. Aunque aún no era duunviro el veterano centurión, con un absoluto descaro, gritó:

—¡No quiero borrachos en Itálica…!

En voz baja apostilló: «A excepción de mí, celebrando la victoria sobre los *mauri,* los cristianos y los tibios como Plaucia…».

4. Itálica

—Nunca te he tenido aprecio. Quise un varón que peleara por Roma y tu madre engendró una mierda cristiana a la que tengo que darle de comer. Eso me plantea serios problemas de conciencia, hija de puta. No puedo alimentar a una enemiga de Roma. Sería tan imperdonable como proteger la vida de uno de los *mauri* que nos saquearon —le gritó Sergius a Perpetua en su cara, rociándola de saliva, como si la hija fuera un novato torpísimo recién incorporado a la disciplina militar y puesto bajo su mando.

Perpetua permanecía en silencio, al lado de su madre, esperando que en algún momento la ira irrefrenable de su padre la estrellara contra la pared de aquella casa, donde se habían dado cita todos los demonios del inframundo para convertirla en el hogar del odio y el miedo. Perpetua, no obstante, no parecía encogerse ni amilanarse, preocupándose más por lo que pudiera pasarle a su madre que a ella misma.

—Te diré, ingrata, que no vas a arruinar mi carrera política.

Ni vas a tirar por tierra el prestigio que me he ganado, a mis años, peleando contra los *mauri* y defendiendo a los ciudadanos, a los buenos ciudadanos de Itálica. Los mismos que os ven como culpables y aliados de los *mauri*. Cada vez estoy más convencido de que ese cabrón de Samuel de Emaús pasó informes a los cabecillas para cogernos por sorpresa. Sois peor que la peste. Y voy a terminar con todos vosotros.

La madre de Perpetua intervino, temerosa y dolida.

—Ten piedad de nuestra hija, centurión.

—¿Y qué hago contigo, esposa desleal e infiel? Sé que también has acompañado a este engendro a las asambleas cristianas. ¿Qué hago contigo? Me pides piedad con esta puta. ¿Acaso ella la tiene conmigo, manchando mi prestigio y arruinando mi carrera? No tendré piedad con nadie que sea enemigo de Roma —le respondió con gritos tan sonoros como las voces de los gigantes.

—Dale una oportunidad, te lo ruego. Cámbiame a mí por ella —gimió Domitila.

Sergius miró a Perpetua y la incendió con el desprecio de su mirada.

—¿Una oportunidad para qué?

—Para que Itálica sepa que serás un buen político, firme en tus convicciones, pero también con el corazón de un justo que supo perdonar y ganar a su propia hija para la causa de Roma.

Perpetua intervino sosegadamente:

—Te informaré, centurión, que mi comunidad, sin Samuel ni Plaucia, me necesita más que nunca y nada me hará que desista de esa obligación. Ni tu prestigio ni tu carrera política están por encima de mis creencias y de mi Dios. Sé que eso te pude perjudicar. Pero tampoco me importa mucho.

Sergius levantó la mano y le rompió la cara a su hija. Mientras que Domitila se arrodillaba y suplicaba piedad a su esposo, llorando como si su pena arrastrara más agua que el río, el veterano centurión cogió a su hija del pelo, la arrastró hasta salir a la calle y luego la llevó a rastras, como si fuera un animal, hasta el Traianeum, el templo del culto imperial. Por la calle los ciudadanos aplaudían y jaleaban al indignado veterano, que escuchaba satisfecho los gritos de apoyo.

—¡Es una cristiana, Sergius! ¡Denúnciala!

—¡Demuéstranos que eres antes romano que padre! ¡Yo creo en ti, centurión!

—¡No tengas piedad con ella! ¡Te sacaría los ojos si pudiera!

Sergius dejó a su hija delante de las estatuas de los emperadores de Itálica y de Marco Aurelio. Le alcanzó unos granos de incienso y madera de corteza de cedro. Igualmente colocó en sus manos una jarra de vino. Y le ordenó:

—Ríndele culto al emperador. Jura lealtad a Roma y a sus emperadores. Y yo mismo, en el foro, le pediré a Itálica que te perdone.

Perpetua miró a su padre con el ojo que el tremendo golpe en su rostro no le había cerrado. Lo tenía tan amoratado que parecía haberse maquillado, para unas fiestas silvestres, con moras salvajes. Perpetua tomó, sin aspavientos, con pasmosa tranquilidad, el incienso y la corteza de cedro. Y se las guardó.

—Si no te importa, centurión, me guardo estas fragancias para adorar a Dios. Y la jarra de vino se la regalo a tus dioses romanos.

Perpetua estrelló la jarra sobre el rostro marmóreo de Marco Aurelio en un acto tan osado como cargado de desprecio. Quizás el mismo que, desde hacía tiempo, tenía por su padre, al que ni por su nombre llamaba, refiriéndose a Sergius como el centurión. Ese centurión que le había enviado el destino para que el suyo fuera tan triste como el que lloraba sin remedio su madre, Domitila.

5. Itálica

El llanto, el miedo, la angustia y el dolor se apoderaron de aquella escasa veintena de cristianos que integraban la comunidad de Itálica. Todos fueron, como en Lugdunum, apresados y enjuiciados sin defensa solvente. Sergius denunció a su hija ante los tribunales de ser desleal a Roma y negarse a rendir culto al emperador, al que había ofendido arrojándole a la divina presencia que lo representaba en forma de estatua de mármol una jarra de vino. Una ofensa imperdonable. Un escarnio indecente. Una humillación irreparable. La opinión

mayoritaria de los ciudadanos era que los cristianos estaban conjurados con los *mauri* para que sus incursiones fueran continuas y sorpresivas, con la intención de convencer a los indecisos de que aquello era una señal más del final de los tiempos y de lo urgente que era abjurar de los dioses paganos y adorar al dios de Nazaret. Las cruces crecieron en Itálica como amapolas gimientes. Para escarmentar a aquellos andrajosos traidores que eran la causa de todos los males de Roma. Desde la puerta de Occidente de la ciudad hasta el río, siguiendo el camino que llevaba hasta el puerto, las cruces, el castigo más infamante para un delincuente, torturaban la vida de mujeres y hombres, que se les escapaba por las carnes abiertas por los clavos que atravesaban sus extremidades. Perpetua no estaba entre ellos. Se decidió que una de las activistas más comprometidas de la comunidad fuera ajusticiada en el anfiteatro. Sería, además, un ejemplo público dado por un veterano centurión a los ciudadanos, anteponiendo su amor a Roma al de su hija, enemiga del emperador. La fiesta la pagaban los propios cristianos, a los que se incautó la bolsa de caridad con la que ayudaban a viudas, huérfanos, enfermos y a los olvidados de Roma, llegando la misericordia de los cristianos hasta aquellos a los que antes, cuando la plata corría como una gacela del desierto desde Hispania a Seres[22], acudía a socorrer el Estado. Perpetua, por sugerencia de su propio padre, fue condenada a la arena del anfiteatro de Itálica, para que su vida la rompiera una fiera tan autóctona como era el toro. Y allí la dejaron. Sola y con las manos implorando al cielo, con una sonrisa en sus labios, como deseando morir cuanto antes para cuanto antes llegar a ver a su dios. La única que no parecía gozar del espectáculo, junto con algunos soldados de la tercera legión Augusta, cristianos convertidos por algunos predicadores que frecuentaron Lambaesis, donde se asentaba su cuartel, era Domitila.

La madre de Perpetua lloraba sangre. Y sufría la humillación de las más airadas que, en el sitio reservado para las mujeres y los niños en el anfiteatro, la llamada *summa cavea* en el tercer anillo, la empujaban, ensalivaban y golpeaban con hortalizas y verduras podridas. Domitila aguantó casi hasta el final. Hasta

que no pudo más, vencida por el dolor y el sufrimiento, también por tanta humillación gratuita, y abandonó su lugar en el coso para dirigirse quién sabe a dónde.

A Perpetua la enganchó un toro por un costado para hacerla morir casi instantáneamente. En el suelo, como una muñeca de trapo, el animal siguió corneándola, hasta que la dio por derrotada y empezó a mirar a los tendidos de manera desafiante. Celebrando, sin dudas, el placer de la victoria que, hasta en los animales, proporciona al ganador una inconfundible estampa de orgullosa soberbia real. Los espectadores que atestaban el tercer anfiteatro más grande del imperio expresaban su alegría de forma extrema, quizás para resarcirse del miedo y la angustia de semanas pasadas, cuando los *mauri* demostraron que la Itálica inexpugnable, intocable e imperecedera estaba a días de pezuñas de caballo de la barbarie, tan vulnerable ante los bereberes como Aquilea[23] lo fue años antes frente a los germanos que la invadieron. Roma vivía una angustia continua.

En un lugar preferente de las gradas estaba el padre de Perpetua, el centurión con mayor porvenir político de Itálica, recibiendo aplausos, vítores y halagos. Era un romano perfecto. Un romano auténtico. Un romano sin contaminar por las mierdas de las nuevas costumbres y la fe de aquellos gañanes que, con sus malas artes, agujereaban la seguridad de Roma como los gusanos las manzanas más dulces y sabrosas. Sergius no sintió nada en su corazón cuando vio morir a su hija. Pero un atisbo de orgullo le rozó al comprobar la serenidad y el valor de Perpetua ante la muerte.

—Si hubiese sido varón le habría proporcionado días de gloria al imperio —pensó.

Tal vez si hubieran hablado más, si se hubieran conocido mejor, Perpetua ahora estaría viva y le hubiera engendrado varones valientes y osados para engrosar las legiones de Roma. Pero nunca se dieron esa posibilidad. Algo que, por ejemplo, en Cartago, las comunidades paganas y cristianas habían convenido aceptar, para que la concordia y el entendimiento se colocaran por encima del enfrentamiento brutal y sanguinario. Ese pequeño estigma, no más doliente que un uñero, se le

quedó a Sergius en el corazón, para recordar lo que alguna vez le escuchó en Capadocia a uno de los generales, citando a Aristóteles. Sergius no sabía muy bien dónde situar a Aristóteles en el mundo del pensamiento. Sabía que era griego. Quizás un maricón más. Pero si lo citaba uno de sus generales, algo bueno debería de tener. Las palabras que se le quedaron a Sergius de tanto escuchárselas a su general eran estas: «Solo una mente educada puede entender un pensamiento diferente al suyo sin necesidad de aceptarlo». Ni Perpetua ni Sergius se aceptaron nunca como eran. Tal vez por eso, Domitila, en ese mismo momento que Sergius rememoraba aquellas palabras, saltó a la arena del circo y fue corriendo a abrazar a su hija, para traspasarle el hálito de su vida y hacerla regresar del mundo de los muertos, cosa que el destino tan duro que le designaron los astros no le quiso permitir. Morta, la parca que cortaba el hilo de la vida, hizo su trabajo. Cuando el toro la vio correr hacia su hija se arrancó, para destrozarle el pecho de un cornalón certero. Sergius sintió un leve repeluco en su nuca, un contratiempo doméstico, como arañar con las uñas una superficie chirriante. Luego pensó que ambas muertes lo elevaban, sin dudas, a categoría de héroe de Itálica, al político que aquella ciudad necesitaba para volver a los tiempos gloriosos de Hadriano, capaz de terminar la parte del anfiteatro que quedaba por ornamentar, parar los efectos de la crisis e impulsar por completo el proyecto hadrianeo de la nueva Itálica, sin acometer por las fatigas presupuestarias del tesoro imperial. Él, como Vallio, también se había ganado su estela en mármol rojo con letras doradas…

6. Itálica

¿Y los cristianos? ¿Acaso no se estaban ganando aquellos pordioseros sin miedo a la muerte, entregados la mayoría a suplicar el tormento y la tortura para conseguir un final vital digno de santidad para acceder al cielo de forma inmediata? El centurión divagaba solo, en la taberna de Confector, sobre estas cosas que, en principio, le parecían banales, pero que, conforme se desarrollaban los acontecimientos en todo el

imperio, cada vez las veía más consolidadas entre esclavos, artesanos y gente pudiente. ¿Llevaría razón Plaucia cuando le aconsejó que fuera más político que soldado con los cristianos? ¿Estaría viendo la luz del futuro la hermosa e instruida aristócrata cuando trataba de convencerlo de que los cristianos, algún día, formarían una fuerza social y religiosa con notable influencia en la corte romana? Los observadores paganos de aquella realidad, Luciano, Galeno, Celso y el propio emperador filósofo, Marco Aurelio, se asombraban de la confianza absoluta que ponían los seguidores de Cristo en las afirmaciones no probadas, y de que estuvieran siempre dispuestos a dar la vida por algo que nadie podía demostrar. ¿Había resucitado Cristo o se lo llevaron de la tumba sus seguidores tras sobornar a unos soldados romanos dispuestos siempre a aceptar el cohecho como un extra de su soldada? Sergius apuró un buen trago de vino y con la mano alejó de su mesa, de forma displicente, a un moscardón de la parroquia que buscaba *mulsum* gratis para calentar el gañote a costa del futuro duunviro. El vino le achispó la cabeza y no paró de darle vueltas a un mismo pensamiento: ¿habían muerto su mujer y su hija por pura superstición, por creer cosas que no se podían demostrar, por seguir las locuras de un judío que llegó hasta Itálica desde Emaús contando cuentos sobre cómo Cristo resucitado se le apareció, después de muerto, a dos discípulos camino de Jerusalén que, más tarde, lo identificaron en la cena por la forma como cortaba el pan?

Se rascó la cabeza y se sintió muy aliviado de no tener que compartir su vida con mujeres de cabezas vanas y corazones infantiles, aunque algunos intelectuales como Galeno dijeran de los cristianos que demuestran fortaleza, templanza y justicia. Sin embargo les faltaba algo esencial, *phronesis,* claridad de juicio, buena cabeza. Les falta inteligencia, razonó el centurión. Pero las otras tres virtudes, fortaleza, templanza y justicia las había podido comprobar tanto en Perpetua como en su mujer, Domitila, cuando le imploraba que le diera una segunda oportunidad a su hija o incluso ofreciendo su vida por la de ella, para convertirse en el político más íntegro y cabal que Itálica necesitaba. Sobre la fortaleza de ánimo y la

templanza ante el peligro, Perpetua le podía haber dado cientos de lecciones a muchos de los legionarios que él formó en la XV Apollinaris de Capadocia, en la que a algunos por su cobardía estuvo a punto de castigarlos con la *decimatio,* una terrible pena militar ya prohibida con la que se diezmaba una o varias cohortes de una legión matando a palos a los soldados elegidos a suerte. Así lo hizo Craso contra las legiones que huyeron cobardemente de Espartaco, Lucio Aproniano en la guerra contra Tacfarinas, aquel rebelde númida jefe de las tribus africanas de los musulamios, e incluso el gran Octaviano cuando hubo de vérselas contra los dálmatas. Pero esa falta de discernimiento, ese gusto por la superchería, convertían a los cristianos en enemigos de la ciencia, en charlatanes que huyen de los médicos, intentando convencerse de que la ciencia es mala para la salud del alma. ¿La ciencia o la fe? ¿Qué preferían aquellos andrajosos que levantaban sospechas de pertenecer a sociedades secretas y que estarían rescatando las prácticas dionisiacas prohibidas mucho tiempo atrás, entregándose a orgías incestuosas y que, similares a los catilinarios, practicaban el sacrificio de niños, cuyas carnes comían ritualmente? ¿No era eso lo que pensaba la mayoría del pueblo romano sobre aquellos enclenques mentales? Como había defendido un intelectual de la época:

—En la filosofía de los cristianos no hay nada aparte de la palabra *creed*.

Entró Auriculae en la taberna de Confector. Vio a su patrón beber solo y se le acercó. Sin mirarlo, con los ojos clavados en el fondo de la jarra de vino, le preguntó sin remordimiento:

—¿Hiciste lo que te pedí que hicieras con Domitila y Perpetua?

—Lo hice, centurión.

—¿Dónde las dejaste?

—En la necrópolis que los cristianos tienen en común y que llaman cementerio, porque dicen que allí no hay muertos, sino personas dormidas esperando despertarse.

Sergius apuró su vaso de vino. Y con una salvaje ironía zanjó el encuentro:

—Espero que cuando despierten se vuelvan a dormir para

siempre y beban de la fuente del río Leteo para que, sin memoria, yo desaparezca eternamente de sus vidas…

Auriculae sintió un escalofrió. Y pensó que los demonios pueden reencarnarse en algunos centuriones…

7. Itálica

Los escalofríos los venía sintiendo Sergius desde días atrás. Quizás fueran provocados por las emociones, la agitación y el fragor de días tan intensos. Pero el caso era que el mal cuerpo le iba ganando terreno a su bienestar y el cansancio y la molicie se apoderaron de un organismo y de un espíritu siempre en alerta, en pleno estado de expansión. Dejó de ir por la taberna de Confector, por el foro y por el Traianeum donde elevaba sus oraciones por los emperadores, vencido por aquella sensación calenturienta que sentía su cuerpo. Estaba más solo que nunca. Pero no le pesaba la soledad. Se sentía bien acompañado por sí mismo y por su inalterable ecuación vital: orden, mando y obediencia. Tres cosas que ahora tenía muy cerca de su mano, cuando las elecciones lo convirtieran en duunviro de Itálica.

Auriculae le llevaba la comida y le servía con diligencia. El orejudo turdetano fue quien le recomendó que lo viera un médico porque, le recordó, los carretones de muertos por la peste no dejaban de hacer su trabajo.

—El único pestoso como una zahúrda eres tú, orejón. Se me pasará en días. Debe de ser un pequeño constipado.

Auriculae sacó fuerzas para encararse con aquel indeseable viendo la debilidad del centurión. Que presentaba en rostro y brazos unas incipientes y feas postillas y un enrojecido color por todo su cuerpo.

—Puedes encomendarte al dios de Perpetua y Domitila. Seguro que pensará que te debe algo…

Sergius hizo por incorporarse de la cama, pero no tuvo fuerzas. Aunque le sobraron para responderle, con severidad, a su chivatón.

—Debe de dolerte aún el golpe que te di hace días en el pecho. No me recuerdes que debo darte otro para que tu

lengua no se exprese con tanto veneno.

Se hizo un silencio grave en la sala y Sergius lo rompió con una curiosidad:

—¿Pregunta la gente por mí? ¿Me echan de menos?

Auriculae no buscó caminos intermedios. Y le soltó la verdad de forma cruda y realista. Para hacerle daño.

—Te lo diré como te gustan que te digan las cosas. En Itálica solo hay atención para dos acontecimientos: la estela de Vallio y el olor de las rosas.

—¿El olor de las rosas? ¿A qué te refieres, elefante loco?

—Al que la gente dice que emana de las tumbas de Domitila y Perpetua. Un perfume tan pleno que supera al aceite de nardos.

—Supercherías de los vecinos de esta ciudad de mierda. Das la vida por ellos, peleas contra los *mauri* por ellos, entregas a tu hija a los tribunales por ellos y, en varios días que falto del foro, se han olvidado de mí por un pestoso olor a rosas.

—Es real ese olor. Yo lo he comprobado. —Echó más sal Auriculae en la herida emocional del centurión.

—Tú solo compruebas el fondo de los vasos de vino que agotas diariamente sin cesar y te hacen ver alucinaciones. ¿O es que también te has convertido en un asqueroso cristiano?

—Lo estoy pensando.

—¿Qué dices? —gritó con todas sus fuerzas Sergius.

—Que lo estoy pensando. Los he visto actuar en la casa de Plaucia. Y te he visto actuar, centurión, en tu casa. No creo que ames a Roma como dices. Te amas a ti mismo y para justificar todos tus pasos hacia una carrera política has sido capaz de entregar a tu hija e inducir a la muerte a tu esposa. Sé que solo eran mujeres. Pero hasta a los perros se les coge cariño y se les guarda memoria. Eres un demonio y morirás comido por ellos.

Sergius tomó en sus manos un plato de barro donde había comido algo y que tenía al alcance de la cama. Lo arrojó con violencia contra Auriculae para estrellárselo en la cabeza. El chivatón sangraba de nuevo. Era evidente que acercarse a Sergius era muy perjudicial para la salud y una moneda de plata segura para viajar hasta el Hades…

—Nos veremos en el infierno, centurión. Que el dios

justiciero de Perpetua y Domitila te dé lo que te has ganado…

8. Itálica

¿El dios de Perpetua y Domitila le daría a Auriculae algo que nunca le dieron los dioses de Roma? ¿Sería verdad que aquel dios que moría y resucitaba se acordaría de los pobres para hacerles la vida más llevadera? ¿Qué dios de los muchos que llegaron de Oriente y de Occidente, del norte y del sur del imperio a lo largo de los siglos, podría sacar a un miserable de la angustia de ganar unos ases al día, en una viña, en un trigal, zurciendo zapatos o en una *fullonica* para comer pan y aceitunas, a la espera de que el siguiente también pudiera hacerlo? El techo lo tenía bajo los arcos del acueducto, donde, generalmente, se cobijaban los desheredados sin dinero para arrendar una mala habitación en una *insula*, edificio de varias plantas y de volátil construcción. Pero el trabajo no siempre era seguro. Auriculae, tras la muerte de su patrón, lamentaba haberse quedado sin el denario diario, además de una semana atrasada pendiente de pago que le debía. No había mañana que, antes del alba, no se presentara en el foro de Itálica, junto con otros desempleados, buscando que algún listero lo contratara para cualquier faena agrícola en el campo o doméstica en la casa de algún comerciante. En Roma era corriente la opinión de que los pobres son como los lugares míseros y oscuros en que se echa la porquería y otros desperdicios y demás cosas sin importancia. Eso era un pobre en Roma. La situación de Auriculae, como la de tantos ciudadanos pobres de condición y rematados laboralmente por una crisis brutal, no era más prometedora que el futuro de las piedras. Ni los pequeños campesinos que vivían en la miseria, sobreviviendo con los alimentos básicos que le ofrecía la tierra y vendiendo los escasos excedentes en el mercado, superaban la angustia de vivir la incertidumbre de lo que podría pasar mañana. ¿Podría el dios de Perpetua y Domitila sacar a Auriculae de aquella terrible situación?

El orejas turdetano estaba convencido de que el destino estaba por encima de la voluntad de los dioses, fueran quienes

fueran esos dioses, y que un pobre como él, ese lugar mísero y oscuro donde se echan las porquerías, según opinaban de la pobreza los que no lo eran, solo tenía un camino para dejar una vida condenada al sufrimiento. Aceptarlo. Bañarse en el fatalismo de su suerte y llevarse bien con lo que la Fortuna le enviaba. Teniendo siempre presente lo que aseguraba el proverbio sobre tan caprichosa señora: «La Fortuna no se da por satisfecha infringiendo una sola desgracia». ¿Pero cuántas desgracia cabían en la vida de un pobre?, se preguntaba Auriculae. ¿Hasta cuándo podía aguantar semejante ansiedad una persona que no tenía nada y que aspiraba a un denario diario para poder dormir harto de pan o cebada, con berros, tomillo o cebolla como condimento? No era aconsejable para un pobre rebelarse contra su destino ni contra su condición. Porque, como trataba de explicar un chiste griego que hizo fortuna en el imperio, la mejor forma de encarar la adversidad era el humor, la risa, el tomarte la vida, por muy brutal que fuera, como la dictara el destino. A Auriculae le encantaba recordar el chiste. Y reía, como los locos, a solas, imaginando cómo aquel zoquete que quería enseñar a su burro a no comer lo dejó sin comida. Cuando el burro murió de hambre, el tipo dijo: «¡Vaya pérdida! Justo cuando había aprendido a no comer, va y se muere…».

Auriculae soltó una sonora carcajada llamando la atención de los parroquianos que bebían en la taberna de Confector. No podía evitar reír con la simpleza absoluta de aquel chiste. Desde la barra, Confector, con malas intenciones le soltó una pedrada verbal:

—Te veo muy apenado por la muerte de tu patrón…

—Lo estoy, Confector. No sé si podré superarlo.

—Entonces a qué vienen esas risas…

—Recordaba, precisamente, una de sus cosas.

—Pues no era muy simpático —le respondió Confector.

—No lo conocíais bien. Pero Sergius tenía muy buenos golpes…

El tabernero lo miró un tanto desconcertado sabiendo que aquellas palabras estaban llenas de doble sentido. Los golpes de Sergius los conocía toda Itálica. Más de uno le cortó la

respiración al propio orejón turdetano. Y le costaron la cara a Domitila y a Perpetua.

—¿Necesitas a alguien que te barra y te limpie la taberna por unos ases, Confector?

—Me lo pensaré, Auriculae. Tus orejas me imponen mucho respeto…

Auriculae le tiró una sonrisa falsa, forzada, que en cierta forma era una venganza contra todos aquellos que lo maltrataban de palabra y obra. Auriculae, por primera vez en su vida, se sentía seguro y rocoso. El día que visitó por última vez a Sergius, cuando el Púgil no podía con su cuerpo por las fiebres y la peste que empezaba a consumirlo, antes de salir se cobró el dinero atrasado que le debía y el dinero que dejaría de cobrar por la muerte de su patrón. Fue un trato razonable que de alguna forma hacia justicia a aquel proverbio que tanto gustaba a los pobres: «Los grandes no siempre son los más poderosos. A veces se imponen los pequeños y los humildes…». El orejas turdetano vivía sus mejores momentos, disfrazando su buena economía con los andrajos de la pobreza y la necesidad. Para no levantar sospechas. En la taberna de Confector se había situado delante justo de aquel hermoso dibujo que Josepho de Alejandría había pintado alguna vez. Una explosiva mujer desnuda bebiendo en una copa de oro. Era su sueño. Y lo iba a hacer realidad. Bebería en una copa de oro con una mujer tan hermosa como aquella. No creía que eso le pudiera molestar al dios de Perpetua y Domitila. Bueno, quizás un poco. Pero a un pobre se lo podría permitir. Era la única alegría que la vida le iba a regalar. Porque si era verdad lo que decían los cristianos, siempre tan pesimistas o más que los pobres, el fin del mundo estaba al caer. Y Auriculae no quería dejar este mundo sin saborear lo mejor que le podía ofrecer…

9. Itálica

Lo mejor que se le puede ofrecer a una ciudad que ha sido acosada por los bárbaros, por la peste y por la crisis económica es entretenimiento, sucesos que comentar, chismes con los que poder evadirse de una realidad angustiosa y deprimente. Se

decía sin más base que la superchería que el dios de Perpetua y Domitila, tan vengador como el Jehová de los judíos, le cobró al centurión lo que Sergius le quitó a su familia, la vida. Esa invención comenzó a circular por Itálica cuando algunos chismosos, semanas atrás, lo vieron salir de su casa lleno de postillas, blanco como el hueso descarnado de una vaca y en un carretón tirado por bueyes camino de la zanja eterna. Los militares veteranos de Itálica, a través de su colegio, le pagaron una lápida bonita y certera, al grabarle sobre el papel indestructible del mármol, el epitafio siguiente: «A Sergius Vitalis, también conocido como el Púgil, centurión de la XV Apollinaris, bravo en la batalla y en la paz, con quien no pudieron los bárbaros de Oriente ni los *mauri* de la Mauritania Tingitana. Murió con cincuenta y tres años tras demostrar su inagotable amor a Roma. El colegio de veteranos de Itálica le dedica esta lápida. Que la tierra te sea leve». Era una lápida, sí. Pero no la estela que Sergius hubiera querido ver en vida, de mármol rojo y letras doradas, cantando los valores y virtudes de su indestructible fe en Roma, el emperador y el Imperio. Era tan solo una piedra que certificaba su muerte sin más honores que los que le brindaba el seguro de enterramiento de los veteranos de Itálica.

A Sergius lo descubrieron muerto en su casa. Sin que nadie lo echara de menos ni en el foro, ni en las termas, ni en la plaza, ni en el Traianeum. Lugares donde acudía con diaria puntualidad para ir alimentando su imagen pública y su carrera política. Ahora, tras su muerte, como un apestado más, cayó pronto en el olvido, para ocupar el nicho de las habladurías vecinales otra superchería que Auriculae, cuando visitaba al centurión enfermo, ya le había adelantado: Itálica solo tenía corazón para Vallio Maximiano y lengua para el olor a rosas de las tumbas de Perpetua y Domitila. Pero en Itálica había cosas muy urgentes que resolver. Los *mauri* se habían llevado hasta sus toscas y abruptas regiones, secuestrados, a varios aristócratas y a un buen número de ciudadanos a los que iban a vender como esclavos. Sobre el general Vallio Maximiano, como responsable de la tercera Augusta acantonada en Lambaesis y que acudió en ayuda de Itálica, de

Singilia Barba y de otras ciudades béticas acosadas por los bereberes, recayó la responsabilidad del pago del rescate, acabar con los rebeldes y devolver a los aristócratas y ciudadanos romanos a sus respectivos lugares de origen. Un trabajo nada fácil. Porque las águilas de Roma sobrevolaban con mucha dificultad los riscos donde se guarecían aquellas tribus bárbaras, tan ligeras y ágiles en sus enfrentamientos que parecían entrenadas por el propio dios Marte.

Los cautivos llevaban un tiempo en tierras de los *mauri* con la consideración de botín valioso, tanto o más que la plata y el oro que habían conseguido rapiñar en sus correrías por la Bética, perseguidos siempre por los legionarios de Vallio. Y Plaucia seguía preguntándose qué habría sido de aquel esclavo suyo que fue a esconder, en un lugar oportuno de Itálica, el tesoro de mil ciento treinta y cinco áureos imperiales, acuñados desde Nerón hasta la época actual, con Lucila, la hija del emperador y la viuda de Lucio Vero, en una de sus caras. Aquel tesoro y su incierto paradero le había removido a Plaucia corrientes olvidadas de su carácter, aquel que forjaron sus padres en Julia Traducta, donde le enseñaron a defender lo que le pertenecía, para entregarlo, siempre según dictara su voluntad, a quien mejor le pareciera. Pero dejarse robar por unos bárbaros no era una opción aceptable para una aristócrata como ella y para una mujer que siempre mandó sobre su destino y sobre el de otros muchos hombres. Plaucia sobrevivía con otros cautivos en tierras de serpientes y escorpiones, acostumbrando su exquisita sensibilidad al olor de la bosta de camello en vez de la fragancia del bálsamo de Judea, adaptando su cuerpo a la basta lana en vez de la seda china y olvidando el bienestar de unas termas por una cántara de barro con agua con gusarapos para asearse cuando sus secuestradores lo creían oportuno. Desde que salió de los *limes* de la Hispania Transfretana, las tierras de más allá del Estrecho, comprendió lo que era el resto del mundo para Roma: una manada de lobos hambrientos enloquecidos para comérsela a dentelladas brutales.

Unos caravaneros de los que hacían la ruta de los oasis para llegar, atravesando el Sáhara, hasta las minas de oro del país de los negros, compraron a Mauricia, esclava mauritana adquirida por Plaucia desde muy tierna edad, romanizada por completo y leal a su ama. La muchacha solo tenía de *maura,* mora, sus rasgos físicos: el color prieto de su piel y el caprichoso sortilegio de los rizos de sus cabellos. Todo lo demás eran formas, maneras y expresión de su romanidad. La vida le deparaba un destino de ida y vuelta. Salió muy pequeña de aquellas tierras para regresar, nuevamente a ellas, donde ni el olor del aire reconocía. En la cuerda de esclavos que los caravaneros compraron a los *mauri* iban otras muchachas de diversas ciudades béticas, aquellas sobre las que cayeron como una sorpresa indeseable, los bandidos que las secuestraron. No conocía nada de la vida de aquella dimensión geográfica tan nueva como salvaje, que no le ayudaba a impedir que las lágrimas corrieran por sus mejillas llorando su suerte. Los *mauri* comenzaban a sacarle rentabilidad al botín humano de sus pillajes. Ahora vendían esclavos, gente sin importancia. Pronto comenzarían a llegar las monedas de plata por los aristócratas secuestrados.

Esa idea de los bereberes de las tribus macenitas y baquates, liderados por un señor de la guerra tan osado y ladino como Maurus Ucmetio, no era considerada por el Estado Mayor de la tercera Augusta. En las reuniones que mantenían los altos mandos para tratar sobre el delicado tema del secuestro y rescate de los aristócratas béticos, se había consolidado el principio de no negociar con un bárbaro que incumplía los tratados que firmaba con Roma.

—Nunca le pagaremos un rescate. Por alto o bajo que sea. Negociar con ellos sería admitir nuestra debilidad. La incapacidad de rescatar a los nuestros por métodos militares. Y, en cambio, reconocer su superioridad, su capacidad para mandar e imponer sus caprichos. Somos generales de Roma. Y como tales nos comportaremos en este asunto.

—¿Lo sabe Marco Aurelio?

—Lo sabe y hace suyo ese punto de vista.

—Pues no hay más que hablar. Pensemos en un hombre, ajeno al Ejército, pero cercano a los aristócratas, para rescatar a tan ilustres romanos de manos de los bárbaros de Maurus Ucmetio.

Aquella misma tarde llegaba hasta la fortaleza romana de Lambaesis, tan singular por las morfologías de sus torres, en absoluto comunes a otros fuertes del Ejército, una lista de los cautivos, con sus nombres y firmas en el papiro, consignando las cifras por su rescate. Ninguna bajaba de los trescientos mil sestercios. Y las había más altas. Aquellos rufianes tenían buena información de lo que se habían traído desde la Bética. Y los precios iban acorde con sus fortunas. En la lista figuraba Plaucia y su bonita y estilizada firma. Tal y como llegó a las manos del general al mando de la tercera Augusta, fue a la cesta de los papeles, mientras susurraba unas palabras de Marco Aurelio: «El que no sabe qué es el mundo no sabe dónde está. El que no sabe para qué ha nacido no sabe quién es». En el rostro del general se dibujó una expresión de ira contenida y emergencia por actuar. Quizás para enseñarle a Maurus Ucmetio que no sabía lo que era el mundo y que no sabía para qué había nacido. Era evidente que el mundo era Roma y se nacía para servirle, no para servirse de sus ciudadanos... Marco Aurelio habría firmado aquella reflexión tan exacta realizada a partir de sus palabras...

---

20 En la actual Argelia.

21 La actual Antequera.

22 La actual China.

23 En la actual Udine, en el norte de Italia al borde del Adriático.

CAPÍTULO XI
¿SE APAGÓ EL FUEGO DE VESTA?

1. HACIA ORIENTE

El silencio estaba agujereado de reproches mutuos que ninguno de los cónyuges entendía que fuera oportuno hacer estallar. Era la primera vez, desde el frustrado golpe de mano de Avidio Casio, que Faustina Minor y Marco Aurelio se encontraban cara a cara, en un campamento militar, lugar tan común a la emperatriz, que casi siempre acompañó al príncipe filósofo en sus campañas bélicas. Marco Aurelio había dado orden de que nadie entrara en la tienda, retirando incluso al servicio doméstico, para que aquel encuentro no tuviera testigos ni oídos que multiplicaran su estruendo. La emperatriz, tan elegante y, aparentemente serena como siempre, esperaba a que su esposo se decidiera a hablar, ocupado como estaba en contestar un despacho para que el Senado de Roma supiera de su marcha hacia Oriente. En realidad, Marco Aurelio estaba fingiendo, garabateaba frases inconexas sobre el papiro, gastando un tiempo que creía necesario para remarcar aún más las distancias gélidas que el poder aconseja mantener incluso con quien te ha parido trece hijos en treinta años de matrimonio. Faustina le daba la espalda al escritorio del emperador y jugueteaba con una medalla que colgaba de su elegante cuello. No era una medalla cualquiera. Era un áureo acuñado por su padre Antonino Pío donde se le veía tocado por el laurel de la victoria y luciendo barba griega y coraza. En su reverso destacaba el relieve de Roma divinizada, con cetro y escudo. Para un carácter tan indomable como el de Faustina, culta e inteligente, educada esmeradamente en palacio por orden paterna, aquella espera era deshonrosa. Mientras aguardaba a que se decidiera a hablar el gran hombre, sus ojos se entornaban, en muecas irónicas que respondían a aquel

evidente despliegue de poder que firmaba el gran Marco Aurelio.

Desde el escritorio, Faustina pudo escuchar la voz de su marido, que se dirigió a ella sin tratamiento protocolario, en un exceso de naturalidad impostada.

—Sabes que nunca he creído en la felicidad. Tan solo en la serenidad del espíritu. Pero también estoy convencido de una frase que nunca me abandona: «La sabiduría consiste en cambiar lo que puede ser cambiado y en aceptar lo que no puede ser cambiado».

Faustina seguía de espaldas, conscientemente, jugando con su medalla de oro, fiel expresión para ella de lo que fue su padre, instalada en la fortaleza mental y moral de su estirpe y condición. Consciente de que aquel encuentro no era el mejor de los posibles para dejar escapar signo alguno de debilidad. Su respuesta fue una consonante en forma de pregunta:

—¿Y?

—Eres lista, culta, perspicaz… Me resulta extraña tu respuesta.

Faustina, calmosa, sin alardes, se giró hacia Marco Aurelio con paso tan suave como firme, para plantarse frente a él, separados tan solo por la mesa de trabajo. El emperador estaba sentado. Faustina permanecía en pie.

—No veo nada de extraño en esa respuesta, señor. Pocas cosas podemos cambiar de lo que ya ha sucedido.

—Cierto es. Pocas cosas se pueden cambiar.

—Pero debes creer en mí como yo he creído en ti. Incluso obviando tus juveniles deslealtades de alcoba. Cuando, casados, te amancebaste con aquella tal Bohemia…

—La misma que me advertía de tus infidelidades…

—Nunca probadas y solo propagadas por la serpiente con la que yacías e intercambiabas, con sus besos, el veneno de vuestras bocas…

—En realidad no estás frente a mí, en pie, como una acusada, para discutir lejanas deslealtades sentimentales, a las que tú tampoco eres ajena.

—Maledicencias, señor. ¿Se puede saber de qué se me acusa? ¿Hay motivos para tratarme de forma tan poco elegante

y montar una pantomima judicial que ni tú mismo eres capaz de creer?

—Me sobran los motivos, señora.

—Enuméralos. Te oigo con atención.

—Ya sabes qué sospechas recaen sobre tu alianza con Avidio Casio. Tengo curiosidad por saber qué te empujó a serle desleal a Roma y a mí.

—Fue un detestable malentendido, emperador. Creí rigurosamente que Marco Aurelio había fallecido. Y fui a buscar amparo.

—¿Amparo la hija de Antonino Pío y la viuda de Marco Aurelio?

—Una emperatriz es la mujer más poderosa del mundo siempre que el emperador esté vivo. Una vez muerto, ella y su descendencia son tan vulnerables como las manzanas al granizo. Busqué amparo para que tu sangre siguiera reinando a través de Cómodo. No hubo otra intención en esa alianza.

Marco Aurelio la seguía manteniendo en pie, frente a él, como la acusada de un delito contra el Estado, ante el que tenía que dar explicaciones una emperatriz que había ofrecido su casa y su cama a un golpista, para legitimarlo en el poder, vía matrimonial, con su ascendencia antoniana.

—Pocas cosas se pueden cambiar ya, Faustina. Así que lo más sabio y prudente es aceptar ese terrible error como cierto y apelar, de ahora en adelante, a tu prudencia y lealtad a Roma. Si es que te queda algo de ambas virtudes…

—¿Me absuelves? ¿Puedo sentarme ante ti como una emperatriz libre de sospechas? —preguntó irónica y venenosa.

—Digamos que no te encuentro culpable y que, consecuentemente, puedes tomar asiento y escuchar. Me sería muy trabajoso repudiarte y no menos peligroso para el Estado ordenar que te deportaran y un accidente inevitable te quitara la vida. Más de una vez he pensado cómo pueden congeniar en tu carácter la brillantez de tu inteligencia y un ánimo tan turbulento. Debe de ser el acento bravo que lleva tu sangre cordobesa…

Faustina Minor tomo asiento, miró con seguridad a los ojos del emperador y, otra vez, de forma inconsciente, empezó a

jugar con el áureo que llevaba de medalla al cuello, como si tocando el busto de su padre en la moneda encontrara la protección de su progenitor y la seguridad inmortal del oro.

—Escucho con atención a mi emperador. Como tantas veces he hecho. Cuando de asuntos de Estado hemos departido y tratado.

—Vamos hacia Oriente. En un viaje de imagen y propaganda imperial. El pueblo debe saber que Marco Aurelio sigue vivo, que su esposa continua a su lado y no apoyando a un general insurrecto y que Roma no está envuelta en una guerra civil.

—Gustosamente desempeñaré mi papel. Siempre lo he hecho. Ahora con más motivos.

—Pasaremos por aquellos lugares que, durante la insurrección de Avidio, fueron tibios o declaradamente partidarios del golpista. Iremos a Tarso, Antioquía, Alejandría, Esmirna, Éfeso y Atenas.

—Excepto Bitinia y Capadocia, todo Oriente se puso en tu contra.

—Habrá que ganárselas como un buen padre se gana a un hijo revoltoso. Sobre todo, a Atenas, donde me espera la reconstrucción del templo de Eleusis, iniciarme en sus misterios y resolver el más espinoso de todos.

—¿A qué te refieres? —pregunto Faustina con interés.

—Al de los oligarcas que apoyaron a Avidio. Solo el más rico de todos ellos, el millonario Herodes Ático, permaneció fiel a mi principado…

—Ese sofista tirano —respondió con evidente desprecio la emperatriz.

Marco Aurelio evitó contestarle y darle explicaciones. La tomó de su mano y ambos salieron juntos de la tienda, para oficializar, quizás con acuse de cierta teatralidad, que su esposa seguía siendo Augusta y Mater Castrorum de las legiones de Roma.

—Salgamos a conquistar el mundo que siempre fue nuestro —le dijo susurrante Marco Aurelio a la emperatriz, para que todos vieran que en la cúpula del poder imperial no había fisuras y era tan sólida su unión como la de Ra y la vida,

navegando siempre en su barca hacia el sol para vencer al imperio de las tinieblas.

2. Sin cabeza

Ese imperio de las tinieblas y de la confusión era contra el que iban a luchar Marco Aurelio y sus soldados camino de Oriente. Un viaje hacia las regiones y ciudades que secundaron el alzamiento de Avidio Casio y que, inopinadamente, se vio interrumpido una tarde en la que un legionario de las fuerzas del impostor alcanzó a la comitiva de Marco Aurelio. El soldado saludó a uno de los generales y le entregó un gladio y una cesta. Luego se llevó el puño a su coraza y le expresó la lealtad de los militares que habían secundado el golpe de Estado al legítimo príncipe de Roma. Rápidamente la noticia se expandió por el campamento y no tardó en llegar a los oídos de un emperador que, ganándole tiempo al tiempo, preparaba discursos y estrategias en su mesa de trabajo con los que ganarse el apoyo de las ciudades sedicentes.

—¡Salve, emperador!

—Pasa. Escucho a los soldados muy alborotados. ¿Ha pasado algo digno de mención?

—Es mejor que lo vea con sus propios ojos. Hoy es un gran día para Roma.

—¿Hemos descubierto oro en el norte de Hispania o las minas del Laurión de Atenas han vuelto a ser tan generosas como en tiempos de Pericles?

—Mucho mejor que ambas cosas, señor.

—Pues ya debe de ser una gran noticia.

Salieron de la tienda y Marco Aurelio se encontró con sus soldados vitoreándolo y a sus generales enormemente satisfechos. El emperador levantó su mano pidiendo calma al tumulto.

—Tenemos el mejor regalo que podía hacernos la Fortuna, señor.

—¡Por todos los dioses, desveladme ya la sorpresa! ¿O jugáis a intrigar al emperador!

Rieron sus generales y uno de ellos ordenó a un soldado que

recogiera la cesta y se la enseñara a Marco Aurelio. Cuando estuvo a un metro de su presencia, el soldado dejó visible su contenido. Y los ojos serenos y reflexivos de Marco Aurelio se incendiaron de horror y de tristeza. Era la cabeza de Avidio Casio, segada por uno de sus pretorianos, tras haber perdido el apoyo de los legionarios al saberse que la noticia de la muerte de Marco Aurelio era un bulo.

—Entierren esa cabeza y que nadie la profane. Avidio Casio pudo ser un ambicioso o un desleal. Pero también es posible que estuviera confundido.

—¿No se alegra, señor?

—No me puedo alegrar con la muerte de un familiar, legado. Avidio Casio pertenecía a la familia militar. Que nadie profane lo que queda de su cuerpo.

Marco Aurelio volvió a saludar a los soldados y retornó a su tienda. Más que nunca deseaba escribir sobre el poder, los hombres y la locura que es capaz de encender esa ecuación inevitable entre los ambiciosos. Le habían llevado la cabeza de un general que reinó por cien días en un imperio que no lo necesitaba. Pero al verlo no pudo evitar que la bondad de su memoria y la limpieza de sus principios colocaran antes al filósofo que al soldado. Y le faltó tiempo para ponerse a escribir.

3. Sobre la sencillez

El emperador no se demoró en iluminar la tienda, ni en llenar el tintero. Era tal la angustia que le multiplicaba la memoria reciente de lo que había visto, con aquella expresión decepcionada en el rostro tumefacto de Avidio Casio, que necesitaba, como una presa a punto de rebosar, una vía de escape. Se volcó sobre el papiro y escribió sin titubeos ni tachaduras, con el ritmo frenético y luminoso que da la convicción de la certeza:

«Mira de no hacerte César, de no impregnarte de púrpura, pues suele ocurrir. Consérvate sencillo, bueno, puro, grave, sin afectación, amigo de lo justo, piadoso, benévolo, cariñoso, firme en el cumplimiento del deber. Lucha por permanecer tal

como te quiso hacer la filosofía. Venera a los dioses, salva a los hombres. La vida es breve. El único fruto de la vida terrenal es una disposición piadosa y la actividad social. Todo, como discípulo de Antonino: su constancia en los hechos realizados conforme a la razón, su ecuanimidad en todo, su piedad, la serenidad de su cara, su carácter dulce, la ausencia de vanagloria, su afán por comprender las cosas. Cómo él no se desprendería en absoluto de nada sin considerarlo antes bien y sin comprenderlo con claridad; cómo soportaba a los que le censuraban injustamente sin devolverles las censuras; cómo examinaba con exactitud las costumbres y las obras sin ser injurioso, ni temeroso de los rumores, ni desconfiado, ni charlatán; cómo se conformaba con poco, para la vivienda, por ejemplo, para su cama, para su vestido, para su alimento, para su servicio; cómo era amante del esfuerzo y paciente; cómo hasta la tarde, gracias a una alimentación frugal, no necesitaba evacuar el vientre fuera de la hora acostumbrada; y la constancia y la uniformidad en sus amistades. Su capacidad de tolerar a los que se oponían, hablando libremente, a sus opiniones, y de alegrarse si uno le indicaba algo mejor; cómo adoraba a los dioses sin superstición. ¡Ojalá tu última hora te sobrevenga con tan buena conciencia como a él!»

Marco Aurelio dejó de escribir, miró hacia el techo de la tienda, tímidamente decorado con unas telas arábigas, se recostó sobre el espaldar de su silla y cerró sus ojos, cansado, muy cansado de que el destino no le diera una ocasión para respirar entre obligaciones indeclinables y sorpresas repulsivas. Sus dos mejores hombres contra los partos habían dejado el mundo; su mujer le inspiraba menos confianza que la que él, a propósito, le demostraba. Y su hijo Cómodo, el futuro emperador de Roma, no parecía llamado para una misión tan abrumadora como mantener al imperio en paz y en orden. Las guerras fronterizas no terminaban de resolverse. La peste continuaba su macabro paseo por los caminos de Roma y el Imperio. Con un ritmo galopante. Y la crisis económica amenazaba con colapsar la maquinaria financiera más grande de Occidente. No pudo evitar pensar en el templo de Vesta, donde la llama, mientras que fuera ardiente, indicaba que todo

marchaba bien, que Roma no sufría amenaza alguna que alterara su gloria, poder y mando. Pero ¿estaba viva aquella llama o se había apagado? Marco Aurelio cayó en la tentación de pensar que aquella concatenación de adversidades parecía indicar que la llama del templo de Vesta, pese al cuidado de sus virginales sacerdotisas, podría haberse apagado para siempre. Y cayó en la cuenta de que, de alguna forma, estaba pensando como aquellos cristianos a los que repudiaba y tachaba de supersticiosos, por entender que tan terribles contingencias anunciaban el fin del mundo. El fin de una Roma espléndida, incontestable e imparable por llegar hasta los confines del mundo…

4. La carta

A Caballus le parecía ir hacia uno de esos confines del mundo, agregado como iba, en la marcha hacia Oriente de Marco Aurelio, al cuerpo de administrativos de la comitiva imperial. Su diligencia en el trabajo, su perfeccionismo y tino con las cuentas, lo hacían imprescindible en una etapa del principado donde los números parecían poseídos de libre albedrío y no se sujetaban al rigor exigible por los contables. Echaba las horas en la tienda de su jefe superior cuadrando balances y manejando cifras que le daban una información veraz y objetiva de la situación en la que vivía la administración de Marco Aurelio. No eran cuentas dignas de celebrar. Por lo que cada hora que le dedicaba a cuidarlas y ordenarlas, era una hora que, según su nueva mentalidad militar, se la dedicaba al buen funcionamiento del Imperio.

La comitiva aureliana se encontraba a varias semanas de la vieja Anatolia[24] cuando le llegó, desde Vindobona, una carta de su amigo Taurus. Tras leerla no pudo evitar que la desazón lo hiciera prisionero de sus más horribles mazmorras. La pesadumbre lo acompañó toda aquella jornada. Y pidió permiso para dejar el trabajo y tomar un poco de aire fresco.

—Sal, soldado. Que te dé un poco el aire. Llevas aquí encerrado demasiado tiempo y debes tener la cabeza fresca para hacer bien tu trabajo —le dijo su superior.

Caballus dejó ordenada la mesa, enrolló los pergaminos y tapó los tinteros. El orden que distribuyó por el escritorio reflejaba a las claras su buena predisposición mental, la disciplina de su desempeño y el rigor con el que procedía. Fuera corría una suave y bonancible brisa que atravesaba el bosque de coníferas y llevaba hasta el camino el aroma silvestre de hierbas de suaves fragancias. La carta fue un inesperado e indeseable golpe en su corazón. Y pensó que las buenas rachas también finalizan. Y que los seis dobles te olvidan cuando, quizás, más los necesitas. Caballus volvió a leer la misiva. Para comprobar algo que no necesitaba comprobación. Taurus había aprendido a escribir lo suficientemente claro como para que sus informes a la Hermandad de Veteranos fueran legibles y entendibles. Y en aquella carta, que respiraba frustración y una imperceptible melancolía, se leía bien claro su atroz mensaje. A Taurus lo habían dejado manco, le habían cortado un brazo en una escaramuza marcomana, inutilizándolo para el Ejército. Pronto marcharía a Roma, anticipaba en la carta. Con buenas recomendaciones de sus superiores. La carta finalizaba con un deseo que insistía en hacer realidad:

«Nos veremos en Roma. Cuando los dioses quieran. Pero nos veremos allí, y cuando vayas, amigo, te estará esperando el rey de la Subura. Ha terminado mi carrera militar. Y ahora comienza la política. Donde se hace buen dinero si no te equivocas de bando. Te espero con un brazo menos. Pero con entusiasmo de sobra.»

Caballus guardó el papiro y dejó vagar su mente con los ojos fijos en aquella comitiva imperial que marchaba hacia Atenas para arreglar lo que Avidio Casio había vuelto del revés. Delante suya, sin alarde de literas ni cortinas de fino lino, pasó caminando la emperatriz Faustina ante la que se inclinó mientras ella seguía su curso seguida de sus esclavas y damas de compañía. La Subura, pensó Caballus. ¿Qué voy a hacer yo en la Subura? Por primera vez cayó en la cuenta de que aquel pestilente y marginal barrio de Roma era muy poco para él. Y de que, si la vida le concedía más años y meses de existencia, su destino estaba en el Ejército, a la espera de que le saliera el

seis doble de su vida…

5. Halala[25]

Tampoco la emperatriz tuvo suerte con los dados de su existencia. En Halala, emprendió otro camino que no la llevaba hasta Atenas, otro camino que todos hacemos cuando el hilo de la vida lo corta la caprichosa Morta, una de las hilanderas de las Parcas. Es un camino solitario y grave, con ese rostro severo que te deja la muerte cuando agita su mano para invitarte a que la acompañes. Murió tras cuatro días de intensas y repentinas fiebres que demoraron el viaje de Marco Aurelio. No pudo llegar hasta Siria. El epicentro de la rebelión de Avidio, en cuya *domus* Faustina había propuesto al general gobernar el Imperio para salvaguardar su dinastía. El emperador parecía menos afectado que el esposo, quizás porque en su corazón apenas si había sitio para otro dolor, para otro traspaso que no fuera la preocupación obsesiva de lo que entendía un deber que estaba por encima de otra cuestión, de cualquier contingencia: el declive imperial. Mientras embalsamaban a Faustina Minor recordó lo que alguna vez había escrito sobre lo que el destino nos revela cuando te convierte en su diana y la flecha busca cumplir con la puntería del arquero: «Cualquier cosa que te suceda, esa te estaba destinada a ti desde la eternidad, y el nexo de las causas tramó desde siempre tu sustancia y este accidente». A Faustina, una vez terminaron los preparativos postmortem, la enviaron solemnemente a Roma, donde descansaría en el grandioso mausoleo de Hadriano. A orillas del Tíber. Marco Aurelio no dejó ver ni una sola lágrima. Pero pidió al Senado que decretase para Faustina honores divinos por medio de la apoteosis y, en el gran puerto de Ostia, le dedicó el templo de Venus. Igualmente, en Roma se le levantó un altar donde los recién casados ofrecían sacrificios la noche de bodas, quedando el matrimonio bajo la tutela de la Divina Augusta. También se encargó de que la fundación de la emperatriz para la educación de los niños de la calle tuviera mejores números que los de su administración. Halala pasó, por firme decisión del

emperador viudo, a llamarse Faustinópolis, en memoria de una mujer tan culta como vehemente, tan ilustrada como decidida. No era de las que se callaban cuando no le gustaba lo que veía. Pese a que en la intimidad de sus confesiones literarias, Marco Aurelio la llegó a celebrar «como es, tan dócil, tan tierna, tan sencilla…». Dulces palabras para aquel carácter indomable de aristócrata cordobesa…

Cuando el carro donde la transportaban partió de esa olvidada ciudad de la Capadocia, Marco Aurelio se quedó mirándolo, pensativo, pero sin mostrar aflicción, como aconsejaba su firme formación estoica. Recordó la frase de Sófocles cuando en uno de sus dramas dejó escrito: «Si los dioses se han desentendido de mí y de mis dos hijos, también esto tiene sentido». Y quiso explicarse así el sentido de tantas cosas que, aparentemente, no lo tenían. Como aquella muerte inesperada de Faustina, como tantas muertes y reveses como seguía viviendo desde hacía tanto tiempo. Pero el desaliento nunca hizo mella en su sentido del deber. En algún momento de debilidad, de duda sobre su destino en la tierra, se agarraba a su frase que sintetizaba su fe estoica: «La adversidad no es una desgracia; sufrirla con grandeza de ánimo es una dicha». Y su deber y su dicha eran salvar Roma, dejar limpio un imperio que se desangraba en las fronteras del norte, que hacía aguas por el sur de Hispania y por las tierras verdes de Britania, que se quedaba sin ciudadanos para trabajar en el campo o en las ciudades por culpa de la peste y que empezaba a ver en los cristianos la causa de muchos de aquellos males. Se fue hasta el otro mundo una de las emperatrices romanas de ascendencia bética más rebelde e ilustrada, consejera del emperador, madre de sus trece hijos y mujer querida por muchos romanos. Por muchos. Pero no por todos…

En un lugar apartado del pretorio, varios legados de Marco Aurelio, en la plena confianza que se establece entre los pares, bebían con cierto entusiasmo, como si en vez de haber muerto la emperatriz hubieran asistido al nacimiento del futuro heredero del trono imperial. Eran tres sombras parlantes, moviéndose por los caminos de aquella ciudad de Halala, seguros de que nadie los escuchaba.

—Puedo deciros que las diferencias entre ambos se habían agudizado.

—Yo también tengo esas noticias. El apoyo decidido de Marco Aurelio al millonario ateniense Herodes Ático frente a los oligarcas que controlan la ciudad y los cultos religiosos fueron motivo de las últimas desavenencias.

—Esos oligarcas apoyaron a Avidio Casio. Y Faustina los defendía. Qué feo asunto.

Los tres generales siguieron su camino hacia ninguna parte, tan solo con el objetivo de hablar lejos de esclavos chismosos y soldados de lenguas largas. Volvieron a intercambiar opiniones mientras se pasaban una especie de pellejo de ternero repleto de vino.

—La muerte de la emperatriz ha sido una sorpresa para todos. No estaba enferma. Y la Parcas se la llevaron en cuatro noches de fiebres.

—A veces cuatro días son muchos días. Y en un abrir y cerrar de ojos pasas del jardín de tu casa al de las Hespérides.

—Ya lo dije una vez en presencia del mismísimo emperador: el carácter insufrible, intimidante y vehemente de Faustina me recordaba al de Vibia Sabina, la mujer del gran Hadriano. Y ya sabéis cómo murió aquella mujer…

Los tres generales se miraron como se suelen mirar los que comparten un secreto inconfesable. Ni un gesto de más, ni un pestañeo interpretable, ni un rictus de sus bocas acompañaron al silencio que rubricó tan rotunda insinuación. Bebieron más vino y se echaron sobre la incipiente hierba que aquella primavera del 176 hacía brotar sobre los prados de una aldea perdida en la Capadocia que pasaría a llamarse Faustinópolis. La emperatriz había muerto porque así lo quiso el destino. Lo que el pueblo dijera, lo que los soldados hablaran, lo que los políticos elucubraran no iba a devolverle la vida ni cambiar la situación. Faustina viajaba, momificada, hacia Roma; su viudo cabalgaba hacia Atenas, la cuna de las escuelas filosóficas y del pensamiento que el emperador había estudiado con su maestro Junio Rústico. Pero hasta allí no lo llevaba su amor a la sabiduría.

Lo llevaba…

6. Atenas

A Marco Aurelio lo llevaba hasta Atenas una cuidadosa campaña de imagen y prestigio político que, nada más llegar a la amada capital de Hadriano, puso en marcha sin dilación. Empezó por reconstruir el templo de Eleusis, devolviéndole su antiguo esplendor, desbaratado por una banda de bárbaros costobocos que lo incendiaron algunos años atrás, y cuyas reliquias, milagrosamente, fueron puestas a salvo por el hierofante, el sumo sacerdote, Julio Heráclides, el mismo que iniciaría en los misterios eleusinos a Marco Antonio y a su hijo Cómodo. Continuó levantándole un templo a su difunta esposa, Faustina. Y siempre dejó entre los atenienses la sensación de que amaba aquella tierra tanto como su abuelo Hadriano y que se comprometía a seguir la gran obra pendiente que no pudo acabar el emperador de Itálica ni tampoco Antonino Pío. Una vez más el político suplantaba al filósofo y, aunque inauguró cuatro cátedras de pensamiento, la platónica, la aristotélica, la epicúrea y la estoica, volcó sus cada vez más escasas fuerzas en contentar a un mundo que, pese a ser el más pujante del Imperio, Roma había olvidado acuciada por otras urgencias en las fronteras danubianas.

El santuario de Eleusis recobró su antiguo esplendor. Reconstruyó a conciencia y gasto el *telesterion,* el recinto iniciático del santuario y no se olvidó de los grandes propíleos, el vestíbulo del templo, que también fue destruido por los bárbaros. Los griegos vieron en estas acciones un cambio de Roma en su política, más sensible a los problemas de su comunidad, tan emprendedora y fiscalmente rentable para las arcas imperiales. Pero el golpe de efecto de Marco Aurelio fue iniciarse en los ritos de Eleusis, un culto tan selecto que solo los escogidos podían acceder a él, y para cuya preparación eligió al multimillonario Herodes Ático. La alianza con aquel hombre al que Faustina detestaba y que, de alguna forma, dificultaba los planes del emperador en Grecia, le dio a Marco Aurelio liquidez suficiente para acometer las costosas reformas del santuario. Pero también para darse un baño de prestigio y reconocimiento popular que tanto necesitaba en aquellas

tierras.

La astucia política de Marco Aurelio propició que su hijo y sucesor, Cómodo, también participara de los ritos de iniciación de aquel culto agrícola, bajo las advocaciones de Deméter y Pluto. Quiso dejar muy claro ante los ojos de las élites y del pueblo ateniense que su sucesor también asumía los compromisos contraídos por su bisabuelo Hadriano y por su padre Marco Aurelio. Todo aquello solo podía significar ventajas para una comunidad que había sufrido periodos muy tumultuosos, por la incapacidad política de los atenienses de llegar a acuerdos entre las partes en litigio. Muchas de aquellas obras, arcos triunfales incluidos, no fueron terminadas en vida del emperador, sino que fue Cómodo quien las asumió como parte de la herencia política de su padre. Oriente, la región más levantisca y enemistada con Roma por sus imperdonables olvidos, cantera de descontentos que supo sumar para los estandartes de la sedición Avidio Casio, se puso al lado del emperador como si este fuera descendiente del mismísimo Alejandro. El político había logrado su objetivo. El filósofo había tenido ocasión de prestigiar sus conocimientos intercambiando sesiones y debates con los principales filósofos de las escuelas atenienses. Y el viudo de Faustina Minor acataba con resignación estoica los golpes más adversos, absolutamente convencido de que no eran una desgracia, sino una dicha si se sufrían con grandeza de ánimo. También había generales del emperador en la sombra mucho más relajados al saber que la gran Faustina, aquella momia que enviaron hasta Roma camino del mausoleo de Hadriano, ya no iba a intervenir más en política, ni como consejera, ni como…, bueno, llegados a este punto, los generales se mordían la lengua, pero brindaban con prudencia por la gran ausente…

7. De regreso

Las ausencias se sobrellevan con nuevas metas y objetivos. Con nuevos rostros y empeños. No es aconsejable quedarse a vivir en un mundo de sombras y recuerdos. Terminada la labor propagandista, política y religiosa en Atenas, la comitiva de

Marco Aurelio se echó al camino para buscar la puerta grande de Roma y protagonizar uno de los mayores espectáculos públicos que tanto gustaban en la capital del imperio. El triunfo. Sobre eso, sobre el gran desfile de los soldados del emperador, hablaban Caballus y su superior, mientras creían tener cada vez más cerca de sus narices el olor de pescados fritos, guisos de acelgas y bostas de bueyes que siempre desprendía la ciudad de Rómulo y Remo.

—En Roma nos espera desfilar en el triunfo de Marco Aurelio —dijo el superior de Caballus al muchacho, que caminaba junto a su montura.

—Pero yo no estaré entre los legionarios que desfilen. No es un honor que me haya ganado en el campo de batalla —contestó Caballus.

—Pero te lo ganas todos los días en el escritorio, peleando con números más rebeldes que los sármatas y marcomanos. ¿Te gustaría hacer ese desfile?

Caballus no contestó. Se quedó ensimismado con una partida de bárbaros que Marco Aurelio llevaba consigo de regreso a Roma para hacerlos colonos de los campos que estaban baldíos por falta de manos y para enrolarlos en las filas del Ejército. La peste estaba diezmando aquel mundo y había que buscar hombres como fuera y donde fuera.

—Muchacho, te he hecho una pregunta.

—Disculpe, señor. Me he entretenido.

—Esos que miras y que entretienen tu atención los verás cada vez más en los campos de Roma y en las unidades de nuestros ejércitos. Faltan hombres y sobran penalidades.

—Es cierto, señor. Cada vez tenemos más ratas en nuestra propia casa —dijo como un reproche.

Su superior no le respondió. Quizás porque pensaba lo mismo. Y no sabía de mejores soluciones para atajar los problemas demográficos y de falta de soldados que apuraban al Ejército. Tiempo después retomó la conversación con un tema mucho más agradable.

—Cuando estemos en Roma y disfrute de un merecido permiso, ¿sabes lo que haré?

—No, señor —respondió Caballus con cierta dificultad para

llevar el ritmo del jinete.

—Iré a conocer Bayas.

—¿Bayas? ¿Qué es? ¿Dónde está?

—Es una ciudad… Bueno, no es una ciudad porque ni tiene foro, ni anfiteatro, ni circo. Realmente es un complejo balneario a orillas del mar Tirreno. Adriano tuvo allí una fastuosa villa. Al igual que Augusto, Calígula y Nerón.

—Debe de ser un sitio caro…

—Muy lujoso, sí. Y repleto de tentaciones agradables para soldados como nosotros. Te diré que tiene dos termas que solo las superan las de Roma. El pescado y el marisco más fresco están allí, en sus piscifactorías. Las casas están estucadas en rojo y adornadas con esculturas como las que hemos visto en Atenas. Tiene jardines y un muelle privado. ¿Y sabes qué están siempre en servicio permanente?

—No, señor, no sé a lo que se refiere.

—Coños, muchos coños de todos los colores y razas. De chicas esbeltas y perfumadas. Coños de las prostitutas más deseables del mundo. ¿Te gustaría conocer Bayas?

El chico se ruborizó. No porque no conociera el mundo de la prostitución, que lo conocía y de sobra de su vida en la Subura, lugar de referencia para las prostitutas más baratas y sórdidas de Roma. Sino porque no tenía ni dinero ni desenvolvimiento social para ir a un lugar tan privilegiado como Bayas. No quería ser el cateto en la mansión de los ricos.

—Algún día la conoceré. Viajaré hasta Nápoles y la conoceré. Sin duda, señor.

—Si te decides, búscame en Roma. Te aseguro que no lo olvidarás.

Durante un largo trecho de camino, Caballus permaneció en silencio. Caminando al lado de su superior. Pensando, otra vez, al igual que aquel día en que pasó delante de sus narices la emperatriz Faustina, que no se le había perdido nada en la Subura. ¿Lo comprendería su amigo Taurus, el que siempre soñó con ser el rey de aquel hediondo barrio romano?

8. Roma

La ciudad rugía y las colosales estatuas de sus foros se amedrentaban. Era un ruido global, multiplicado, que iba de calle en calle y de plaza en plaza. Era un clamor inagotable que tomaba fuerza conforme prolongaba su estruendo. Partía desde la Porta Triumphalis, la puerta del Triunfo, situada cerca del Circus Flaminius, y la Porta Carmentalis. Los soldados, que habían pasado la noche junto al emperador en el campo de Marte, iniciaban su marcha, gritando con todas sus fuerzas: *«Io, Triumphe»*, «viva Triunfo», portando en sus manos en vez de armas, ramas de olivo, triunfales y pacíficas. Ese *«Io, Triumphe»* se sobreponía al ronco metal de las trompetas y a las musicales armonías de las flautas que adornaban el desfile. El pueblo de Roma, enardecido por una jornada que les hacía olvidar la amenaza permanente de la muerte, la angustia de la crisis y la visible mella en el gladio del poder militar imperial, se entregaba a un día de fiesta inolvidable. En los foros, engalanados con guirnaldas de flores y pinturas de emperadores gloriosos, se comentaban con orgullo local los triunfos que celebró Julio César. Cuatro en total. Uno de ellos pasó a los anales como el más intenso, desbordante y poderoso por siempre jamás. Fue aquel en el que repartió regalos entre los veteranos y los ciudadanos. A los primeros les entregó veinticuatro mil sestercios y una parcela de tierra cultivable. A los romanos les entregó trescientos sestercios y dos meses de raciones de grano y aceite de oliva. Montó un banquete en el foro con veintidós mil triclinios. Y, como no podía ser de otro modo, hubo juegos gladiatorios, carreras de caballos, competiciones de atletismo y representaciones teatrales en griego y latín. Un triunfo era para Roma el mayor espectáculo del mundo. Una jornada para contar, si los demonios no te llevaban antes, a los nietos y a los más jóvenes.

Marco Aurelio, que ya protagonizó uno junto con Lucio Vero tras la victoria en Partia, no era refractario a tales baños de multitud, despliegue de poder y zafarranchos de alegría, pese a que su espíritu estoico pudiera aconsejarle lo contrario. En su alambicada personalidad, donde confluían el militar, el filósofo y el ser humano, estas estrías de su personalidad encajaban perfectamente, como los dientes colosales de la

maquinaria tramoyista del gran circo Máximo. Mejor que nadie sabía que nunca podría alcanzar en su gloria, boato y dádivas a los triunfos del gran Julio. Eran tiempos de escasez de plata y oro. Y los botines de las guerras de las Galias o los de Trajano en la Dacia fueron siempre desmesurados. Pero sabía que el esfuerzo de la tesorería imperial le iba a proporcionar rentables dividendos políticos y emocionales. De una parte, la consolidación de su poder. La celebración de nuevas victorias sobre los temidos bárbaros, que en el subconsciente colectivo del pueblo ejercía el mismo poder intimidatorio y desmoralizante que el de Aníbal en las puertas de Roma, cuando solo el destino la salvó de sucumbir a sus elefantes, jinetes, infantería y maquinaria de guerra. De otra parte, importantísima, estaba el efecto narcotizante y eufórico de la fiesta, poderoso brujo para exorcizar los demonios de las almas de los romanos, secuestradas por la angustia de saberse olvidados de los dioses y, por ello, castigados con las penurias diarias que sufrían. Marco Aurelio sabía todo esto. Por lo que quiso presentarse ante Roma con un cuidado especial, con una predisposición absoluta. Estaba de pie en su carro triunfal, con su toga púrpura perfectamente colocada y, bajo ella, una túnica con una franja de un palmo de anchura, la llamada *tunica palmata.* Con delicadeza máxima le habían maquillado su rostro y manos de rojo, el mismo color con el que estaba pintada la estatua de Júpiter. Al fin y al cabo, pese a lo que le dijera el esclavo que iba tras él recordándole que era mortal, Marco Aurelio se paseaba por Roma como un dios. O al menos, como un enviado de los dioses al que Marte, la santidad guerrera, había concedido la facultad de derrotar y descabezar a más de cinco mil soldados enemigos, requisito indispensable para que el Senado te concediera un triunfo. Marco Aurelio se lo había ganado de sobra…

9. Roma

También se había ganado de sobra el cariño de su pueblo, de aquellos romanos que no olvidaban su continua preocupación por limitar los abusos de la jurisprudencia civil, promoviendo

medidas para favorecer a los esclavos, las viudas y los menores de edad, reconociendo las relaciones de sangre en lo que concernía a las sucesiones y, desde que la peste se enseñoreó de todos los rincones de Roma, aumentando los esfuerzos de atención médica y alimenticia con los condenados por la enfermedad. Todo ese cariño se lo había ganado de sobra y quizás, por esa misma razón, cuando su carro triunfal se dirigía, tras evitar el foro Boario, el mercado de animales situado en la orilla izquierda del Tíber, al Velabrum, una zona pantanosa ganada para la ciudad tras la creación de la cloaca Máxima, se produjera el prodigio. Una niña de corta edad, enviada por sus propios padres, logró llegar hasta el carro de Marco Aurelio, que en ese momento había hecho una parada en dirección a la colina Capitolina. La niña fue recibida por Marco Aurelio con una enorme sonrisa y una tierna actitud paternal. La niña le entregó una medalla hecha con un denario de plata de Faustina Minor, colgada de un humildísimo cordón de cuero.

—Dicen mis padres que es para ti. Para que te guarde y te cuide. Da buena suerte.

Marco Aurelio tomó el regalo y alguien le explicó que, desde la muerte de la emperatriz, sus denarios de plata se habían puesto de moda entre mujeres y hombres como amuletos, dado que sus propiedades mágicas atraían la buena suerte y la felicidad. Una bolsa de sestercios le devolvió a la niña, que se incorporó, acompañada de un pretoriano, a las filas del gentío donde estaban sus padres. El emperador, pensativo, se lo colocó al cuello para que una ovación estallara en aquella zona del desfile que, según la tradición, fue el lugar donde había crecido un enorme ficus de raíces aéreas, en cuyos raigones quedó atrapada la cesta donde iban Rómulo y Remo. Sin dudas, el Velabrum era uno de esos sitios mágicos de Roma donde todo podía suceder. La ciudad era feliz. Roma reía, bebía y bailaba al son de la música del triunfo de Marco Aurelio. La comitiva portaba grandes tapices donde se dibujaban las fortalezas conquistadas por las legiones, las escenas más llamativas de los enfrentamientos contra los marcomanos y sármatas, el paisaje danubiano de la frontera y

otros aspectos del lugar donde los valientes legionarios de Roma luchaban por salvaguardar la paz y el bienestar que disfrutaban los romanos. El griterío fue ensordecedor cuando el desfile llegó, a través de la vía Sacra, tras dejar atrás el circo Máximo, al foro, para atravesarlo camino de la colina capitolina. En ese lugar se apartaban a los líderes y caudillos enemigos capturados. Para decapitarlos o estrangularlos. En una ceremonia que tenía más que ver con ritos de purificación que con cuentas militares pendientes. Ver rodar aquellas cabezas imprimía seguridad entre los ciudadanos, siendo este punto del itinerario del triunfo uno de los que más público acumulaba. Marco Aurelio acariciaba la medalla de Faustina, a la que extrañaba, quizás más como esposa que como emperatriz. Quién sabe. Pero el emperador acariciaba el rostro impreso de la primera dama en aquel denario de plata que, según la supersticiosa Roma, otorgaba buena suerte y felicidad. Cosas que tanta faltan le hacían al imperio y al propio emperador.

Cuando Marco Aurelio llegó al templo de Júpiter Optimus Maximus, iba cansado, pero flotaba en un bienestar inexplicable, quizás salpicado por el caudaloso río de entusiasmo y cariño que el pueblo le dedicó. La estatua jupiterina y él iban vestidos y coloreados de idéntica forma. Marco Aurelio se postró ante aquella descomunal imagen para colocar la corona de oro y sus fasces sobre el regazo de la divinidad. Los bueyes blancos que guiaron los sacerdotes participantes en el desfile fueron sacrificados con certeros mazazos en la cabeza, aliándose los mugidos derrotados de los animales con los ríos de sangre que manaban de sus brutales heridas. El protocolo del triunfo se estaba cumpliendo a rajatabla. Según las normas ancestrales del ritual militar, religioso y festivo. Una potente celebración en el templo se anunciaba a continuación del sacrificio de los bueyes. Sin cónsules. Solo para el Senado y Marco Aurelio. Para que la persona más distinguida en aquel espectáculo de sangre, plegarias, pebeteros humeantes con inciensos y resinas arábicas, fuera solo y exclusivamente el emperador. Mientras tanto, los soldados, los queridos legionarios de Marco Aurelio,

esperaban en el templo de Hércules, disfrutando de otra fiesta de esas de las que uno trata de no perderse ni el más mínimo detalle…

10. Roma

Ni un mínimo detalle pasó por alto el pueblo de Roma que, tras el desfile, entraba y salía de las tabernas, improvisaba ágapes en las calles, comiendo en jardines y plazas, los niños jugando con las guirnaldas de flores que engalanaban las calles, los más curiosos recogiendo recuerdos del día y guardando en sus bolsas ramas de olivo que los soldados les regalaron o arrayanes, mirtos y romero que habían servido para sembrar el suelo del desfile con olores purísimos. ¿Por qué no se marchaban a su casa? ¿Por qué los romanos seguían en las calles, alborotando y bebiendo como bacantes enloquecidos, si el desfile había terminado?

—Ahora viene lo mejor, amigo —le decía un vecino a otro.

—Es la parte que más me gusta del triunfo. Junto con el desfile del botín de guerra. Porque un buen botín alarga nuestra vida y nuestro divertimento.

Los tapices y colgaduras de teatros, termas, circo y templos iban a durar expuestos durante algunos días más. Como si la ciudad se apenara por evitar tan buenas sensaciones como le transmitían. Pero el triunfo no finalizaba hasta que el emperador terminara la fiesta con los senadores en el templo de Júpiter y regresara hasta su casa acompañado por una banda de música triunfal. A eso esperaban los inagotables e insaciables ciudadanos de Roma, locos por vivir tiempos tan felices como el de aquel día, donde nadie se acordó de la peste ni de la falta de trabajo, ni de la angustia permanente en la frontera del norte. Para el llanto no hay mejor medicina que la risa y la desmemoria.

—Dicen que el emperador ya ha salido del templo de Júpiter y se dirige al palacio imperial.

Salieron en estampida para alcanzarlo por algunas de las vías por las que regresaba Marco Aurelio, visiblemente cansado, pero, como siempre, fiel a su deber. Pudo acortar el

camino, hacerlo menos trabajoso. Pero se mantuvo fiel al protocolo e hizo el regreso como mandaban las normas. En algún momento, quizás cuando el cansancio más lo invitaba a descansar, recordó lo que alguna vez había escrito sobre el deber:

«A todas las horas piensa tenazmente, como romano y como hombre, en hacer lo que tienes entre manos, con seriedad meticulosa y sincera, con amor, libertad y justicia, y en procurarte tiempo libre de todas las demás imaginaciones».

La banda de música no dejaba de llenar el cielo de Roma de marchas bailables, muy animadas, mientras las calles cercanas al Capitolio se iban llenando de público, las tabernas hacían un breve descanso y los lupanares dejaban de gemir por unas horas. El tiempo exacto de volver a ver al enviado de los dioses, al hombre que, gracias a su poder y victorias militares, podía vestirse igual que Júpiter Optimus Maximus.

—Por allí viene. ¿No escucháis la música? —dijo un vecino que vivía cerca del Velabrum y estaba encaramado en lo alto de un grupo escultórico, desde donde tenía una perspectiva limpísima.

Caballus había estado todo el día siguiendo el desfile, viendo lo que nunca antes había podido ver. La noche anterior se había pasado por el campo de Marte para saludar a los legionarios que conocía de Vindobona y que iban a participar en el desfile. Allí se encontró con su superior, que volvió a recordarle su oferta:

—Tras el triunfo, tenemos un mes de permiso, antes de regresar con el emperador al norte. ¿Te gustaría acompañarme a Bayas? Ya sabes: coñitos, coñitos de todos los tamaños y razas. ¡Mmm! Un manjar que no encontrarías mañana en el banquete que los senadores y el emperador se pegarán en el templo de Júpiter.

—¿Cuándo saldrá para Bayas?

—No más de tres días después del desfile.

—Lo buscaré al mediodía en el foro de Trajano.

En eso quedaron la noche anterior al desfile. En verse en tres días en el gran foro que levantó con el oro dacio el emperador Trajano. Pero aún tenía dudas. Aún le pesaban en

su alma los compromisos adquiridos con Taurus de abrazarse en Roma y trazar un plan de futuro. Aquel plan de futuro que convertía al manco soldado Taurus en el rey del hampa del barrio con el apoyo y recomendaciones de la Hermandad de Veteranos del cuartel, con Caballus como contable máximo de las suculentas cuentas que generara la prostitución, los turbios negocios con el aceite y el vino y el mercadeo de lo que se perdía en el trayecto entre el puerto de Ostia y los mercados de abastos de la ciudad. Dudaba entre ir o no ir a la Subura. No había razón alguna de peso, si el frío de la lógica desabrigaba los compromisos de la amistad, para ir hasta aquel pestilente barrio lleno de hampones y rateros, de asesinos y putas sin dientes, donde una manzana podrida valía más que una vida. Si no iba, nadie lo iba a echar de menos. Taurus no sabía que estaba en Roma. De su estancia en Roma y de lo que le pidió, tantos meses atrás, un Taurus inhabilitado para ser soldado, solo sabía él y la carta que guardaba de su amigo. Paseó por una Roma resacosa que empezaba a alimentar hogueras en las calles y colocar teas en sus vías más principales para que las sombras más peligrosas no se sintieran protegidas en la oscuridad. Caballus había tomado una decisión. Se fue para una de aquellas hogueras que ardían en grandes tinajas de barro y arrojó la carta de su amigo para convertir su recuerdo en cenizas, como cenizas fueron las que quedaron en un bosque cercano a Vindobona de Blatta, el amigo de la banda de la Subura que murió apenas enrolado en el ejército por culpa de la peste. Cenizas. La memoria, los recuerdos, las promesas eternas, los compromisos inquebrantables…, los amigos, todo eso son cenizas que los hombres pretenden convertir en colosos imbatibles, en construcciones megalíticas indestructibles al paso del tiempo. Caballus no tenía ni idea de lo que su emperador había escrito y reflexionado sobre el paso del tiempo y el material fungible de la naturaleza de los hombres. Pero si alguna vez, de forma remota, tuviera la oportunidad de encontrarse con su emperador en la tienda, por mor de unas cuentas desajustadas en el aprovisionamiento de comidas del cuartel de Vindobona, tendría la ocasión oportuna para hablar de aquello que tanto preocupaba al sabio. Y seguramente le

habría contestado, como un maestro de la escuela ateniense de filosofía que, meses atrás había podido ver en Atenas, «aunque fueras a vivir tres mil años y otras tantas veces diez mil, recuerda, soldado, que nadie pierde otra vida que esta que vive, y no vive otra que la que pierde. De manera que lo mismo viene a parar lo más largo y lo más corto…». Caballus era incapaz de reflexionar y manejar con tanta exactitud el escalpelo de la sabiduría, ese que diseccionaba como un cirujano en una delicada intervención el músculo del tendón. Pese a que el soldado no era bruto, tenía clara la mente y era muy tenaz y aplicado, su intuición le llevó a la misma conclusión que aquel pensamiento de Marco Aurelio que nunca llegó a conocer. Pero que iba en sus entrañas como una lección aprendida por los que le antecedieron en vida y le hicieron llegar por el río de la sangre y los genes. Caballus no regresó más a la Subura. Su mundo empezaba a tres jornadas de espera en el foro Trajano. Cuando llegó el día de la cita hacía un sol esplendoroso que aún ponía más brillo a la sonrisa de su superior:

—Date prisa, muchacho, no podemos hacer esperar más a nuestros coñitos de Bayas.

Se subieron a un carretón que los iba a llevar hasta la Campania, hasta el Tirreno, hasta aquella ciudad de ricos y viciosos, de matronas romanas que cambiaban de amantes con más prisas que de peinado, con banquetes señoriales, con termas sin un grumo de aceite en sus aguas, con una *piscina mirabilis*, una especie de castillo del agua, que almacenaba trece mil metros cúbicos que aseguraban el suministro de agua dulce. Y con villas y *domus* espectaculares. Con espacios teatrales y templos como el de Venus y Apolo. Con ninfeos donde se celebraban banquetes a orillas de un estanque y con la comida servida, espectacularmente, en platos con formas de barquichuelos. Aquella ciudad balneario era el culmen del refinamiento social de Roma. No solo acudían a tomar sus beneficiosas aguas salutíferas los aristócratas y opulentos mercaderes; también se afincaban allí para gozar del microclima del litoral comprendido entre el cabo Miseno y la ciudad comercial de Puozzoli multimillonarios héroes de las

carreras de cuadrigas. Mientras su superior le desgranaba la historia de aquella ciudad tan cantada por Horacio, Estacio y Marcial, Caballus no dejaba de pensar en follar con una rubia, mientras magreaba a una negra y le esperaba una pelirroja que hacía más profesional su turno mientras le besaba el escroto. Tal vez por eso, ni Varrón ni Séneca, tan moralistas, la colocaron entre sus destinos visitables más apetecibles. Y tampoco Cicerón mejoró la imagen de Bayas cuando la calificó de *«pusilla Roma»*, una Roma en miniatura desbordada por el vicio y la perdición. Nunca un viaje, pese a ir confortablemente alojado en una carreta de amable tiro, se le hizo tan largo y deseado a un Caballus que ya había elegido su destino en la vida…

11. Vindobona

El destino de Marco Aurelio no podía ser otro por el que ya había transitado tanto tiempo. De los diecinueve años de gobierno, diecisiete fueron empleados en guerrear en Oriente y en el norte del imperio. Un destino exhaustivo incluso para quien propugnaba convertir las adversidades no en desgracias, sino en dicha tras saberlas sufrir con grandeza de ánimo. Un año después del multitudinario triunfo de Marco Aurelio en Roma, el emperador, casi exhausto, consciente de la ralentización de sus movimientos, de las fugas de su memoria, y reconociendo en el lenguaje corporal de sus gestos los de la madurez de su madre y su abuelo, estaba de nuevo en la pelea. Sobre la mesa de trabajo de su escritorio en Vindobona ultimaba una ofensiva definitiva contra los germanos del Danubio. Aquella ofensiva le infligió una severa derrota a la federación de tribus bárbaras que querían, a toda costa, pasar las líneas rojas de la frontera danubiana e instalarse en los territorios romanos en los que el bienestar y las buenas tierras auguraban un periodo vital más fácil y placentero. En aquella gran campaña, Marco Aurelio estuvo acompañado de su hijo y ya coemperador, Cómodo, en quien había tratado de imbuir el espíritu militar y, sobre todo, su deber como máximo responsable imperial. El futuro heredero intentaba aprender de

un padre avejentado y agotado por una vida tan intensa, tal vez intuyendo sin dramatismo ni exageración que el gran maestro podría quedarse en una mala hora enredado en la noche de su conclusión existencial, sin que sus ojos pudieran ver la luminosidad de otra nueva mañana. Marco Aurelio, Cómodo y los generales iban a dar el golpe definitivo a aquellos bárbaros levantiscos, sucios y traicioneros anexionándose los territorios de Bohemia. Todo parecía marchar como una nave en primavera surcando las aguas turquesas de la bahía de Nápoles. Pero una mañana Marco Aurelio se sintió indispuesto, le salieron evidencias rotundas de la enfermedad sobre su piel y los médicos le obligaron a guardar cama. Estaba viviendo días prestados. Porque no tenía fuerzas para luchar contra los bárbaros ni contra aquella también bárbara enfermedad. Cómodo y los generales decidieron parar la ofensiva hasta que el emperador recuperara la salud. Tenía una mala salud de hierro, según sus médicos más optimistas. Pero el hierro transmutó en plomo. Y el plomo en quebradizo cristal. En su lecho mortal lo acompañaban los médicos, sus generales y el futuro César, Cómodo. Uno de aquellos días terribles, consumido por las fiebres, Marco Aurelio le pidió un último favor a su heredero.

—Lo que me pidas, padre.

Su voz era debilísima. La superaba en intensidad el batir de unas alas de mariposa sobre un campo de amapolas. Y Cómodo se acercó a su boca para oírlo mejor.

—Quiero que me leas lo que escribí en Carnuto, hace ya algunos años.

Carnuto era una ciudad de Panonia que fue residencia habitual del emperador durante la campaña militar del 170-174, donde tuvo tiempo para reflexionar y escribir sobre la vida y la muerte. No eran sus últimas palabras. Pero de alguna forma, al emperador le satisfizo que se las recordaran. Y más que fuera su hijo Cómodo el que se las leyera. Quizás, aquel atolondrado muchacho, el único error grave de su principado según el criterio político de algunos historiadores e intelectuales romanos, podría hacerlas suyas y empezar a descubrir el valor de la inteligencia sobre el imperio de los

sentidos. Cómodo se sentó junto a su padre y con voz clara y alta comenzó a leer, no sin antes haber mirado significativamente a los que, a su entender, sobraban, para quedarse solo acompañado del cuerpo médico que habitualmente velaba por la salud de su padre. Marco Aurelio alzó levemente su mano para darle entrada al lector de sus memorias.

«En Carnuto, Panonia, a orillas del Danubio. Libro tercero. Apéndice 1.

»Conviene tener en cuenta no sólo que cada día se va gastando la vida y quedando una parte menor de ella, sino también que si uno vive mucho tiempo, no está claro si su inteligencia estará todavía igualmente capacitada para la comprensión de los hechos y para las especulaciones tendentes al conocimiento de las cosas divinas y humanas. Pues si comienza a desvariar, la respiración, la alimentación, la imaginación, el impulso y todas las otras funciones semejantes, no le faltarán. Pero disponer de sí, concretar el número de los deberes, analizar las apariencias, ponerse a considerar incluso si ya debe uno quitarse de en medio, y todo cuando esto necesita un raciocinio ejercitado, se extingue antes. Es preciso, pues, darse prisa, no solo porque cada vez estamos más cerca de la muerte…».

Cómodo hizo un alto en su lectura, visiblemente tocado, miró a su padre y vio cómo Marco Aurelio, con la insoportable levedad de su mano, lo animaba a continuar.

«… sino también porque la comprensión de los hechos y nuestra acomodación a ellos va cesando antes.»

El punto final de aquella reflexión dejó en la alcoba del emperador un espeso silencio, ese tipo de silencio que se envuelve con gravedad sin necesidad de palabras, ofensas, disputas o divergencias insalvables. Cómodo casi no podía tragar por la emoción. Y algunos de los médicos se volvieron de espaldas al emperador filósofo para que el enfermo no se preocupara por sus rostros llenos de aflicción. Marco Aurelio indicó a su hijo que se le acercara para decirle algo:

—Dime, padre.

—No leas el apéndice segundo. Me interesa más que saltes

al tercero. El tercero y el cuarto me servirán para preparar bien mi camino.

—Te recuperarás, padre.

—Eso no tiene importancia, Cómodo. Todo es un breve instante. Mira siempre las cosas humanas como efímeras y banales. Continúa, por favor.

Cómodo se incorporó y comenzó a leer el apéndice tercero del libro tercero.

«Hipócrates, que curó muchas enfermedades, enfermó también y murió. Los caldeos vaticinaron la muerte de muchos; luego a ellos también les alcanzó su destino. Alejandro, Pompeyo y Gayo César, que destruyeron hasta los cimientos ciudades enteras tantas veces y desbarataron en orden de combate muchas decenas de millares de jinetes e infantes, también ellos se marcharon de la vida al fin. Heráclito, que especuló tanto sobre la conflagración universal, hinchado de agua por dentro y recubierto de estiércol, murió. A Demócrito los gusanos, a Sócrates otros gusanos dieron muerte. ¿A qué viene esto? Embarcaste, navegaste, arribaste: desembarca. Si a otra vida, nada está allí tampoco vacío de dioses. Si en la insensibilidad, cesarás de sufrir dolores y placeres, y de servir a un cuerpo tanto peor cuanto es mejor ser dueño que ser esclavo: pues lo uno es inteligencia y divinidad; lo otro, tierra y sangre con polvo…».

—¿Es necesario que siga leyendo y mortificándote, padre? —preguntó Cómodo visiblemente afectado.

—Lo es, hijo —contestó sacando fuerzas de donde no las había.

—Mejor te serviría descansar o que un buen bufón te alegrara estos delicados momentos con chismes y ocurrencias humorísticas.

—Te lo ruego, Cómodo. No hay nada que serene mejor mi alma que esas líneas escritas ya hace diez años. ¿Puedes hacer el esfuerzo?

El hijo del emperador aceptó con un leve movimiento de cabeza. Y siguió leyendo.

«Apéndice cuarto. Libro tercero. No malgastes la parte que te queda de vida en imaginaciones sobre los otros, cuando no

obras con relación a algo socialmente útil, esto es, imaginando qué hace fulano de tal, por qué motivo, qué dice, qué piensa, qué maquina y cuantas cosas como estas hacen que te desvíes de la atención de tu propio principio rector. Es preciso, en consecuencia, que desplaces el azar del encadenamiento de las ideas, y mucho más lo inútil y perverso. Debes acostumbrarte también a imaginar solo aquello sobre lo que si alguien te preguntase de pronto «¿en qué piensas ahora?», pudieras responder al punto con franqueza que en esto o aquello, de modo que inmediatamente quedase claro a partir de la respuesta que todo era simple, benévolo y propio de un ser social, despreocupado de las cosas placenteras o, en unas palabras, de las fantasías voluptuosas; de toda malevolencia, envidia, recelo o alguna otra cosa de la que te avergonzarías al explicar qué es lo que tenías en mente. Pues un hombre de esta clase no pospone más hallarse de una vez entre los mejores, es una especie de sacerdote y ministro de los dioses, que hace uso de aquello que mora en su interior, lo cual preserva al hombre sin mancha de placeres, invulnerable a todo dolor, inaccesible a toda desmesura, insensible a toda maldad, atleta de la mayor prueba, la de no dejarse arrastrar por ninguna pasión, empapado de justicia hasta el fondo, que abraza con toda el alma los acontecimientos y todo lo que le ha tocado, que raramente piensa, y no sin gran necesidad, y esta de utilidad común, qué dice otro, qué hace o qué piensa. Pues solo se preocupa de cómo llevar a cabo lo que le compete, y piensa constantemente en las cosas que de la Totalidad constituye su propia trama. Cumple bien con su cometido y está convencido de que es bueno. Pues la parte que le corresponde a cada uno es llevada con él, y lo lleva a él. Se acuerda también de que todo lo racional guarda parentesco, y de que cuidar de todos los hombres está dentro de la naturaleza del hombre, pero que no hay que aspirar a la buena opinión de todos, sino sólo de los que viven conforme a la naturaleza. Y de los que no viven así, continúa acordándose cómo son en casa y fuera de casa, de noche y de día; cómo son ellos y aquellos con quienes andan. Por lo tanto, no tiene en cuenta el elogio de los hombres semejantes, que ni siquiera se gustan a sí mismos…».

Cuando Cómodo dejó de leer vio que su padre se había dormido. Descansaba sin atropellos de dolor y sufrimiento. El láudano que le habían suministrado los médicos le estaba haciendo efecto. No pudo evitar que un negro pensamiento se le enredara en el alma, haciéndolo sufrir. Encendió aquella mala llama esa cita del párrafo en la que Marco Aurelio propone responder con franqueza si alguien te pregunta inopinadamente «¿en qué piensas ahora?».

—¿Mandaste asesinar a la emperatriz? —Esa era la pregunta que quería saber si su padre era capaz de responder con franqueza, de modo que inmediatamente quedase claro que todo era simple, benévolo y al margen de fantasías y de toda malevolencia.

Marco Aurelio murió en marzo de 180 en Vindobona con la medalla que un año atrás le regaló una niña en su triunfo en Roma, acariciando el rostro impreso en plata del denario de Faustina. No le sirvió para que la suerte lo protegiera contra aquella terrible peste. Su cuerpo fue incinerado y las cenizas enviadas a Roma, para colocarlas junto al cadáver de Faustina, en el mausoleo de Hadriano. Cómodo nunca supo si su padre intervino directamente en la muerte de su madre. Pero el Senado premió una vida entregada por completo a Roma, elevándole, en el campo Marzio, junto al templo del divino Hadriano, otro dedicado a él y a la emperatriz, ambos divinizados. Entre este templo y la vía Flaminia, se le erigió una columna similar a la trajana, pero mucho menos alta y con las escenas bélicas de sus campañas militares claramente inspiradas por la pasión y la expresividad. Hasta en eso fue Marco Aurelio el principio del final. Roma terminaba su época clásica para adentrarse en otra cosa, en algo más emocional y menos racional: el *pathos* contra el logos. Quizás porque el declive siempre se nos presenta envuelto en la confusión de los sentimientos peleados con la frialdad de la razón. La llama del templo de Vesta continuaba ardiendo, ajena aún a los negros tiempos en que la oscuridad prevalecería sobre la Roma más luminosa y festiva que se fue tragando el tiempo poco a poco, como una vaca perdida en un pantano de arenas movedizas…

---

24 Asia Menor.

25 Ciudad romana de la actual Turquía.

CAPÍTULO XII
LA ESPADA MARCA EL CAMINO

1. TAFILALT[26]

Pese a que parecía que el sol se había derretido sobre el arenal que los rodeaba, el agua del pozo fluía limpia y de agradable sabor, como extasiada al verse bañada por la luz cegadora del desierto, tras ser rescatada de la oscuridad del venero por aquella vejiga de carnero embarazada por tantos litros de vida. Subía a la superficie atada a una polea de madera y la derrama que le provocaban los vaivenes de la saca, era todo un himno a la alegría, que fructificaba alrededor del pozo en un verdor tonificante. Aquel era uno más de los tantos pozos que hacían posible la vida en los oasis de aquella región de Tafilalt, dos semanas al sur del *limes* romano de la Tingitania. El pozo era lugar de reunión natural de los caravaneros que iban hacia el norte o hacia el sur a través de aquel infinito océano transahariano y hacía las veces de foro donde se intercambiaban informaciones y noticias recogidas durante la travesía. Los expedicionarios que comandaban Valentiniano y Scaeva Minor llevaban varios días recuperándose en aquel vergel, después de un largo, difícil y, a veces, agónico viaje, tras haber atravesado la sabana y haberse adentrado en el desierto, viajando de noche y descansando de día. Regresaron apoyados en la única mano amiga que les tendía su orfandad de mapas y planos, perdidos todos cuando la Estrella de Oro fue asaltada y destruida en la isla de Cerne. Como en el mar, el cielo fue su mejor mapa. Y una estrella inconfundible, luminosa como un diamante y fiable como un compañero de armas, les fue conduciendo hasta el norte, buscando lo que Polypus y Scaeva Minor entendían que eran las tierras de Egipto. Miraban al cielo buscando la Estrella Polar, fijándola entre las dos orejas del camello que montaban, y siguiendo la

ruta probable de los oasis que les habían indicado en el último poblado de la sabana en el ya lejano oasis de Audaghost, al sur de la actual Mauritania.

Valentiniano se fue hacia el pozo comiendo unos dulcísimos dátiles para ordenarle a uno de sus africanos, convertidos en verdaderos guerreros bajo las enseñanzas y entrenamientos del dacio, que vertiera sobre su cuerpo el peso vivificador de aquel pellejo de agua.

El baño le sentó mejor que rebanar algunas gargantas negras. Y se sentó sobre un tocón de palmera para que el aire casi flamígero que llegaba de fuera del oasis lo secara. La placidez del momento lo ensimismó en las gargantas que el gladio y su furia habían segado como una hoz una gavilla de trigo. ¡Por todos los dioses! No parecía exagerado pensar que todas las regiones del imperio y de más allá de sus fronteras habían prestado los cuellos de algunos de sus hijos para que Valentiniano tuviera en su imaginaria sala de trofeos gaznates de un sinfín de razas y tribus. Desde las que cortó en los combates en el anfiteatro en su juvenil etapa de gladiador a las que sumó, después, como hombre libre que buscó la Dacia imposible que le robó Roma. Sin olvidar las que agrandaron su fama en Alejandría al servicio de aquel banquero, Apolofanes, ni las que en este tortuoso viaje se había cobrado en Cerne. Recordarlo no solo no le producía ningún tipo de desazón o incomodidad; por el contrario, era para él todo un sólido argumento que le ayudaba a sostener en su boca, cómodamente, una abierta sonrisa de placer amancebada con su autoestima. Valentiniano era más Valentiniano cuando le salpicaba la sangre. Cuando ejercía siendo lo que su padre quiso que fuera: un guerrero. Un guerrero para quien la paz había que convertirla en guerra, disputa y desolación. Un guerrero inagotable, a la búsqueda siempre de la sangre del otro, esa sangre que multiplicaba su vigor y le producía una satisfacción infinita. La paz lo ponía nervioso, lo aburría. En la guerra encontraba su mejor estado de ánimo.

—Señor, viniendo viajeros —dijo en un trompicado latín uno de los negros que le servían.

La noticia sacó a Valentiniano de sus pensamientos, se puso

en pie y fue a ver quiénes eran los nuevos vecinos. Quizás aquellos caravaneros llevaban en sus gargantas la excitante mercancía que el dacio tanto necesitaba tras el largo y tedioso viaje de vuelta…

2. Tafilalt

Los prosaicos y rupestres cálculos que Polypus y Scaeva Minor hacían del viaje de regreso los llevarían, según sostenían ante los expedicionarios, a algunas de las ramas fluviales del Nilo occidental. O sea, su viaje terminaría en tierras egipcias, mercado natural y potente del oro nubio, donde empezarían a familiarizarse con el precio y las claves de un negocio que desconocían, para mejor vender el que traían desde Cerne. Ese mismo oro que, en un principio salió en polvo desde Senegal, para convertirse, por la acción de la metalurgia de los pueblos de la sabana africana, en largos hilos de metal dorado, mucho más cómodo de transportar y mejor aún de esconder. El oro era la miel apetecida por las moscas de aquel desierto. Y para espantar la ambición de los caravaneros bereberes con los que pudieran cruzarse, dejaron a la vista el marfil, las pieles de antílopes y los cueros de camellos que explicaran el objetivo de su viaje. Un viaje demasiado incordiante y hasta provocador para aquellos caravaneros que entendían que las rutas transaharianas eran propias y que los tesoros de los países de los negros les pertenecían. Scaeva y Polypus vieron una magnífica oportunidad para, con las debidas cautelas, confirmar sus cálculos de regreso. Las cautelas estaban más que justificadas. Caravaneros como aquellos fueron los responsables de que muchos de sus amigos murieran en las playas de Cerne y nadie podría asegurarles que estos que ahora entraban en el oasis tuvieran intenciones más nobles con los romanos intrusos. De todas formas, era una oportunidad. Y no hay mejor gestión que la que se aborda con inteligencia, tacto y cierta osadía. ¿Quién mejor que aquellos caravaneros, hombres del desierto y de las montañas, para indicarles si llevaban la ruta de vuelta correcta?

La caravana era pequeña. No más de una docena de

camellos y, eso sí, una evidente cuerda de esclavos, que se adivinaba como mercancía más valiosa. Valentiniano, Polypus y Scaeva Minor, con la guardia negra del dacio tras ellos, salieron a recibirlos, dándoles una correcta bienvenida. No hubo nada anormal. Los caravaneros agradecieron con gestos amables el recibimiento y siguieron su camino hasta un extremo del palmeral, donde instalaron sus tiendas, dieron de beber a los animales y se afanaron en sus cosas.

—Habrá que inventarse un buen motivo para ir hasta donde están los bereberes —comentó Polypus.

—Eso mismo estaba pensando. ¿Pero se te ocurre algo? —respondió Scaeva Minor.

—Yo esperaría a ver sus movimientos. No me fío de los putos bereberes. Y eso me hace salivar con excitación —terció Valentiniano con su mano agarrando la empuñadora del gladio.

—Esperemos entonces —dijo Scaeva Minor—. Y tengamos bien abiertos los ojos. Sé que estos caravaneros son comerciantes y guerreros. Con igual facilidad cierran un trato como te abren una tumba. Somos intrusos. Y romanos. Y fueron gente de estas tribus los que nos asaltaron en Cerne.

—Somos una serpiente en su cama —apostilló Polypus.

Valentiniano movió su cabeza para rechazar la afirmación del piloto.

—Somos leones negros en su casa. No lo olvides. Somos una manada de fieras deseando teñir de sangre estos pozos de agua. Deseo que den un mal paso. Y que ese traspiés los ponga al alcance de nuestras espadas. Te aseguro que mis hombres están deseando estrenar sus nuevas armas.

—Bien que los has entrenado en este largo regreso —dijo Scaeva Minor.

—Y ese es mi mayor seguro para volver. Disculpa que no confíe mucho en vuestros cálculos. Nunca llegaremos a Egipto. Pero con estos negros, manejando las espadas que les forjaron los herreros africanos, llegaremos a algún lugar y con el oro a salvo. Eso es lo importante. Lo único importante.

—Hasta los que no te conocen ven en tu rostro la necesidad de hacer correr la sangre, querido amigo.

—Es la señal del guerrero, Polypus. Es la señal que ningún mapa te garantiza, ni te indica. Es la señal que no debes dejar de ver diariamente en mi rostro. Cada día con más fuerza y evidencia. Porque es la señal que nos devolverá a Gades.

—¿Siempre estás tan seguro de que la espada es el camino? —le preguntó Polypus mientras guardaba un reflexivo silencio Scaeva Minor.

—La espada y sus puñales más afilados: el miedo y la sangre. ¿O ya olvidaste cómo salimos de Cerne?

Scaeva Minor no dejaba de mirar hacia el extremo del oasis donde se habían asentado los bereberes.

—¿Sientes curiosidad por algo, Scaeva? —preguntó Valentiniano.

Scaeva se acercó al dacio y le puso la mano sobre su hombro, en amistosa señal.

—Sabes que la curiosidad me mata. Me pregunto de dónde vendrán esos esclavos, a dónde los llevarán y dónde los compraron. Me pregunto si no sería una buena idea esperar a que algunos de esos hombres y mujeres salgan del cordón de vigilancia de los bereberes. Y que algunos de nuestros hombres hablen con ellos y recaben información.

—No tienen pinta de ser bárbaros —dijo Polypus.

—A mí tampoco me lo parecieron —asintió Valentiniano.

—Pues creo que ahí puede estar la respuesta a las preguntas que tanto Polypus como yo nos venimos haciendo. Ellos deben de saber muchas cosas que nosotros desconocemos. ¿No se te ocurre nada? —preguntó a Valentiniano.

—Llegas tarde, hermano. Ya tengo a varios negros husmeando, como leones hambrientos, tras aquellas tiendas…

3. Tafilalt

—¿Os habéis fijado en su carga? —preguntó el jefe de los caravaneros bereberes en su tienda.

—Marfil, pieles de antílopes y cuero de camello —contestó uno de sus hombres de confianza.

—¿Y no te parece extraño hacer un viaje tan duro e incierto para llevarte mercancías que puedes encontrar a dos semanas

de aquí? ¿Justifica esa carga un viaje tan peligroso y arriesgado para los romanos?

Su pregunta se quedó sin respuesta, acompañada de un espeso silencio donde se oían zumbar las moscas que acompañaban siempre a los camellos.

—Sospecho que ocultan algo —se malició el jefe de la caravana.

—¿Valioso?

—Casi siempre lo que se oculta o es valioso o es imperdonable.

—¿Sospechas que han llegado a Cerne y traen oro? —preguntó su segundo.

—Esos negros no son germanos…, y en el Bambouk, además de negros, hay oro.

—Somos pocos para asaltarlos.

—Depende… Creo que debemos hacer una visita comercial a nuestros vecinos. Seguro que haremos un buen negocio.

Ambos despacharon aquel complot en las dunas con unas risas tan blancas como la leche de camella que bebían con la miel datilera de los oasis de Tafilalt.

4. Tafilalt

Valentiniano guardaba su improbable sonrisa tras unos fruncidos labios, pero tenía los ojos clavados en un escarabajo que caminaba, con inusitada rapidez, por entre el arenal del oasis, sin prestar atención a lo que hablaban los bereberes con Scaeva Minor y Polypus. Parecía que ya tenía un plan determinado, dijeran lo que dijeran aquellos hombres del desierto que ya lo engañaron una vez, cuando el Tingitano fue acogido por una de sus tribus con extremada familiaridad, tras regresar de las islas Can y superar la gran odisea de la ola provocada por el tsunami. Aquella jugada y la que perpetraron después en Cerne, aliándose con los enemigos de la tribu de Hilas, para quemar la nave y robarles la sal, acabó por fijar en la cabeza del dacio una idea generalizada e inmutable sobre aquellos hombres del desierto. Ninguno merecía confianza. Y el mejor de ellos podría traicionar a su padre. Enredado con el

escarabajo, quizás sublimando un deseo primario de venganza, Valentiniano sacó su gladio y lo arrojó contra el insecto destripándolo en el acto. La actuación del rubio guerrero alertó más a los propios que a los extraños mercaderes, cuyo jefe dijo con voz calma y risueña:

—Tienes buena puntería, extranjero.

—No la pongas a prueba —respondió como una pedrada en la boca el dacio.

Polypus intervino para rebajar aquella inesperada tensión y volver a llevar la conversación al punto en el que estaba, muy del gusto de los intereses geográficos de Scaeva Minor y de él mismo.

—Me parece buen trato el que nos propones.

—Yo lo veo justo —dijo el berebere—. Dos de mis hombres os conducen hasta Egipto y a cambio me quedo con parte de vuestra carga de marfil. Creo que deberíamos celebrarlo matando un chivo y cenando placenteramente esta misma noche.

—Sea —dijo Scaeva Minor—. A la caída del sol nos veremos para cenar. Me gustaría partir mañana. ¿Es posible?

—Mañana partiréis hacia Egipto con dos de mis mejores guías.

Valentiniano se levantó de forma abrupta, sin necesidad de esconderse en falsas cortesías, marchando solo y enojado hacia alguna parte del oasis. Olía en el ambiente el apestoso hedor de la traición. Como tantas otras veces su instinto le empujaba a atacar antes que a razonar, a pelear y luego preguntar. Su intuición siempre fue más afilada que el gladio con el que se defendía. No le gustaban aquellos hediondos caravaneros. No tenía motivo alguno para que no le revolvieran las tripas. Oyó una voz a sus espaldas, gruesa, grave, que le pedía que se detuviera. Valentiniano se giró y vio a uno de sus negros correr hacia él.

—¿Qué quieres?

—Sabo cosas bereberes —dijo cagándose en la lengua de Virgilio.

—¿Cosas para pelear o para dormir?

—Mucho pelear, señor.

Valentiniano se calmó y puso toda su atención en lo que le decía aquel negro que, muy a oscuras, trataba de navegar en el rico mar de la lengua más conocida de aquel mundo. Un latín que encallaba en los bajos lingüísticos de un guerrero que, pese a no dominarlo, manejaba ya las suficientes palabras como para alertar de un peligro cierto.

—¿Y cómo dices que se llama esa señora secuestrada por los bereberes?

—Plaucia, señor. Plaucia…

5. Tafilalt

Plaucia estaba muy lejos de aquel oasis donde la noche se había cerrado en fuegos y chivos asados, con licores de palmera y risas confiadas y desprevenidas, todas causadas por la alegría de la fiesta y el cierre de un acuerdo que satisfacía completamente a Scaeva Minor y a Polypus. Valentinano asistió a la misma con las cautelas de siempre y dio orden a su guardia negra de que ninguno de ellos probase ni comida ni licor. El que lo hiciera acabaría crucificado de una palmera y con los labios ensartados con las púas afiladas de sus pencas. No conocía ni por asomo la historia del caballo de Troya. Pero su natural desconfianza le había llevado a pensar igual que los troyanos de los regalos de los griegos, que en este caso estaba envuelto en la tela sedosa y colorida de una exótica celebración en el oasis. Música, bailarinas, bebida… Aquella fiesta sería el fin de sus amigos y de él mismo si se quedaba cruzado de brazos. La información que le había conseguido su guerrero senegalés justificaba cualquier iniciativa. Incluso al margen de sus amigos y asociados.

Los gaditas de la expedición, junto con Scaeva y Polypus, participaban abiertamente de la fiesta. Bebían, comían y perdían el control con aquellas bailarinas de anchas caderas y muslos poderosos que embriagaban tanto o más que el licor de las palmeras. Scaeva y los bereberes reían al verlos. Pero entre ellos no dejaban de interrogarse, con medidas palabras, sobre sus vidas previas al encuentro.

—¿Y llegasteis hasta Cerne? —preguntó a Scaeva el jefe de

los caravaneros.

—Lo hicimos. Pero no encontramos nada más valioso que el marfil y las pieles.

—Hay oro —le replicó con astucia el berebere.

—Pero es solo para los caravaneros como vosotros.

—Quizás ofreciendo mucha sal…

—Los negros cumplen los acuerdos con sus aliados a sangre y fuego. No conseguimos oro. Pero en cambio venimos bien cargados de marfil —concluyó Scaeva.

Polypus intervino.

—¿Es largo vuestro viaje?

—Lo es. Tanto como el vuestro.

—Solo lleváis esclavos. Deben pagarlos bien —dijo el piloto gadirita.

—Entre los nuestros hay tribus que pagan bien por ellos. Son hábiles, dóciles y enseñan su lengua. Gracias a un esclavo romano aprendí latín y hoy podemos llegar a acuerdos tan positivos para ambas partes.

—Ciertamente nuestra lengua tiene poco sentido para comerciar con las tribus del Bambouk —dejó caer con medida ironía Polypus.

—Así es. Por eso no vamos a Cerne y los vendemos a otras tribus que están establecidas al final del desierto. A ellos les interesa conocer vuestra lengua. Por si alguna vez Roma hace con más frecuencia este camino —dijo irónicamente el jefe de la caravana.

A Scaeva comenzó a parecerle aquella una conversación sin sentido, absurda y engañosa, planteada para ver quién pillaba a quién. Y apostó por comer y beber. Miraba con frecuencia a Valentiniano que parecía estar más relajado que nunca. Cuando Scaeva veía a su hermano muy relajado él se ponía nervioso y temía que algo malo fuera a pasar.

—¿No comes, Valentiniano? Es carne asada. Te encanta la carne.

—No tengo hambre, hermano.

Le alargó un trozo de chivo.

—Toma. Pruébalo. Te gustará.

Valentiniano aceptó el bocado que le alargaba Scaeva, más

para complacerlo y liberarse de sospechas que por apetito. Su apetito no lo saciaba ni la carne ni el pescado. Ni los chivos ni los atunes. Su apetito, tras barajar la información que le había dado su guerrero negro, solo tenía un plato que pudiera saciarlo. Y lo iba a hacer abusando de la salsa roja que tanto le placía. Solo había que esperar el momento indicado.

—¿Pasaremos, camino de Egipto, por el oasis de Siwa? —preguntó Scaeva.

—¿Siwa? —se extrañó el jefe de la caravana

—Sí, el oasis de Siwa, donde está el famoso oráculo y la tumba de Alejandro Magno.

—No sé de lo que me hablas, romano.

—Es una bonita historia.

—Hay tiempo para escucharla —contestó el jefe de los bereberes.

—En ese oasis se levanta un templo dedicado al dios egipcio Amón, que en nuestra religión se identifica con Júpiter. Un Júpiter con cuernos como los esculpidos en los clípeos del foro de Emérita Augusta, la capital de la Lusitania, al norte de la Bética de donde venimos.

—¿Y qué tiene de extraordinario esa tumba y ese oráculo? —quiso saber el caravanero.

—Alejandro fue uno de los generales más grandes de la Historia. Estuvo a punto de unir Asia y Europa. Y solo unas fiebres contraídas en la India se lo impidieron.

—Un berebere conoce al detalle los granos de arena de su desierto. Pero no le pidas que sepa qué tierras existen allá por donde sale el sol. Oigo cantar a los pájaros de las palmeras y entiendo lo que dicen. Pero tus palabras no tienen significado para mí —dijo el jefe caravanero.

Polypus intervino para hacer más fácil el relato de Scaeva.

—¿Has oído hablar de Julio César y de Augusto?

—No frecuentemente.

—Bien, ambos llegaron a manejar más poder que nadie en el mundo.

—¿Más que las tormentas de arena? —preguntó el caravanero.

—Ellos, como las tormentas de arena, podían oscurecer el

día y hacer desaparecer pueblos enteros, enterrados bajo el poder de sus ejércitos. Ambos visitaron ese mausoleo y un mal emperador de Roma robó de aquel santuario la coraza de Alejandro. Me refiero al innombrable Calígula, que gustaba de colocársela para creerse que era tan grande y poderoso como el macedonio.

—Los débiles se disfrazan para parecer fuertes. Pero te confieso que me cuesta trabajo seguir tu historia, romano.

—¿Te aburrimos? —preguntó Scaeva Minor.

—En absoluto. Hace una noche espléndida para aprender cosas que hoy escucho por vez primera. Historias que son tan lejanas como las tierras que se abren más allá de Cerne.

Scaeva Minor volvió a interesarse por el oasis de Siwa.

—¿Sabrán tus guías llevarnos hasta ese oasis?

—Mis guías saben lo que tienen que hacer y cumplirán con el trato.

Tras pronunciar aquellas palabras, se oyó una especie de rugido, parecido al que emiten los leones cuando huelen la caza, y los camellos de los caravaneros comenzaron a expresar nerviosismo y miedo.

—¿Un león solitario en el oasis? —preguntó en su lengua nativa el caravanero.

—No lo sé. No he visto huellas de león en este tiempo —le contestó su hombre de confianza.

Se levantaron todos en visible estado de nerviosismo. La ansiedad había prendido la mecha de la confusión. Y corrieron hasta donde estaban amarrados los camellos. Conforme iban llegando, las cabezas de los bereberes se separaban de sus troncos, cazados por certeros golpes de los senegaleses de Valentiniano. Fue una acción rápida y limpia. Nadie iba a viajar al día siguiente hasta Egipto. Al menos conducido por unos caravaneros que llevaban entre sus esclavos a una sirvienta de Plaucia. Ni Scaeva ni Polypus daban crédito a lo que estaban viendo.

—Te has vuelto loco, Valentiniano —le dijo el piloto.

—Has acabado con la forma más segura y directa de llegar a tierras romanas, hermano —le reprochó Scaeva mientras acariciaba nerviosamente la concha turdetana de su collar.

Valentiniano no los escuchó. Siguió ordenando a sus guerreros senagaleses que cumplieran su trabajo, respetaran a los esclavos y se hicieran con algún caravanero al que poder interrogar. Le llevaron uno que había tenido la cara oculta tras su velo desde que llegó al oasis. Valentiniano le descubrió el rostro. Y se le quedó mirando como el que vuelve a encontrar algo que ya había dado por desaparecido para siempre.

—Me acuerdo de ti —le dijo con la punta de su gladio presionándole la garganta—. ¿De qué me suena tu cara? No conozco muchos *mauri*...

—Yo que tú no empujaría la espada contra mi garganta —le dijo el caravanero.

—Yo que tú no me tocarías los huevos diciéndome lo que tengo que hacer. Tú solo tienes una garganta. Yo, la espada. No es difícil entender la situación.

Scaeva Minor intervino, sorprendido:

—¡Tú eres el marinero que sacamos de la *fullonica* de Gades y se embarcó con nosotros para luego abandonarnos cerca del cabo Juby!

—Es cierto —dijo con rabia el dacio—. Ahora tienes barbas como estos bastardos. Pero tus ojos siguen siendo igual de mentirosos que los que gastabas en el barco mirando siempre hacia la costa —recordó Valentiniano a la par que levantaba el gladio.

—¡Es el Tingitano! ¡La noche está llena de sorpresas! —Se asombró el piloto.

Antes de que el dacio fuera a degollarlo, en castigo de una deserción pasada y, sin duda, agravada por su participación directa en la traición de Cerne, la noche iba a depararles una sorpresa más. La voz de una de las esclavas liberadas surgió de aquella tenebrosa orgía de sangre y venganza advirtiendo a Valentiniano:

—No lo hagas. Él es la llave para regresar y rescatar a Plaucia. Si lo matas, morirá mi señora y vosotros no correréis mejor suerte.

Alguien le acercó una tea a su rostro. Y ella misma dijo:

—Sí, soy Mauricia, la sirvienta de Plaucia, secuestrada desde hace meses por los *mauri* que invadieron Itálica, Híspalis

y Singilia Barba…

6. Tafilalt

Fue la sirvienta de Plaucia la que puso al día a los viajeros, con muchos más datos que las referencias que tenían, de lo que había sucedido en la Bética durante el tiempo que ellos habían invertido en superar la epopeya de los argonautas. Mauricia les informó del estrago de la ola provocada por el tsunami, la misma que en su enloquecida resaca desvió la nave hacia las islas Can; les dibujó un mural desconchado y tenebrista de cómo aquella ola gigantesca había dañado Gades y las poblaciones marítimas de la costa y las situadas junto al río Betis hasta Itálica, arruinando gravemente las instalaciones portuarias de Híspalis; les habló, con dolor, de la gran peste que asolaba el Imperio y de cómo se había cobrado cientos de miles de muertes, acabando con familias enteras y convirtiendo en fantasmales a muchas ciudades. Toda la noche, mientras que los negros de Valentiniano se afanaban en enterrar a los bereberes para que su sangre no reclamara la presencia de fieras salvajes, la empleó Mauricia en informar de lo que había pasado en el mundo desde que se echaron a la mar, en busca del oro del país de los negros. Y habían pasado tantas cosas que abrumaban hasta el punto de que Scaeva Minor dijo en voz alta:

—Los dioses han muerto.

Mauricia les dio también la noticia fatal de que el emperador Marco Aurelio falleció víctima de la peste y de que su hijo Cómodo había tomado las riendas del poder, para nada estable en manos de un sucesor que no estaba a la altura de los grandes problemas del Imperio. Los expedicionarios no salían de su asombro. Valentiniano parecía el más frío de todos y el que mejor navegó por entre tan mala mar de noticias.

—¿Qué fue del patrón, de Cara Pescao?

—Desapareció junto con parte de Gades. Murió ahogado.

—¿Y Crátero?

—Se salvó por días. Cara Pescao lo envió a Emérita Augusta para que estudiara la posibilidad de comprar ricas *domus*

imposibles de mantener por sus propietarios por culpa de la crisis.

—¿Qué crisis?

—La económica. No hay plata suficiente, dicen algunos.

Valentiniano miró a Scaeva y a Polypus guiñándoles un ojo. Luego les dijo:

—Falta plata en Roma y nosotros llevamos oro para hacer pobre a Midas…

Scaeva abandonó la charla y se fue hasta donde tenían atado al Tingitano. Quería saber más cosas y confirmar algunas de las que Mauricia les había contado en la noche de las grandes sorpresas.

—¿Tenéis decidido lo que haréis conmigo? —preguntó el Tingitano.

—Antes quiero saber si es cierto lo que dice esa esclava. Lo de la ola gigante, la destrucción de Cádiz y de Híspalis, la peste en el Imperio… Ya has oído lo que nos ha contado.

—Vuestro emperador ha muerto. Y lo vais a notar. La peste también ha llegado a la Mauritania Tingitana. Y la rebeldía de los *mauri* obedece a que es peor morir de hambre que a manos de los legionarios.

—Eres afortunado. Puedes seguir eligiendo. Tingitano: ¿quieres cambiar tu suerte o darle de comer a los gusanos de la tierra?

—Siempre he sido un sobreviviente buscando la oportunidad de mi vida para alejarme del hambre y de la necesidad. ¿Cuál es el precio?

—El de llevarnos hasta donde está Plaucia y contarnos todo lo que sepas de ese sitio.

—¿A cambio de salvar mi vida?

—¿Hay un tesoro más caro?

—Sí, el dejar de ser un escarabajo sobre una mierda. Ese precio no me convence. Antes prefiero la muerte, el olvido, la fosa…

—¿Quieres oro?

—Lo quiero.

—Si haces bien tu trabajo, lo tendrás —le respondió Scaeva.

—El destino os ha vuelto a salvar. Los dioses parecen haber

abandonado Roma, pero no a vosotros, pese a las calamidades que habéis sufrido.

—¿Por qué lo dices, Tingitano?

—Porque ese oro que escondéis entre vuestras mantas lo ibais a perder camino de ninguna parte.

Scaeva se sorprendió y continuó preguntando.

—Explícate, maldito bárbaro.

—Nunca os iban a llevar hasta Egipto. Nadie, además, conoce el oasis de Siwa. Y los guías que os habían asignado para llevaros a ninguna parte tenían órdenes concretas de conduciros a otro lugar donde os esperaba una encerrona y la pérdida de vuestra carga de oro. ¿Ves cómo los dioses no os han abandonado?

Scaeva se quedó pensativo y comprendió que la intuición de Valentiniano, nuevamente, les había regalado más tiempo de vida. Aquella duda que lo asaltaba antes de salir de Gades, temiendo que su hermano mayor no tuviera un buen encaje en la organización del viaje, estaba más que resuelta. El dacio era el verdadero líder épico y moral de aquella extremada aventura en el país de los negros y en el océano sahariano de los bereberes. Tras el relumbrón del oro solo había peligros y muerte. A los que sobrevivieron gracias a la intuición y osadía de Valentiniano. El hijo del Zurdo miró al Tingitano y le enseñó el cuchillo turdetano de su padre:

—En tu mano está ganarte el oro que te corresponda o pagar tus traiciones con este cuchillo que adora las gargantas de los traidores…

7. Atlas

Los ojos de los expedicionarios estaban abiertos y sorprendidos de ver aquellos caminos helados y rocosos por donde el Tingitano dirigía a la expedición camino de Volúbilis[27], a la búsqueda del nido de águilas de los *mauri* donde estaba secuestrada Plaucia. En unos días habían pasado de las arenas ardientes del desierto a las temperaturas extremadas de la cordillera del Atlas, donde los negros senegaleses acusaban más los rigores del frío. Vieron nevar y creyeron que el cielo

derramaba ceniza sobre sus cabezas. Y, por vez primera en su aventura camino del mundo civilizado, tuvieron miedo. Fue Valentiniano el que les explicó lo que era la nieve, lo mucho que nevaba en los inviernos de su país de origen y lo buena que era para casi todo. No era nada demoniaco. Pero los negros continuaban pensando que se acercaban al infierno, al mundo frío y helado de los muertos, donde la vida era imposible. Sus caretas fúnebres estaban pintadas de blanco y con el color de la ceniza representaban, en sus ritos corales, la danza de los muertos. Por imposible los dejó Valentiniano con la esperanza de que pronto dejarían atrás aquellos desfiladeros desde los que se podía tocar el cielo y de nuevo, camino de Volúbilis, recobrarían la serenidad y desterrarían su angustia. Sin saberlo nadie, estaban haciendo un camino de regreso muy parecido al que, en el 41 antes de Cristo, realizara el cónsul Cayo Suetonio Paulino. Siendo legado de la Mauritania, sumó una expedición más a la media docena de expediciones que Roma, en diferentes periodos de su historia, emprendió para adentrarse en el corazón de África. Sin duda buscando lo que los expedicionarios gaditas e hispalenses habían encontrado en la cuenca alta del Bambouk. Cayo Suetonio Paulino, que tras marchar de la Mauritania hizo su trabajo en Britania derrotando a la reina vernácula Boudica, lideró una expedición por el Atlas, superó las nevadas cumbres de su orografía, alcanzó el desierto y llegó hasta las riberas del río Daras, en el actual Senegal.

Nueve años después, Augusto, envió a Septimio Flaco a buscar hipopótamos en la región del Chad. Eso es lo que decían para justificar una expedición que, partiendo de la Tripolitana, la actual Libia, atravesó las montañas Tibesti, las más altas del Sáhara, se adentró en las siempre peligrosas tierras de los Garamantes y llegó a una región denominada por Plinio Agisymba, donde se toparon con elefantes y rinocerontes. En realidad, esa era la tapadera exótica para encubrir el verdadero motivo de una expedición tan arriesgada, que no era otro que el oro del país de los negros. Nada de esto, evidentemente, estaba en el conocimiento de aquellos hombres que, tras las penurias y calamidades pasadas

en Cerne y en el desierto, lo que ansiaban era volver a tierras béticas y abandonar unas regiones tan extremas, donde se pasaba del sol ardiente a la nieve que te quemaba de frío, de las dunas interminables a los montes más escarpados y dificultosos para atravesarlos. Mauricia seguía adelantando noticias a Valentiniano, muy preocupado de la que fue su última aventura amorosa, la aristócrata Plaucia.

—¿Quién lideraba la partida y ordenaba los secuestros? —preguntó.

—Un tal Maurus Ucmetio. Caudillo de los rifeños. El mismo que nos raptó y nos dejó en manos de sus jefes en las montañas del Rif.

—¿Nadie la defendió cuando la secuestraron?

—Sabían a las casas que iban, señor. Parecía que tenían buenos informes de a quién tenían que secuestrar para pedir un buen dinero a cambio.

—¿La han maltratado esos cabrones?

—Saben cuidar las mercancías que le reportan beneficios. Aunque Maurus Ucmetio es un sanguinario.

—¿Han pedido ya el rescate por Plaucia?

—Tengo entendido que sí. Su nombre y su precio iban en una lista junto con otros aristócratas que los bereberes enviaron a Lambaesis. De eso nos enteramos porque los *mauri* se lo dijeron.

—¿Mucho dinero?

—Demasiado. Más de trescientos mil sestercios. Pero el dinero no es su preocupación. Solo está interesada en que no le quiten lo que le pertenece. ¿Sabe una cosa?

—Dímela.

—En Itálica dejó enterrado un buen capital en áureos. Mil ciento treinta y cinco áureos desde el tiempo de Nerón al de Lucila, la hija de Marco Aurelio.

—Siempre tan astuta.

—Pero hay un problema, señor.

—¿Otro más? ¿No son ya bastantes? —dijo con sorna Valentiniano.

—Nadie sabe nada del esclavo que enterró el dinero.

—¿Seguirá en Itálica?

—También cayó prisionero. Y es posible que haya sido asesinado o trasladado con otros cautivos a…

Valentiniano cortó la conversación porque no le interesaba en absoluto. Ni hablar de dinero, ni hablar de tesoros escondidos. Él llevaba oro como para solar todo el foro de Itálica. Y Plaucia era insultantemente rica. Podía pagar su rescate y el de los otros aristócratas que la acompañaban en el cautiverio. Sin que su patrimonio resintiera ese desembolso. Ese no era el problema. El problema era que Valentiniano, cuando escuchó que su amante era cautiva de los bereberes, sintió en su estómago algo parecido a un sentimiento ajeno al odio y al rencor. Un sentimiento cálido, dulce, sereno. Similar al que años atrás sintiera por su esposa Bendis allá en Sarmizegetusa, la capital romana de la Dacia. Realmente se enamoró de aquella mujer, con la que compartió una casa, en el frontispicio de cuya puerta se había labrado un falo con la siguiente leyenda: *«Hic habitat felicitas»,* «aquí vive la felicidad». A Bendis, la que quiso conocer Alejandría, se la llevó un mal parto, con su bebé nonato. Y ni aquella casa, ni aquella Dacia romana fueron lugares donde Valentiniano encontrara la paz que atemperara la acidez de su odio existencial. Fue agradable volver a sentir la miel de sus recuerdos sobre el pan duro de una vida con aliento a sangre. Plaucia, la hermosa Plaucia. Y quiso saber circunstancias más privadas de su vida, tras su larga ausencia buscando oro y prestigio guerrero.

—¿No tuvo un hombre que la defendiera de los *mauri*?

—Fue todo muy rápido y por sorpresa, señor.

—Imagino que algún pretendiente saldría en su auxilio…

—La señora parece que no los necesita. Debe acordarse aún de usted…

Valentiniano sintió orgullo y pudor al escuchar aquellas palabras. Y cambió nuevamente de conversación.

—Crátero es la única persona que queda allá de una empresa tan ambiciosa como la que hemos abordado.

—Crátero está en manos de la tristeza. La muerte de Cara Pescao lo hundió. Pagó mucho dinero para que encontraran su cadáver en algún lugar de Gades donde la ola lo dejara. No

dieron nunca con él.

—¿Pero sigue ocupándose con tino de los negocios?

—No lo sé. Solo puedo decirle que más de una vez he visto en sus ojos como deseaba que la muerte lo recogiera…

8. Volúbilis

En los ojos de los expedicionarios se recogía la alegre feria del regreso que celebraban con vivas a Valentiniano y Scaeva Minor, tras vislumbrar, a pocos kilómetros de sus puertas, la silueta inconfundible del municipio de Volúbilis, con las nuevas murallas construidas años atrás por Marco Aurelio y su templo a Júpiter en la parte más elevada de la ciudad. El potencial agrícola de su término, sustentando en las feraces tierras del valle donde se ubicaba, protegido por los muros colosales de las estribaciones rifeñas, multiplicaba en sus campos los cultivos de olivos y trigo. El hecho de que fuera la segunda ciudad dentro del *limes* romano tras la fronteriza Tocolocida la convertía en una plaza muy frecuentada por los mercaderes, y también en uno de los epicentros del negocio de fieras para los anfiteatros del imperio. Los expedicionarios soñaban con sus termas, con su foro y con el templo de Júpiter donde, formando una piña, irían a dar gracias al todopoderoso por haberles permitido regresar del mismísimo infierno. Estaban a salvo. Pero ¿realmente lo estaban?

Entraron en la ciudad y Valentiniano les dio permiso para relajarse en las termas, mientras que su guardia negra se quedaba vigilando los camellos con la preciada carga, fuera de las murallas. Aquellos senegaleses, que jornadas atrás se habían intimidado con la nieve, con la ceniza fría que llovía del cielo, no daban crédito a lo que sus ojos estaban viendo. La cerca de piedra que guardaba Volúbilis, así como sus puertas y calles empedradas, la agitación de sus mercaderes, los trigales y adelfas que ocupaban sus campos, más que intimidarlos ahora, los asombraban. Como se puede asombrar un ciego cuando ve los colores por vez primera. O un sordo cuando escucha la suave armonía de un arpa por un milagroso tratamiento de la medicina. Aquellos negros estaban

descubriendo un mundo nuevo. Infinitamente superior y distinto al que dejaron atrás para siempre, allá en las riberas del Bambouk, que dominaba el fuego sin necesidad de mantenerlo siempre ardiendo, que era capaz de transportar el agua por construcciones de piedras, que vivía en casas con suelos de colores y dibujos de animales y peces, que hacía humo de olor agradable para ganar la bendición de sus dioses y que era capaz de capturar leones, elefantes y rinocerontes vivos, enjaularlos y llevarlos a tierras aún más lejanas para que lucharan con los hombres. Desde Cerne hasta Volúbilis había muchas jornadas de distancia. Pero entre su modo de vida y el de aquellos romanos distaban siglos. Muchos siglos de distancia entre sus chozas y las *domus* de los ricos mercaderes locales.

Valentiniano y Scaeva fueron directos, sin tomarse la molestia de asearse o relajarse en un prostíbulo, hasta la primera taberna que encontraron, sabedores de que en ellas se actualiza cualquier tipo de información y noticias. Ni el *praeco* en el foro es capaz de ponerte al día con la misma exactitud que una taberna empapada de vino gordo y barato. Dieron con una que se llamaba La Sed del Camello, en un juego de palabras alusivo a la insaciable capacidad del animal por beber tras sus travesías saharianas. Esperaban un ambiente mucho más alegre. Pero las murallas que hizo levantar Marco Aurelio años atrás no fueron por capricho. No era infrecuente ver a las diferentes partidas de *mauri*, confederadas sus tribus ocasionalmente para la rapiña, asomarse a las ciudades transfronterizas más importantes, para hacer lo mismo que hicieron en Híspalis, Itálica y Singilia Barba. Entraron y, lejos de ser ellos los que demandaban información de los parroquianos, fueron estos los que se interesaron en saber si habían visto a tribus preparándose para alguna incursión en la zona. Las murallas del emperador filósofo habían dado a Volúbilis la seguridad que una buena escolta le proporciona a un mercader. Pero aquella ciudad era rica, apetecible y no muy lejana de los escondrijos montañosos donde los bereberes solían ponerse a salvo de Roma.

—No, no hemos visto nada anormal. Hemos llegado sin

amenaza alguna —dijo Valentiniano.

A su espalda estaba el propietario de la taberna, un hispalense de edad avanzada, mercader y exsoldado de Roma muchos años atrás, quizás uno de los hombres con más posición de la ciudad. Algo le llamó la atención de aquellos dos forasteros a los que sus clientes acosaban con preguntas sobre los *mauri*. Se acercó a la mesa de Valentiniano y de Scaeva Minor. Dio varias palmadas antes de llegar:

—¡Ya está bien! Dejad a mis clientes tranquilos. Vamos. ¡Dejadlos respirar al menos!

Sonrió antes de sentarse y presentarse.

—Disculpen a mis clientes, forasteros. Pero los *mauri* los tienen un poco nerviosos. Me llamo Tercio.

—Salve, Tercio —dijeron a la vez los dos viajeros.

—Es para estar nervioso. No dejan de dar por culo. Mi nombre es Valentiniano.

—Es cierto. Cada vez son más osados y rebeldes —respondió Tercio.

—Y cada vez nos cuesta más mantenerlos a raya por lo que veo —prosiguió Valentiniano—. ¿En qué piensa el Ejército?

—Tienen trabajo en Roma. Desde que murió Marco Aurelio las cosas en la capital del mundo no están claras. Pero no dejan de pensar en la frontera sur. Se habla de que se prepara una gran ofensiva contra los *mauri*, con concentraciones en las dos Mauritanias de unidades legionarias y auxiliares llegadas desde las partes más alejadas del Imperio.

El viejo no dejaba de contestarle a Valentiniano, pero con los ojos clavados en Scaeva Minor y en su collar con la concha turdetana. El hijo del Zurdo se sintió un tanto incómodo.

—Eso ya pasó con Antonino Pío —dijo Scaeva con seguridad.

—Yo lo viví en esta tierra. Y puedo decirte, si mi memoria no me falla, que llegaron legionarios de Panonia Superior e Inferior, de Britania, de Germania, de Siria, de Bretaña y de la Dacia… Hice mucho dinero.

Valentiniano sintió ardor en su estómago cuando escuchó el nombre de su vieja, añorada pero desaparecida patria.

—¿También de la Dacia? —preguntó Valentiniano

traicionado por el poso de melancolía que aún guardaba de su vieja nación.

—Oh, la Dacia. Yo estuve allá como auxiliar de la legión II Trajana Forte. Era muy joven —dijo Tercio escrutando la cara de Valentiniano.

—¿Por qué me miras de esa forma? ¿Tengo mierda en la cara o qué?

Scaeva le hizo una señal disimulada a su hermano para que atemperara las formas.

—No, no tienes mierda en tu cara. Pero me resulta familiar. No la mierda, sino tu rostro. ¿Eres dacio?

—¿Y a ti qué te importa? —respondió Valentiniano

—Me suena tu acento, Tercio —dijo Scaeva Minor para cambiar la conversación.

—Y a mí tu cara, muchacho. También ese collar. Aún no me has dicho tu nombre.

—Parece que nos hemos reunido, gracias al azar, un grupo de viejos conocidos que tratan de reconocerse tras las neblinas del tiempo.

Al viejo se le iluminó la cara, cogió las manos del muchacho y se las besó.

—¿Por qué me besas las manos, viejo loco?

—¡Porque soy de Híspalis, luché con tu padre en la Dacia y lo vi pelear en el anfiteatro como no vi pelear antes a ningún gladiador! ¡Tú eres su vivo retrato! ¿Por qué los dioses me envían en mi senectud los recuerdos más gratos de mis años más nuevos? Venid, venid a mi casa. Tenéis muchas cosas que contarme. ¿Ese collar era de tu padre, verdad?

Valentiniano y Scaeva Minor se miraron buscando una decisión compartida. El dacio interrumpió el comienzo de un sí que Scaeva solo pudo refrendar con un gesto afirmativo de su cabeza.

—Vamos a tu casa, Tercio. Durante el camino podrías recordar de qué te resulta familiar mi rostro. Solo te diré algo: si luchaste con Scaeva en la Dacia es posible que allá nos encontráramos.

—Entonces eres dacio —dedujo Tercio.

—Sí, lo seré siempre. Aunque hoy no sepa su significado.

Fui botín de guerra de Scaeva…

—Por todos los dioses, ¿tú eres aquel chico que Trajano le regaló a Scaeva y que a punto estuvo de matarlo en una emboscada en el bosque?

—Soy yo. El mismo que tú deseabas eliminar. Fui esclavo de Scaeva, luego gladiador, amigo de mi amo y ciudadano libre tras mis éxitos en la arena.

—¿Y qué haces viajando con su hijo? —preguntó asombrado Tercio.

—Conocer África. Me encantan los leones…

Scaeva se echó a reír ante la desvergüenza del dacio y caminó junto a Tercio hasta su *domus*, escuchando las aventuras y desventuras militares que ambos vivieron en las guerras dacias al lado del emperador más grande que dio Itálica.

—¿Llevas también su cuchillo turdetano?

—Siempre me acompaña. Es como si mi padre caminara junto a mí.

9. VOLÚBILIS

Tercio había sabido sacarle provecho, en un confín africano del Imperio, a sus méritos alcanzados en el ejército muchísimos años atrás. Tras pasar un año en Roma y participar en el triunfo de Trajano, decidió no regresar a Híspalis y probar fortuna en el norte de África. Las putas con las que yació, que fueron muchas y de variado pelaje, le marcaron África como objetivo. Quizás porque alguna de ellas fuera africana y fornicara como a él le gustaba. Y eligió la Mauritania atraído más por los coños de sus mujeres que por las posibilidades de hacer carrera. No obstante, fue un hombre afortunado. Obtuvo tierras que le dieron trigo y aceite. Y supo invertir en la ciudad en negocios tan variados como tabernas vinarias, tahonas y carnicerías. Tampoco le hizo ascos, alguna vez, a mercadear con cueros y dátiles. Vivía en una *domus* espectacular. Con mosaicos trabajados con exquisita maestría donde los delfines y las doradas sucedían a figuras de animales africanos, con rinocerontes atacando a sus cazadores y leones devorando

gacelas. Un amplio jardín, con una fuente central manando agua por la boca de un pequeño ángel de bronce, era el complemento más ajustado para los sembrados de hierbas aromáticas, adelfas rosas y blancas y granados, por donde Tercio daba rienda suelta a sus debilidades. Pese a su edad avanzada, gustaba de saborear la dulce inocencia de niñas púberes, a las que halagaba con golosinas y monedas, para que terminaran en su alcoba. En la puerta de la misma había un afortunado dibujo de Leda y el cisne, pintado por un artista local, con trazo seguro y Leda mirando, de forma muy concupiscente, al que se disponía a atravesar aquel libidinoso umbral.

—Hermosa casa, Tercio —dijo Scaeva Minor.

—No me puedo quejar, muchacho.

—¿Todas estas niñas que veo en el jardín son hijas tuyas? —se extrañó Valentiniano.

Con un cinismo propio de sus debilidades, Tercio contestó tajante:

—En cierta forma lo son, dacio. Soy mejor que un padre para todas ellas. Si no fuera por mi cariño y mis cuidados estarían muertas. O abandonadas en la necrópolis. O quizás serían esclavas de los *mauri*.

—Eres todo corazón —le respondió el dacio con sarcasmo descubriendo al sátiro que llevaba dentro aquel viejo.

—Y a ese corazón invoco —prosiguió Scaeva—. Al corazón de alguien que nació en nuestra tierra.

—Decidme.

—Los *mauri* secuestraron en Itálica a una aristócrata que queremos rescatar.

—Y no pensamos pagar ni un as por ella. —Quiso dejar clara la situación Valentiniano.

—¿Cuál es el nombre de esa aristócrata? —preguntó Tercio.

—Plaucia. Una de las fortunas más grandes de la Bética —dijo Scaeva.

—He oído su nombre. Solo puedo deciros que hay alguien que quiere pagar ese rescate.

—Por todos los dioses, ¿quién quiere pagarlo? —Se agitó Valentiniano.

—Un tal Crátero. Un viejo casi como yo que lleva la muerte en sus ojos.

—¿Lo has visto? —preguntó Scaeva Minor.

—Pasó hace unos días por aquí, camino del nido de águilas donde dicen que están los cautivos de los *mauri* que trajeron de la Bética.

Scaeva y Valentiniano se levantaron con urgencia. Y dejaron al viejo sin saber mucho más de su gran compañero de armas y posterior gladiador hispalense. Antes de que los dos salieran de aquel vergel de rosas y romero, Tercio gritó:

—¡Muchacho! ¿Cómo está tu padre, mi gran amigo Scaeva?

—Tranquilo. Muy tranquilo. Si vas a Híspalis lo encontrarás a la entrada de la puerta sur. Duerme allí desde hace años…

—Nunca podré volver a Híspalis. Dale un abrazo de mi parte y dile que Tercio, pese a que gastó mucho dinero en putas, triunfó en la vida, como él en los anfiteatros.

Tercio se sintió agitado por la emoción del encuentro y por las voces urgentes de la despedida. Aquel día la puerta donde Leda y el cisne invitaban a la voluptuosidad no iba abrirse con golosinas ni monedas. El sol acariciaba las espaldas del viejo soldado y reposó sus muchos años sobre una litera donde echó a volar sus recuerdos de una juventud lejana en el tiempo y en el espacio. Antes de que salieran de la casa, Valentiniano le gritó:

—¡Aquel día en el bosque de mi nación te salvaron tus dioses! Estuve a punto de matarte. Y aún tengo ganas de hacerlo. ¡Cuídate, Tercio!

A Tercio las voces le parecieron sueños porque cayó rendido en el triclinio tras haber hecho en menos de tres horas un largo viaje de años a la primavera de su vida…

10. Volúbilis

Ni el tiempo ni el espacio habían sido nunca obstáculos para que Roma atendiera sus fronteras cuando estas, como le pasó a Marco Aurelio en el norte, vivían tiempos turbulentos y convulsos. Lo hizo en el norte, en aquel Danubio que fue escenario de sus luchas contra unos bárbaros que querían

ganar tierras romanas para garantizar su futuro. Y también en el sur, en África, donde los bereberes de ambas Mauritanias habían dado muestras visibles de su rebeldía, desde el siglo I después de Cristo. Sus frecuentes desencuentros con los colonos romanos eran motivos de quejas de ciudades tan alejadas de Volúbilis como Sala[28]. Los decuriones de aquella ciudad costera le dedicaron honores a M. Sulpicius Félix, prefecto de la Alae II Syrorum, por haberla liberado de los ataques y las pérdidas de ganado que habían llegado a ser habituales en la región por culpa de los bereberes. Para proteger a los ciudadanos y a la ciudad de Sala se abordó su amurallamiento, en los lugares más vulnerables y expuestos, con una fortísima cerca que se pagó con un gasto moderado. La inscripción en mármol que los ciudadanos de Sala le dedicaron al prefecto respiraba agradecimiento y un sentido orgullo por el Ejército, ya que no olvidaban, podía leerse en la lápida, que desde sus actuaciones estratégicas, habían procurado a los trabajadores «el libre acceso a los campos y bosques» y que «ahora podían dormir en el campo gracias a su protección». Aquella convulsa situación que afectaba a ambas Mauritanias salpicaba, igualmente, pero con una periodicidad menos frecuente, al otro lado del Estrecho. Una de esas salpicaduras era la que ahora llevaba a Valentiniano y Scaeva, junto con los senegaleses y el resto de la expedición, hasta donde el Tingitano aseguraba que estaba secuestrada Plaucia. Pero había un serio inconveniente para liberarla. Uno más.

La aparición sorpresiva de Crátero como enviado para pagar el rescate desactivaba el plan que Valentiniano venía madurando desde que el Tingitano lo puso al corriente de la situación del escondrijo de los bereberes. El hombre de absoluta confianza de Cara Pescao, un griego que le sirvió con lealtad y sabiduría durante toda una larga existencia, les llevaba tres jornadas de adelanto. Crátero llegaría antes que ellos, pese a su añosa y desmotivada existencia, convirtiéndose su protagonismo en un elemento de difícil manejo. El ritmo de los expedicionarios sobre las elevaciones del Rif era infernal. Polypus no participaba. Se le ordenó marchar junto con algunos gaditas de la expedición hacia la gran bahía, en la

actual Alhucemas, con la carga de oro, marfil y cueros. A salvo de peligros ciertos. Allí se unirían con Valentiniano y Scaeva si eran capaces de resolver un rescate nada fácil.

11. Rif

Nada era fácil en aquellos tiempos turbulentos, de hambrunas y pestes, de depresión económica y revueltas de pueblos que se consideraban picoteados por las águilas de Roma y no las aceptaban como regidoras de sus destinos. Y esos tiempos de angustias multiplicaron más su incertidumbre tras la muerte de Marco Aurelio y las primeras decisiones tomadas por su hijo Cómodo. Roma era un hervidero de intrigas. Y las fronteras, una constante amenaza para un imperio cuyos ciudadanos aún no eran conscientes de que los buenos tiempos llegaban a su fin. Un largo y tortuoso fin. En lo alto de las montañas del Rif, camino del escondrijo donde los *mauri* tenían secuestrada a Plaucia y a otros aristócratas béticos, las preocupaciones eran más inmediatas. Casi únicas. Rescatar a los secuestrados y salir de aquel nido de águilas sin un rasguño. Pero los corazones de Scaeva y Valentiniano estaban repletos de dudas y sospechas.

—No me fío del Tingitano. Quien te traiciona una vez, te traicionará otra —argumentó el dacio.

—Sus ojos me siguen pareciendo tener dos o tres almas diferentes. Te aseguro que los miro y no sé qué me están diciendo —respondio Scaeva.

—Mentiras. Como hizo en el barco camino de Cerne y como cuando nos vendió a los bereberes que quemaron nuestra nave. No me perdonaría dejarle el cuello intacto.

—Es el único que sabe dónde está Plaucia. Y el único que sabe llevarnos hasta allí. La cuestión está en saber si prefiere el oro que se le ha prometido por traicionar a los suyos o…

—… O nos sorprende y nos vende como esclavos —dijo Valentiniano.

El Tingitano marchaba el primero, con paso firme y seguro, indicando con su mano la altura de un risco inaccesible en apariencia, donde las tribus macenitas y baquates que acaudillaba Maurus Ucmetio, empezaban a controlar un

territorio hostil, plagado de trampas naturales y resbaladizos desfiladeros, auténticos despeñacabras donde ninguna patrulla romana osaría llegar. Había bocas de lobos con menos colmillos y peligros que aquel camino pardusco, sembrado de rocas y retamas.

—¿Sabes una cosa, hermano?

—Dime Scaeva.

—Creo que se rendirá ante el oro. Sabe muy bien lo que llevamos. Y es su oportunidad para darle el cambio que quiere a su vida.

—¿Y si lo quiere todo? —respondió Valentiniano con un gesto de absoluta desconfianza en su rostro.

—Sabe que eso es imposible. Que Polypus está en la costa buscando un barco que contará con la escolta de la flota imperial del Miseno, con base en el golfo de Nápoles y que controla los puertos y el comercio marítimo del Estrecho. Nunca se atrevería a bajar de estas montañas.

—No lo necesita, hermano.

—No te entiendo, Valentiniano.

—Fácil como contar de uno en uno. Con traicionarnos allá arriba y contarle a su jefe lo que tenemos en Alhucemas, él mismo le pediría a Polypus el rescate que le saliera de los cojones. Estamos en sus manos, Scaeva. Abre bien los ojos, piensa despacio y encomiéndate más que nunca al cuchillo turdetano de tu padre. Por si hay que rebanar más cuellos que los que rebanó en mi vieja Dacia…

---

26 Oasis de Marruecos.

27 Municipio de la Mauritania Tingitana, en el actual Marruecos.

28 La actual Salé marroquí en la costa atlántica.

CAPÍTULO XIII

EL ÁGUILA DE JÚPITER

1. RIF

Los ojos los llevaban bien abiertos, se pensaba despacio, pero sin pausa y el cuchillo turdetano de Scaeva, los gladios de los negros y el instinto animal de Valentiniano para husmear la traición estaban en alerta permanente. El Tingitano inspiraba la misma confianza que una serpiente en la cama. Y si el muchacho pensaba en traicionar a sus antiguos compañeros de viaje era posible que su pensamiento, por muy íntimo y escondido que fuera, pudiera ser leído por algunos de aquellos alertados soldados que iban al encuentro de Plaucia. Scaeva buscó un aparte en el camino para poder hablar sin reservas con Valentiniano.

—¿Me puedes adelantar qué plan tenemos para rescatar a Plaucia? —le preguntó sin esperar mucha información del dacio.

—Tengo cosas pendientes por solucionar. El plan no está cerrado.

—Me gustaría que me avanzaras algo, Valentiniano. Voy a oscuras. Y alguna luz necesito para no caerme o caernos…

—¿Caernos?

—Caernos, sí. Eso he dicho.

—¿Desconfías de mis planes? —Se molestó el dacio.

—Desconfío de la ignorancia. Y no sé absolutamente nada de lo que vamos a hacer para rescatar a Plaucia.

—Te diré tan solo una cosa, Scaeva.

—Sea.

—Crátero, que tanto me preocupaba, ha dejado de hacerlo. Ya no es un problema. Forma parte de la solución.

—¿Crátero?

—Sí, el griego nos será muy útil.

—Si tú lo dices —dijo poco convencido Scaeva.

—Yo te lo digo. Nos será tan útil como lo son las torres de Haníbal a los guardacostas de la Bética.

Scaeva miró a su hermano y lo vio desconcertado. ¿Qué tendrían que ver las torres de Haníbal con Crátero? ¿Qué relación guardaban aquellas torres construidas a lo largo del litoral bético que servían para controlar los movimientos de los barcos y desplazamientos de hombres a lo largo de la costa con el griego? El dacio trató de tranquilizarlo y le regaló una sonrisa llena de picardía y confianza. Uno de sus negros los interrumpió para indicarle que habían cumplido con sus órdenes.

—Escorpiones, muchos escorpiones.

—¿Y las serpientes?

—Serpientes, señor. Muchas.

Scaeva pasó del desconcierto al atolondramiento. ¿Qué estaban diciendo aquellos negros? ¿Qué órdenes les había dado Valentiniano? ¿Escorpiones, serpientes?

—No entiendo nada, Valentiniano. Absolutamente nada.

—Ten presente una cosa, hermano. Vamos a asaltar un nido de águilas. ¿Necesitas saber cómo hacen el nido las águilas o cuál es la forma más práctica de aniquilarlas?

Scaeva se quedó en silencio, mirándolo y moviendo la cabeza en señal evidente de su desconcierto.

—No te quedes ahí. Nada de lo que preparo tendrá sentido si el Tingitano nos engaña otra vez. Convirtámonos en su sombra…

2. Rif

Subieron durante dos días más por aquellos riscos endiablados, cada cual en lo suyo; los dos hermanos, vigilando los movimientos del Tingitano; este, marcando una ruta que afirmaba ser la más rápida, segura y camuflada de las posibles; y los negros, enfrascados en cumplir las órdenes aparentemente disparatadas del dacio. Por el camino se encontraron con un joven pastor de cabras a quien el Tingitano le arrancó la noticia de que Maurus Ucmetio, el caudillo

berebere, no estaba en el refugio montañoso, y que había dejado en su lugar a un hombre de su completa confianza. Igualmente, el pastor puso al Tingitano en antecedentes de que el poblado estaba eufórico, celebrando la llegada de un griego con una estimable cantidad de plata para rescatar a una de las cautivas. El Tingitano traducía al pastor, cuyas palabras eran pesadas y medidas por Valentiniano.

—Me encantan las fiestas. Sobre todo, aquellas a las que no me han invitado —dijo sonriente el dacio.

—De hoy no pasa que me expliques lo que vamos a hacer —comentó Scaeva.

—No, de hoy no pasa, hermano.

Continuaron el camino hacia el poblado donde una fiesta de panderos, bailes, crótalos y vino celebraba un día felicísimo para los *mauri,* que daban la bienvenida a la plata que le llegaba del otro lado del Estrecho. El pastor se quedó mirando extrañado la comitiva que lideraba Valentiniano, enemigo mortal de dejar cabos sueltos cuando trataba de tejer una de sus tramas púrpuras, aquellos mantos de sangre con los que solía cubrir su fama. Miró a uno de sus negros y se pasó un dedo por el cuello.

—¿Lo has mandado matar?

—Sin sufrimiento, Valentiniano. No podemos dejar libre a un cabrero que estaría contando esta noche en su poblado lo que acaba de ver aquí.

—¿Realmente es necesario?

—¿Lo quieres como esclavo junto con sus cabras? —le respondió irónico—. Debes aprender ya que en estos casos la vida se empeña en darte solo dos opciones: tú o el otro. Yo ya he elegido.

—Irritaremos al Tingitano.

—A ver si tiene huevos de demostrarme su irritación. Que yo le enseñaré la mía —respondió iracundo el dacio.

Valentiniano lo miró y con las manos le aconsejó que se calmara.

—Sigamos. Esta noche, cuando acampemos, te explicaré el plan de asalto y de fuga. Confía en mí, Scaeva.

—Pero los escorpiones y las serpientes… ¿Qué tramas,

Valentiniano?

—Rescatar a Plaucia, escapar de estas montañas de mierda y darme un baño espectacular en las termas de Baelo Claudia. Después follarme a esa aristócrata que, te aseguro, es la envidia de Venus…

3. Rif

Valentiniano retrasó por dos días más el ataque al refugio berebere: un conjunto de cuevas en las paredes de la montaña con una especie de casa principal en el centro de la explanada, todo de muy baja calidad constructiva, pero sobrado de ventajas para su defensa y ocultamiento. Cabras, ovejas, burros y caballos convivían con los rifeños, en una comunidad tan animal como humana, donde las pulgas, la sarna y las garrapatas también encontraron su mejor castillo. El dacio hizo sus cuentas mirando la noche. Y le salieron redondas. Porque tras dos días de espera, tiempo que empleó en explicar, minuciosamente, el plan a Scaeva y a sus negros más dispuestos, a la luna se la tragó el cielo y la oscuridad era alta, intraspasable y esquinada. Pero en el poblado las candelas ardían con toda intensidad, prolongándose la fiesta del pago del rescate, con bailes inagotables y gritos de mujeres sedientas de felicidad, muchas de las cuales yacían con los vigilantes de aquellos riscos olvidados, donde los piojos competían con las liendres por reinar sobre algún jergón o cabeza. Aprovechando la oscuridad, Valentiniano daba las últimas órdenes.

—¿Estáis listos?

La pregunta fue corriendo de hombre en hombre. Hasta que la señal de que todos estaban en posición de combate rompió el velo de la noche. La lechuza cantó. Y esa fue la señal para caer sobre aquel distraído y feliz escondrijo, ocultos bajo la capa de una noche tan oscura como los senegaleses. Volaron contra el interior de las cuevas ollas con la boca sellada llenas de escorpiones y serpientes venenosas, que al estrellarse hacían su doloroso y mortal trabajo. Restando defensores al poblado y encendiendo la confusión. Scaeva se encargó de azuzar sobre el centro de la fiesta varios caballos con teas ardiendo amarradas

a su cola. Los negros irrumpieron con ferocidad en el edificio central del poblado, dando muerte por sorpresa a los que allí estaban. Luego lo incendiaron para provocar más confusión entre los que aún sobrevivían. Valentiniano, aliado del caos, se encargó de abrir el redil, incendiar la paja y soltar a los animales angustiados por tanta amenaza, que convulsionaron aún más la situación. Luego asumió la búsqueda de Plaucia con el Tingitano.

—Condúceme hasta ella —le dijo—. Y cuídate de hacer cosas raras.

A Plaucia la tenían escondida en el interior de una cueva, junto con los otros cautivos, en condiciones deplorables para una aristócrata romana, pero casi esmeradas para aquellos belicosos rifeños. Los sacaban durante el día para que comieran y respiraran. Luego regresaban a la cueva que, para despistar a posibles intrusos, había convertido su umbral en una especie de gallinero, cuyo guano despedía un hediondo e insoportable olor. Llegar no solo era difícil, sino laberíntico, pues a las dificultades del camino de acceso, separado del poblado y vigilado por los rifeños, se sumaba el camuflaje del corral.

—Te he dicho que me lleves al sitio donde tenéis a Plaucia, no al gallinero —apuró el dacio.

—La gallina que buscáis está ahí dentro —dijo el Tingitano con ironía.

—¿Y el viejo que pagó su rescate?

—¿Qué viejo? Yo no estaba aquí cuando vinieron a pagar su rescate.

—Dime dónde está la plata —le replicó con ira.

—Lo desconozco. He viajado con vosotros desde que me hicisteis prisionero en el oasis de Tafilalt —contestó aterrado el Tingitano.

—Ve pensando dónde está Crátero y el dinero que pagó por el rescate de Plaucia. De lo contrario ni todo el oro de los negros de Cerne podría rescatarte de tu peor muerte. Y, por todos los dioses, soy un especialista en causar dolor…

4. Rif

El dolor y el pánico desatado en la aldea por los hispalenses y gaditas apoyados en una guardia negra de eficacia mortal dejó la cueva sin vigilancia. Los rifeños encargados se habían escapado por entre los caminos de aquellos riscos endemoniados tras ver el asalto a su pueblo y creer que eran las legiones de Roma las que dieron con el clandestino agujero donde se refugiaba el caudillo Maurus Ucmetio. Valentiniano accedió a su interior acompañado del Tingitano, al que no quitaba ojo. Plaucia aguardaba, expectante, junto a Crátero en un jergón de pajas, acosada por ejércitos implacables de pulgas. La parpadeante luz de la antorcha que portaba el dacio la turbó. Ver a Valentiniano, al que daba por muerto tras aquella alocada expedición, hizo que por su pecho sintiera el galope de la sorpresa amable, que se empeñó en dominar y no expresar. Lo recibió como ella era: fina y distante. Con un humor digno de su gran carácter.

—¿No llegas un poco tarde, querido? Tus retrasos acabarán conmigo…

Valentiniano rompió a reír. Y abrazó a su antigua amante.

—Por todos los dioses, has olido mejor en otra época.

—Es cierto, querido. Ya ves que por aquí no es fácil encontrar perfumes caros. ¿Se puede saber a qué has venido?

—A llevarte conmigo. Y a rescatar tu plata.

—No me parece mal plan.

—Tengo otro mejor para cuando acabe esta incómoda aventura, Plaucia.

—No me lo cuentes. Me gustan las sorpresas —le dejó caer con complicidad.

Crátero vio a Valentiniano y rompió a llorar. También lo había dado por muerto, víctima de los monstruos del mar o de una aventura extrema como la que acometieron gracias a los sueños emprendedores de Cara Pescao. Se abrazó al dacio y Valentiniano lo calmó.

—¿Sabes una cosa, viejo griego?

—Háblame, maldito dacio.

—Tú has sido fundamental en este rescate.

—¿Yo? —dijo extrañado el griego.

—Sí, tú. En un principio me fastidiabas los planes. Luego pensé que eras la solución del problema. Supuse que, tras cobrar la plata, el poblado se entregaría, relajadamente, a la fiesta y al baile. Y esa ocasión la hiciste posible tú. Con la plata que pagaste.

Crátero le dedicó una sonrisa de agradecimiento. Y le dijo a Valentiniano:

—¿Sabes cómo se expresa esa ocasión singular, inesperada, en mi lengua?

—No sé hablar griego.

—*Kairós*.

—Pues nos diste el *kairós* que necesitábamos para asaltar la aldea y rescatar lo que no les pertenece. ¿Alguien sabe dónde puede estar la plata?

—La plata está aquí, Valentiniano. Yo y nuestros amigos secuestrados valemos más que toda la plata de Marianus Mons[29] —dijo Plaucia.

—¿No te interesa el dinero?

—Solo en la medida en que no me gusta que dispongan de mis cosas sin mi permiso.

—¿Eso significa, entonces, que lo buscamos? —preguntó intrigado el dacio.

—Y le cortamos las manos al que lo tenga en su poder —dijo Plaucia mirando al Tingitano

—No es mala idea. Rescatemos lo que nos robaron.

—Por cierto, Valentiniano, ¿el resto de la expedición sigue viva? —preguntó Crátero con un punto de angustia.

—Son los que están ahí afuera, armando semejante jaleo.

—¿También Scaeva Minor?

—Es el más revoltoso, Crátero. El cuchillo de su padre parece que tiene vida propia.

—Me tendrás que contar ese viaje que os ha tenido tanto tiempo fuera de Híspalis —propuso Crátero.

—¿Pero encontrasteis lo que fueisteis a buscar? —dijo con cierta picardía Plaucia.

—Señora, puedo asegurarle que cuando regresemos a Híspalis no tendré problemas para volver a perfumarla con las

fragancias más caras de Judea…

5. Rif

Ni el carísimo perfume de Judea con el que Valentiniano galanteó, mucho tiempo atrás, a Plaucia llevaba tantos matices en su aroma como la mirada que la aristócrata le había brindado al Tingitano. Fue una mirada repleta de contradicciones porque en ella, sin que pudiera distinguirse tajantemente una intención o sentimiento sobre otro, se asomaron a sus ojos la cólera y la bendición, la venganza y el perdón, la familiaridad y el desdén. Los ojos de Plaucia, tan hermosos como equívocos, siempre llevaron esa luz que iluminaba la grandeza de su serenidad, el don de su gracia personal, tan rebosante de inteligencia como de frialdad y distanciamiento. Nadie reparó en aquella mirada. Ni Valentiniano, absorbido ahora por dar con el paradero del rescate, ni Crátero, al que sus muchos años lo ponían en desventaja para situaciones tan extremas como la que estaba viviendo. Pronto amanecería. Y no quedaba mucho tiempo para terminar el trabajo. Con el sol acariciando aquellos riscos, la expedición de rescate debería estar regresando, por el camino más propicio y directo, hacia Alhucemas, para reencontrarse con Polypus y los otros expedicionarios y poner proa hacia algún puerto de la Bética.

Valentiniano puso a los rescatados bajo el cordón de seguridad de algunos de sus senegaleses, blindándolos con una orden tajante:

—Si ellos mueren, vosotros iréis a la cruz…

Y se fue seguro de que todo iría bien en busca de Scaeva. Había que organizar el grupo y empezar a marchar lejos de aquella orgía de sangre, fuego y muerte en el que se había transformado una fiesta de celebración por el pago de un rescate.

—Tingitano, ¿eres consciente de que te juegas el pescuezo? —le dijo el dacio mientras buscaban a Scaeva.

—Desde que nací me lo estoy jugando. En eso me parezco mucho a ti —respondió el Tingitano.

—Perfecto. Ahora quiero que te sigas pareciendo a mí y seas tan práctico como yo. ¿Dónde está ese puto rescate en plata que pagó Crátero por Plaucia?

—Vuelvo a repetírtelo. Yo estaba con vosotros. No sé nada de esa plata.

—Pero seguro que si encontramos a alguien vivo en la aldea podrás preguntarle y sabremos algo más de lo que ahora sabemos.

—Podemos intentarlo —respondió el Tingitano sin mucha convicción.

—No lo intentes, muchacho. Consigue esa información. Los intentos no nos valen.

Scaeva y Valentiniano se encontraron en alguna parte de aquella noche de cuchillos largos y negros endiablados que tiñeron de rojo la madrugada oscura de los altos del Rif.

—¿Alguna novedad, hermano?

—Todo en orden, Valentiniano. ¿Y Plaucia?

—Bien. Excelente. También Crátero está a salvo. Tenemos poco tiempo. Hay que organizar la retirada antes de que salga el sol. Encárgate de hacerlo.

—¿Y tú?

—Busco plata. Y las manos que la robaron. Dos cuentas pendientes que tengo que saldar con lo que me diga el Tingitano…

6. Rif

La plata no apareció. Y costó dos o tres cabezas de los *mauri* derrotados y prisioneros averiguar que el rescate había partido hacia un paradero desconocido con el caudillo Maurus Ucmetio. Dos o tres cabezas que cortó personalmente Valentiniano, al que no se le daba mal la tarea. Sabía que el miedo aflojaba las lenguas y que no hay mejor intimidación para conseguir algo que hacer de barbero nervioso sobre los gaznates de los desgraciados que cayeran en sus manos.

—No nos queda mucho tiempo, Valentiniano. Deberíamos partir.

—Llevas razón. Ni a Plaucia le hace falta esa plata ni

nosotros podemos poner en peligro el oro que tiene Polypus esperándonos en la gran bahía. ¿Está todo organizado, Scaeva?

—Todo en orden, hermano.

—Salgamos de esta mierda. Llevamos con nosotros lo que hemos venido a buscar.

—¿Qué hacemos con el Tingitano? —preguntó Scaeva.

—No perderlo de vista… Hasta que no salgamos de estas montañas estamos en sus manos.

Antes de que saliera el sol estaban en marcha. Valentiniano facilitó cabalgaduras para los aristócratas, con el fin de que no ralentizaran el regreso que nunca en estos casos es todo lo rápido que uno desea. El tiempo corre lento para el que espera y ansía. Y pasa urgentísimo para el que sabe que le falta. Valentiniano se acercó a Plaucia para excusarse y reconocer que no había podido cumplir con una parte del trato.

—Le pido disculpa, señora. La plata no ha aparecido. No estaba aquí. Pero he cambiado las manos que usted quería en pago por cabezas. Creo que es un buen trato.

Desde lo alto de su caballo, con la serenidad que fluía de sus formas, Plaucia le sonrió y le tendió su mano:

—No tienes que pedir disculpas. Has hecho un trabajo extraordinario y ya estamos de vuelta a casa. ¿Te he hablado alguna vez de Calpurnio Séneca?

—Nunca, señora. ¿Quién es ese romano?

—Un hispalense no más valiente que tú y que tiene en el foro de Híspalis una estatua conmemorativa de sus hazañas militares…

—Nunca tuve suerte con los hispalenses. Son unos tarados.

Plaucia se echó a reír. Con ganas. Con muchísimas ganas. Como hacía meses que no reía y alguna vez creyó que no volvería a saber hacerlo. La felicidad, como los nombres, las palabras y los recuerdos, también se olvidan si no se practica como una disciplina atlética. Y el lugar que ocupa en nuestras almas la dicha y la fiesta, si se van, suelen escogerlo como nidos la tristeza y la melancolía. Ninguna de las dos son buenas compañías para recorrer los caminos que la vida te proponga.

—Sigues siendo un bárbaro, Valentiniano.

—Lo prefiero a ser un tarado, señora.

Plaucia siguió riendo, feliz, dichosa, deseando sentir en su rostro y en sus pulmones la suave y salada claridad del Oceanus Gaditanus que la llevaría hasta la seguridad de su tierra. El Tingitano, de lejos, la observó con esa ambigüedad que había convertido en la mejor expresión de su personalidad, tan común a los sobrevivientes, capaces de adaptar sus lealtades y deslealtades a la ocasión que mejor lo tratara. Si todo salía bien, al otro lado de las montañas, cerca de las playas de Alhucemas, le aguardaba un buen pago por los servicios prestados a la causa del rescate. Valentiniano volvió a la cabeza de la expedición preguntándose con curiosidad quién coño era ese Calpurnio Séneca que tenía estatuas honoríficas en los foros de Híspalis y de Ilipa Magna, así como una que costeó de cien libras de plata en honor de Iuno Regina, una de las deidades de la triada capitolina y esposa de Júpiter Óptimo Máximo…

7. Rif

Seguro que aquel Calpurnio Séneca que tenía estatuas en los foros de Híspalis y de Ilipa Magna y que costeó una de cien libras de plata a Iuno Regina en Ostur[30], no había vivido jamás una aventura como la que llevaban en sus espaldas el dacio, Scaeva, Polypus, los gaditas y la guardia negra de Valentiniano. Seguro que una expedición como aquella, repleta de reveses y sinsabores, también sobrada de alegrías y recompensas, necesitaba de un poeta como tuvieron los argonautas para que la conociese el mundo, para que no la devoraran las fauces oscuras del olvido y no la enterrara la ceniza implacable del tiempo. Valentiniano pensaba en estas cosas y creía que tenía el hombre ideal para que Roma y todo el imperio conociera de primera mano cómo fue la expedición al país de los negros en busca de oro. Al final, todos los guerreros sienten la necesidad de que sus gestas y glorias sean cantadas por alguien. Quizás porque la vanidad es la otra cara del prestigio. Y no hay guerrero o aventurero que pueda ganar la batalla del reconocimiento sin que tenga como aliados a tan

invencibles armas. Un guerrero nace para sobrevivir a la muerte y diferenciarse de los demás por sus gestas y logros. Por su prestigio en el campo de batalla. Un mercader, por su ambición en los negocios y la riqueza que genere. Unos expedicionarios, por retar a lo imposible, vencerlo y regresar a casa con caminos nuevos que enseñar y tesoros que disfrutar. Valentiniano se demoraba en esos pensamientos después de tres días de camino de vuelta. Sin amenazas visibles. Y pensó que el poeta que podría contar todo lo que habían vivido en el mar, en la selva, en las minas, en los desiertos, en los oasis y, ahora, en las montañas de los *mauri* era Marco Antonio Pyrgos. De hecho, el poeta había comenzado a escribir la historia cuando partieron. Pero desconocía el resto de tan desbordante epopeya. Era necesario ponerlo al día.

Dejó la cabecera de la marcha y fue a buscar a Crátero, para interesarse por el viejo poeta. ¿Vivía? ¿Sus ojos le permitían escribir? ¿El pulso de su mano era ágil o la vejez lo doblegaba con sus movimientos nerviosos difíciles de dominar? Muchas preguntas por hacer que esperaban tener respuestas favorables. En Híspalis no había muchos escritores como Pyrgos. Juntaletras sobraban en la misma proporción que tarados. Pero Pyrgos pareció siempre tener buen trato con todas las musas. Sin duda, el sufrimiento que vivió con la muerte de su hijo y la desdichada suerte que corrió su angustiada esposa lo hicieron lo suficientemente receptivo para saber comprender el alma de los hombres. El único tintero donde un escritor puede empapar la pluma de su creatividad para explicarnos lo que somos, lo que hacemos y por qué somos y hacemos lo que nos ocupa en la vida.

Antes de llegar a encontrarse con Crátero, Scaeva le dio una voz de alerta.

—¡Regresa, Valentiniano! ¡Mira ahí abajo!

Iban atravesando un desfiladero por un camino cómodo y amplio, pero de caída vertical. Valentiniano miró hacia donde le indicaba su hermano.

—Parece un hombre —dijo Valentiniano.

—Es un hombre y está con vida —replicó Scaeva.

Bajaron a rescatarlo. Y lo subieron. Estaba machacado por la

caída. Balbuceaba palabras ininteligibles. Y no pudieron obtener información alguna sobre la presencia inmediata de *mauri* en aquella zona. Plaucia se bajó de su caballo y se acercó al lugar donde colocaron a aquel desgraciado.

—No tiene pinta de *maurus* —dijo Scaeva.

—Parece romano —certificó el dacio.

—Es galo. Y fue esclavo mío. También se lo llevaron los *mauri*. Y hasta hoy no lo he visto en todo este tiempo de cautiverio —reveló Plaucia.

—Quizás escapó y la mala fortuna lo empujó por este precipicio —especuló Scaeva.

—No es *maurus,* pero va vestido de *maurus* —observó Valentiniano.

El moribundo vio a Plaucia y todos entendieron que le pedía perdón o parecía pedirle perdón a la aristócrata.

Un velo de suave pero evidente sospecha sobrevoló al grupo. ¿Por qué le pedía perdón aquel desgraciado a Plaucia? ¿Por qué durante tantos meses de cautiverio la aristócrata jamás pudo verlo en la aldea si era tan cautivo de los *mauri* como ella y como Mauricia? ¿Por qué sin ser *maurus* iba vestido como uno de ellos? ¿Era uno de ellos o se camuflaba para huir de sus secuestradores?

Valentiniano fijó sus ojos en el Tingitano que, como era su natural, estaba allí presente, viendo y escuchando lo que se decía, pero dando la impresión de que nada de aquello iba con él ni le importaba ni le reportaba nada el hecho de que un esclavo hubiera caído por un barranco vestido de *maurus* sin ser *maurus*.

—Tengo para ti otro *intento* de averiguar algo —dijo con sorna el dacio.

—Pues se intentará —le respondió el Tingitano.

—¿Intentarías esta vez explicarme qué es lo que ha pasado aquí o hay que llamar al barbero para que con sus manos nerviosas te rasure el pescuezo, Tingitano?

—No sé hablar con las piedras. Y aquí no hay más testigos de lo que ha pasado que las piedras. Piedras rocosas y mudas. Lo puedo intentar, pero me temo que no voy a obtener respuestas.

En los ojos de Valentiniano se dibujó nítidamente el espíritu del rencor y de la sospecha confirmada. A aquel *maurus* no le iba a durar mucho tiempo la cabeza sobre sus hombros. El esclavo expiró tiempo después. Y fue enterrado en un recodo del camino, donde los negros lo taparon con lascas de piedra. Nuevamente emprendieron la marcha. Plaucia quemó algunas hierbas aromáticas al pie de la tumba de su antiguo esclavo. Su mirada y la del Tingitano volvieron a cruzarse. Con idéntica ambigüedad y confusión como días atrás en la cueva de la aldea de donde fueron rescatados.

—No sabía que apreciara así a sus esclavos, señora.

—Me conoces bien, Valentiniano. Y soy muy leal a los que me son leales. Este galo fue el encargado de enterrar un tesoro de áureos en Itálica antes de que los *mauri* saquearan y destrozaran mi *domus*. Posiblemente haya muerto por mí. Por no revelar dónde escondió ese tesoro…

8. Rif

El tesoro del regreso a la seguridad de las tierras del Imperio, vigiladas por los legionarios destinados en el norte de África, lo tenían a menos de dos jornadas de viaje. Un viaje que, hasta entonces, no había tenido complicaciones ni hostigamientos de los *mauri*. No obstante, Valentiniano, desconfiaba muchísimo de aquella calma que se le antojaba ficticia y, para hacer más seguro el regreso, solía enviar turnos de exploradores por delante del grupo para tener noticias y saber por dónde pisaba. Fue así hasta que el sendero se bifurcó en dos veredas distintas. Y hubo que ponerse en manos del Tingitano para elegir un camino. Era como poner al lobo a cuidar el rebaño. ¿Cuál de ellos era el más seguro y abierto para resolver una posible emboscada? ¿Cuál de ellos era el que sacaría a la comitiva lo antes posible de aquel territorio dominado por los bereberes? ¿Cuál de los dos ramales, en definitiva, los pondría delante del mar y con la costa bética ante sus ojos, lejos de la amenaza latente de unos bárbaros deseosos de venganza? La respuesta estaba en manos de aquel hombre que no inspiraba ninguna confianza y había traicionado varias veces a los

expedicionarios por ser leal a su única fe, la plata, y estar convencido ciegamente de que el mejor señor al que servir es la última ocasión beneficiosa que se presenta. Parados y frente al sendero que se bifurcaba, Valentiniano preguntó al rifeño:

—¿A derecha o a izquierda?

—Por la derecha el camino es más directo y rápido. Por la izquierda también llegaremos a la gran bahía por la ruta del oeste. Pero invertiremos más tiempo —dijo el Tingitano.

Valentiniano se reunió con Scaeva para deliberar. Un tiempo que empleó Plaucia en hablar con el berebere.

—Me cuentan mis amigos que no sueles cumplir tus compromisos. Que tienes muchas palabras y que no es fácil que cumplas con ninguna de ellas.

—Lo hacemos todos los que para sobrevivir solo manejamos el ingenio y las oportunidades que nos da la vida —le respondió el Tingitano con calma y seguridad.

—Nuestro trato también lo incumpliste. Eso explica la mirada con la que te censuré días pasados en la cueva donde Ucmetio me tenía secuestrada.

—Recuerdo esa mirada. Es difícil olvidarla.

—No debes olvidarla, puesto que yo no la olvido. Y sigo pensando que no has cumplido lo tratado entre nosotros.

—¿Seguro, señora?

—Seguro. Te mandé, a cambio del dinero que se pagaría por mi rescate, para que vinieran los legionarios a liberarme.

—Ya le he dicho que aprovecho las oportunidades que salen a mi encuentro. No sabía que estos aventureros fueran sus amigos. Pero cuando los vi pelear contra los caravaneros que compraron a Mauricia supe que los legionarios no lo harían mejor que ellos.

—Algo te empujó a no hablar con el Ejército. Quizás el miedo a perder…

—¿Miedo a perder qué?

—Tu cabeza. Maurus Ucmetio hubiese averiguado que tú lo habías traicionado. Llevando al Ejército hasta el patio de su misma casa.

—Señora, le diré algo: el Ejército no iba a implicarse en el rescate. Cumplen órdenes imperiales. Lo tienen prohibido. Por

eso buscaron y enviaron a Crátero.

—Tu coartada es perfecta, Tingitano. Sabías que con cualquiera de las opciones ganabas.

—No la entiendo.

—Ganabas trayendo a mis amigos hasta la cueva de Maurus Ucmetio. Le ponías en bandeja de oro de Cerne a tu jefe la posibilidad de pedir un rescate por Valentiniano y Scaeva y conseguías su confianza definitiva. Y ganabas una buena parte del botín de mi rescate, con el que Ucmetio recompensaría tu astuta maniobra.

—Pero nada salió como usted dice, señora. Estamos aquí…

—Un superviviente como tú, tan aventajado en aprovechar ocasiones, tenía preparado otro plan por si el primero fallaba. Ese plan es el que ahora nos lleva a un camino que se bifurca. Y es posible que ambos sean una trampa para que caigamos en manos de tus amigos. Siempre ganas.

—Cree saberlo todo, señora…

—¿Acaso es irreal lo que te cuento?

—Yo le diré algo que no sabe.

—A ver qué me cuentas ahora…

—¿Imagina por qué está aquí?

—Por todos los dioses, Tingitano. ¿Hay que explicarlo?

—Creo que sí. El galo que tenía a su servicio era el hombre que informaba a Maurus Ucmetio de las grandes fortunas de Itálica y de los aristócratas que teníamos que secuestrar. Por eso no volvió usted a verlo durante el cautiverio. Vino hasta aquí como un supuesto cautivo. Pero ganó su libertad sirviendo de chivato a nuestro caudillo. ¿Entiende ahora por qué, moribundo, le pedía perdón el otro día en el desfiladero? La había traicionado. Y usted, tan sabia e ilustrada, quemó plantas aromáticas al pie de su tumba en honor a su memoria y lealtad. Ahora, si me perdona, tengo otras cosas que hacer…

Plaucia se quedó bloqueada. Muy pocas veces en su vida supo lo que era la confusión mental y el vértigo de la indecisión. Un bárbaro, sinuoso como las culebras y listo como un zorro, había vuelto a sembrar de dudas su relación con un socio impuesto por el azar con el que había convenido su rescate de manos de las legiones de Roma.

Llenos de dudas estaban Valentiniano y Scaeva, incapaces de decidir una opción fuera de peligro en aquella bifurcación de caminos, no por los trabajos que les ocasionara cualquiera de las dos opciones, sino por las sólidas sospechas que el Tingitano inspiraba a ambos hermanos. «El que te traiciona una vez, lo hará una segunda». Recordaba Scaeva las palabras de Valentiniano advirtiéndole sobre la condición del rifeño. Pero no había tiempo para demorarse con recuerdos más o menos acertados. Había que tomar una decisión, elegir el camino libre de trampas y sorpresas, adentrarse en él y encomendarse a los dioses. A todos. A los propios y a los que Roma fue incorporando de otros pueblos a los que no solo conquistó, sino que igualmente despojó de sus principales identidades religiosas. Como pasó con Cibeles y Mitra. Con Mercurio y Hera. Todos ellos, consideraban el dacio y Scaeva, les serían necesarios para afrontar un peligroso destino. Inteligencia, viveza, osadía, valor, lucha, rapidez, perspicacia… Que los dioses inspiraran su camino y lo ampararan.

—Finalmente, ¿qué hacemos, Valentiniano? —dijo Scaeva mientras agarraba la concha turdetana que llevaba colgada al cuello y que heredó de su padre el Zurdo.

—Elegiremos el más corto y rápido. Ese de la derecha.

—¿Por qué? ¿Intuyes algo?

—Intuyo, Scaeva, que ambos caminos son trampas mortales. Es como elegir morir en la cruz o cortándote las venas. Prefiero cortarme las venas.

—Lucharemos como siempre, hermano. Y los *mauri* recordarán este día como la victoria más dolorosa de su historia.

Valentiniano levantó su mano derecha y fue a indicar el camino. Pero Plaucia se lo impidió. Llegó en su montura, con una sonrisa en la boca.

—¿Sabéis qué camino elegir? —preguntó la aristócrata.

—Ya está decidido, señora. El camino de la derecha —respondió el dacio.

—¿Desde cuándo no miráis al cielo? —respondió Plaucia.

—Desde hace tiempo. Desde que dejamos el desierto —contestó Scaeva.

—¿Por qué lo dice, señora? —preguntó Valentiniano.

—Porque el camino de la izquierda tiene el signo más favorable para que sea el elegido. Mirad, mirad el cielo.

El camino de la izquierda lo sobrevolaba, majestuosamente, un águila de aquellos riscos, animal consagrado a Júpiter, rey de reyes del Olimpo, que se mostraba de esa forma para ofrecerles su protección a los viajeros.

—¡Por Júpiter! —dijo Scaeva.

—Por Júpiter, sí. Por él y por mostrarse de forma tan evidente deberíamos escoger el camino de la izquierda, aconsejó Plaucia.

—¿Aunque esté infestado de *mauri?* —preguntó el dacio.

—Si lo está, Júpiter nos amparará —dijo absolutamente convencida la aristócrata.

Valentiniano no lo pensó dos veces. Miró a Scaeva y se dio la vuelta para llamar la atención de los viajeros que esperaban una decisión de los hermanos. Levantó la mano y ordenó reemprender la marcha para guiar a la comitiva hasta casa, siguiendo al águila que les envió Júpiter para mostrarles la seguridad de un camino más largo pero libre de peligro.

—¡Iremos por el sendero de la izquierda! —gritó el dacio al grupo.

—Te recuerdo que es el más largo y que irás hacia el oeste —le advirtió el Tingitano

—Por eso lo hago. Porque es el que menos te gusta. Y todo lo que no te gusta resulta bueno para mí…

10. Gran bahía

También resultaba bueno conocer ciertas cosas que los tarados de Híspalis ensalzaban con aras de letras doradas en mármol y estatuas honoríficas. A media jornada de llegar a la gran bahía, sin que los *mauri* hubieran hostigado a los viajeros, Valentiniano quiso saber por Plaucia quién era aquel Calpurnio Séneca del que le habló jornadas atrás. Y por su boca, tan

sensual y jugosa como un bocado frutal, escuchó que fue, en tiempos del emperador Antonino Pío, padre adoptivo del ya extinto Marco Aurelio, el *praefectus classis Misenensis,* el alto mando de la flota del Miseno. Calpurnio Séneca derrotó a los piratas francos del Estrecho y mantuvo a raya a los *mauri,* protegiendo así no solo a las poblaciones más expuestas del litoral bético de sus habituales correrías y pillajes, sino también guardando las vías comerciales marítimas tan importantes para ciudades como Gades, Híspalis y Corduba. La exquisita preparación intelectual de Plaucia la llevó a acordarse de un poeta romano, Calpurnius Siculus, quien al referirse a la costa bética en tiempos de Nerón lo hizo señalando su punto más flaco: *«trucibusque obnoxia Mauris pascua Geryonis»,* «los prados de Gerión están expuestos a los feroces *mauri*». Una constante que Roma nunca supo controlar completamente, pese a los esfuerzos militares empelados en las dos Mauritanias. Aquellos bárbaros bereberes, tribales y desorganizados eran tan irreductibles como los sármatas o los marcomanos del norte del Danubio.

—Fíjate bien en el ara que soporta la estatua de Calpurnio en el foro de Híspalis —le aconsejó Plaucia al dacio.

—¿Por qué, señora, me obliga a una tarea tan ingrata?

Plaucia sonrió.

—No es para provocarte ninguna acidez de estómago. Es para que compruebes que no todos son tarados en Híspalis.

—Lo haré, señora. Pero me gustaría mejor leer la vida que nos queda a ambos en esos ojos suyos tan hermosos.

Plaucia no encontró una forma menos directa para aplacar los ímpetus galantes del dacio que seguir hablándole de Calpurnio Séneca.

—Quizás esto te enoje saberlo, pero Calpurnio Séneca fue *primus pilus,* el centurión de la primera centuria de la primera cohorte de la primera Adiutrix.

—Esa legión estuvo en mi tierra, señora —dijo enojado Valentiniano.

—Lo sé. Y no he querido herirte.

—Pues tiene usted el mismo tino que los *mauri* lanzando venablos.

—Me sabrás disculpar, amigo. Tampoco fueron muy certeras tus flechas galantes tiradas en un lugar y momento tan poco apropiado.

Valentiniano se despidió cortésmente de Plaucia pero indignado con ella. Había puesto en peligro su vida y lo conseguido en Senegal por ir a liberarla de un cautiverio; había buscado la plata que pagó Crátero por su rescate retrasando la marcha de la aldea berebere; puso su vida y las de sus amigos y guerreros africanos en manos de un perfecto traidor que, por dinero, decía que los llevaría hasta donde estaba escondida y, ahora, para colmo, se encontraba a media jornada de Alhucema esperando que, de debajo de las piedras, como los alacranes, salieran algunos de aquellos rifeños infectados de odio y sedientos de sangre para vengar lo que hizo jornadas atrás en la aldea de Marcus Ucmetio. Todo esto la señora lo consideraba poco menos que un deber y no un gesto de generosidad y amistad que bendecía tiempos pasados donde fueron amantes insaciables. ¿Había motivos para que Plaucia lo cortara tan secamente?

—¿Te pasa algo, Valentiniano? —le preguntó Scaeva.

—¿Sabes quién fue Calpurnio Séneca?

—¿Por qué, hermano?

—Porque era un perfecto cabrón…

11. GRAN BAHÍA

Cabrones debieron parecer a los *mauri* aquellos romanos que eligieron el camino más largo para llegar hasta la costa y desecharon, gracias a las señales del águila de Júpiter, el camino de la derecha, donde los estaban esperando para devolverles la sangría que perpetraron en la aldea. Por más que lo intentaron, cortando trecho por veredas inhóspitas y acantilados que mareaban a las cabras, nunca llegaron a alcanzar a los viajeros y, cuando los tuvieron cerca de sus flechas, ya no había ninguna posibilidad de éxito. Una patrulla de reconocimiento romana, de las que batían el territorio para mantenerlo en orden, se hizo presente en las estribaciones finales del Rif, ya con el mar bien visible. El encuentro fue

celebrado por todos. Como si la vida que les robaron regresara en aquel mismo instante a sus corazones, que rebosaban agradecimiento y felicidad. Los aristócratas se pusieron bajo el control de los mandos que se encargarían de conducirlos hasta el primer puerto hábil del norte de África que tuviera conexión con los de la Bética. Y los expedicionarios tendrían que viajar por la costa hasta el punto de encuentro acordado con Polypus, para embarcarse camino a Gades. El viaje había terminado para todos. Menos para Valentiniano, que empezaba otro…

Un viaje sorprendente e inesperado, en absoluto previsto y ajeno a cualquier plan, que surgió silbante como la alarma de una serpiente desde lo alto de un risco camuflado por la retama. Los *mauri* no iban a quedarse con la brutalidad de la derrota perpetrada en su aldea. Y lucharon por cobrarse lo que más ansiaban. La vida de un guerrero rubio que comandaba una guardia de negros implacables que sumió en el dolor a aquella tribu rifeña. Del risco salió la piedra de un hondero que se estrelló contra el pómulo del dacio. Valentiniano cayó fulminado al suelo. Y los planes se alteraron. El único que parecía tener perfectamente planeado su futuro inmediato era el Tingitano.

—No voy con ustedes, Scaeva. Me quedo. Dame la parte que me corresponde por llevaros a la aldea de Maurus Ucmetio y, después, guiaros vivos hasta aquí.

—Es verdad que te la has ganado. Pero quiero saber algo.

—Tú dirás.

—Si hubiéramos cogido por el sendero del Este habríamos muerto. Y tú nos habrías traicionado una vez más.

—No tienes ninguna prueba para sostener eso.

—La prueba eres tú. Te quedas porque has pretendido engañarnos a todos. Primero a tu caudillo. Después, para evitar sospechas, a nosotros, llevándonos hasta donde estaban los cautivos para buscar la ocasión de reducirnos y pedir un rescate. Ahora, de regreso, tenías que guardarte de parecer un traidor a los tuyos. Y nos aconsejaste tirar por el sendero donde estaba preparada la emboscada, el camino del este. Y pudiéndote venir con nosotros, te quedas, para disipar con tu presencia cualquier atisbo de sospecha en tu tribu y

argumentar que fue el galo quien convenció a su antigua dueña de que el camino del oeste estaba fuera de peligro.

Plaucia se acercó para cobrarse una deuda pendiente con el Tingitano. Para cobrarse la deuda intelectual del día que la dejó sin respuestas cuando le reveló que su esclavo era el informante de Ucmetio en Itálica, algo que la dejó sin palabras ni respuestas. La aristócrata intervino en la conversación y adelantó la razón por la que el Tingitano se quedaba con los rifeños.

—Se queda, querido Scaeva, porque sabe dónde está guardada la plata de mi rescate. Y ese dinero junto con el que le vas a dar por conducirte hacia la aldea lo convertirá en un hombre poderoso. Y quizás líder de alguna de estas partidas que viven de la rapiña y el saqueo. Es una serpiente muy venenosa…

—No es así, señora. Me quedo porque aquí están los míos. Ya probé suerte en Gades y trabajé como un animal en una *fullonica*. Sobre el saqueo y la rapiña, le diré que hemos tenido en vuestros soldados y colonos unos maestros insuperables. ¿De quién mejor aprender esas disciplinas que de vosotros, los romanos?

Scaeva le dio lo acordado y lo vio perderse, con una agilidad caprina, por entre los riscos que habían dejado atrás para siempre los viajeros. Se marchaba el hombre de las mil caras y de los dos millones de respuestas, un traidor profesional y un superviviente especializado en agarrarse a la última oportunidad que le ofreciera seguridad y dinero. La oportunidad que le diera una vida relajada y sin angustias. En realidad, pensó Scaeva, es lo que hacemos todos, aunque tengamos muy alta opinión de nosotros mismos y justifiquemos nuestras acciones más reprobables como actos heroicos y gestas épicas.

—Me preocupa Valentiniano —le comentó Plaucia.

—Sigue siendo un toro. Sobrevivirá. Hasta la muerte le teme. Y tendrá el honor de llevar en su hermoso rostro la única marca de guerra de este viaje —respondió Scaeva con optimismo y seguridad.

—Será un buen recuerdo para un guerrero como él.

Scaeva agarró el amuleto turdetano de su padre, aquella concha que alguna vez embelleció el suelo del templo de Astarté en el cerro Carambolo. Y con todo el orgullo del que fue capaz respondió:

—Digno, sin duda, de que Marco Antonio Pyrgos lo resalte en ese libro que empezó a escribir sobre nuestras hazañas cuando iniciamos el viaje. Cuando fuimos a por oro al país de los negros más allá del cabo Juby y rescatamos el tesoro más valioso que Itálica había perdido en los montes de los *mauri*…

---

29 Sierra Morena.

30 La actual Manzanilla onubense.

Epílogo

Itálica

Meses después del regreso a casa, a instancias de Plaucia y los aristócratas italicenses rescatados por Valentiniano y Scaeva, la ciudad de Trajano y Hadriano asistía a una ceremonia solemne en su foro. El Senado local había adjudicado un lugar de preferencia para que el dacio tuviera una estatua ecuestre en bronce, donde se le reconocía su valor, astucia y arrojo al ejecutar un rescate tan arriesgado. Valentiniano, como era preceptivo, pagó con su oro la estatuaria, mientras que Scaeva ofrecía al pueblo dos banquetes públicos en homenaje al nuevo emperador, Cómodo. Desde Roma no llegaban, precisamente, buenas noticias referidas al gobierno del hijo de Marco Aurelio. Por el contrario, en las naves que partían del puerto de Ostia con destino a Híspalis, solo embarcaban noticias de intrigas y celos palaciegos entre el joven emperador y su hermana Lucila que no tenían pintan de acabar bien. Cómodo daba continuas muestras de su desequilibrio mental. Lo último y más comentado fue su decisión de cambiarle el nombre a la ciudad fundada por Rómulo y Remo, obligando a que se la conociera como Colonia Comodiana. La ceremonia en honor a Valentiniano resultó un auténtico baño de reconocimiento popular, que elevó el prestigio del dacio y de Scaeva al rango de héroes.

—Ya no tendrás celos de Calpurnio Séneca —susurró al oído del dacio la hermosa aristócrata.

—Solo tengo celos de tu piel. Por estar tan cerca de ti.

—¿Te quedarás esta noche en casa? —preguntó insinuante Plaucia.

—Y todas las que se te antojen…

Cerca de ellos estaba Marco Antonio Pyrgos con su

venerable y saludable ancianidad a cuestas, tomando apuntes de lo que allí sucedía y comunicándole a Scaeva que el relato de sus aventuras africanas ya había pasado el cabo Juby y que necesitaba nuevas entrevistas para documentarlo. Estaba seguro de que, cuando lo terminara, llegaría hasta donde alguna vez soñó que llegarían sus escritos: a las bibliotecas de Roma, Alejandría y Atenas, donde los expedicionarios hispalenses y gaditas superarían en rango épico a los mismísimos argonautas de Jasón el griego.

—¿Es cierto que las negras de Cerne bailaban colocando sus culos como ánforas delante de vuestras bocas? —preguntaba el viejo escritor con rijosa curiosidad.

—¡Por todos los dioses, amigo Pyrgos! ¡Así lo hacían! —Trataba de ahogar sus risas Scaeva.

—¿Y es verdad que el oro, como las zanahorias, crecía de la noche al día en aquellas tierras del Bambouk?

—Eso decían los negros de Cerne. Podrás hablar con algunos de ellos y que te cuenten sus costumbres. Valentiniano los ha convertido en una especie de guardia personal por si los *mauri* sienten la tentación de venir a por él.

Pyrgos estaba tan emocionado con la narración de aquella epopeya que absorbía su atención por completo que no prestaba la más mínima consideración a lo que estaba pasando en aquel mundo suyo que, con sus crisis políticas y económicas, no se cansaba en pregonar que tenía los pies de barro. Al periodo de fuerte expansión inflacionaria le siguió una grave crisis de confianza, el poder adquisitivo del dinero cayó como una plomada en el agua, quebrando múltiples empresas comerciales y financieras. Hasta en los vertederos anfóricos de Híspalis y Gades podía seguirse la grave recesión económica del Imperio, pues había bajado considerablemente el nivel de las ánforas conserveras y oleícolas respecto a tiempos previos. Pero nada de aquello importaba. Pyrgos tenía una suculenta historia que escribir. Valentiniano se había convertido en un héroe local al que los vecinos tocaban por la calle como si fuera un dios del Olimpo, y Scaeva Minor junto con Crátero habían puesto en orden las cuentas de los diferentes negocios que enriquecieron a Cara Pescao y a sus

socios. El oro es el mejor escudo contra el miedo.

—¿Los cristianos siguen dando por culo, querida? —preguntó Valentiniano a Plaucia mientras seguían los honores del Senado de Itálica a su persona, con música y discursos aburridísimos.

—El grupo de Itálica desapareció tras el ataque *maurus* y el asesinato de Samuel de Emaús.

—Me he enterado de que les brindaste protección y ayuda.

—No me gusta dejar pasar oportunidades de futuro —le contestó Plaucia mirándole a los ojos donde brillaba todo el deseo sexual que los cristianos tanto censuraban.

—¿Es cierto que Cómodo mantiene una concubina cristiana?

—Cierto es. Se llama Marcia y es la responsable, con sus argucias y habilidades de alcoba, de librar de las minas de Sardinia[31] al banquero Calisto.

—No sé de lo que me hablas.

—¿Te lo explico ahora o después en casa?

—Ahora. En casa tendremos poco de que hablar.

Plaucia esbozó una sonrisa que parecía alimentada por el fuego.

—Ha sido una de las noticias de mayor impacto en Roma. Calisto era esclavo de un cristiano, Carpóforo, para el que trabajó como banquero. El tal Calisto captaba los depósitos de las viudas y cristianos romanos, cada vez más numerosos en la capital. Luego se apropió fraudulentamente del dinero. Lo descubrieron. Y al no poder hacer frente a las deudas trató de suicidarse. Pero los propios estafados lo perdonaron. Un ladrón más engañando a esos cristianos que parecen que vinieron al mundo para creérselo todo y perdonar a sus deudores.

El acto en honor a Valentiniano tocó a su fin y con él la paciencia del dacio.

—Debes quedarte un poco de tiempo y hablar con los poderes locales y con los aristócratas. Todos quieren adularte.

—¿Y acaso sabes tú lo que yo más deseo ahora, Plaucia?

—Sé frío y aguarda.

—Soy caliente y nos vamos.

Valentiniano levantó su mano y se despidió de Itálica. De una Itálica en que había bajado mucho el ímpetu urbanístico

de la época hadrianea, con grandes *domus* cerradas y arruinadas, con la peste aún causando estragos entre los vecinos, aunque no tan afectada como la próxima Híspalis, que mantenía evidencias no resueltas de los daños que la gran ola produjo en su puerto, arruinado por largo tiempo. Y el dinero que podía arreglarlo lo empleaba el Estado en comidas de beneficencia para aliviar las necesidades de un pueblo que, cada día, se alejaba más del estado de bienestar del que alguna vez disfrutó con pan y circo. Roma comenzaba a sentir que algo se movía bajo sus, en otros tiempos, poderosos y firmes pies. Pero aquel coloso tan sólido como los de Memnón en Egipto o tan potentes como las altas cumbres del Indo Kush tardaría aún muchos años en caer roto y despedazado al suelo de su gran historia. Solo era cuestión de tiempo. De más o menos tiempo. Pero la suerte estaba echada…

Nada de esos negros augurios se respiraba en la *domus* de Plaucia, donde Mauricia volvía a sentirse feliz y segura tras su secuestro, sirviendo a su dueña. Vio subir a la aristócrata y a Valentiniano hasta su alcoba, por una escalera de mármol rojo y pasamano dorado. Sonrió con cierta picardía mientras ambos amantes subían juntos hacia una habitación preparada por las esclavas de Plaucia para un momento tan definitivo. Sedas, pebeteros expeliendo aromas orientales, jarras de plata con vinos de Campania, higos y pasteles para que el amor fuera tan dulce como los besos de dos apasionados amantes.

Los besos comenzaron por la nuca de Plaucia, besos de amor y lascivia, tan húmedos como las noches en el mar, anuncio de una travesía impetuosa en un océano de sábanas azules y bordados blancos. Valentiniano siguió besándola y de la nuca pasó a la espalda que recorrió, como un explorador que conoce el camino, buscando sus zonas más templadas. Plaucia se estremecía y sentía el vello trigueño de su piel erizarse mientras las puertas de su palacio mejor guardado temblaban a un asedio tan galante como impetuoso. Ella tuvo la tentación de rendirse. Pero conocía bien los juegos del amor, asignatura en la que destacó pronto gracias a las enseñanzas de su perversa madrina Gala, aquella aristócrata que la enseñó para mandar en los despachos y en las alcobas, hasta que la pupila

superó a la maestra. No era momento de rendirse. Ni tan siquiera de demostrar esa inclinación a la pasiva receptividad con la que las matronas romanas gustaban de hacer creer en la cama que sus amantes eran dueños de la situación. Plaucia se revolvió contra Valentiniano, resuelta a tomar el timón de aquella travesía en busca de las aguas ardientes de Venus, demostrando que allí, en las corrientes del amor, también mandaba ella. El dacio no puso reparos. Siempre había tenido debilidad por las iniciativas valerosas y respetaba al máximo las acciones valientes. Plaucia lo besaba con suavidad, sin prisas, aunque ella las tuviera, deseosa de que su amado cediera al fuego que esparcía por sus muslos y boca, con caricias que ni soñadas podían superarse. Segura de sí, repitiendo con exquisita puntualidad algunas imágenes pintadas en las habitaciones de los caros lupanares para la aristocracia, iba apreciando que aquel duro guerrero tenía un punto flaco tan vulnerable para doblegarlo como las empalizadas de los bárbaros. Se derretía, como la cera junto al fuego, cediendo a la estrategia de tan expertas y dulces manos, y fue consciente de que, por vez primera en tantas veces como revolvió sábanas y alcobas ajenas, el estandarte no lo llevaba él. Pero no le importó marchar al paso que le marcaba aquella bandera viviente de Venus.

Plaucia era una pantera cauta y astuta en una selva de sábanas, besos y manos suaves como plumas de ganso que habían conseguido rendir a toda una fuerza de la naturaleza. Valentiniano estaba a su merced. Y la aristócrata disfrutaba con ese poder tan revitalizador como el de los éxitos en los negocios o las intrigas de poder.

—Has estado mucho tiempo lejos de mi alcance, guerrero —dijo susurrándole en la oreja, a la par que le regalaba un mordisco entre el placer y el dolor en el cuello.

—Y bien que te he echado de menos, romana.

—Tengo un nombre, dacio —le dijo mientras su lengua lamía su espina dorsal encorvándole la espalda de puro placer.

—Yo también lo tengo. Pero me llamas guerrero. Y aquí estoy para matarte suavemente de placer. Déjame que te llame romana.

—Siempre te gustó amar o matar pensando en Roma, no en la persona que recibía tus caricias o tu ira.

Valentiniano trató de volverla de espaldas y acometerla por detrás. Pero Plaucia, sin un mal gesto, sin perder la dulce tiranía del dominio de la situación, lo invitó a que desestimara aquella urgente necesidad, quizás algo atropellada.

—Espera, ten calma. Siempre has tenido mucha prisa para todo.

—Pero no podrás negar que disfrutaste de tanta urgencia.

Plaucia le regaló una sonrisa y un beso tan lascivo que la boca del dacio sintió crecer las flores de mayo en su paladar.

—No me hagas esperar más, Plaucia.

—Tan solo un momento. Y mantén fresca tu memoria para que jamás lo olvides.

La aristócrata hizo llamar a una de sus esclavas. Tocó la campanilla con delicadeza y subió Mauricia. La chica cruzó una mirada de complicidad con su dueña. No hubo necesidad de palabras, de ordenar nada, ni siquiera de insinuar mandato alguno. La esclava trató de ocultar una sonrisa pícara entre sus manos y abandonó el cuarto.

—¿A qué viene esto, romana?

—Ten paciencia, dacio. Ten paciencia.

Por la puerta de la alcoba de Plaucia entraba, en todo su esplendor, una hermosa muchacha, de piel como la canela, apenas vestida por unas sedas rojas transparentes. Sus ojos eran dos almendras repujadas de esmeraldas y sus pechos, tan tersos y turgentes que miraban hacia el cielo. Valentiniano, excitado y desnudo en la cama como un sátiro, levantó su mano para saludarla e invitarla, haciendo un bucle con sus dedos, a que girara sobre sí misma:

—Eres una hermosura. Y tu cuerpo habrá hecho muchos cautivos encadenados al apetito que despiertas.

—Acéptala como un regalo. Viene desde Alejandría. Esa tierra que tanto te cautiva. ¿Quieres que baile para ti o es tan urgente tu instinto que la deseas poseer ya? —comentó Plaucia.

Antes de que el dacio se pronunciara la chica comenzó a danzar completamente desnuda delante de sus mismas narices.

Se acompañaba de unos crótalos que marcaban el ritmo desenfrenado de unas caderas poderosísimas. Conforme avanzaba la danza, se hacía más evidente que las contorsiones de la bailarina eran una obvia invitación a ser penetrada. Valentiniano babeaba. Y sus ojos se desorbitaron cuando la danzante hizo un arco con sus piernas y brazos, un puente carnal sobre un río de deseo, marcado por un pubis frutal y unos pechos como cántaros de vino dulce.

—Ya está bien de esperar. Ni que esta alcoba fuera la antesala del *praetorium* de Cómodo —dijo el dacio tomándola allí mismo, sin esperar a llegar a la cama.

Plaucia se retiró a un placentero triclinio de seda y ébano situado frente a su cama. Se excitaba contemplando la escena y, sobre todo, apreciando que el veterano guerrero dacio poseía el mismo ímpetu sexual de sus mejores días. Eso estaba bien, se decía Plaucia. A los caballos a los que se exigía en el hipódromo lo mejor de su condición para ganar una carrera solían calmarlos con un par de galopadas antes de la competición, desfogándolos y relajándolos de la tensión del momento. La aristócrata veía el espectáculo y esperaba su turno, para gozar de aquel semi bárbaro que tan bien conocía su territorio más personal y al que, conscientemente, tiempo atrás, había permitido que traspasara su frontera más íntima. El dacio disfrutó de la hermosura alejandrina hasta el punto de confundir tiempo y espacio, creyendo que la muchacha con la que yacía como un animal era aquella bailarina que, muchos años antes, en las fiestas que organizaba el banquero Apolofanes en Egipto, le hizo olvidar su tragedia familiar. Las muertes de su esposa Bendis y su hija nonata, Alejandría. Antes de que el dacio se vaciara como un río en la desembocadura placentera de su curso, la aristócrata creyó oportuno intervenir. Sumándose a semejante caudal de pasiones sin límites.

—¿Hay sitio para mí en este banquete?

Jadeante, a punto de alcanzar su máxima excitación, Valentiniano respondió entre dientes.

—La fruta fresca siempre viene al final de la mejor carne del bosque.

—¿Al final? —le preguntó irónica la aristócrata mientras lo separaba de la poderosas atracción de la hermosa meretriz egipcia.

—Es una forma de…

Plaucia no lo dejó terminar, lo besó anudando su boca con la del dacio a la vez que le indicaba a la chica, con una mano imperativa, que saliera de la habitación. Su trabajo había terminado. Y ahora la aristócrata comenzaba el suyo. Sus manos impidieron que la tensión no resuelta del miembro del dacio disminuyera, acariciándolo y reclamándole la misma talla, potente y nervuda, con la que había extasiado a la egipcia. Cogió la mano de su amante e introdujo sus dedos en una vagina cálida y húmeda a la vez.

—¿Es de tu gusto, bárbaro?

—¿Quién rechazaría entrar en las puertas del paraíso?

Valentiniano quiso penetrarla, pero Plaucia no lo dejó. Lo evitó con una coquetería perversa, con una delicadeza brutal. Siguió jugando con la urgencia de su amante, intentando amansarla o domarla, sin dejar que sus frustrados impulsos por poseerla desanimaran su tono vital, tan potente como los que definían las virtudes de Príapo. Plaucia tomó el pene de Valentiniano y se lo pasó como un bálsamo excitante por los labios de su sonrisa vaginal, acariciándose aquella herida tan desbordante de vitalidad y deseo.

—No hagas eso, romana

—¿Por qué?

—Porque ya no resisto más.

—¿Te rindes sin haber traspasado la puerta de una muralla que ya es tuya?

—Me vences antes de cruzarla y de gozar el valioso tesoro que escondes.

—Aguanta un poco más.

—No estoy en condiciones de prometerte nada.

Plaucia desplegó todas sus habilidades amatorias, pellizcó el escroto de Valentiniano y ahuyentó, como el viento a las nubes, el deseo de vaciarse que estaba venciendo al dacio. Quizás el pellizco fuera excesivo porque el dolor pudo con su excitación y ansias.

—¿Perseguías eso, romana?

—Te estás haciendo mayor, bárbaro. Antes podías con lo que te echaran. Ahora vienes mal acostumbrado de África. Esas negras tan primitivas te han estropeado…

Valentiniano se levantó, se miró en el espejo de cobre y se vio jadeante, como un caballo viejo al que su experiencia no le valió para ganar una carrera con dos yeguas especiales. Él, como Roma, no era tan poderoso e invencible como hacía años. No lo habían estropeado las negras poderosas y rupestres de la cuenca del Bambouk. Lo había vencido el guerrero más poderoso del universo: el tiempo. Y pensó que dentro de algunos años más no sería nadie en ninguna parte, como tampoco sería lo mismo lo que veía a su alrededor, llamado a desaparecer para que surgieran otras cosas. Un pensamiento que ni por asomo sabía que había dejado escrito años atrás el gran Marco Aurelio, en el Libro XII de sus *Meditaciones*. Su estatua de bronce se la comería el tiempo, su oro no le valdría para alcanzar la eternidad que simbolizaba tan dorado metal, sus hazañas la devorarían los insectos de las bibliotecas y de su memoria no quedaría absolutamente nada. Cenizas y olvido. Todo estaba cambiando en Roma, poco a poco, de forma imperceptible, como una enfermedad mortal que se desarrolla sin avisos alarmantes, para no dejar gozar nunca más de la salud eterna de su dorada juventud. El imperio iniciaba una lenta agonía que iba a durar siglos, hasta morir sin memoria de su grandeza, perdida entre las ruinas de sus palacios convertidos en cuevas para gatos y dioses de mármol mutilados y de ojos glaucos enterrados en la tierra. *Sic transit gloria mundi*…

FIN

Gines-Tavira-Gines, junio-diciembre 2018

---

31 Cerdeña.

NOTA HISTÓRICA

Esta novela, como las dos previas que completan la trilogía dedicada a los emperadores béticos, es sobre todas las cosas un relato literario apoyado sobre una documentación histórica exhaustiva, contrastada y muy fiable. Para no confundir al lector aclaro que los hechos que se narran y cosen con los personajes de la trama obedecen a la realidad, a la que trato de acercarme para reflejarla en su forma más aproximada. Ninguno de los personajes que ficcionan el relato, los pertenecientes a la corporación de Cara Pescao, así como otros más secundarios como los legionarios que sirven con Marco Aurelio, y algún otro que aparecerá en la aventura atlántica de los valientes marineros gaditanos, que fueron hasta el actual Senegal buscando el oro de los negros, son históricos. Pero sí nos han servido para componer un periplo comercial que, según algunos investigadores universitarios, se produjo más veces de las que nos imaginamos. Es, por tanto, una realidad ficcionada o, si así lo prefieren, una historia real construida a base de literatura.

Sí son rigurosamente ciertos los hechos que envuelven el reinado de Marco Aurelio, así como su diario personal, extractado de su libro *Meditaciones,* y la terrible epidemia de peste (los científicos no se ponen de acuerdo si fue una viruela o sarampión) que diezmó el imperio, desde Oriente hasta Occidente, dejando aún más abandonados los campos y haciendo más difíciles las levas de legionarios para defender las fronteras del Norte contra los marcomanos y las del Sur contra los *mauri*. La crisis económica que se refleja también es real como es real la situación con la que se abre el libro: una subasta en el foro de Trajano de propiedades del emperador y de la emperatriz para sufragar fondos que mantengan los ejércitos que peleaban en las lejanas fronteras del Danubio

contra unos bárbaros que no querían aniquilar Roma, sino vivir en el estado de bienestar que disfrutaban los romanos. Tan solo el tsunami que arrasa gran parte del litoral atlántico y llega hasta Híspalis e Itálica, según las últimas noticias arqueológicas recogidas de la memoria de la excavación del Alcázar sevillano por el equipo de Miguel Ángel Tabales, se ha forzado en el tiempo, adelantándolo por exigencias dramáticas del relato, para teñir de angustia el tiempo de zozobra permanente que se vivió bajo el reinado de Marco Aurelio. Solo un estoico como el emperador pudo soportar y sobrellevar tanta presión como le tocó en suerte.

El lector podrá encontrar en la novela hechos muy próximos a los vividos en nuestro tiempo, convirtiéndola en el mosaico de una época con aspectos muy parecidos a la fotografía realista que podamos hacer de nuestro mundo actual. La crisis económica, la presión fronteriza, las epidemias llegadas de Oriente y los antisistemas de entonces, los cristianos, rebeldes por su fe y religión que, por su declarado pacifismo y su decidida negativa a rendir culto al emperador, comenzaron a mover los cimientos de la Roma pagana. Subrayemos que el culto al emperador actuaba como elemento de cohesión entre sesenta millones de romanos, cada uno hijo de su padre y de su madre, con lenguas remotas y costumbres propias, que se sentían parte de un mismo mundo gracias al César, piedra angular de la arquitectura política, social y económica del Imperio. Como algunos científicos de la Historia han querido ver, el lento declive de Roma comienza, de forma imperceptible, tras la muerte del emperador Marco Aurelio para morir enterrado, en su forma más o menos seminal, por el cristianismo de Constantino en el siglo IV de nuestra era. Las citas que abren esta novela son de dos grandes sensibilidades, como la del propio Marco Aurelio y la del escritor irlandés Oscar Wilde. En la del emperador de ascendencia bética comprenderá el lector la actitud vital de un estoico ante el paso del tiempo. En la de Wilde, la confirmación de que cuando los dioses de Roma murieron empezó a reinar el hijo de María. Para que todo, de forma muy lampedusiana, cambiara lo suficiente para seguir siendo lo mismo. Hasta hoy.

Bibliografía

Marco Aurelio (c. 175) *Meditaciones* (1985). Alianza Editorial.

Chic, Genaro (1994) *Roma y el mar: del Mediterráneo al Atlántico,* UIMP. Curso «Guerra, exploraciones y navegación: del mundo Antiguo a la Edad Moderna».

Millán León, J. (1998) *Gades y las navegaciones oceánicas en la Antigüedad.* Écija. Editorial Grágficas Sol.

Villar, José Luis (2017) *Al Andalus y las fuentes del oro*. Córdoba. Editorial Almuzara.

Ponce Cordones, Francisco (12 de diciembre de 1976) Artículo en el *Diario de Cádiz,* sobre el canal que dividía las islas gaditanas.

Dodds, E.R. (1975) *Paganos y cristianos en una época de angustia.* Madrid. Ediciones Cristiandad.

Martinez Rojas, Francisco Juan (2018) Artículo «Bienes en común, donantes y evergetas. La economía de la iglesia primitiva» en *Los negocios de Plutón*. Editorial Universidad de Sevilla.

Estudios Geológicos, vol. 72, n.º 1 (2016) *Los terremotos antiguos del conjunto arqueológico romano de Baelo Claudia: quince años de investigación arqueológica.*

Blázquez, José María (1968) «La crisis del siglo II en Hispania y Mauritania». *Revista Hispania,* número 28.

González, Julián (1994) Artículo «Cohors V Baetica» en *Habis 25*.

Melchor Gil, Enrique (2010) Artículo «Homenajes estatuarios e integración de la mujer en la vida pública municipal de las ciudades de la Bética» en *Pluralidad e integración en el mundo romano.* Editorial Universidad de Navarra.

Chic, Genaro (2018) «Roma y la búsqueda del oro de África». Foro *Prestigio versus mercado.*

Cipolla, C. M. (1999) «Por una teoría general de la decadencia

económica», en *La decadencia económica de los imperios.* Alianza Editorial.

AGRADECIMIENTOS

Una vez más debo expresar mi agradecimiento al magisterio docente de un catedrático de Historia Antigua, jubilado laboralmente pero en plena actividad intelectual e investigadora, la generosa guía, orientación y conducción de este relato basado en rigurosos hechos históricos. Sin Genaro Chic, y su siempre amable y desinteresada disposición, es más que posible que esta novela fuera otra cosa, pero no un sustanciado ejercicio histórico literario. Si el lector encontrara algún imperdonable desliz debe saber que no hay otra responsabilidad que la mía.

En el largo y, a veces, tortuoso camino de escribir un libro donde la Historia y la Literatura tienden a conjugarse y no a bloquearse, son frecuentes las consultas puntuales realizadas sobre aspectos muy distintos del relato. En este sentido quiero destacar la siempre dispuesta atención de arqueólogos como Miguel Ángel Tabales, Enrique García Vargas, Alejandro Jiménez y Javier Verdugo. A todos ellos, mi más sincero agradecimiento. Igualmente quiero subrayar la visión que sobre el África occidental me dibujó el historiador José Luis Villar, autor del libro *Al-Andalus y las fuentes del oro,* sobre el mundo africano occidental, tan importante en la trama de esta historia. Las numerosas consultas, y sus exactas indicaciones, ayudaron al escritor a conocer mejor aquel mundo lejano y semidesconocido donde estaban las minas de oro, que fueron a buscar los osados marineros gaditanos e hispalenses para encarar la crisis de un mundo en plena depresión económica.

El libro ya no es mío. Sino que se lo entrego a los lectores. Sin dudas la etapa más difícil del proceso de escritura de un relato donde se somete a juicio no solo la habilidad literaria del escritor, sino el caudal de información facilitado por tantos expertos colaboradores. Deseo que ese juicio me sea favorable

y, consecuentemente, grato para los que me ayudaron a escribir la novela. A todos ellos y a usted, querido lector, mi más sincero agradecimiento.

Edición en formato digital: 2020

Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
algaida@algaida.es

ISBN ebook: 978-84-9189-317-2

Conversión a formato digital: REGA

www.literaria.algaida.es